

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
PLAZA LOS SITIOS 10
ZARAGOZA

ANT

XIX

373



ISABEL O LA LUCHA DEL CORAZON

Libreria de
Francisco Gomez Pastor
Coso 87 ZARAGOZA



19 ans.

R. 44.099



ISABEL

6

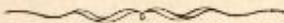
LA LUCHA DEL CORAZON

NOVELA ORIGINAL

POR OSSIANA

AUTORA DE

MAGDALENA, EL HADA DOMÉSTICA, EN EL PEÑON,
EL HILO DEL DESTINO, Y OTRAS OBRAS



TOMO II

TERCERA EDICION

MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1880

Es propiedad de la Autora.

CAPÍTULO PRIMERO.

¡La voz de los recuerdos! ¡El eco despertado de los pasados tiempos!

¡El resucitado teatro de los primeros amores!
¡La imágen fresca y pura de la vida con los dulces y placenteros tintes de su rosada aurora!

Tales fueron las visiones que cruzaron por delante de D. German; tales fueron las imágenes resucitadas en su todavía jóven corazon: toda la historia de su juventud vió reproducida.

Allí la ventana donde le esperaba Rosario; más allá el confidente donde tantas veces se sentó á su lado y le dijo lo mucho que la amaba.

Aquí la mesa de la labor donde la veia trabajar; allí el sitio desde donde leia él en alto, en tanto que ella le escuchaba contemplándole con la mayor ternura.

Más allá una mesa cargada de flores; en el extremo de la sala el piano con los papeles de música... y fresca, jóven y bella siempre en su imaginacion la figura de su amada... de nuevo la veia, ya en la ventana, ya en el confidente, ya en la mesita de la labor, ya aspirando el perfume de las flores, ó ya extrayendo los sonidos armoniosos del piano.

Mucho habia cambiado la sala desde entónces: grandes y notables eran sus variaciones; pero insignificantes para apagar la luz de los recuerdos: el rico damasco, el fino cortinaje, los magníficos espejos y todos los demás objetos de lujo y capricho no habian podido borrar las huellas de lo pasado, y la sala se presentaba á la imaginacion de D. German como si no hubiera sido despojada de su mueblaje antiguo.

Nada desagradables, sin embargo, los despertados recuerdos; tranquilos y libres de toda amargura por la regeneracion operada en el corazon; suaves, y apénas teñidos de una ténue sombra de tristeza cruzaban por la mente del hombre virtuoso hasta que derrocada la aérea fábrica por la entrada de Isabel, fueron estas visiones de lo pasado trocadas por la realidad de lo presente.

Jamás habia visto D. German á la mujer de Montoya; pero nada ajeno al renombre de su hermosura y esclarecida virtud, y predispuesto á encontrarla lo que efectivamente era, habia sido esta predisposicion el móvil verdadero de su visita.

¡Cuán bella le pareció con su aéreo cuerpo, sus largos y dorados rizos, su pura frente, sus negros y rasgados ojos, cubiertos entónces de melancolía, y sus rojos labios y delicados dientes!

Jamás habia visto criatura más ideal.

¡Pobre de Rosario si hubiera vivido y contara D. German algunos años ménos!

—Señora, fueron las primeras palabras del comerciante apénas se presentó Isabel y dirigiéndose á su encuentro; personalmente desconocido para V., pero seguro de que no sucederá otro tanto con el nombre que llevo, German del Castillo...

Un débil sonrojo cubrió las mejillas de la jóven.

—Abrigo la esperanza de que el conocimiento de este nombre habrá de servirme para que V. me dispense la libertad que me he tomado en solicitar esta entrevista. Sabedora tal vez de las rencillas de nuestras familias, seguro estoy de que sorprenderá á V. mi presencia en este sitio; pero,

muertas para mí las antiguas enemistades y resentimientos, y lanzado á servicio de una causa superior á todo sentimiento propio, digna del mayor interés, vengo á implorar su auxilio y eficaz cooperacion.

Isabel le contempló con la mayor sorpresa; pero, ya interesado el corazon, luchando por responder á esta llamada.

—Señor, dijo indicándole al propio tiempo un asiento; siéndome familiar el nombre de D. German del Castillo (Gonzalo se lo habia dicho) que ha sonado en mis oidos con elogios, experimento el mayor placer en conocer personalmente á quien lo lleva. Nada extraña á las antiguas desavenencias á que se refiere V., tendria la mayor satisfaccion, si de mí dependiera, en reanudar los rotos lazos; y, si el objeto de la venida de V. es el deseo de destruir las pasadas rencillas, pondré en juego para conseguirlo cuanto esté de mi parte.

—Gracias, señora, por esta deferencia y por esos sentimientos que tanto la realzan; gracias, señora, repitió D. German, por la esperanza que la bondad de V. me ofrece de que no habré de implorar en vano.

El comerciante meditó un momento, en tanto que Isabel examinó su honrada y noble fisonomía.

No habia sido exagerada la pintura que de ella se le habia hecho, la pintura de este espejo del alma benévola, y le parecia extraño á la jóven no haberla reconocido á la primera ojeada.

—Señora, dijo al fin D. German saliendo de su abstraccion; lo que de V. deseo es el influjo de una mujer sobre su marido.

Bien poco era el de la que tenía delante, áun á pesar de recibir de su esposo cuanto era capaz de dar de sí; pero, ignorante el nuevo conocido de esto, y guiado por lo que de él haria una mujer como Isabel, no es extraño que se expresara de tal modo.

—El influjo de una mujer sobre su marido, repitió D. German, no en favor mio, sino en favor de una desgraciada...

— ¡Una desgraciada! interrumpió la jóven con vivo interes. ¿Quién? ¿Cómo? ¿Podré yo sola socorrerla sin necesidad de recurrir á otra persona? Dígamelo V. ¿Qué es lo que debo de hacer?

—Influir con su marido de V. Nada más. Pero, exclamó D. German, interrumpiéndose; estoy hablando con enigmas, y preciso es contar mi historia desde el principio, para que comprenda V.

bien lo complicado de las circunstancias en que nos hallamos, y obre como mejor le parezca y como no dudo que su noble corazon le dictará.

—¡Una historia! prorumpió Isabel con creciente interés preparándose su imaginacion á revestirla de los colores más poéticos.

—Una historia, repitió el comerciante, que voy á referir á V. sin más preámbulos, callando por ahora los nombres de sus personajes.

El tacto especial de los buenos, que áun sin la agencia de los sentimientos ó de las ideas acompañan invariablemente sus más insignificantes acciones, se mostró patente como nunca en esta ocasion de la vida del hombre benévolo.

Hubiera sido una inhumanidad herir desde el principio los oidos de Isabel con el nombre cuyo eco hubiera hecho desaparecer toda la serenidad de su espíritu; y el ángel bueno que susurra sus consejos en el oido de los elegidos, piadoso y compadecido de ella, inspiró á D. German.

—Un jóven, exclamó éste, dando principio á su historia, de un mérito singular, pero mal favorecido por la suerte, experimentó en los primeros años de su vida los más grandes sinsabores. Huérfano, desvalido, sin parientes ni recursos de ninguna clase, habria tal vez sucumbido al rigor

de su desdicha, ó al ahogo de los vicios, si la piadosa intervencion de una familia virtuosa no lo hubiera salvado de tan profundos abismos. Este jóven, señora, amado y cuidado por aquella familia, cual si la suya fuera, pasó feliz en el seno de aquel hogar algunos años, hasta que quiso Dios que su suerte variara. Dejó de soplar el viento adverso, y se mostró despejado el horizonte. Este jóven, dotado de un corazon sensible, y fácil á impresionarse, habia amado, como á la suya, á la familia aquella; á los padres como á padres, y á los hermanos como á hermanos; y, tierno y reconocido á los beneficios que le prestaran, les prometia fiel la debida retribucion. Pero, añadió el hombre recto, fáciles de desatender algunas veces las promesas más sagradas, fáciles de olvidar con el cambio de fortuna las obligaciones de la gratitud, este jóven tan lleno de mérito, de tan singular perfeccion, al ofrecérsele la ocasion de retribuir su deuda, rehusa cumplirla.

—¡Cómo! exclamó Isabel profundamente interesada é indignada de semejante proceder.

—Lo dicho, respondió D. German; este jóven tan lleno de mérito, de tan singular perfeccion, al presentársele la ocasion de pagar su deuda, rehusa cumplirla. Sabe que es amado.

—¿De alguna de sus hermanas adoptivas? interrumpió Isabel.

—Justo, señora. Una jóven inocente, cuyo corazón sencillo le ama más que á su propia vida, y que por amor de él se está muriendo. Perece, sí, repitió el comerciante, y lo sabe él: le consta, porque uno que es incapaz de mentir se lo ha asegurado, y de rodillas casi le ha pedido por la vida de esa criatura desgraciada, por la vida de algunos meses, y por una agonía apacible... porque la muerte de esa niña es inevitable.

—¡Inhumano! ¡Cruel! prorumpió la jóven; ¡y la deja morir, y puede salvarla y no lo hace! ¡Horrible monstruosidad! Me estremece el pensamiento. ¿Y qué causas alega para semejante iniquidad?

—Que ama á otra, contestó D. German, y que por esa otra es capaz de sacrificar hasta su misma honra...

—¡Ah! exclamó Isabel con simpática expresion en su semblante; ¡ama á otra!... ¿algun sentimiento anterior quizás?

—No, señora. Si bien lo he comprendido, es nuevo el sentimiento que le preocupa, y por el misterio que de él hace, tal vez, tal vez, lejos de merecer ser acariciado, merece, sin duda, ser pos-

puesto á las prescripciones del deber, de la humanidad, de la gratitud, en fin. Sé bien, dijo interrumpiéndose, cuán erradas, cuán injustas serian mis exigencias en otras circunstancias; pero, autorizado por la imágen de la muerte, que tan inmediata veo, y por el dolor sagrado de una madre, que culpable se cree de la desgracia de su hija en la proteccion que ofreció al desamparado, no es sino justificable cuanto llevo hecho; y justo es, señora, que la virtud de V. y el influjo de su persuasion se reunan, para ayudarme á conseguir el deseado fin. He hablado con D. Álvaro; le he expuesto el relato de los hechos, esperando de que su auxilio no me faltaria; pero, inflexible á mis ruegos, y rehusando tenaz cuanto de él he pedido, mis esperanzas se cifran en V. que no dejará de prestar oido á las desgracias de una mujer.

Extraña é inexplicable la expresion del semblante de Isabel en tanto que D. German hablaba, ahora, cuando se esperaba su respuesta, articularon los labios de la jóven una sola palabra apénas inteligible y pronunciada con el mayor esfuerzo.

—Gon-za-lo, dijo.

—Lo ha adivinado V., exclamó D. German, Gonzalo Figueras: ese es el nombre del jóven, y Elena Cadenas el de su hermana adoptiva, que se

muere de amor por él: hé aquí, señora, explicada la causa de mi visita. Interponga V. su influjo; haga uso de su corazon de mujer; de ese noble corazon de mujer tan valeroso adalid en la causa de la desgracia, y Dios, señora, añadió el noble German, le concederá la más grande de las recompensas: la satisfaccion de haber hecho una buena obra.

La cortina que separaba la sala del gabinete, fué descorrida en este momento, y al propio tiempo que una vocecita suave articuló el nombre de Isabel, apareció á la vista de D. German sobre la pared de la habitacion la imágen de su primero y único amor. ¡Rosario, la madre de Gonzalo, tal cual se la representaba siempre, jóven, fresca y bella en la alborada de su vida!

¡La madre de Gonzalo, la víctima del despotismo y de la malévola intriga!

¡La madre de Gonzalo, el cordero sacrificado á la vil calumnia y á la sórdida avaricia!

¡La madre de Gonzalo sacrificada, hizo brotar en D. German la idea de que un sacrificio semejante estaba preparando él!

Reconvencion inesperada; reconvencion nacida de la expresion de aquel semblante nunca olvidado;

reconvencion que por la primera vez resonaba en el corazon de D. German. La imágen de Rosario, tan semejante á la de su hijo, le trajo á la memoria todo lo que de los labios de éste habia escuchado la tarde anterior; la apelacion al primer amor de D. German, á sus sentimientos relativamente á los que le habian robado la mujer á quien amaba, y todas las razones que defendian el amor de Gonzalo; oculto, culpable ó como fuera.

Rápidas las transiciones del corazon, rápidos los cambios que se verifican en el alma por alguna idea que se presenta por primera vez, y difíciles de seguir los diversos pensamientos que confusos pasan por la mente, sería trabajo inútil querer analizar todos los que se despertaron en este momento en la mente de D. German.

¿Era justo lo que hacía?

¿Era justo que él, que tan fiel habia sido á su amor, tan indiferente se mostrara al del hijo de su amada?

¿Era merecido que levantara toda la fuerza imaginable contra él y no pensara un momento en sus antiguos padecimientos, y no tuviera misericordia de los del hijo de su amada?

¿Era todo esto que llevaba hecho lo que de él debería esperar la mujer que habia perdido?

Duda, desconfía, se arrepiente de todos sus sentimientos y acciones; y, lleno de remordimiento, no acierta á salir del estado de abstraccion en que la vista del retrato le ha puesto.

Elena, Magdalena: la muerte de la una, y el dolor de la otra, no son ya más que una débil sombra en el paisaje que delante tiene; y Rosario, lo que de él esperaria Rosario, es el pensamiento que le preocupa.

Entre tanto ha respondido Isabel á la llamada de uno de los niños, ha vuelto á ocupar su asiento tranquila en la apariencia, pero teñidas sus mejillas de unas manchas rojas, y reemplazada la melancolía de sus ojos por un extraño brillo.

Contemplando á D. German, cree adivinar los nuevos pensamientos que asaltan su imaginacion: cree descubrir en aquella fija abstraccion algo de las ideas que le atormentan, y se propone tranquilizarlo sin tardanza.

Suave su voz, pero entera y nada alterada, sus acentos armoniosos hicieron al comerciante volver en sí.

—Interesada, como V. puede figurarse, en la triste historia que me ha referido, interesada, como sólo una mujer puede estarlo por los sentimientos

de otra, y segura de mi influjo no sólo con mi marido, sino igualmente con Gonzalo Figueras, solemnemente prometo á V. el logro de sus deseos. Fácil de destruir, prosiguió diciendo con el mismo acento con que le habló á su padre al destruir los celos que habia concebido por la felicidad de su hija cuando se prestó ésta á dar la mano á Montoya, y evocando como entónces toda la fuerza de su virtud para decir otra vez una mentira engarzada en oro y digna de ser admitida en el número de las virtudes; fácil de destruir, repitió, el frágil baluarte en el que se defiende Gonzalo para rehusar lo que de él se solicita, y suficiente una palabra mia para derrocar el débil amor al que su ignorante confianza tanto valor concede, la palabra que de mis labios salga, de una vez conseguirá el objeto. Aislado, desatendido y más que aislado y desatendido, despreciado... (la voz le faltó al articular esta palabra) el amor de que nace su resistencia, cuando él sepa que no es correspondido, el despecho y la bondad natural de su corazon dispondrán de él como todos deseamos.

Don German la comprendió de una vez.

No necesitó oír más.

La admirable serenidad, la tranquila compostura del semblante, su perfecta calma, la entereza de la voz al hacer esta encubierta confesion y descubrirle el estado de las cosas, lo tranquilizó por completo.

¿Cómo no haberlo imaginado ántes?

¿Cómo no haber adivinado que vivir con Isabel y no amarla era una cosa imposible?

¿Cómo no haberse penetrado de todo esto la tarde anterior, cuando las palabras de Gonzalo tan claramente se lo indicaban?

¿Y cómo no venerar sobre todo, pureza y virtud tan superiores á toda tentacion?

Don German contempló á la jóven con el más profundo respeto, casi tentado á echarse á sus piés y besarle la ropa.

Pero darse por entendido hubiera sido una vileza; confesarle que era comprendida, hubiera sido una villanía; y, detenido el buen hombre por estos motivos, no sólo negó toda expansion á sus sentimientos, sino que interiormente hizo voto solemne de callar para siempre un secreto tan extrañamente revelado.

Era notable la apariencia de la jóven en estos momentos.

Inspirada por la fe, sostenida por la esperanza

futura, valiente y heróica cual los mártires de los antiguos tiempos sentenciados á la arena para combatir las fieras, con la propia resignacion y denuedo que ellos, se conducia esta mártir del corazon en la lucha que habia emprendido.

Don German no podia separar la vista de ella áun sin aquilatar todo el mérito de su abnegacion, esperando sin duda ver aparecer una aureola en su frente.

Hubo algunos instantes de silencio que fueron reemplazados por las amistosas protestas del comerciante, y las sinceras manifestaciones de la jóven acerca del placer con que habia hecho su nuevo conocimiento, expresiones de satisfaccion de una y otra parte, indicadoras de la simpatía que mútuamente se habian inspirado.

—¿Tendré el gusto de volver á ver á V.?[?] preguntó Isabel.

—Grande pesar me causa, señora, no abrigar semejante esperanza. Olvidado por mí lo ocurrido entre nuestras familias, y deseoso de manifestarlo, he ofrecido la mano de amigo al señor D. Álvaro; pero, rechazada esta mano, sería bochornoso que me empeñara en acudir adonde no soy deseado. Imposibilitado de cultivar una amistad que tan grata me sería, no abrigo otra esperanza que la

de que alguna circunstancia imprevista me conceda esta satisfaccion. Hasta entónces, señora, despidámonos. Será favor puramente de la casualidad el que nos volvamos á ver, pero recordaré siempre con placer esta visita.

El comerciante se despidió: y aún resonando sus pasos en los oídos de Isabel, pensó ésta entre sí cuán distinta hubiera sido su suerte (á pesar de la diferencia de años) en haber tenido por esposo á D. German del Castillo, en vez de D. Álvaro Montoya.

Con el mismo brillo en sus ojos, las mismas manchas sanguíneas en sus mejillas, y rojos sus labios como los de un calenturiento, pero prevaleciendo sobre todas estas señales de febrilidad una serenidad admirable, la tranquila compostura del semblante, su calma perfecta, la entereza del continente, y la noble heroicidad del martirio estampada en su pura frente... era sublime el aspecto de la mujer-ángel al entrar en su tocador.

CAPÍTULO II.

Lo mismo que se mudan los telones de un teatro y se cambia la escena, á imitacion de lo que pasa en el teatro del mundo, de la misma manera se mudan las escenas de mi historia.

Mirad en derredor, y ved si el lugar donde nos hallamos se parece en algo á los que hasta aquí hemos recorrido.

Mirad en derredor, y admirad lo que este recinto encierra.

¡Luces, el perfume de flores, la armonía de la música, el susurro de la conversacion, la belleza y la juventud!

La belleza en su primer albor, tierna, cándida é inocente, llena de alegría y locura, bailando al compás de la música, sin un pensamiento más allá del wals, de la polka; la belleza en su segundo

período, más grave y pensativa, indiferente al baile, admirada de haberlo en algun tiempo amado, preocupada su alma ahora por un objeto superior; la belleza en su tercer período en toda la madurez de su hermosura, tranquila y desapasionada, contemplando risueña la escena que pasa á su alrededor; y la belleza ya marchita, volviendo á saborear el albor de la vida en los recuerdos que despierta la animacion del baile.

¡Un baile!

Un baile con sus luces, el perfume de las flores, la armonía de la música, los aéreos movimientos de los bailarines, el susurro de la conversacion, la mirada encantadora, el tacto de una mano amada, el lento murmurar, el lánguido suspiro... escena seductora que embriaga los sentidos y reviste la imaginacion de los más fascinadores encantos: un baile es la escena presentada ahora en el teatro de mi historia.

Infinidad de jóvenes lindas y graciosas envueltas en ligeros vestidos de gasa ó tul de variedad de colores, giran aéreas, van y vienen cual mariposas fantásticas, tan pronto apareciendo en un punto como en otro de la sala; ya rápidas girando con sus compañeros al son del wals voluptuoso, ó

ya lánguidas deslizándose en el grave rigodon, confundidos y mezclados sus diversos colores de celeste, rosa y blanco.

Numerosos espectadores de la festiva escena tapizan las paredes: ellos con sus negros fraques, ellas con sus vestidos de terciopelo, raso y otras ricas telas, brillante pedrería y variados adornos, desafiando toda la fuerza de las luces; y, diseminados aquí y allí infinidad de grupos, el murmullo de sus voces presta las últimas pinceladas á la animacion del cuadro.

Propios para el efecto á que estaban destinados los salones del baile, se recreaba la vista al contemplar su elegante apariencia, y el gusto desplegado en su alhajamiento.

La señora, en cuya casa se verificaba este baile, notable por su inteligencia en estas cuestiones de tan grande importancia en la ciencia de la sociedad, habia agotado en esta ocasion los recursos de sus reconocidos conocimientos, y nada dejaba que desear.

Bien á la vista estaba, y bien halagüeño debería ser para ella observar el buen efecto de sus disposiciones, así como la visible satisfaccion descubierta en los que componian la reunion.

Hacía ya algun tiempo que habia empezado el

baile, cuando varios jóvenes que se ocupaban caritativos en sostener el quicio de una de las puertas de entrada, perdieron algun tanto el equilibrio de sus posiciones para dejar el paso libre á una señora y un caballero, cuya presentacion, así entre estos amables sostenedores de la puerta, como entre las demás personas reunidas en los salones, pareció excitar la más viva atencion.

Fuera esto causado por el contraste que ofrecía la pareja, ó por la belleza de la dama ó por el lujo de su vestido... fuera por la causa que fuera, lo cierto es que su entrada produjo un movimiento general de ojos y de labios.

Era notable en verdad el contraste de aquellas dos figuras; las gigantescas proporciones de la fisonomía vulgar, tosca, casi brutal de él, no hacian juego con la delicadeza, la esbeltez y el semblante puro, delicado y espiritual de ella: era notable en verdad la union de dos seres tan diferentes: y era comprensible, en toda su extension, el murmullo general que en la sala resonó no bien se presentaron.

Llevaba ella con la mayor elegancia un vestido ligero de tul de seda blanco con multiplicadas guarniciones aéreas, vaporosas, salpicadas de multitud de brillantes, que en caprichosas caidas

lo adornaban á imitacion de guirnaldas naturales; y cubria su ebúrnea garganta, torneados brazos y dorada cabellera de rizos largos y undulantes, la misma rica pedrería colocada con el más exquisito gusto, armonizando el lujo con la sencillez, y el vestido propio de sus años con las alhajas propias de su estado de casada: era este tocador de lo más escogido que se podia dar, y no era sino natural que, unido á la belleza de la que lo llevaba, se atrajese la atencion de la concurrencia.

Pero, despertada esta atencion, no tanto por el elegante tocador y la belleza de la dama, cuanto por la extrañeza de su presencia en sociedad, y en la compañía del gigante sobre cuyo brazo se apoyaba, era en realidad esta extrañeza la causa verdadera de las miradas y cuchicheos, que, á medida que la pareja recorria el primer salon, y se internaba en el segundo en busca de la señora de la casa, se aumentaban por momentos.

—¡Qué hermosa! decia una de las columnas humanas situadas á la puerta. ¡Qué ojos! ¡Qué aire! ¡Qué dolor verla en poder de semejante animal!

—Pues señores, á remediarlo, decia un jóven de voz aflautada y aire sumamente fátuo, acariñando al propio tiempo una pera descomunal

cargada de cosmético, que adornaba su demacrada fisonomía; á remediarlo, repitió siempre con la mano en la perilla, como indicando dónde existía el remedio verdadero para el mal tan deplorado; en el irresistible encanto de su insoportable persona.

—¡Quiá! contestó otro del grupo de columnas; no hay que pensar en semejante cosa. Inflexible esa mujer, segun he oido decir, á todo género de insinuaciones, sería inútil trabajar para ablandarla.

—No niego su hermosura, repuso de nuevo el jóven de la pera; pero, bien examinada, hay tanta altivez y desden al mismo tiempo, que lo que es para mí; bien pensado, no es más que una hermosa estatua.

—¡Porque no es coqueta! fué la exclamacion de otro de las columnas. Pero mucho me temo que á tu estatua le sucediera lo que á Pigmaleon con la suya, si no fuera por el terror que te infunden estas virtuosas. Están verdes; no me gustan: así dijo la zorra cuando no pudo coger las uvas. Haces bien en seguir su ejemplo.

Una risotada general á expensas del dueño de la pera volvió á descomponer el equilibrio de las columnas; y, oyéndose en seguida los primeros compases de un rigodon, que llamaba á los caba-

llos al lado de sus parejas, quedó el grupo diseminado, entre tanto que los que formaban la tapicería seguían aún ocupados en el mismo asunto que los otros abandonaban.

—¡Qué sacrificio! decía una señora cuarentona, masa enorme de carne, terciopelo, plumas, flores y moños, dirigiéndose á su vecina! ¡Qué sacrificio haber casado á esa muchacha con ese viejo! El interés; nada más que el interés. Los padres por orgullo, y las hijas para tener coches y brillantes. ¡Son muchas niñas las del día! Se les figura que pierden tiempo, y se agarran de una áscua ardiendo. Nosotras, con algunos más años que ellas, lo tomamos con más cachaza; y, sobre todo, á pesar de no estar yo ya en mis quince, y de mi estado de viuda, pude haber tenido esa misma suerte, añadió la masa de carne bajando los ojos con rubor; y la desprecié por la diferencia de edad.

—No sabía yo que D. Álvaro, prorumpió la vecina, jóven picaresca que se proponía divertirse á expensas de su compañera, fuera tan coqueton. ¿Conque la pretendió á V. también? Se conoce que es aficionado á lo bueno.

—Tanto como pretenderme no. Eso no lo podría decir; pero señales había de ello, que á

una mujer de mi perspicacia no era posible se le escaparan. Verbigracia: pasaba todos los días por mi casa...

—Para ir al café, que está en la misma calle, dijo para sí la jóven.

—Luégo nos encontrábamnos en la iglesia á la misma hora; y una vez... me parece que fueron dos, pero no lo recuerdo, me dió el agua bendita, y dijo algo que...

—Sería algun requiebro, prorumpió la vecina; alguna cosa así como rosa ó clavel.

—No lo pude oír bien; pero me miró de un modo tan expresivo y marcado, que eso sólo me bastó para conocer lo que no se atrevia á declarar.

—Y ¿cómo fué que las cosas no pasaron más adelante?

—Porque hube de reflexionar á tiempo la poca analogía de nuestras edades, así como otras varias circunstancias que no es del caso recordar; y me pareció mejor darle calabazas.

—Y nadie se las pidió, dijo interiormente la jóven. Por supuesto, añadió con la más picaresca sonrisa, se casaria con la otra de puro despecho.

—Así parece, contestó la viuda, volviendo á su rubor y abanicándose con coquetería; vea V. las consecuencias de mi desden. ¡El sacrificio de

esa pobre inocente! No me lo puedo perdonar.

—Es muy linda, exclamó la jóven atizando el fuego.

—Demasiado delgada, replicó la masa de carne con el más profundo desprecio.

Un caballero se aproximó en este momento.

—¿De quién se trata? preguntó.

—De la mujer de D. Álvaro Montoya, contestó la viuda con marcado desden; esa jóven flaca que hace un rato se presentó.

—La estrella de la noche, prorumpió el caballero. La mujer más linda que he visto en mi vida. ¿Es la primera vez que se presenta en sociedad?

—Su marido no la frecuenta, respondió la jóven; y, en extremo circunspecta la conducta de ella, vive lo más retirada del mundo que le es posible, en conformidad á los gustos de él. La he visto algunas veces en el teatro y en paseo con su padre y hermanos; pero, siendo raras hasta estas ocasiones, sorprende más por lo tanto su presencia aquí esta noche.

—¿Y cuál será la causa de tan inesperada aparición? preguntó el caballero.

—Las relaciones mercantiles de D. Álvaro con el señor de B. (el caballero en cuya casa tenía lugar

el baile), las consideraciones debidas á su ventajosa posicion social, que Montoya acata del mismo modo que la suya es acatada. A no dudarlo, prosiguió la jóven, este es el móvil de la presencia de los esposos, y el tiempo nos lo habrá de acreditar. De seguro, á semejanza de los cometas que no aparecen sino de siglo en siglo, la estrella de la noche, como V. la ha llamado, se eclipsará á nuestros ojos para no volver á brillar.

La conversacion fué interrumpida por la aproximacion de Isabel, que apoyada en el brazo de la señora de la casa, recorria los salones, seguida por media docena de aspirantes al honor de bailar con ella.

—No bailo, era su contestacion.

—¿Ni un par de vueltas?

—¿Ni el placer de una sola?...

—No bailo, repetia Isabel.

—¿Habrá V. de mostrarse tan dura?

—¿Será V. tan inexorable?

—No bailo nunca. Gracias, señores; y el movimiento arrogante de la cabeza, y la serenidad del semblante apoyaron su determinacion.

Los jóvenes se retiraron.

Las mariposas giraban con más locura que

nunca , y la música parecia estar tan loca como ellas.

Las luces brillaban con esplendidez, el aroma de las flores llenaba el espacioso recinto con su fragancia.

Las jóvenes, excitadas por el baile y la conversacion, se mostraban doblemente engalanadas por momentos; y el baile con todos sus atractivos se hacía á cada instante más embriagador para los sentidos.

Mucho tiempo hacía que Isabel no experimentaba el efecto de su seduccion; desde que se habia casado: y, reproducidas por las imágenes presentes las escenas de sus primeros años, cuando en medio de los pesares de su vida una escena semejante á ésta le hacía olvidar por lo pronto el peso que oprimia su corazon virginal, le ofrecian sus recuerdos y sensaciones actuales el más triste de los contrastes.

¡ Pero no lo revelaba su fisonomía: no; léjos de descubrir su rostro lo que en su mente pasaba, fija en su semblante se hallaba aún aquella misma expresion de la mañana: el brillo en los ojos, las manchas sanguíneas en las mejillas, el color encendido en los labios, y sobre todas estas señales de febrilidad, prevalecian la admirable serenidad,

la tranquila compostura, la calma perfecta, la entereza del continente, y la noble heroicidad del martirio estampado en su frente pura!

Martirio cuya hora se aproximaba; disponiéndose la víctima á sufrirlo con valor.

La campana de una iglesia sonó.

Extraña fantasía de la imaginacion excitada: creyó Isabel oír en ella una solemne llamada; y llena de terror, contó una, dos, tres, hasta doce campanadas.

El eco de la última resonó en su corazón cual el choque de una máquina eléctrica, y estremeció su sér.

Gonzalo Figueras apareció á la puerta de la sala y se encontró con los ojos fijos y paralizados de Isabel, como pudieran hacerlo los de una vision sobrenatural.

El jóven se dirigió hácia ella.

Isabel le habló con su acostumbrada naturalidad (tan admirablemente fingida) y hasta quiso embromarle por su tardanza; pero Gonzalo le contestó en muy diferente tono.

—Falto de humor para diversiones, fueron sus palabras, y dispuesto más bien á huir del mundo y de todo cuanto me pueda representar lo que

hubiera podido ser mi vida y lo que ya no es posible que sea jamás, si aquí he venido, señora, es bien á pesar mio y como el que sabe que camina á su perdicion. Si aquí he venido, repitió, es porque mi mala estrella así lo quiere, y porque es inútil luchar con el destino.

La señora de la casa, en cuyo brazo se apoyaba Isabel, fué llamada en este momento por el otro extremo de la sala.

—Figueras, dijo dirigiéndose al jóven; entrego á V. su hermosa tia. Guárdela de las asechanzas del enemigo.

Articuladas estas palabras desapareció la señora y el brazo de Isabel fué colocado por Gonzalo en el suyo.

Es inexplicable lo que éste sintió al contacto de aquel brazo y al verse sólo con la mujer que amaba, en medio de una reunion numerosa.

Gonzalo creia soñar.

Tranquilo el continente de la jóven, plácida la expresion de su semblante, confiada la actitud de su brazo, la ilusion era completa.

Lo que podia haber sido era efectivamente por un breve instante; y Gonzalo saboreaba la más deliciosa ventura. Pero, temeroso de perderla, temeroso de romper con la primera palabra que

articulara el encanto de su ilusion, ni aun á respirar se atrevia; y, semejante al que en sueños goza de una vision agradable y siente en sí el vago temor de verla desvanecida al despertar, de la misma manera, con el mismo afan y por las mismas causas conservaba él su inmovilidad.

La masa enorme de carne suspiró al pasar esta pareja por delante de ella.

—¡Cuánto mejor hubiera sido haberla casado con el sobrino que con el tio, dijo volviéndose á su agraciada vecina!

Isabel sintió el temblor del brazo de Gonzalo contra el suyo, y apresuró el paso.

—Tenemos que hablar largamente, dijo rompiendo de repente el silencio, y dirigiéndose, sin consultar el beneplácito de su compañero, á un divan que se hallaba desocupado.

Gonzalo volvió en sí.

Despertó á la realidad, y, presa de un vago presentimiento, se entregó pasivamente á lo que de él parecia esperarse.

Las parejas se cruzaban por delante, la música derramaba su armonía por los salones, las flores su perfume; pero, ciego á todo Gonzalo, insensible en este momento á cuanto á su alrededor ocurría no comprendia más sino que habia llegado un

momento importante de su vida: que de aquel divan adonde se dirigia, no habia de levantarse con los mismos sentimientos con que se sentaba.

El porqué... eso se lo ocultaba su mente, pero el hecho lo presentia su corazon.

¿Quién no ha sentido alguna vez en su vida este vago pensamiento de lo que va á suceder? Y ¿quién no comprende lo que por Gonzalo pasaba?

—He visto hoy á un íntimo amigo de V., fueron las primeras palabras de Isabel al ocupar el asiento. He recibido la visita del mejor amigo que tiene V. en el mundo, añadió con marcada intencion; y el asunto de que él me ha hablado, es el de que habrá de tratarse entre nosotros.

Nada preparado Gonzalo para esta introduccion, léjos de imaginar lo que habia sucedido, léjos de sospechar la visita de D. German, le cayeron estas palabras encima con la fuerza de un rayo realizando sus más íntimos presentimientos.

Aturdido por la sorpresa, contempló á Isabel con espanto, como si le causara horror lo que de sus labios escuchaba.

La jóven sintió el magnetismo de su mirada, y, cual si de fuego fueran aquellas pupilas, así le co-

municaron su ardor abrasador. Pero, impávida en la apariencia, continuó:

— He hablado largamente de V. con D. German del Castillo; y he sabido con dolor lo que jamás hubiera esperado.

— Soy un monstruo ¿no es verdad? interrumpió Gonzalo, adivinando lo ocurrido, con tal mezcla de desesperacion, despecho y sarcasmo en sus acentos, que, á no ser por la armadura que resguardaba á Isabel, la hubieran estremecido estas palabras.

— No he dicho tal; ni lo puedo pensar jamás. No he dicho más sino que me causa dolor lo que jamás hubiera esperado: que fuese V. indiferente al amor de un ángel. Un ángel, prosiguió Isabel fijando ahora los ojos en el jóven; á quien no es posible deje de mirar con la mayor ternura, y que debia serle un objeto tan sagrado. Todo lo sé, todo; y, si me he resuelto á hablar del modo que lo hago, bien debe V. considerar la fuerza del interés que me inspira para abrogarme el derecho de dirigirle mis consejos como pienso hacerlo. Mis consejos de amiga, Gonzalo, de hermana, de madre; que no tienden más que á encaminarle á la senda que le corresponde seguir. La senda del deber, la de la gratitud, la que la voz

misma de su propio corazon, á no dudarlo, imperiosa le señala. Obedezca V. á su llamada, Gonzalo: obedezca V. á esa voz interior que le dicta lo que debe; obedezca V. al dictámen de su propio buen juicio, de su excelente corazon, de ese corazon con el que cuento para hacer triunfar la causa en mis manos puesta: la causa que con toda mi alma he abrazado y, se lo aseguro, no tendrá jamás motivo para arrepentirse.

— ¡Amiga, hermana, madre!... ¡y éste es su consejo!... No lo esperé de tan noble corazon. ¡Hermana, madre; y me quiere sacrificar! No lo creyera de V., Isabel; ni lo pensara jamás. ¡La senda del deber, la de la gratitud, la voz de mi propio corazon! Mucho se engaña V., señora, en confundir mi juicio con mis sentimientos. ¡Todo lo sabe V., añadió, todo, y de esa suerte se expresa! ¿Sabe V. lo que es amor? ¿Sabe V. lo que es sentir esta pasion abrasadora que absorbe todo el sér del hombre, que abarca todos sus sentimientos, todos sus pensamientos, y no le deja uno solo desocupado? El deber, la gratitud, repitió; ¿qué son, que pueden ser en la balanza de la pasion? ¿Qué son? una gota de agua en el océano; un grano de arena en la extension del mundo...

El martirio se iba haciendo sublime.

—Pues esta pasion superior á todo otro sentimiento humano, esta pasion que mata todo género de consideraciones, toda clase de sentimientos... que arrolla, si menester fuese, hasta el honor mismo: esta pasion, señora... la siento yo y por ella sacrifico lo que más caro deberia serme en el mundo.

—¡Pobre Elena!

Isabel no se atrevió á articular una palabra más.

—¡Amo á otra! fué la contestacion de Gonzalo.

La víctima gimió interiormente, pero radiante la ficcion de su rostro, radiante con el sello sublime de la predestinacion impresa en él, desde que su martirio comenzára, como una mártir de los antiguos tiempos conquistaba su palma, ésta conquistaba la suya.

—Y ella... ¿le ama á V.? preguntaron los labios ahora cárdenos con la más impasible indiferencia.

Las parejas giraban celeste, rosa y blanco, confundidos como nubes vaporosas; el susurro de la conversacion llenaba la extension de los salones mezclado con los instrumentos; el perfume de las flores hacía una atmósfera de aromas; las alhajas relucian como luces brillantes; pero para Gonzalo lo que tenía delante era un caos.

La confusion, el desórden; y bajo sus piés con abierta boca, un negro y profundo abismo disponiéndose á tragarle.

Un paso solo, y el abismo lo tragaba.

Una palabra incauta, y todo era perdido.

Gonzalo sintió que un vértigo se apoderaba de él.

Sintió el movimiento de sus piés hácia el abierto abismo, y vió la masa negra, informe, de los objetos hacinados á su vista, girar y girar en confusion á su alrededor.

El peligro era inminente.

El abismo en medio de sus horrores encierra una seduccion poderosa; una fascinacion irresistible que atrae al alma sin casi poderlo resistir.

Y Gonzalo, turbándose por momentos sus sentidos, nublada la vista, palpitante el corazon, y perdida casi la cabeza, va á lanzarse al abismo, cuando la escena de repente cambia, del caos sale una imágen blanca, tranquila, inmóvil, absorbiéndolo todo.

Una imágen que le contempla con fija y paralizada atencion: sus ojos deslumbradores clavados en los de él, pero sin otra expresion que la de la más perfecta tranquilidad.

Una imágen tan serena, tan indiferente, que

una estatua no hubiera podido mostrarse más impasible.

La virtud con todo su aplomo, con toda su fortaleza, con toda su tranquila compostura y firme confianza asentada sobre la frente, reposando en los ojos, resplandeciendo en la sonrisa y dominando toda la persona.

—¿Y ella le ama á V.? repitió la melodiosa voz siempre entera y sin alterarse.

—No, fué la contestacion, salida al parecer del fondo de algun sepulcro; tan extraños eran los acentos con que el monosílabo fué pronunciado. Seguramente me detesta, añadió el jóven con profundo despecho y concentrada agonía, porque me mata.

—¡Y por ese amor tan mal correspondido, dijo la mártir siempre con la misma serenidad; huella V. otros sentimientos tan apreciables, otras consideraciones tan sagradas! ¡Ah, Gonzalo! Yo, su amiga sincera, yo que le quiero á V. como la más cariñosa hermana, con todo su interés, con todo su afectuoso cariño, yo se lo aconsejo como lo pudiera hacer ella, que deseche de sí ese malhadado amor, que lo arroje de su pecho como pudiera hacer con una víbora dañina; y siga á la clara estrella del deber, que, semejante á la que en

otro tiempo señaló el camino de un bendito portal, le habrá de conducir por la senda de la dicha.

—¡V. me lo aconseja! ¡V. me lo aconseja! que deseche de mi pensamiento el amor tan mal correspondido; que lo arroje de mi pecho como si fuera una víbora dañina: ¿y sabe V. lo que hace al aconsejarme esto?

—Lo que haria su mejor amiga de V. Lo que haria su propia hermana. Lo que haria su misma madre, esa madre virtuosa de quien tantas veces he oido á V. hablar; esa madre cuyo recuerdo es tan sagrado para el corazon de su hijo.

Los ojos del jóven se humedecieron, é Isabel conoció su ventajosa posicion.

—Si no lo quisiera á V. con el más puro y desinteresado cariño, si no me inspirara el propio interés de un hermano, con todo su tranquilo y razonado afecto, tan distinto del sentimiento que ofusca á V., tan dueño de sí mismo y tan apto para medir la extension y profundidad de las cosas, no osaria intervenir en asuntos de esta naturaleza. Fuera como uno de tantos testigos, indiferente á las acciones y sentimientos de los demás; pero, impulsada del más sincero cariño, movida del más vivo interés por los sufrimientos que en

la mano de V. está el remediar, no es sino justificable la parte que en el asunto me tomo. Si grande ha sido la estimacion en que he tenido á V. y muy favorable la opinion que me ha merecido, aún ganará V. en mi concepto y en mi estimacion, si se conduce como hombre fuerte, haciendo el sacrificio que tanto le cuesta. Pero, si sucede lo contrario, ¿qué es lo que se puede esperar?... No me culpe V. despues si la amiga deja de serlo, si la hermana rechaza al hermano, y la antigua amistad es reemplazada por la frialdad y la indiferencia, porque el responsable de todo será V. y no podrá V. hacer reconvenciones.

¡Perderla por completo!

¡Perder hasta el consuelo de su amistad, el alivio de su cariño, el bálsamo de su simpatía, el elíxir de sus palabras!

¡Horrible pensamiento!

¡Sacrificarlo todo!... ¡y de una vez!...

Obedecer sus consejos, hacerse digno de ella, ¿no era aproximársele?

Mostrarse lo que ella le juzgaba, y continuar mereciendo su estimacion, ¿no era preferible?

Alcanzar el todo, ¿no era una imposibilidad tan grande como apoderarse de las estrellas?

La pura frente, los tranquilos ojos, la resplandeciente sonrisa y aplomo del semblante, formaban su mejor respuesta.

Herméticamente cerrado aquel corazón virtuoso, hubiera sido en balde poner en juego los recursos más exquisitos de la seducción: ni el hábito más suave hubiera jamás empañado el bruñido de su pureza.

Gonzalo se persuadió de ello por completo.

Lo había siempre sentido, pero no lo conoció en toda su extensión hasta este momento.

Mudo su labio de una vez, callada la voz tumultuosa de la pasión, y recogido en los confines de su pecho, como una víbora enroscada, el amor cuyo venenoso aliento no podía desde allí empañar el lustre de aquella virtud acrisolada, cedió el joven á la mujer que amaba, como un noble romano (1), ejemplo de firmeza y sostenimiento, y con la misma magnanimidad que él cedió á los ruegos de su madre.

«Has salvado á Roma; pero perdido á tu hijo,» fueron las palabras del romano.

«Has salvado mi honor, pero sacrificado mi co-

(1) Coriolano.

razon,)» fueron las de Gonzalo, y el martirio se consumó.

La palma fué conquistada; la corona ciñó las sienes, y el mártir se sublimó.

—Disponga V. de mí, dijo el jóven. Haga V. de mí lo que mejor le parezca. Su voluntad es mi ley, y á todo sabré someterme. Nada soy, nada siento. De hoy en adelante el corazon murió en mí y la vida de la imaginacion pereció para siempre.

—Empezará la de la razon; la vida real y verdadera, y el fruto abundante de la cosecha sembrada, le respondió Isabel. La cosecha cuyos primeros granos me jactaré de haber sido la primera en sembrar; y cuyos dulces productos me complaceré en ver. Es vacío, pobre é incapaz de llenar las aspiraciones del corazon, el amor sin correspondencia; es triste y sombrío su aspecto; tétrica su naturaleza; y, por poderoso que sea, impotente para sobrevivir aislado por largo espacio de tiempo; miéntras que el amor puro é inocente, el amor intenso y verdadero que habrá V. de trocar ahora por la malaventurada pasion tan enemiga de su reposo, tan ponzoñosa para su corazon, habrá de satisfacer por completo los deseos todos de su alma. Esto lo pronostico: esto lo auguro á V. con

la plena confianza de que no me equivoco, y el tiempo, amigo mio, nos lo dirá.

—Dejémonos de porvenir, Isabel, olvidémoslo, y vivamos sólo en el presente. Un caos el pasado, un martirio el futuro... nada más veo, nada quiero ver más que lo que alcanza la vista hoy. Las ilusiones, las esperanzas, las imágenes, los sueños, se los traga voraces el golfo que de aquí en adelante me separa de mi sér. Vivamos hoy esta vida que mi destino me señala, y no nos entretengamos con lo que pudo haber sido ayer, ni con lo que puede ser mañana.

¡Cuán alegres continuaban girando las mariposas!

¡Cuán indiferentes á las emociones de aquellos dos corazones volteaban á su alrededor!

¡Cómo se aumentaba la animacion del cuadro!... y ¡cuán ignorante estaba del tesoro que poseía D. Álvaro Montoya!... Allí sentado en uno de los extremos del primer salon, en íntima conversacion con el señor de la casa, cambios, letras, fondos, títulos y cupones formaban el asunto de sus debates.

¿Qué era para él la alegre escena que pasaba á su alrededor? ¿Qué era para él la armonía de la música, la alegría de la juventud, los goces de los

demás? ¿Qué habia para él, *en fin, en el mundo* más que el negocio del tanto por ciento?

Entre tanto no sufría la conversacion en el divan la menor interrupcion.

—Y no sólo, continuaba Isabel, deberá V. cuanto ántes acudir á devolver la vida á esa pobre niña, y la esperanza á esa desgraciada madre, sino que al propio tiempo, será preciso hacerlo de modo que su delicadeza no sufra. Preciso es evitarles ese martirio, y realizar con la mayor perfeccion la obra que va V. á acometer. Bajo un solo nombre puede V. comparecer en aquella casa: bajo un solo aspecto puede V. ser admitido... pero, exclamó interrumpiéndose, no necesito instar sobre este punto. Sé bien cuánto puede dar de sí el corazon de V. y en sus manos dejo lo que le corresponde hacer.

Presente todo á su imaginacion de mujer, presente todo á su corazon tan grande, nada descuidaba; y sin embargo, las fuerzas le alcanzaron hasta el fin, y no le faltaron ni la voz, ni la expresion del semblante, ni el tranquilo continente.

Nada le faltó.

Era admirable su valor; y el espíritu que desde la noche anterior la sostenia, la acompañó hasta la consumacion de su obra.

Fatigada despues, se reclinó sobre su asiento, y no articuló una palabra más.

Gonzalo se estaba ahogando.

Habia representado su papel con tan extrema violencia, que le faltaban las fuerzas para continuar en él.

Cumplidos sus más íntimos presentimientos, abandonó el divan; y sin permitirle sus empañados ojos observar objeto alguno á su alrededor, desapareció del baile.

Isabel cayó en la más profunda postracion; pero, despertada de ella, como media hora despues de la desaparicion de Gonzalo, por la aproximacion de D. Álvaro que le anunció su voluntad de retirarse, volvió á manifestarse firme y serena para atravesar los salones.

Las mariposas, las que estaban sentadas formando la tapicería, los que hacian de columnas, la masa de la reunion, en fin, fijaron de nuevo la atencion en ella, y nuevamente fué objeto de conversaciones y de la más inequívoca admiracion; así es que la jóven se alejó del baile, en medio del pesar de la numerosa concurrencia.

Las columnas le abrieron paso con el más profundo sentimiento; las mariposas la hicieron asunto de sus más entusiastas elogios.

En tanto llegó Isabel á su casa...

Abierto el balcon de su tocador y débilmente iluminada la habitacion por una moribunda luz, lucia con esplendor el estrellado firmamento.

El aire de la noche era fresco; pero , insensible Isabel, con su ligero vestido de baile se dirigió á la ventana, y fijó los ojos en las multiplicadas estrellas que tachonaban el cielo, tan brillantes como la noche en que se resolvió á su primer sacrificio.

Pero, cansada su naturaleza, falta ya por completo de fuerzas, sucumbió de una vez.

Un sollozo imposible de reprimir salió del fondo de su corazon , y un torrente de lágrimas inundó su rostro.

Las estrellas, únicos testigos de aquel llanto; las estrellas, sus únicas confidentes ; las estrellas, mudas consoladoras de su aficcion , no ménos piadosas en aquella ocasion que en la del primer sacrificio, lograron por fin lo que entónces ; y, como si sobre el alma martirizada hubieran derramado el bálsamo de su consuelo sensaciones otra vez experimentadas, nuevamente devolvieron esos antiguos sentimientos la tranquilidad á la jóven, que pudo en breve ir á reunirse con su marido, dueña otra vez por completo de sí misma.

CAPÍTULO III.

¡La noche!... pensamientos que durante sus horas silenciosas atormentais la imaginacion... ¿quién desconoce y ha dejado de experimentar vuestro melancólico efecto?

Pero ¿dónde hay algo que iguale al vacío, al malestar, al desconsuelo que el despertar ofrece despues de una noche fecunda en dolores y tormentos?

¡La mañana! el peso de la realidad, el sentimiento doloroso de lo que acongoja ¿es efectivamente cierto y no vision fantástica ó pensamiento acalorado de la excitada mente? ¿No es una cosa bien triste? ¿Qué noche puede compararse á lo que la mañana trae consigo?

Esa vaga, indefinible, pero tan pesarosa sensacion que el corazon recibe con la luz del dia;

ese peso abrumador que agobia al espíritu; esa invencible inquietud que oprime todo el sér; ese desconsuelo que abarca el horizonte de la vista intelectual, las potencias todas del alma, ¿qué comparacion admite con los pensamientos de la noche?

La mañana llegó para Gonzalo Figueras; y, concentradas sus sensaciones todas de la noche anterior en este indefinible sentimiento que la aurora de otro dia trae consigo, le encontró entregado á toda la amargura de sus sufrimientos.

¡La realidad, la desilusion, el desengaño, las esperanzas perdidas, los sueños desvanecidos, la vida árida, estéril y sin otro objeto!... hé aquí los pensamientos que torturaban su imaginacion; hé aquí los causantes del malestar que oprimia su corazon.

Siéndole imposible permanecer en la cama en este estado, no bien entró en su cuarto la sonrosada claridad del amanecer, se levantó, y, vestido presurosamente, salió de su habitacion sin propósito determinado, y sólo con la idea de cambiar de terreno y de librarse del peso de sus pensamientos.

¡Cambiar de terreno cuando el mal que experimentaba procedia de sí mismo! ¡cambiar de

terreno cuando el teatro de sus sufrimientos se hallaba dentro de su persona!

¿Podía huir de sí?

¿Era posible esto?

Discurrió, sin embargo, algunos minutos por un lado y otro, dió sus paseos por la extension del piso en que se hallaban situadas sus habitaciones, y por último, dirigiendo los pasos á la azotea de la casa, siempre inquieto, siempre presa del mismo invencible malestar, dejó aquí que sus pensamientos le rigieran.

Era una mañana hermosa.

Claro y despejado el alto cielo; ni una nube en el horizonte! Bajo aún, el sol derramaba sus rayos sobre la mar y la hacía aparecer como un paño de oro; los bajeles se diseñaban en lontananza apénas movidos en la tranquila bahía, serena como una inmensa fuente; los pájaros gorjeaban sus himnos matutinos; la brisa pura de la mañana embalsamaba el aire; la blanca ciudad, tranquila y sosegada, elevaba al cielo las torres de sus casas, y las cúpulas de sus iglesias, apénas teñidas de algun reflejo dorado; las campanas repicaban sus toques de mañana, invitando á los fieles á acudir á su llamamiento.

Pero Gonzalo contemplaba todo esto sin tomar parte en ello.

Fuertemente preocupado, pasaba la vista ya sobre el extenso mar, ya sobre los bajeles anclados, ya sobre los dorados rayos, ya sobre las torres contiguas, siempre con igual indiferencia, porque todos los objetos eran ineficaces para distraer la corriente de sus ideas.

Anoche aún soñaba; anoche aún abrigaba una halagüeña esperanza; anoche aún, á pesar de sus temores y desconfianza, alimentaba el consuelo de la ilusion y el encanto de la duda; pero hoy, desvanecido el sueño mentiroso, desvanecida la halagüeña esperanza, confirmados los recelos todos, marchito el consuelo de la ilusion... la duda ha dejado de existir.

Una mujer que ama, ¿es capaz de hacer lo que Isabel ha hecho?

La mujer que ama, ¿es capaz de ocultar hasta tal extremo el secreto de su amor?

La mujer que ama, ¿es capaz de sacrificar el objeto querido?

No: le decia su corazon de hombre á Gonzalo.

No: le repetia su voluntad varonil.

Pero su corazon de hombre y su voluntad va-

ronil así le hablaban, porque Gonzalo, como la generalidad de los de su sexo, desconocía el carácter verdadero de la mujer, la fuerza de su abnegacion, y su heroísmo cuando el deber le impone sacrificios enormes, sacrificios rara vez comprendidos, privados hasta de la recompensa de darse á conocer.

Pero ¿qué extraño es que así sea cuando su mayor mérito consiste en el pudor que los oculta?

¿Qué extraño es que pasen inadvertidos cuando nada les concede su virtud en galardón?

Mudo el amor propio en la mujer, la compensacion otorgada al hombre en cambio del más insignificante de los sacrificios que él consume, le es á ella negada por su propia delicadeza: por eso su heroísmo se desconoce, y sus sacrificios no se aprecian ni se comprenden.

Isabel no le amaba: estos eran los pensamientos del jóven Figueras; Isabel le profesaba puramente un afecto fraternal...

¡El velo de su ilusion se habia descorrido con inhumana prontitud; y la verdad desnuda de todo halago se habia presentado patente ante sus ojos!

El amor en toda la fuerza de su naturaleza, en toda la plenitud de su idealismo, en todo su ardor... ¡desengañado!

La venda quitada, la esperanza perdida, el objeto amado, lleno de frialdad é indiferencia, respondiendo con los sentimientos de la amistad á otro sentimiento más ardoroso, sordo á la voz de la pasión sedienta de correspondencia, y avaro de sus favores, no concede la más pequeña merced á quien lo busca con ardor.

Que ame á otra; que sea el marido de otra, ha sido el consejo de Isabel, y Gonzalo ha prometido cumplirlo.

Ha prometido seguir la voz del corazón de su amiga y cuanto ántes entregarse á la obediencia.

El cumplir la voluntad de Isabel, el manifestarse sumiso á su dictámen y dispuesto á conservar el aprecio que le merece, ¿no es hacerse digno de ella?

¿Habrá de sacrificar estos sentimientos juntamente con su amor? No.

Sería horrible perderla por completo, y le falta el ánimo para ello.

Además, su palabra está empeñada, y su destino así lo quiere.

Cúmplase la voluntad del hado...

El sol se había elevado en el horizonte, en tanto que este tumulto de pensamientos cruzaban por

la mente del jóven; y, calorosos sus rayos, le obligaron al fin á abandonar la azotea.

Despiertos y levantados ya al volver á su habitacion algunos de los miembros de la familia, le sorprendió sobremanera encontrarse en su camino con los niños, que alegres le salieron al encuentro y se arrojaron en sus brazos.

—Somos vecinos, dijo la viva Inés adivinando *incontinenti* la natural sorpresa del jóven. Desde ayer; ya no dormimos junto á Isabel.

—¿Y cómo es eso? preguntó Gonzalo, tal vez presintiendo la verdadera causa.

—Don Álvaro no quiere, respondió la niña. Isabel no me lo ha dicho, pero yo lo he conocido. Á mí nada se me escapa, añadió con el aire de importancia que tan gracioso le era, y el pobre Carlitos ha estado llorando toda la noche. Si no fuera por mí, no sé lo que hubiera sido de él. Es la primera vez que duerme léjos de Isabel y no lo puede resistir.

—¿Y por qué ha sido esto? volvió á preguntar Gonzalo.

—Bien lo sé yo, Gonzalo mio. Porque ni don Álvaro ni otra persona que yo conozco nos quieren para nada.

—¡Otra persona! ¿Y quién puede ser esa otra?

—Una persona que ántes nos colmaba de caricias, que jugaba con nosotros y tomaba nuestra defensa cuando alguien nos reñía; pero que hace algun tiempo ha dejado de querernos y no trata más que de buscar ocasiones para mortificarnos y hacer que D. Álvaro se incomode con nosotros. ¡Cómo si no lo conociera yo!

—¿Y quién es esa persona?

—Francisco Cadenas. ¡Tanto como yo le queria ántes!... ahora lo aborrezco. Tiene la culpa de todo. D. Álvaro no hace más que lo que él quiere; y él habrá sido quien le habrá aconsejado que nos separe de Isabel.

Gonzalo trató de disuadirla de semejante creencia, juzgando puramente una exageracion de la precocidad el juicio formado del cajero, sin sospechar la malignidad y diabólicas intenciones de su desconocido rival; pero, ineficaces sus razones para destruir la íntima conviccion de la niña, se hizo inútil todo género de disuasion.

Y no sólo contra ellos, sino juntamente contra su desvalido padre, iba dirigido el encono de su enemigo: no sólo contra ellos habia sido enarbolada en aquella casa la bandera de las hostilidades, sino contra el mismo Aguilera (á Inés nada se le escapaba), y, aunque ineficaces los ataques constantes

para debilitar la fuerza moral del veterano, y sujetarlo al destierro impuesto á ellos, bastaban no obstante para revelar lo que la niña á pesar de su corta edad no habia podido ménos de adivinar.

—D. Álvaro está cansado de nosotros. Quisiera verse libre de una vez, y está arrepentido de cuanto á Isabel ofreció. No me digas que no, Gonzalo. Yo sé bien lo que digo; y no lo repetiré, porque se incomodaria Isabel; pero á tí te lo puedo decir, á tí que nos quieres como ella misma, y que no serás capaz de unirte á ellos para mortificarnos...

Era en vano rebatirla.

La profunda conviccion de la criatura desafiaba todo género de reflexiones; y, apoyadas sus afirmaciones en infinitos rasgos demostrativos del hecho, no era posible dejase Gonzalo de recibir alguna parte de su impresion.

Un pesar más fué agregado á los ya aglomerados sobre su alma.

Isabel sufría, y no estaba en su mano el consolarla.

Isabel padecía en lo más íntimo de su corazón, y le estaba vedado aliviar su quebranto ó intervenir en lo más leve para dulcificárselo.

Dos líneas paralelas que no debían jamás encon-

trarse... era inútil luchar contra la fuerza del sino.

El jóven inclinó resignado la cabeza, y volvió de nuevo á pensar en lo que ántes le preocupaba, teniendo los niños á su vista, testigos indiferentes á la lucha de su corazon.

Se desayunó con ellos en la nueva habitacion, de donde no habian ahora de alejarse un solo instante, y en seguida se fué á la calle.

Temprano aún , pero seguro de que sería bien recibido, se dirigió sin demora á la casa de don German ; y, compareciendo en el escritorio, anunció á Antonio Rosales su deseo de ver cuanto ántes á su principal.

Nada fuerte Antonio, como ya se sabe, en el movimiento de la sin hueso, pero tan cuidadoso en su muda sumision de los intereses y de todo lo que pertenecia al comerciante, expresó por un movimiento negativo de cabeza y un gesto indicativo de que éste se hallaba aún en la cama, la imposibilidad de verle.

—No importa, respondió Gonzalo. Tengo que hablarle con precision....

Otro movimiento expresivo de que á él le era esto bien indiferente, formó ahora toda la respuesta del dependiente.

Pero nada; sin desanimarse Gonzalo, siguió en su tema.

—Tengo que verle con precision, repitió.

La cabeza negó de nuevo, y la mano continuó escribiendo con calma, inmóvil el cuerpo delante de la carpeta.

—El Sr. D. German no agradecerá lo que está V. haciendo.

Antonio escuchó con atencion.

—Vengo á hablarle de un asunto en extremo importante, y no está bien que V. me rehuse verle cuanto ántes.

Rosales saltó del banco instantáneamente, y desapareció como por encanto del escritorio.

Entre tanto recogia Gonzalo sus pensamientos y estudiaba lo que le correspondia decir en la próxima entrevista.

En breve reapareció el dependiente.

El jóven le interrogó.

La mano indicó la puerta, y, comprendido el movimiento, preguntó en seguida Gonzalo adónde habia de dirigir los pasos.

Ineficaz ahora la accion para responder á esta pregunta, no tuvo la perezosa lengua más remedio que ponerse en juego.

—A su dormitorio, dijo con esfuerzo; y, vol-

viendo Antonio sin más palabras á su puesto, tomó Gonzalo la direccion indicada.

Esperado por D. German, no bien fueron escuchados sus pasos, le salió éste al encuentro, y le abrazó con efusion.

—Sé á lo que vienes, fueron sus primeras palabras. Sé el objeto que aquí te trae tan temprano, y gracias doy á Dios que tal ha permitido. ¡Las mujeres, las encantadoras mujeres! ¡Los ángeles terrestres, que todo lo consiguen de nosotros! exclamó con entusiasmo. ¡Si lo sabria yo!...

Gonzalo habia en el ínterin penetrado en la habitacion, ocupado un asiento, y quitádose el sombrero.

D. German se lo volvió á aproximar dejando al propio tiempo caer una mano sobre su hombro.

—¿Me he equivocado? ¿Cedes á la razon? ¿Te prestas á lo que de tí se exige? ¿Devuelves la vida á Elena? ¿La esperanza á Magdalena? ¿Nos haces á todos felices?...

La voz le faltó, y Gonzalo le estrechó una mano entre las suyas.

—Ha acertado V., dijo con la más profunda melancolía en sus acentos. Me presto á cuanto de

mí se exige. Devuelvo la vida á Elena; la esperanza á Magdalena, y á todos hago felices. Más no se puede esperar...

—Te habló Isabel...

—Ha dispuesto de mí.

—Tu amor ha sido vencido.

—Ha sido asesinado, prorumpió el jóven. Ese amor exquisito y privilegiado; ese amor intenso, profundo y arraigado; ese amor, delicia de mi corazón, sueño encantador de mi mente, ilusión única de mi imaginacion, poesía fantástica de mi vida... ha sido asesinado, repitió con acentos desgarradores.

D. German le miró lleno de compasion y simpatía, y, creyendo suya la culpa de esto, suya la responsabilidad de los martirios impuestos á este corazón apasionado, el remordimiento que le acometió el dia anterior en la presencia de Isabel volvió á apoderarse de él nuevamente.

Pero, en medio de todo, venciendo este sentimiento por la rectitud de sus principios, por la honradez y el pundonor de su alma virtuosa y el íntimo convencimiento de haber obrado conforme al dictámen de su conciencia, conforme á los intereses del jóven, se guardó bien de estimular con la más débil palabra los excitados sentimientos

cuyo arriesgado curso le habia encomendado el destino atajar tan á tiempo.

Él habia sido el medio de salvar á todos : á la niña moribunda, á la madre desgraciada, á la mujer virtuosa, cuyo puro honor no debia jamás empañar la más ligera sombra de sospecha; al jóven apasionado lanzado al borde de un precipicio; y no era sino natural que desapareciera brevemente todo género de remordimiento ante el halago de esta grata satisfaccion.

Isabel habia cumplido su palabra; Isabel habia obrado como esposa y como mujer, y nada le quedaba ya que hacer á D. German.

Enterado por Gonzalo de lo que entre ellos habia pasado la noche anterior, de las eficaces instancias, del irresistible prestigio de la mujer, y de todo lo que se habia comprometido á cumplir el esclavo, nada dejó de oir, excepto lo que harto bien sabía ya, aunque resuelto á no tocar á ello nunca.

Hubiera sido una felonía, y el hombre virtuoso era incapaz de cometerla.

—Era una locura, Gonzalo mio, decia haciéndose el desentendido, pero dirigiendo siempre bien sus palabras, sacrificar los sentimientos buenos de

tu corazón á una mera sombra. El amor aislado, ¿qué es sino un espectro indigno de destruir la vida del corazón?

—Lo sé. Conozco toda la locura de mi pasión, pero el amor no conoce razones. Harto he luchado contra él. Harto he tratado de vencerlo. Es inútil. Pero, añadió el jóven pasándose la mano por la frente como para borrar de allí alguna imagen atormentadora; ¿á qué hablar más de él? Todo pasó ya, y lo pasado... no quiero ni recordarlo. Ocupémonos en lo presente; en lo que me corresponde hacer; ocupémonos en cumplir mi destino, y dejémonos de lo demás. Aquí he venido para ponerme en las manos de V. Aquí he venido para empezar de una vez la vida nueva que hoy se abre para mí.

D. German, sin pérdida de tiempo, procedió á arreglar el asunto como más conveniente juzgaba.

Sería él (D. German) el heraldo de las felices nuevas; prepararía el camino para la llegada de Gonzalo; dispondría los espíritus de madre é hija, para que su delicadeza no sufriera con el inesperado acontecimiento; allanaría todo género de dificultades; y nada, en fin, dejaría desatendido en circunstancias de tanto empeño.

Rebosaba entre tanto su corazón de alegría, é iba creciendo su emoción de tal manera á medida que expresaba estos sentimientos, que causaba risa verlo.

Tan pronto abrazaba á Gonzalo como volvía á llorar y á reírse; y, confundidas sus lágrimas con su risa, y difundida sobre su fisonomía aquella señalada expresión característica de los buenos, aquel sello infalible impreso en el semblante de los aproximados á las intenciones de Dios, hubiera sido preciso tener un corazón de piedra para no experimentar algo de estos nobles y generosos sentimientos.

Gonzalo se sintió contagiado, y el contagio le aprovechó.

Aquel ejemplo elevó su corazón, é hizo más por él de lo que pudiera haber conseguido un año de reflexión.

Con el espíritu más tranquilo que lo había tenido hacía mucho tiempo, se avino á cuanto su buen ángel le prescribía, y prometiendo, conforme á lo dispuesto por éste acudir aquella tarde misma á la casa de Magdalena, dejó la presencia del comerciante, entregado á mejores sentimientos de los que trajera cuando vino de su casa.

La mañana había entre tanto avanzado, y, exi-



giendo la rigurosa puntualidad de D. Álvaro Montoya la más estricta exactitud en cuantas personas dependian de él, sin tardanza alguna se dirigió el sobrino al escritorio del tío, en tanto que D. German, celebrando alegre su victoria, convidaba á Antonio Rosales á almorzar, é inauguraba, con un apetito voraz y el más ámplio honor al desayuno, otra página dorada en la historia de su vida, haciendo perderse al dependiente en el campo de las conjeturas.

Era curiosa, en verdad, la expresion de la fisonomía de Rosales durante todo el tiempo de su almuerzo: la expresion de curiosidad, sorpresa é interés pintada en su semblante, y al través de todo esto resplandeciendo la más profunda humildad y respetuosa deferencia. Y no era extraño que despertara esta expresion de D. German el deseo de satisfacerla; pero, contenido por el sigilo encomendado por Isabel, tranquilo por Gonzalo de seguir sus impulsos naturales, se sujetó reflexivo al dictámen de la prudencia.

Innecesario, sin embargo, para Rosales el ser conocedor de la causa de la alegría de su principal, bastábale sólo presenciaria para tomar tanta parte en ella como si estuviera en el secreto.

Si D. German se reia, sonreia él tambien; no

atreviéndose á romper en una abierta risa por temor de cometer una falta enorme de respeto; si D. German cantaba (sépase que D. German aquella mañana, en el éxtasis de su alegría, hizo de todo), tarareaba él tambien, aunque en tan baja voz que ni un raton lo hubiera hecho más quedo; si D. German decia que nunca habia visto huevos más descomunales, manteca más rica, pan más exquisito, chocolate mejor condimentado, repetia él á su vez, pero siempre para sus adentros, que efectivamente en todos los dias de su vida no se habia visto cosa semejante...

Barómetro de su principal, arreglaba su sér á la atmósfera en que aquél vivia; é identificaba su vida moral con la del regenerador de su alma, distribuia sus luces y sombras conforme á la distribucion de las de aquél.

¡Ay! si los malos pudieran conocer las ventajas de los buenos, si pudieran sondear los privilegios que les son concedidos, buenos habian de ser hasta por egoismo é interés.

CAPÍTULO IV.

Mis telones se vuelven á correr, y aparece la salita de Magdalena con su humilde sofá, sus escasas sillas, su pequeño velador y su canario en la jaula, tal como se ha visto otras tantas veces sin variacion ninguna, y tal como lo dejamos todo en la mañana del dia anterior al que corre, con sólo la diferencia de que en vez de hallarse el lirio blanco tendido sobre el sofá, como en aquella mañana, se incorpora ahora en él sostenida por almohadas, blanca siempre y demacrada su infantil fisonomía, pero aparentemente reanimada por alguna esperanza halagüeña.

Sus ojos lo dicen: sus ojos tan lánguidos de costumbre, de tan melancólica expresion, revelan el cambio en su existencia, y la suave sonrisa,

jugueteando en sus delgados y pálidos labios, se une para confirmarlo.

Lo descubre también su actitud; hasta su mismo tocador, tan estudiado y primoroso, como si estuviera dispuesto para un baile: su misma voz fortalecida al dirigir la palabra á su madre, que, sentada á su lado en el mismo sitio en que la dejamos la última vez, más que nunca tierna y amorosa contempla gozando la maravillosa transformación.

Era, en efecto, portentosa, y la madre apenas se convencía de su realidad.

No es que la niña doliente, de pronto haya sanado: no es que de repente haya recibido el elixir de la vida: es que ha rechazado á la muerte, alejándola por el instante, mostrándose dispuesta á hacer por vivir; y esto basta por ahora para el corazón de su madre.

Es muy grande su consuelo, es muy grande el beneficio recibido para que Magdalena se ocupe en otra cosa, y lo presente le sobra para colmarla de alegría.

—Ya no me moriré, decía el lirio blanco mirando á su madre con la mayor ternura. Pronto, muy pronto estaré buena: y cuando los

árboles echen hojas, y las plantas flores, en el mes de Mayo, el mes de la Vírgen que yo tanto amo, ese mes que creia pasar ya en mi sepulcro con el sol sobre mi losa y el canto del buho en mis oidos muertos, lo pasaré entre rosas y azucenas, con el sol sobre mi frente y el canto de mi canario sobre mis oidos vivos. ¿No es verdad, madre mia?

—Y el amor de tu marido, hermosteándolo todo, ángel mio.

—¡Mi marido Gonzalo!... Parece un sueño. ¡Y me amaba siempre; y yo no lo sabía! ¿Qué hora es? preguntó de repente.

—La madre examinó su reloj. Las cinco menos cuarto, contestó.

—¡Las cinco! Quince minutos todavía. ¡Qué largo se hace el tiempo! ¿Y vendrá de fijo?

—No lo dudes, hija.

—Le quiero tanto, y quiero tanto vivir para quererle, que tengo miedo de que no venga.

—Espérale de fijo, cuando el reloj dé las cinco.

—¿Y era temor lo que tenía? preguntó la niña contemplando fijamente otra vez á su madre.

—Temor de ser mal recibido; sí, vida mia. Eso le tenía callado, y retraido y separado de aquí.

—Mi corazon me lo decia, cuando tan de veras

le amaba, que no le amaba en balde. Nunca lo dije entónces, madre; bien lo recuerda V. que jamás se lo confesé; pero ya lo puedo decir, ¿no es verdad?

—Él te ama y por esposa te quiere. Nada debe ya estar oculto, ni ningun amor está demás para el que tu marido ha de ser.

—¿Y me pondré pronto buena? ¡Ay, seré su esposa!

—Antes que llegue el mes de Mayo, respondió la madre; ántes que los árboles echen hojas y las plantas flores. Pronto, muy pronto, vida mia, te pondrás buena para ser la mujer de Gonzalo, una mujer de provecho y una esposa virtuosa.

La niña contempló á su madre extasiada; cruzó las manos y elevó los ojos al cielo azul, visible por entre los cristales del balcon.

—Desde que era niña le amaba sin saberlo, dijo despues de una breve pausa; desde que jugaba conmigo y me tomaba en los brazos para besarme; pero nunca lo supe hasta que se fué de aquí: la mañana misma, dijo, reuniendo sus recuerdos: y él me amaba tambien, añadió. ¡Quién me lo hubiera dicho entónces!... ¡Me ama! añadió volviendo á contemplar á su madre con la misma extasiada expresion en su semblante. ¡Mamá! ¿qué hora es? volvió á preguntar.

— Las cinco ménos diez.

— ¡Diez minutos todavía! ¡Qué tiempo tan interminable! ¡Si no vendrá?

— No tarda aún, querida mia. Paciencia, un poco más de paciencia; y ya lo verás venir.

— He soñado estos días, exclamó el lirio blanco despues de otra breve pausa, que me parece haber estado loca. Le he visto, le he hablado, y no he hecho más que pensar en él. Y esta mañana misma, cuando D. German me lo contó todo, aún todavía creia estar soñando. No le entendia al principio. Me parecia mentira: que se burlaba de mí: que me estaba engañando, y que estaba aún dormida. ¡Cómo tarda! añadió interrumpiéndose. ¡Me pondré pronto buena? tornó á preguntar.

— Pronto, pronto, vida mia.

— ¡Ay! sí; pronto, muy pronto, para querer á Gonzalo y no pensar más que en hacerle feliz. Estoy cansada, dijo, dejando caer la cabeza sobre la almohada, donde permaneció postrada algunos momentos.

¡Tan, tan, tan, tan, tan! las cinco en el reloj de una iglesia.

Las cinco: la hora señalada.

Su corazón repitió las campanadas, y Elena se incorporó en el sofá.

La madre le arregló las almohadas, y en muda ansiedad esperó la anunciada visita: la visita anunciada con tan grande delicadeza y exquisito cuidado de no herir en lo más mínimo los sentimientos de madre é hija, que no era posible inquietase recelo alguno el ánimo de una ú otra.

D. German habia cumplido su mision perfectamente, y ningun género de consideracion habia sido desatendido.

El corazon materno, por primera vez en su vida, se confesó equivocado: la doble vista, de continuo tan suspicaz, se dió por confundida; el sentido tan claro, y por lo general tan acertado en sus interpretaciones, se entregó sojuzgado; y sólo D. German tuvo el don de adivinar la verdad.

¿Quién se atrevia á dudar de sus convincentes afirmaciones?

¿Quién se atrevia á dudar de sus concienzudos juicios y bien razonadas palabras? y ¿quién negarse podia á cuanto por él era prescrito en el arreglo de tan interesante negocio?

La boda se efectuaría cuando Elena estuviera mejor, y el consentimiento de D. Álvaro Montoya se hubiera conseguido; y hasta entónces, callado el asunto, no habia de pasar el secreto más allá de los presentes concedores de él.

Un campanillazo conocido; pasos igualmente conocidos en la escalera; pasos tan conocidos como si jamás se hubieran dejado de oír; el crujido de una puerta; una sombra sobre el suelo; un grito de alegría, y Elena fué estrechada contra el pecho de Gonzalo y cubierta de besos.

Obra de un instante la ojeada lanzada sobre ella, el más íntimo remordimiento se apoderó del jóven al reconocer los espantosos estragos debidos á su inhumana conducta; y, súbitamente inspirado del más vivo arrepentimiento y dolor, la compasion, y todos los sentimientos afectuosos que por tantos años le mereciera aquella desgraciada criatura, formaron en su pecho un elocuente lenguaje suficiente para reemplazar bastante bien el de otro sentimiento más vivo.

La estrechó contra el pecho, y la cubrió de besos: ya en la pálida frente, ya en los lánguidos ojos, ya en los lívidos labios, ó ya en las descarnadas manos, que, llevadas con entusiasta ternura á la ardiente boca, fueron bañadas en lágrimas, lágrimas que, á pesar de los esfuerzos del jóven por contenerlas, ahogaban su respiracion y acabaron al fin por correr en abundantes raudales.

Expresion la más grande del mundo, estas lágrimas sinceras derramadas del puro manantial de

un corazón arrepentido.... el sentimiento despertado en este noble corazón, el sentimiento vertido en este llanto verdadero, purificó por completo á Gonzalo de cuantas faltas pudiera haber cometido respecto á la doliente niña, y unió con un eslabón firme y difícil de romper, el corazón compasivo y arrepentido al corazón inocente y enamorado.

Lo que se dijeron mutuamente; las expresiones más ó ménos significativas que de sus labios salieron, después de pasados estos primeros momentos tan deliciosos para la una y tan de prueba para el otro, fueron tal vez frases tan vacías de sentido y pobres de ingenio, como lo pueden ser las de los enamorados más necios; pero, sin embargo, los oídos que mutuamente las recogieron, se dieron juntamente por satisfechos y no se cuidaron de criticarlas.

Era aquella escena capaz de excitar la envidia de los mismos ángeles. La niña doliente sostenida por almohadas, apoyada su linda cabeza en el hombro de su amante, con la misma confianza y descuido con que descansa una criatura en el seno de su madre, y Gonzalo tierno y afectuoso colmándola de las mismas caricias que pudiera prestar á un niño enfermo, vertiendo sobre ella las inexhaustas corrientes de su excesiva sensibilidad,

despertada en toda su fuerza por el resorte de la compasion, y expresadas en la cariñosa proteccion de sus fuertes brazos, en el manantial de ternura revelado en sus palabras y la expresion elevada de su semblante, al sentirse sublimado sobre toda pasion egoista.

En verdad, en verdad que los ángeles mismos pudieran contemplar este cuadro complacidos.

Magdalena los habia dejado solos largo rato para no interrumpirlos con su presencia; pero, cerciorada por el silencio que sucedió á las lágrimas y á las expresiones vivas de los primeros instantes, de haber retrocedido á su curso natural los excitados sentimientos, compareció en la sala; y, dirigiéndose á Gonzalo con gozo inefable le estrechó contra su seno, concentrando en este abrazo los sentimientos todos de su alma, y expresándole más en él que pudieran haber hecho los discursos mejor estudiados.

El crepúsculo habia entre tanto invadido el lugar de la tarde, y la noche avanzaba oscureciendo lentamente con sus sombras los objetos todos.

Apénas se distinguian ya las fisonomías, apénas se dibujaba en la oscuridad la diminuta forma del lirio blanco perdido entre las almohadas, apé-

nas se descubria su marchita faz apoyada en el hombro de Gonzalo, y sus delgadas manos abandonadas á su madre y á su amante... tan densa se iba haciendo la oscuridad, pero hacía felices en las tinieblas á los que para nada necesitaban la luz, y en medio de esta creciente sombra se entregaban mutuamente á la fuerza de sus sensaciones. El lirio blanco, tranquila, reposando sobre el pecho que idolatraba, gozaba bebiendo los acentos que le devolvian la vida: él, que se sentia elevado con el sacrificio que se habia impuesto, consumándolo sin vacilar y llenando por completo las ilusiones del corazon que junto al suyo latia: la madre, en tanto, placentera gozando de la escena y dando gracias al Señor de que tal le permitiera ver.

¡Cuál no era la ventura gozada por dos de aquellos corazones!

¡Cuál no era la satisfaccion mútua de todos ellos al expresar los diversos sentimientos que los ocupaban!...

D. German habia hecho tanto, que, fácil para Gonzalo la parte que le correspondia, con sólo seguir los impulsos de su corazon sensible, con sólo obedecer los instintos de la compasion y el tierno afecto protector que durante tantos años le

merecia su hermana adoptiva, hacía todo cuanto se le podia pedir.

Más no se podia apetecer que aquella extremada atencion, que aquel apegado afecto, aquel inmenso interés, aquella incansable ternura con que el espíritu infatigable se esforzaba por prestar todo género de cuidados.

¿Podia pedirse más al que con tan exquisito esmero arreglaba las almohadas, sostenia el dolorido cuerpo, daba apoyo á la linda cabeza, frotaba las frias manos y derramaba toda especie de consuelos en sus cariñosas palabras?

¿Podia pedirse más al que rivalizaba con la madre, desde el momento de aproximarse á la doliente niña, en afectuosas atenciones?

La tarde se pasó de esta suerte: el lirio blanco colmada de cuidados y ternura: y el jóven consagrado por entero á ella, indemnizándola del mal que le habia causado.

Y el crepúsculo fué reemplazado por la noche, y las estrellas llenaron el firmamento, y los faroles de la calle se encendieron, y aún duraba esta misma escena: la niña descansando embelesada en el hombro de Gonzalo, la madre á su otro lado acariciando una de sus manos, y la salita sumer-

gida en la más vaga oscuridad, oyéndose en medio de ella alternativamente los acentos de todos.

—¿Y me amarás siempre así? decia Elena una de las veces en que Gonzalo le hubo arreglado las almohadas: ¿y no variarás nunca con tu pobre niña?

Gonzalo se llevó á los labios la mano que asía entre las suyas.

—¿Y nos casaremos en Mayo, en el mes de las flores, en el mes de la Vírgen que yo amo tanto? preguntó Elena. Y estaré yo entónces buena, buena como siempre he estado. Nunca he sido fuerte, bien lo sabes, Gonzalo, y no debes esperar que lo sea jamás. ¡Qué bueno eres, añadió, casándote conmigo!

Gonzalo por toda respuesta besó la pura frente.

—¡Soy tan distinta de las demás mujeres! tan niña, tan... ¿pero me amarás siempre mucho? preguntó interrumpiéndose. ¿Tanto como yo te amo? Madre, exclamó la niña volviéndose ahora á Magdalena, ¿y nos casaremos en Mayo? En el mes de las flores; en el mes de la Vírgen: ¿no es verdad que sí, madre mia?

—Si D. Álvaro consiente, contestó la viuda.

—D. Álvaro, repitió Elena, hará lo que Isabel diga. ¡Isabel, su mujer, tan buena y hermosa, que

nadie en el mundo la iguala! ¿Por qué tiembles, Gonzalo, y te separas de mí? ¿Qué he dicho, qué he hecho yo para que te enfades conmigo? y la cabeza apoyada en el hombro de Gonzalo se hundió aún más sobre el pecho que la sostenía.

—¡Yo enfadarme! y la mano de Gonzalo acarició la suave cabellera y aproximó más hácia sí el frágil y diminuto cuerpo.

—Pero temblaste, insistió el lirio blanco, y se te ha puesto helada la mano.

—¡Qué ilusion! contestó el jóven acariciándole de nuevo la cabeza.

Elena se tranquilizó, y, entregándose otra vez á su embeleso, pareció dormitar por algunos instantes.

Un silencio profundo sucedió, y sintiendo la madre y Gonzalo las delgadas manos más laxas entre las suyas, conocieron que el sueño habia al fin rendido á la naturaleza cansada.

Largo este descanso, y en extremo provechoso, lo conservaron la madre y Gonzalo con el más extremo cuidado, y avanzada ya la hora cuando la niña despertó, apénas abrió los ojos juzgó Gonzalo oportuno retirarse.

Abrazó á su madre adoptiva y á su prometida esposa con la mayor ternura; y, prometiéndoles volver al dia siguiente, á la misma hora que lo habia hecho éste, se separó de ellas, creyendo en parte realizado el pronóstico de Isabel; dominado casi su espíritu, se imaginó ver brillar ante sus ojos una estrella reluciente que le mostraba la senda de la felicidad.

Era la estrella del deber, cuya clara luz le aconsejó Isabel que siguiera, y cuyos goces empezaba ya á saborear en cierta tranquilidad de espíritu, conquistada en aquel primer paso dado en la senda del olvido de una pasion prohibida.

La propia satisfaccion, el convencimiento de haber obrado conforme al dictámen de la conciencia, juez interior, nunca negligente en su sublime ministerio; la íntima conviccion de tener de qué acusarse y de haberse elevado sobre sí mismo, derramó sobre Gonzalo consuelos tan infinitos y balsámicos, tan inefablemente dulces y beneficiosos, que el jóven se desconocia á sí mismo, ignorante hasta aquel momento de la infinita tension de su propio corazon y de los tesoros en él ocultos; y, deseoso de ponerlos á la prueba, aunque avanzada la hora, como ya se ha dicho, cuando penetró en casa, procedió sin titubear á

desafiar la fuerza de su estrella, dirigiéndose en busca de Isabel.

Brillantemente iluminado el gabinete en que acostumbraba ésta pasar sus noches (su marido á veces se recogia temprano, lo que prestaba más latitud al trato de la familia), examinó el jóven el interior de la habitacion ántes de penetrar en ella, y descubrió á la que buscaba, sentada junto á una mesa, apoyado el codo en ella, la mejilla en la mano y los ojos fijos en Francisco Cadenas, que en un divan no muy distante hablaba con la mayor animacion, en tanto que el anciano Aguilera, al otro extremo de la estancia, con su pipa en la boca, prestaba la más visible atencion á los discursos del cajero.

—Efectivamente, señora, decia Francisco al tiempo de examinar Gonzalo el interior del gabinete; como he dicho, existen seres en cuyas manos reside el destino de aquellos á quienes se proponen dominar; que disponen de él como pudieran de una hoja de papel, y que, sin agencia alguna visible de los demás, los sojuzgan de la misma manera que se sojuzgaba á los párias de la antigüedad.

La entrada de Gonzalo interrumpió la conversacion.

Isabel volvió la cabeza en direccion suya.

—Me alegro de que haya V. venido tan á tiempo, dijo con su acostumbrada cordialidad dirigiéndose al reciénvenido. Se trata de una cuestion importante... Nada ménos que de Metafísica.

—¿Metafísica? exclamó Aguilera sacándose la pipa de la boca. Muy fuerte está el señor de Cadenas esta noche, añadió sonriéndose; y más que incomprendible para mis oidos duros, materiales é insensibles á todo lo que no entra como bala de cañon. Cuestiones tan oscuras, cuestiones tan complicadas no son para mi entendimiento veterano, añadió el anciano; y, por más que hago por comprenderlas, no adelanto camino.

—He dicho, repuso Francisco dirigiéndose ahora al jóven Figueras, que permanecia en pié junto á la mesa, que existen seres en cuyas manos reside el destino de aquellos á quienes se proponen dominar; y que, sin agencia visible, ni apariencia exterior al alcance de la vista de los demás, los sojuzgan de la misma manera que se sojuzgaba á los párias de la antigüedad. He apoyado mis creencias con infinitos rasgos demostrativos del hecho; pero, rehusando mi auditorio, añadió en chanza, la aceptacion de estas creencias, ha sido inútil agotar sobre él la lógica de mis palabras.

He afirmado más todavía, prosiguió diciendo el cajero.

—Ha afirmado cosas tan extrañas, interrumpió Isabel, que casi me causa miedo escucharlas.

—Y las he demostrado, repuso Francisco, de un modo tan comprobante, con tan infinitos ejemplos, que no sé cómo se desconfía aún de la exactitud de mis observaciones.

Gonzalo se iba interesando en la cuestión, y ocupó un asiento junto al cajero.

—Dígame V., dijo volviéndose á este último; y ese influjo de que habla V., ¿se extiende puramente á la vida interior, ó á la vida exterior del individuo?

—A ámbas, respondió Francisco; obra en la primera y refluye en la última. En la primera, porque el que se propone regir un destino, ante todo, hace el estudio más deliberado de la persona sobre quien idea ejercer su predominio; estudio que abarca sus cualidades relevantes, sus cualidades contrarias, y sobre todo, las debilidades todas de su naturaleza para sobre ellas trabajar, ya excitándolas ó ya reprimiéndolas por las circunstancias exteriores para hacerlas servir de medio á sus propuestos fines. En la segunda, porque, regida la primera por estas circunstancias, recibe el

impulso requerido; y, segun los resultados ofrecidos por mi doctrina, causa la felicidad ó desgracia del espíritu del individuo.

—Es una doctrina propia de hechiceros, exclamó el veterano, y no de los tiempos actuales.

—Es un dogma como otro cualquiera, prorumpió el cajero; y, si los ejemplos que he expuesto no bastan para apoyar su exactitud, aún me resta otro de la más irresistible fuerza.

—¡Otro! ¿sacado de la vida real ó de la imaginaria? preguntó Aguilera.

—De la vida real, respondió Francisco, aunque...

—Sacado de algun libro, por supuesto, interrumpió el anciano. Algun ejemplo tan sofístico como todos los que nos ha presentado V. hasta aquí.

—Sofístico ó no, replicó Cadenas, permítame V. referirlo; y deje para despues el calificarlo.

El auditorio le prestó la mayor atencion, incluso el mismo veterano, á pesar de su tenaz incredulidad, y Francisco continuó:

—El ejemplo que voy á presentar, dijo, se refiere á una nota sacada de los pocos escritos conservados de Salvador Nienti, que sólo una vez leí, pero que jamás se ha borrado de mi imaginacion; nota que relata de la manera más circuns-

tanciada y minuciosa, el efecto del sistema que he tratado de dilucidar, y que, aunque difusa en el original, me propongo referir con la brevedad posible, sólo como evidencia de mi doctrina.

«El conde Hermann del Tirol (1), era un hombre que habia empleado la mayor parte de los años de su vida en los estudios más abstractos, y que, fanático en el exámen de las causas y los efectos, habia formado de ellas una ciencia suya particular que no requería más que una ocasion favorable para comprobar su doctrina.

» La suerte ó la desgracia, queriéndosela conceder, hé aquí que á la edad de treinta años, se enamoró perdidamente de la princesa Aurea, de la familia Barberino, á quien amó con la misma idolatría con que hasta entónces amara su ciencia favorita.

» Desdeñada, no obstante, su pasion, casada en breve Aurea con el duque de Aletto, se propone el despreciado amante tomar la más cumplida venganza y emplear para el efecto los conocimientos recopilados en su mente, y los ardidés todos de su estudiada doctrina.

(1) Sacado del original.

»Comprende que la venganza verdadera no se reduce á un puñal ni á una copa de veneno. Comprende que no hay suficiente dolor en el sufrimiento de un instante, por inmenso que sea, y que donde debe el individuo recibir el ataque es en las facultades de la mente y en los sentimientos del corazon. El hombre es un sér intelectual, se le oyó decir varias veces; el que se propone tomar una venganza no debe, pues, recurrir á la muerte del cuerpo, sino á la del espíritu.

»Piensa, medita y forma de una vez su plan.

»Piensa, observa y estudia las debilidades de Aletto, y empieza de una vez á poner por obra el intento de asesinar la dicha tan ponzoñosa para su corazon, con el lenguaje propio y la astucia necesaria para el logro de su intento.

»Descubre entre otras cosas la solicitud del duque por conservar sus posesiones en su primitivo estado de perfeccion, é imagina que, si él pudiera hacerle creer que su propiedad estaba amenazada de una pronta ruina, amargaría su felicidad, y se vale del siguiente medio:

»Dieron los duques una fiesta en su villa, lugar delicioso, donde el duque envanecido con los elogios que prodigaban sus huéspedes á su posesion gozaba como nunca de su pasion favorita.

»Una nube constante en la frente de Hermann llama al fin la atención de Aletto; y pregunta la causa.

—»La pesadumbre de ver que la situación de esta villa corresponde tan mal á los afanes y á los gastos, fué la respuesta. Principia ya á decaer, y dentro de pocos años será un monton de escombros que quedará como triste memoria de la pasada magnificencia del edificio.

»El duque se burló de esta funesta insinuación; pero su ingenioso enemigo había ya empezado la obra de aflicción, y no desperdiciando ocasión durante los días de las fiestas, de fijar la atención del duque aún en el más leve defecto que podía descubrirse en la mansión y en los jardines, no dejó de encontrar recursos para apoyar la veracidad de sus astutas advertencias.

»Hizo también observar al noble varias manchas en las pinturas, que alegó producía el viento Este, el cual viniendo desde la llanura las cargaba de tizones.

»Demasiado afortunado en estas maquinaciones, antes de haberse concluido la fiesta había hecho efecto el veneno, y veía el duque desmoronado para siempre el edificio que tanto amaba y destruidas las pinturas que idolatraba.

» Sin embargo, no consideró irremediable el mal, y los jardines Elíseos fueron reparados y muchos trabajadores se esforzaban por contener el tizon.

» Se consultó también á los ingenieros, y, aunque tampoco consideraron irreparable el mal, sin embargo, no satisfizo su opinion al duque; y la indecision sirvió sólo para aumentar sus temores.

» Habiendo logrado Hermann destruir el goce que la vanidad y el orgullo del duque sacaban de su villa, discurrió su astucia conseguir su objeto por otro lado.

» Habia observado en Aletto un gusto muy delicado, y que estaba sujeto á tenaces repugnancias muy frecuentemente, y resolvió que experimentara este asco á que tan sensible era, aún en sus más inocentes placeres.

» Por muchas personas era considerada la delicadeza del duque como una prueba de refinamiento, porque jamás hablaba de vinos ó viandas sin hacer las más selectas alusiones á joyas y rosas, olores y fragancias de la clase más pura y más suave; y el espíritu que lo perseguía, apreciando esta peculiaridad en su justo valor, se propuso aprovecharse de ella para martirizarle un dia mientras estaban comiendo.

» Un criado servia á Hermann una copa de vino tinto al que Aletto era muy aficionado, cuando de repente, levantándose horrorizado el conde, desvia la bebida y exclama:— «Es sangre; me hiela de horror y me recuerda la del miserable asesino que ví ayer bajo el hacha del verdugo. Veo la cabeza ya separada del cuerpo y el tronco caer sin vida, nadando en el lago de sangre que humedece el suelo. ¡Oh! ¡qué recuerdo tan espantoso!»

» El duque escuchó con la más profunda atencion y repugnancia, y cuantas veces fijó los ojos en el vino tinto, otras tantas creyó ver la sangre del criminal; y, al recordar alguno de los huéspedes en chanza las palabras del conde Hermann, temblaba Aletto con indecible emocion.

» Desde aquel dia desterró el vino tinto de su mesa, pero cuando lo veia en otras partes palidecia y huia de su vista cual si viera en él la realizacion de la alusion de Hermann.

» Sus dias y sus noches estaban ya amargados; pero aún no habia descargado sobre su cabeza el enojo del vengador más que dos golpes, y su venganza no estaba cumplida: su odio no estaba saciado.

» La duquesa notó la melancolía de su señor, y trató de disiparla con la música; pero Hermann

amargaba aún los más dulces y suaves sonidos, y cuando el duque encontraba alivio á su tristeza en algun aire melancólico, su enemigo se le sentaba al lado y le contaba historias desastrosas, y aventuras fatales que habia aprendido en sus viajes, para que se mezclaran con las cadencias de la melodía.

» Por medio de esta sutileza, infestó de tal modo su imaginacion, que pocos aires podian ofrecerse á su oido, que no trajeran para él horribles asociaciones.

» Cuando habia ya amargado casi todos los placeres del duque se decidió á llevar aún más léjos sus designios, aféandole el aspecto de la naturaleza, y haciendo que se cansara hasta del sol, hablándole constantemente de los males que engendraban sus rayos, hasta que se asociaron esas ideas tan íntimamente en la mente del duque, que llegó á serle el astro luminoso objeto de la más profunda aversion y temor.»

—Les parecerá á V.V. increíble, dijo Francisco interrumpiéndose y dirigiéndose á su auditorio, que hubieran adquirido estas insinuaciones tal predominio sobre el duque; pero debe considerarse lo artificiosa é incesantemente aplicadas que eran, y conocer deberán todos, que no son las desazo-

nes violentas las que causan la verdadera miseria, sino la monotonía de las aficciones pequeñas. Los que han experimentado un sufrimiento continuo pueden mejor que nadie reconocer la justicia de mis observaciones.

«Aletto, continuó Francisco, á pesar de todo, conservaba en su hermosa duquesa un solaz para su *esplín*; y, mientras que la confianza en sus virtudes no habia padecido nada, las artes del espíritu perseguidor pudieron quedar vencidas. Este comprendió que su venganza no estaba completa hasta tanto que ella participara de sus hechizos (permítaseme la expresion); pero el amor le detenia; y, ántes de poderse decidir á afligirla, su pasion detenia el amenazante puñal que el aborrecimiento le inducia á empuñar, y le hacía aún, agujoneado por las Euménides de sus pensamientos, resistirse á descargar sobre ella el golpe que aún le restaba que dar.

» Pensó al principio en inflamar los celos del duque, pero se convenció al hacerlo de que sólo lograria afligir á Aurea y castigarse á sí mismo, porque el móvil de su venganza habia sido el amor que ella le habia inspirado, y el único objeto de sus maquinaciones era, sin ofender las leyes ni cometer accion alguna que á ella desagradase, ob-

tener posesion del amor y de la persona de la mujer que tanto amaba.

» Sus artes eran inexcrutables, y no teniendo la más leve tendencia á la violencia, podian pasar por inocentes.

» Meditó y observó un poco más de tiempo, y descubrió al fin que las virtudes de la duquesa le ofrecian nuevos medios de aumentar la desventura del duque.

» Veia que el único consuelo de éste, en su abatimiento, se cifraba en la ternura de Aurea, y el espantoso pensamiento que nació de esta observacion fué de sublimidad nunca vista.

» Penetrada la duquesa de los conocimientos de Hermann, le habló de la visible infelicidad de su esposo, y le mostró su temor de que una ansiedad imaginaria empezaba ya á destruir la razon del que tanto amaba. No tiene, decia, otro consuelo en su tristeza que en mi constante sociedad, y en referirme sin cesar la lamentable historia de sus terrores y horribles pensamientos.

» Hermann la escuchó con ansioso oído, y le contestó en seguida:—«Debe ser reprimido. Su mal evidentemente procede de entregarse demasiado á sombríos arrobamientos. Debeis cambiar vuestra ternura en severidad, y dejar de escuchar su me-

iancolía con compasion. Mofaos de sus presentimientos cual si los juzgáseis fantásticos. No le proporcioneis ocasion alguna de incomodaros con sus infundados pesares; y, dándole constantemente asuntos de reflexion, lograreis mostrarle que os mortifica su melancolía.

»El consejo era plausible: era en un todo conforme con la opinion general, y la cariñosa esposa no creyó desmentir su suavidad y ternura aparentando una ligereza extrema y una severidad bien sostenida, que, áun juzgándolas de su deber, herian profundamente el sensible corazon del duque.

»El duque descubrió pronto la variacion y sintió todo su efecto.

»La existencia le era ya repugnante; y, juzgando por el cambio verificado en la duquesa que á los demás se les hacía igualmente insoportable su presencia, tomó veneno; pero no fué bastante eficaz y vivió por algunos dias, lo bastante para hacer público, por medio de su confesor, el principio que condujera á semejante resultado, y...»

—Traer sobre el hechicero, interrumpió el veterano, el merecido castigo á tan villano proceder. ¿No es así?

—Efectivamente, contestó Francisco; los familiares de la Inquisicion le culparon de haber hecho

al duque víctima de la hechicería, y en aquella Edad oscura y supersticiosa, fué lo bastante...

— Para condenarle á las llamas, es de suponer; añadió el anciano.

— Así fué, replicó el cajero con una sonrisa llena de malicia y fijando los ojos en Isabel con la más maligna expresion; pero los tiempos han variado desde entónces, y ciertamente no sería castigado de manera alguna en el dia, un curso tan filosófico y digno de merecer la investigacion de los hombres más sabios.

— Sofisma y puro sofisma, prorumpió con su energía usual el militar, firme siempre en su opinion.

— ¿Piensa V. del mismo modo, señora? preguntó el cajero, dirigiéndose á Isabel.

— Pienso algo peor que eso, respondió la jóven; y creo además que, si posible fuera que en la vida real existieran profesores de semejante doctrina tan perniciosa, deberíáseles desterrar de todo trato con sus semejantes. Es un ejemplo espantoso del más deliberado y horrible egoismo que puede encerrar el corazon humano, y digno de la astucia del mismo Belcebú.

Las cejas de Cadenas formaron una sola raya y

su ojos traidores se asemejaron á los de un tigre, en tanto que una repeticion de la misma sonrisa maliciosa que apareció un momento ántes en su fisonomía, dejó ver su hermosa dentadura.

—Seguramente, dijo Gonzalo, apoyando la opinion de Isabel; si en la vida real existieran profesores de semejante doctrina, acreedores se harian á la más severa repulsion; pero páreceme, señor de Cadenas, añadió volviéndose al cajero, que las creencias que han dado márgen al ejemplo que nos acaba V. de presentar, pudieran ofrecer un cuadro más lisonjero. Páreceme que ese influjo moral de un individuo sobre otro, ese dogma particular que V. profesa ó reconoce, pudiera ser aplicado en un sentido completamente inverso al que le place á V. adoptar, con lo cual haria V. más fácilmente prosélitos.

Isabel le comprendió por instinto y sintió que sus mejillas la delataban.

—Me refiero, prosiguió Gonzalo, al influjo de los espíritus guiados por la antorcha de la virtud, de la benevolencia, de la caridad y del amor al prójimo; al influjo de los buenos: y creo, señor de Cadenas, que, si bien puede ponerse en duda la perniciosa doctrina que ha promovido esta discusion, bajo el aspecto que V. la presenta, y en el

grado de exageracion que nos la quiere hacer concebir, ofrece en el sentido que yo la concibo un género de seduccion tan lleno de dulzura, que, áun cuando no fuera posible, bastaria sólo su halagüeño aspecto para arrebatat la conviccion.

—Convengo, dijo Francisco, en que mi doctrina ofrece dos fases distintas: convengo en que puede ser considerada bajo otro carácter; pero eso, Gonzalo, exclamó con marcada intencion en sus palabras, depende de las circunstancias, de las circunstancias particulares de cada individuo, repitió; y tal vez, á pesar de mi dogma, añadió con acento melífluo, fuera yo, como ningun otro, incapaz de ejercerlo, en el sentido en que lo he presentado. Tal vez siguiera el principio sentado en el inverso sentido, y tal vez, ¡quien sabe! me halle en este momento ejercitándolo sin agencia visible al alcance de los indiferentes.

Sus ojos buscaron los de Isabel, y encontraron la pura mirada de la jóven fija en él, con la más profunda expresion de gratitud pintada en su semblante.

—No es tan malo como yo creia, pensó para sí Gonzalo, áun sin comprender el verdadero sentido de sus palabras.

—Cada vez lo entiendo ménos, dijo el veterano, y, sentado este precedente, agregó en broma, levantándose de su asiento, y admitida en seguida la circunstancia de ser ya avanzada la hora, me abrogo el derecho de levantar la sesion, y les deseo á V.V. las más felices noches.

Isabel imitó el ejemplo del veterano, y, dirigiéndose á su encuentro, le ofreció el apoyo de su brazo, en tanto que Francisco y Gonzalo Figueras abandonaron sus respectivos sitios para dejar el paso libre, y despedirse el primero.

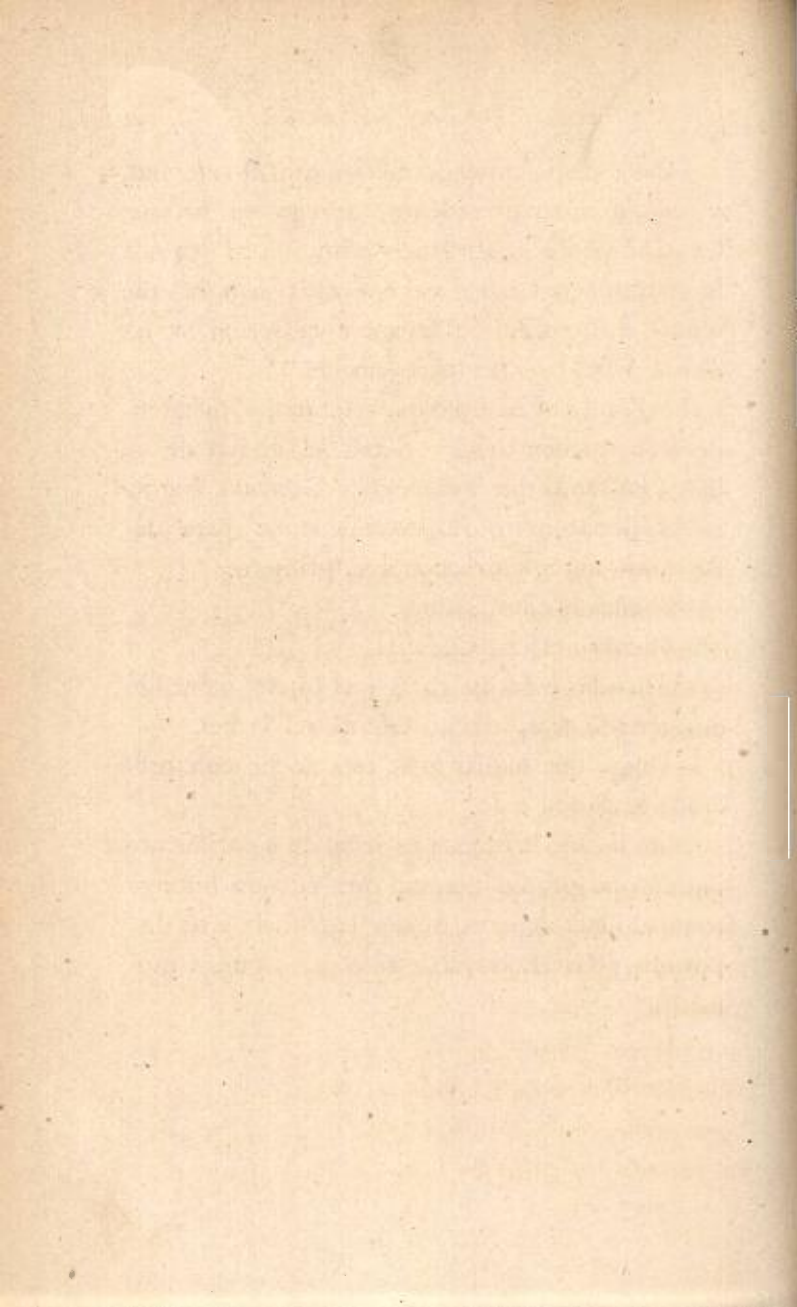
—Buenas noches, señora.

—Buenas noches, Cadenas.

Articuladas estas palabras y el cajero habiendo desaparecido se aproximó Gonzalo á Isabel.

—Tengo que hablar á V. esta noche con precision, le dijo al oido.

Isabel inclinó la cabeza en señal de asentimiento indicando al propio tiempo que cuando hubiera terminado sus deberes filiales la tendria á su disposicion; y Gonzalo quedó solo por algunos momentos.



CAPÍTULO V.

El retrato de Rosario difundía su sombra maternal sobre su huérfano hijo, aumentando su propia fuerza para el sostenimiento de su papel, y, tierna y benéfica, como el aceite vertido en una lámpara, fortalecía su espíritu con la memoria de su virtud y el recuerdo de su amor.

¡El influjo de los muertos; la fuerza de su prestigio! ¿quién que ha perdido algún objeto en extremo amado deja de conocer la parte que representa en nuestras más insignificantes acciones, aún en nuestros más superficiales sentimientos ó pensamientos?

El tiempo podrá correr y llevarse consigo la aflicción violenta de los primeros instantes, hasta borrar todo vestigio exterior de la existencia de su recuerdo, y aún arrastrar en pos de sí los

adornos mismos que el dolor de los primitivos tiempos colocó en el sepulcro, las flores en su derredor sembradas, las visitas á la sepultura, y toda señal de su memoria; pero queda inextinguible el recuerdo en el corazon, y allí obra sobre nosotros.

¡Cuántos de los grandes cambios labrados en el corazon humano, cuántos del sentimiento que más lo ennoblecen y realzan deben su origen á algun sepulcro, que el mundo tal vez cree por completo olvidado!

¡Cuántos corazones de los que hubieran quizá permanecido viciados ú oscurecidos han sido llamados á la virtud por el influjo de una muerte!

La muerte enseña la más grande de las lecciones, y tiende siempre á mejorar el corazon.

¿Cuál, si no, es el efecto de la compuncion sentida por la más leve falta de consideracion, la más insignificante imprudencia, la más disculpable ligereza cometida con los muertos? ¿Cuál, si no, la mejoría del corazon producida por el aguijon del remordimiento?

Beneficiosa siempre, pues, en todos sentidos la influencia de los muertos, beneficiosa no solamente para enseñarnos con la compuncion la debida consideracion á los vivos, y al propio tiempo eficaz para inducirnos al cultivo de las propiedades,

cuyo recuerdo veneramos, ya en la memoria de una madre virtuosa, ya en la de un padre ejemplar, ya en la de una hermana predilecta, ó ya en la de un amigo querido, rara vez deja este bien aventurado influjo de producir resultados increíbles. La recordada virtud, los no olvidados ejemplos, el fuerte estímulo de asemejarse á, ó hacerse digno de, los que ricos en virtudes nos han precedido, ¿no forman en efecto cierto misterioso eslabon entre la tierra y el cielo, y no son en verdad la piedra fundamental de muchas de nuestras virtudes?

Provechoso, pues, como ningun otro objeto en el mundo, y superior á todo género de reflexion ó vencimiento para Gonzalo, el recuerdo despertado por el retrato de su madre, su memoria venerada fortaleció de nuevo su espíritu y aumentó su fuerza para continuar en su abnegacion.

La estrella que le habia acompañado desde la presencia de su prometida esposa, la estrella cuya brillante luz no le habia abandonado un momento hasta llegar á su propia casa, y cuya fuerza se apresurara á desafiar, se habia algun tanto oscurecido desde su presentacion en el gabinete; pero, reconquistado nuevamente su esplendor ante los des-

pertados recuerdos y la resucitada memoria de la virtuosa madre, clara y brillante volvió otra vez á lucir, y, espléndida como nunca, precedió á la reaparicion de Isabel.

—Tarde ya, fueron las primeras palabras de la jóven al presentarse, pocos son los momentos que le puedo á V. dedicar.

—No son muchos los que requiero para mi objeto, señora, y lo que deseo decirle se expresa en bien pocas palabras. Isabel, exclamó contemplándola de lleno, he cumplido mi palabra y mi suerte está decidida.

Isabel no le contestó.

En pié y apoyadas sus manos en el respaldo de una silla, se clavaron sus rosadas uñas en la madera, y sus dientes encajados, le impidieron la articulacion.

—Ya no falta más que el consentimiento de don Álvaro; conseguido, el destino se cumplirá. El tiempo correrá miéntras, y él servirá para enseñarme á encontrar en Elena todo lo que V. me ha pronosticado.

La teoría de Cadenas se vino en este momento á la mente del jóven.

—Acabamos de oir dilucidar una doctrina ex-

traña, Isabel, dijo refiriéndose al recuerdo despertado; pero, oportuna como no lo pudiera haber sido ninguna otra en las circunstancias en que nos hallamos, parece providencial que haya sido discutida en nuestra presencia. Perjudicial en extremo en el sentido propuesto por Francisco, ¿quién no la acepta, quién no la comprende, quién no la acoge en el inverso? Nosotros, dijo, representamos el más vivo ejemplo de su exactitud: nosotros personificamos ese influjo moral de un individuo sobre otro, del modo más eficaz; y mejor que nadie debemos comprenderlo y respetarlo. Isabel, exclamó de nuevo volviéndola á contemplar fijamente, no desatienda V. jamás doctrina tan provechosa, ni desista de ejercitarla. No, añadió con energía, no porque vea V. á la oveja descarriada dirigiéndose ya sumisa al rebaño, la considere segura ni la abandone de una vez. Más que nunca requiere su proteccion y provechosos consejos. ¡No se los niegue, ni rehuse á la regeneracion el apoyo, el consuelo y la fuerza de su amistad!... no quiero detenerla á V. más, añadió. Harto he abusado de su bondad; pero concédame V., al ménos, la satisfaccion de recibir la promesa de que no se interrumpirán esos sentimientos amistosos que tanto me favorecen.

Los dientes se desencajaron al fin, y la jóven pudo hablar.

—Lo que hasta aquí he sido seré en adelante: su amiga, su hermana, constante siempre en mi afecto, y como nadie interesada en su felicidad. De esto, Gonzalo, puede V. tener la más completa seguridad. El tiempo correrá tal vez más de lo que yo quisiera ántes de conseguir el consentimiento de Montoya; pero esta demora servirá para afianzar á V. en su propósito, y probarle, como ya he dicho ántes, que el inocente amor de Elena habrá de satisfacer los deseos todos de su alma.

—Plegue á Dios que se cumplan sus pronósticos de V., Isabel, contestó Gonzalo con un profundo suspiro, y el Señor la bendiga si tal sucede. Buenas noches, añadió alargando una mano á la jóven en señal de despedida.

Isabel le entregó la suya fria como el mármol, y, llevándosela Gonzalo con respeto á los labios, acto contínuo desapareció del gabinete, al propio tiempo que la jóven entraba en su habitacion.

La crisis habia pasado, y se habian salvado uno y otro.

Tranquilo, en medio de todo, el sueño de los dos aquella noche; tranquilo en la mujer virtuosa,

porque se sentia grande en la fuerza de su abnegacion y el heróico sacrificio que consumara, y en el jóven por el íntimo convencimiento de haber obrado conforme al dictámen de su conciencia, y, sobre todo, al dictámen de su buen ángel, los más consoladores ensueños visitaron la fantasía de cada cual, y la mañana los encontró como nunca valerosos en la senda que seguian.

Con sólo esta diferencia entre los dos: que Gonzalo parecia haber adquirido nueva excitacion en sus sentimientos, é Isabel retrocedido á la más invencible apatía y aparente indiferencia; expresion descubierta desde la mañana misma en los semblantes de cada cual, y que de una vez revelaban los distintos sentimientos de ámbos.

En ella habia concluido ya el objeto; en ella habia ya terminado la crisis, y todo habia sido consumado; ínterin que para él empezaba todo ahora.

Sólo de la crisis habia pasado; pero le restaba por llevar á cabo la grandeza de su obra, la esperanza de aproximarse á Isabel, de hacerse digno de ella; y, el interés despertado por la niña enferma, no podia ménos de producir la excitacion pintada en su semblante; así como era evidente de dónde procedia la impasibilidad y profundo decaimiento del de Isabel.

La fuerza febril que acompaña en la consumación de los grandes sacrificios, deja de existir desde el momento en que están consumados, y produce en su reaccion los contrarios efectos.

Isabel se sentia abatida, y pasó el dia ejecutando como un autómata sus deberes cotidianos.

No así Gonzalo, que con renovada energía se dedicó á ellos, y, acudiendo solícito con el mismo espíritu á la hora de costumbre á la presencia de su prometida esposa, dejó inaugurada desde aquel dia la senda futura de su conducta.

Cuidar á Elena, compartir con Magdalena los esmeros y las atenciones, dedicar á una y á otra todos sus momentos desocupados: hé aquí lo que se propuso como objeto de su vida; y hé aquí lo que fiel y constante ejecutó por varios dias, durante los cuales su incesante cuidado, sus delicadas atenciones y su afectuosísimo interés consiguieron lo que en balde se hubieran esforzado por obtener todos los recursos de la ciencia.

Como el mústio y azotado lirio del valle revive por los rayos del sol y la piadosa lluvia, así el lirio blanco revivió por este esmero, por esta atencion y esta constancia, haciendo notables progresos en su mejoría.

Su rostro se fué animando, sus fibras adquiriendo mayor fuerza, su frágil cuerpo, aunque siempre débil en aquel sér tan delicado, se robusteció algun tanto; y, aunque débil este soplo de vida, tan débil que el más pequeño contratiempo, la más ligera sacudida bastaba para extinguirlo, la niña doliente volvió á ser lo que habia sido desde su nacimiento, y á correr su vida el curso natural que de allí en adelante esperaba que corriese.

Gonzalo siempre en sus pensamientos de dia, Gonzalo siempre en sus sueños de noche, él era el objeto de sus conversaciones, y el de todos sus actos, y en él se encontraba su existencia; y feliz, como no hay palabras para expresarlo, pasaba esta inocente existencia gozando alegre de su ventura.

Quince dias hacía que duraba esto, quince dias que Gonzalo sin remision acudia á pasar sus noches (era el período de que le dejaban disponer sus deberes de escritorio) con su prometida esposa, cuando en una de ellas le ocurrió á Magdalena la observacion de que le parecia oportuno el hacer á su hijo Francisco partícipe de los planes de su familia.

—Mucho tiempo hace que no le vemos, dijo, pero paréceme justo, por reservado que sea el propuesto enlace, comunicárselo á él. Conviene no alejarle más de nosotros de lo que por su propia inclinacion se aleja, y juzgo al mismo tiempo, continuó la viuda, haciendo memoria de la última causa que desviara al cajero de su casa, que ningun incidente en nuestra vida pudiera causarle mayor placer que el presente.

Los ojos del lirio blanco buscaron los de Gonzalo con expresion suplicante; pero, desentendiéndose el jóven de su insinuacion, respondió segun el dictámen de su buen juicio, que nada encontraba más justo, y que sería mensajero aquella misma noche de los deseos de Magdalena, seguro de que su hijo habia de recibir en la comunicacion maternal la más cumplida satisfaccion.

—Pero ¿qué necesidad hay de que él lo sepa? preguntó Elena no pudiéndose hacer superior al terror que le inspiraba su hermano.

—¿Necesidad, hija mia? respondió la madre. Ninguna. Pero es justo tratar de atraerle y no de hacerle perseverar en su retraimiento. Tu hermano, prosiguió Magdalena, jamás se ha conducido como debiera con nosotros; pero eso no es motivo para que nosotros obremos con él de la

misma manera. Siento ver, hija mia, añadió, que no amas á Francisco.

—Le tengo miedo, fué la respuesta de Elena, y mi corazon se resiste á quererle. Desde niña ha sido así. Bien lo sabe V., madre mia, y no lo puedo remediar.

—Pero deberias tratar de vencerte, dijo Gonzalo, acariciándole la cabeza; has dejado de ser niña y es preciso ser mujer de una vez.

Elena le miró sorprendida.

Era esta la primera ocasion en que se manifestaba el jóven dispuesto á negarle su asentimiento, ó en que se atreviera á ofrecerle una sombra de reprension: jamás ni áun durante los años que la trató como hermana, habia sucedido esto, y Elena no lo pudo resistir.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Gonzalo se arrepintió con todo su corazon de lo que habia hecho; y, lleno de remordimiento por su dureza, se disponia á ofrecer la reparacion posible, cuando Magdalena, que se hallaba á alguna distancia de los jóvenes ocupada en su labor, y para quien habia pasado inadvertida esta escena, interrumpió su efecto, dirigiéndose de nuevo á Gonzalo.

—Mucho te agradeceré, dijo, que comuniques

cuanto ántes á mi hijo el deseo que tengo de verle, segura como estoy de que el enlace de su hermana habrá de ser precursor de un cambio en su corazon.

Misterioso para ambos oyentes el origen de esta confianza, remontábase á la altura de la desavenencia de la madre y el hijo, y le ofreció naturalmente á Magdalena una bien fundada esperanza que tenía deseos de ver realizada.

—Isabel no lo aprobará, insinuó Elena.

—Isabel aprueba siempre lo que está bien hecho, contestó Gonzalo.

Elena le volvió á mirar con la misma expresion de afliccion y sorpresa que ántes, y Gonzalo se contuvo inmediatamente.

Magdalena continuó hablando.

—Isabel es el buen ángel de esta casa, y, aunque invisible, dirige el timon de su destino.

—Isabel es un buen ángel para todos los que se le acercan, repitió Gonzalo. Todo se lo debemos á ella, añadió en seguida; y, afanosa en el servicio nuestro, no hay temor de que se entibie en la emprendida obra. Sé cuán grande es el interés que le merecemos, sé tambien cuán grandes son las dificultades que tiene que vencer, y sé más que nada, que las sabrá dominar.

—¡Cuánto la amaré! exclamó Elena. ¡Cuánto la amo ya, áun sin conocerla!

—Y ella á tí tambien, contestó Gonzalo. No me ve una vez que no me pregunte por tí, que no te envíe su tierno afecto y te haga objeto de su más amistoso interés. No me habla de otra cosa; no me toca punto alguno que no vaya á parar á lo mismo, y no parece en efecto tener otro objeto en su mente más que nuestro amor, nuestro enlace, y la parte que le toca hacer para que se realice. ¡Ay! ¡si no hubiera sido por ella...!

—Jamás hubieras hablado, interrumpió Elena. El temor de mi repulsa, cuando me moria de amor por tí, y el temor de tu tio, te hubieran tenido siempre callado. ¡Pobre Gonzalo! ¡Cuánto debes quererla! ¿Por qué me miras así? exclamó de repente. ¿Qué he dicho, qué he hecho para que te enfades conmigo? Yo no sé lo que tienes esta noche, añadió con balbucientes acentos, pero me estás haciendo llorar á cada instante y no me tratas como otras veces; y de nuevo, llenándosele los ojos de lágrimas, la más profunda aficcion se pintó en su infantil semblante.

Gonzalo se creyó un monstruo, y nada le parecia bastante para castigar su crueldad.

Colmó á la alarmada criatura de las más afec-

tuosas expresiones de ternura; llenó su avaro oído de los epítetos más cariñosos, y logró al fin, merced á estos esfuerzos, tranquilizarla.

Le habló de su amor, de su matrimonio, de excursiones al campo, de la primavera, de las flores, de los árboles, del murmullo de las fuentes y los rios; de los infinitos placeres é inexhaustos recursos de felicidad en su vida matrimonial; y, embelesada la niña doliente al escucharle, plácida le sonreía, y encantada se entregaba á ensueños deliciosos.

—El mes de Mayo pronto viene, decía Gonzalo; el mes de las flores que tanto amas; y en el mes de Mayo nos casaremos para que nos haga más dichosos siempre la llegada de ese mes.

—Es un mes muy hermoso, contestaba Elena, y todo estará ya arreglado.

—Así lo espero, vida mia. Piensa en él y en tu Gonzalo, y no te ocupes en otra cosa.

—No tengo otro pensamiento, fué la respuesta de la inocente, y así era en efecto.

No necesitaba afirmarlo.

La visita se terminó como todas, con la más cariñosa despedida á la puerta de la salita, y en

seguida procedió Gonzalo á ejecutar el encargo de Magdalena.

Era grande la preocupación de su amante, en tanto que dirigia los pasos en busca de Francisco Cadenas, á quien sabía que habria de hallar á aquella hora en casa de su tio; y reflexionando en el paso que iba á dar, reparaba en su poca disposicion para adoptar á Elena por compañera de su vida.

¿Y por qué, se dirá, por qué no le cruzaron ántes de ahora semejantes pensamientos por la imaginacion?

Fácil es la respuesta.

Porque hasta aquí la inseguridad de la vida de la doliente niña, el estado peligroso de su salud, y la grande mision de rescatarla, habian monopolizado completamente su pensamiento; pero, lograda ya la primera y más interesante parte de su mision, restablecida Elena á su estado normal, podia obrar la reflexion libremente, y hacerse notar la lucha que habian de entablar sus aspiraciones y la infantil naturaleza de su prometida esposa, inocente niña, débil en su moral, en su físico, consentida y acostumbrada á no salir de la limitada esfera de sus tendencias infantiles. La poca conformidad de las ideas, la desigualdad en los sentimientos... ¿qué mayor infelicidad puede existir en la vida

matrimonial? Y esto era lo que Gonzalo no podia ménos de prometerse de su enlace con Elena.

Sería siempre una niña, y una niña voluntariosa, cuyos deseos y pensamientos jamás deberían recibir la menor contradicción, incapaz en su propia debilidad de reconocer la ventaja de otras ideas y harto incorregible en su susceptibilidad para dejarse conducir á otra senda que la que hasta entonces habia seguido.

Examinada con el más profundo interés, y estudiada durante aquellos dias que acababan de pasar, habia hecho Gonzalo este descubrimiento, y estaba íntimamente convencido de la ineficacia de todo género de consejo, ejemplo, ó amonestacion para levantar á aquella frágil naturaleza á su propio nivel.

Era una triste conviccion, pero indestructible y acreditada, no sólo por el exámen presente, sino al propio tiempo por infinitos recuerdos de los tiempos pasados.

El ejemplo reciente de aquella noche, ¿no venía á apoyar como ningun otro la certeza de estas observaciones?

Harto convencido se hallaba de ello el jóven, y harto penoso le era acomodarse á su destino.

Pero ¿era justo entregarse á estos pensamientos?

¿Era justo exponerse á destruir la comenzada obra?

¿Merecia la doliente niña este rigor, ó deberia esperar de ella más de lo que prometia?

¿Era propio de las circunstancias fomentar estas ideas?

¿Qué resultaba de esto?

La imaginacion lo adivina.

Isabel, y sólo Isabel, con su acrisolada virtud, sus nobles tendencias y elevado carácter.

Y no debia ser esto, no; por más que la imaginacion lo quisiera, la razon lo prohibia, y justo era consumir la obra tan noblemente empezada, y rendir á la razon su merecido homenaje.

¡ Pobre lirio blanco!

— Yo debo acomodarme á ella, decia la razon, y no esperar que ella se acomode á mí. Yo debo descender y no exigir que ella se eleve; acomodémonos, sujetémonos al destino y hagámoslo lo más llevadero posible. Examinémosla con la indulgencia que merece su fragilidad. Miremos en ella la impotencia de la infancia, ineficaz para sobrellevar el peso de la razon, á la niña enferma con un leve soplo de vida que el más ligero contratiempo puede extinguir; aceptemos el sacrificio de conservársela,

como el único eslabon entre el amor que pudiera haber sido y la amistad que le reemplaza.

Tranquilizado de nuevo su espíritu ante el influjo de estos pensamientos, aunque siempre poderosa su preocupacion y prometiendo no extinguirse fácilmente, una vez creada, cesaron por lo pronto las penosas reflexiones de Gonzalo, y, llegado ya á su casa, procedió de una vez á ejecutar su mision respecto á Francisco Cadenas.

Dispuesto ya el cajero para retirarse aquella noche, le encontró el jóven en la escalera misma, y solícito de desempeñar su embajada, le dijo:

—Su madre quiere ver á V. y cuanto ántes.

Francisco no pudo ménos de experimentar la más visible sorpresa al recibir este mensaje y de violentarse no poco al comprometerse á cumplir lo que en él se le pedia; pero, falto de pretexto para negarse, no pudo ménos de prometer acudir cuanto ántes á la llamada de su madre, que casi le habia expulsado de su casa, y cuyo justo enojo no se habia atrevido á desafiar cara á cara desde entónces.

CAPÍTULO VI.

No son las desazones violentas las que causan la verdadera miseria, sino la monotonía de las aficciones pequeñas, habia dicho Francisco Cadenas; y, fielmente recordadas estas expresiones, así como todas las demás proferidas por el cajero en aquella noche, célebre por la cuestion de Metafísica, como la llamó el anciano Aguilera, harto habia experimentado la oculta é inocente víctima de aquel artificioso lenguaje la exactitud de muchas de sus proposiciones.

Frecuentes habian sido las veces desde entónces que lo habia recordado Isabel, quien habia meditado con desprecio en la espantosa doctrina dilucidada por el cajero.

Habia comprendido un objeto en ella: habia traslucido un pensamiento oculto en aquella extra-

ña historia, y no debe, pues, sorprender la perpetua asociacion de estos pensamientos con los demás de su mente.

Podia ofrecer el dogma de Francisco un cuadro más lisonjero que el propuesto por él; podia ser aplicado en un sentido completamente inverso: así lo habia anunciado Gonzalo Figueras, y Cadenas habia convenido en ello; pero, presentando como base las circunstancias particulares de cada individuo, y ofreciendo este principio el más vasto campo á la imaginacion, habia dado márgen á las más confusas y penosas meditaciones.

Neutralizado, sin embargo, el efecto de éstas por el recuerdo de otras palabras soltadas en aquella ocasion, propias para inspirar la mayor confianza y desconcertar todo género de recelos, ningun incidente digno de despertar la menor alarma en Isabel ocurrió en los primeros dias que sucedieron á la cuestion de Metafísica.

Observaba á Cadenas solícito como nunca por complacerla, evitando todo lo que pudiera incomodarla; convertido en campeon de su familia, librándola con sus insidiosas y astutas advertencias y oportunas intervenciones del encono de D. Álvaro, el implacable D. Álvaro, que, con el orgullo consiguiente al engrimiento, á la vulgaridad y á

la falta de corazon, no desistia, ni aun despues de la concesion otorgada á Francisco Cadenas, de hacer sentir el favor que concedia; y, reconocida á este perpetuo desvelo, á esta amistosa proteccion, Isabel olvidaba por completo lo pasado y se abandonaba descuidada á la confianza presente.

Casi domiciliado el cajero en la mansion de su principal, agregado al círculo de su familia, en la mesa, en las conversaciones más íntimas, en los asuntos más privados, fácil le era, más fácil que le hubiera sido á ningun otro, realizar en toda su extension su doctrina; pero, empleada, no obstante, como ya se ha insinuado, en el mejor sentido, empleada aparentemente en el más benéfico, pasaron algunos dias sin que Isabel recibiera de su aplicacion más que resultados provechosos.

Si el anciano Aguilera, como sucedia frecuentemente, exponia una opinion contraria á la de Montoya, y sostenia esta opinion con su característica obstinacion, desafiando el peso del contrario juicio de su yerno, y si el orgulloso comerciante se disponia á hacer triunfar su propio parecer arrollando todo género de miramiento ó delicadeza, era la voz de Francisco Cadenas la que templaba

estas discusiones y lograba restablecer á los contendientes á su estado natural.

Si el veterano, ignorante de la ninguna culpabilidad de Isabel, la impugnaba por el destierro de los niños, y su aparente variacion con ellos, y si Montoya sostenia la razon de esta medida, apoyándola con las observaciones más duras y groseras, envueltas en el lenguaje más soez, de nuevo era la intervencion del cajero el medio eficaz de arreglar estas diferencias.

Si en alguna ocasion, fuertemente irritado el yerno contra el suegro llevaba su encono hasta el extremo de amenazar á Isabel con el destierro de su padre, tomaba nuevamente sobre sí Francisco Cadenas el cargo de desvanecer este enojo.

Y, en resúmen, alcanzando su influencia á casi todos los sentimientos de Isabel, podia decirse que durante los dias que duró esta proteccion, se convirtió Cadenas en un ángel de la guarda.

Perfectamente iniciado en los resortes de aquel corazon, completamente identificado con aquella existencia tan llena de sensibilidad, tenía cuanto podia apetecer para aplicar su doctrina, que aplicaba efectivamente en el buen sentido hasta ahora. Y miradas suplicantes, sonrisas de gratitud, ex-

presiones afectuosas, y muestras de deferencia, le compensaban de su trabajo.

El anzuelo habia sido tendido con la mayor destreza, y el cebo se hallaba ya en la boca de la víctima.

En prueba de ello basta sólo la relacion de una de las innumerables escenas ocurridas durante el trascurso de los dias á que me refiero, para hacer evidente la exactitud de estas observaciones.

Una mañana, hallándose reunidos despues de almorzar D. Álvaro Montoya, su esposa, el padre de ésta y el perenne cajero, expresó Aguilera, como frecuentemente habia hecho ántes, su pesar de hallarse tan de continuo separado de sus hijos.

— Me falta media vida, dijo con referencia á esto. Acostumbrado á tenerlos siempre junto á mí, paréceme, desde que he dejado de verlos con frecuencia, que mi ceguera se ha aumentado. Sus vocecitas, sus caricias, sus alegres risas me hacian tan dichoso, que al escucharlos olvidaba mi desgracia.

— Nunca me niego, interpuso Isabel, á acompañar á V. cuando desea ir á verlos.

— Cierto, contestó el anciano; pero temo incomodarte, y no quiero abusar de tu bondad.

—Jamás le he oído á V. decir eso ántes, y me affige ese lenguaje, replicó la hija.

—Por poca cosa te apuras, prorumpió Montoya, tomando parte en la conversacion; y además es inoportuno discutir lo que no admite variacion.

—¡Era tan feliz con ellos! volvió á decir el anciano, y era tan indiferente el dejármelos siempre cerca de mí, que no puedo acomodarme á tu sentencia, Isabel.

—¡Mi sentencia! tartamudeó la jóven con los ojos llenos de lágrimas y fijándolos suplicantes en Francisco Cadenas.

—La mia, interrumpió Montoya, dando con el puño sobre la mesa. La sentencia procede de mí, señor de Aguilera; y, si su hija de V., mi esposa, ha puesto en práctica la voluntad de su marido, no ha hecho más que cumplir con su obligacion.

—¡Ay nuestros tiempos pasados! exclamó el veterano refiriéndose no á la época de la pobreza é infelicidad sino á los tiempos recientemente pasados en medio de las comodidades de la casa de D. Álvaro; ¡cuán triste es haberlos perdido!

—¿Y es esto lo que se llama agradecimiento

por los favores recibidos? exclamó D. Álvaro, volviéndose enojado á su mujer.

La jóven se sonrojó fijando los ojos de nuevo en Francisco Cadenas.

—La enmienda es fácil, prosiguió diciendo el yerno con su habitual dureza é implacabilidad de carácter; si tan halagüenos son los recuerdos de la miseria, sencillo es volver á ella. No lo hubiera yo pensado jamás al hacer memoria del agasajo con que fueron acogidas las proposiciones ahora tan mal apreciadas. Fácilmente se olvidan los beneficios, señor de Aguilera, agregó; y es fuerte cosa tener que estarlos recordando á cada paso. Pero la necesidad me obliga á ello, y por lo tanto, repito á V. lo que ya le he dicho, que la determinacion tomada con sus hijos no procede de Isabel sino de mí; que ella, al ejecutarla, no ha hecho más que cumplir con su obligacion; y que en esta casa soy yo el amo; y nadie más tiene en ella voz. Fuerte cosa es que yo no sea dueño de disponer lo que mejor me pareciere y ver los favores tan ingratamente pagados.

—¡Los favores!

Era una palabra dura, prodigada incesantemente y jamás desterrada de los labios del comerciante, la cual entraba en el corazon del veterano

con más dolor del que habia sufrido al recibir la bala del enemigo; y el viejo la habia recibido repetidas veces.

—Los favores, repitió el anciano con profunda indignacion; los favores tan decantados, D. Álvaro, y que nadie jamás solicitó, añadió con noble entereza, terminarán de una vez. Mañana mismo salgo de esta casa con mis hijos, aunque sea á pedir limosna y á morirnos de hambre por las calles. Mañana mismo, repitió.

Isabel se echó á llorar.

—Es V. dueño de hacer lo que mejor le parezca; y por lo que toca á esperar que yo le niegue lo contrario, ó que desista un momento de la determinacion tomada con sus hijos, ó de cualquiera otra que me placiere tomar, mucho se equivoca V. si me juzga ménos firme de lo que soy.

El orgullo y la terquedad, malamente traducidos por firmeza de carácter, formaban en la opinion de Montoya la principal de sus cualidades, y en la presente ocasion no quiso desmentirla.

—Señores, dijo el cajero, juzgando ya oportuno poner en juego los poderes de su prestigio y rompiendo el silencio que habia seguido á las últimas palabras; esto que pasa entre V.V. no debe ser por ningun estilo. Nadie debe salir de

esta casa, ni es del caso conceder tan grande valor á unas meras palabras.

Isabel le miró con tan viva expresion de gratitud, que Francisco perdió por lo pronto el hilo de su discurso.

—Nos hacen V.V. sufrir á todos con esas desavenencias, continuó despues de una breve pausa; y lo que es respecto á mí, se avienen tan mal con mi carácter, que mucho me temo que al fin y al cabo conduzcan á resultados que nadie por ahora imagina.

El principal miró á su dependiente con el más profundo recelo, deponiendo instantáneamente la rígida expresion de su semblante.

—Cada cual comete sus yerros en este mundo, prosiguió Francisco, y cada cual censura segun su juicio las cosas y las acciones de los demás; pero no es ese motivo para estar continuamente en guerra, y para no saberse sobrellevar mútuamente los unos á los otros. Convengo, continuó dirigiéndose al veterano, en que le asiste á V. la más grande razon en sentir la separacion de sus hijos, y en no someterse á ella sin hacer todos los esfuerzos que estén á su alcance. Esto es lo más natural, porque V. examina la cuestion por el prisma de su amor de padre, y no camina más

allá de los sentimientos y deseos propios de este afecto; en tanto que considerándola bajo el punto de vista examinada por el Sr. D. Álvaro, dijo, volviéndose ahora á éste, lo que él ha juzgado oportuno hacer respecto á los niños, se apoya igualmente en las más poderosas razones; y por ningun estilo, bajo el aspecto que él considera este asunto, merece la más leve censura. Quiere el bien de los niños, se lo proporciona por los medios más eficaces; pero, no acostumbrado á ellos y falto de ese amor de padre, necesario para sobrellevar, como V. mismo, señor de Aguilera, conoce, las infinitas imprudencias de las criaturas, las aleja de sí, no tanto por el principio egoista de evitarse estas molestias, como por el laudable objeto de evitarles á ellos los padecimientos que necesariamente habian de sufrir hallándose cerca de una persona á quien falta la costumbre de tolerar las impertinencias infantiles. Sean V.V. buenos amigos, añadió; no se debe vivir bajo el mismo techo con sentimientos de enemistad, y es justo que por el amor de la hija y de la esposa se soporten mútuamente el padre y el marido.

El veterano reconoció la justicia de estas observaciones, y, cediendo noble á su influencia, se mostró dispuesto á hacer las paces; y el comer-

ciante por su parte, más fuertemente impresionado de la amenaza indirecta lanzada por el cajero al principio de su discurso que de otra cosa, depuso tambien por lo pronto su enojo; y, prestándose á lo que de ellos se exigia, quedó la paz restablecida miéntras llegaba la primera ocasion de encontrarse otra vez reunidos.

Incesantes, pues, é interminables estas escenas, á pesar de los esfuerzos generalmente eficaces de Francisco, atormentaba su repeticion la existencia de Isabel; y, presentes siempre á su imaginacion las palabras aquellas con que ha sido principiado este capítulo, cuya exactitud veia confirmada en estos inacabables ejemplos, no encontraba medio de trabajar en el servicio de la causa que habia abrazado con el ardor propio de su elevado carácter.

Más de una vez habia osado tocar el asunto, más de una vez se habia puesto á dar conocimiento de su mision á su marido; pero, rechazada siempre con aspereza, y contenida en sus esfuerzos con las mismas razones concluyentes dirigidas á D. German del Castillo, y acobardada de sus resultados, no habia adelantado ningun camino.

Pero, fiel, sin embargo, á su promesa, y resuelta

á sostener su conquistada palma, no por eso desistia de su empeño; y, esperanzada de que el curso del tiempo, ó tal vez algun evento imprevisto ó alguna causa oculta predispusiera el ánimo de Montoya, descansaba en la pureza de su alma para conseguir la deseada victoria.

Y si esto no sucediera, si el consentimiento de don Álvaro era siempre rehusado, y ningun género de reflexion, ningun evento imprevisto ú oculta causa intervenia para disponer de su ánimo, sabía Isabel entónces lo que habria de aconsejar.

Su martirio no estaba completo si un sacramento semejante al que la ligaba á ella, tan indisoluble, no la separaba más de Gonzalo y ponía para siempre un abismo insondable entre los dos.

Sería un bien para ámbos, é Isabel formó su resolucion.

CAPÍTULO VII.

Vivamente excitada la curiosidad de Francisco Cadenas con la llamada de su madre, el dia despues de recibir el mensaje dirigió muy temprano los pasos á la mansion materna.

Levantada ya la viuda, y dormida todavía Elena, no podia haber elegido el hijo momento más oportuno para su visita; y la madre, siempre madre, olvidada de lo ocurrido, le recibió con la mayor afectuosidad.

Sin hacer referencia á lo pasado, ni aludir remotamente á nada de lo que pudiera incomodarle, no bien le vió sentado, procedió á comunicarle el enlace proyectado de su hermana, el logro de los deseos de la niña doliente, el remedio de sus males y la extrema felicidad de su pro-

pio corazon en obtener tan inesperado resultado.

Difícil es describir las diversas sensaciones del cajero; imposible pintar la mezcla de incredulidad, sorpresa y mofa pintadas en su semblante en tanto que le referia la viuda la historia fabulosa de aquellos amores, tal cual ella en su honradez y rectitud habia sin escrúpulo admitido.

Gonzalo amaba á Elena y la queria por esposa; á esa frágil y doliente niña, á ese escrúpulo de mujer, como la denominó Francisco en otra ocasion; Gonzalo la habia amado siempre; pero, oculto su amor por temor de una repulsa y del enojo de su tio, no sólo lo habia tenido aprisionado en las profundidades de su corazon, sino que habia hecho lo posible por sofocarlo.

La madre misma se habia engañado: la madre que como nadie creia conocer el corazon de Gonzalo, y sólo D. German habia alcanzado el secreto de la verdad.

Don German, el protector de la humanidad, el abogado de los desgraciados, el benévolo hacedor de todo género de beneficios, y el fiel amigo de la viuda, por cuya provechosa intervencion se habia salvado la vida de Elena, el corazon de Gonzalo, sí (afirmó repetidas veces la madre, no pudiendo ménos de notar la incredulidad de su hijo), el

corazon de Gonzalo, y la tranquilidad de su propia conciencia.

—¿Y la boda, está definitivamente arreglada? preguntó el cajero despues que Magdalena hubo acabado su historia.

—No se espera otra cosa que el consentimiento de D. Álvaro, fué la contestacion.

Francisco meditó un momento.

—¿Y V. cree en el amor de Gonzalo? preguntó despues de una breve pausa.

La viuda le miró no sólo con sorpresa, sino con profunda indignacion.

—Si dudase de él, exclamó con energía, dejaria morir á tu hermana ántes que aceptar semejante sacrificio.

Cadenas se sonrió con malicia; pero, intimidado por el respeto que de vez en cuando le inspiraba su madre, reservó su pensamiento.

—¡Pobre Elena! habia continuado diciendo la viuda. Sé bien cuán distinta es de las demás mujeres, cuán infantil y poco á propósito para la vida de casada; pero Gonzalo la ama, y eso me basta.

—¿Y cree V. preguntó en seguida el cajero, que hay posibilidad alguna de conseguir el consentimiento de D. Álvaro? Mucho se engaña V.

agregó. Conozco mejor que nadie su modo de pensar, y sé bien que, opuesto al casamiento en los jóvenes, y sobre todo en los que dependen de él, jamás habrá medio de hacerle cejar en su opinion.

—No abrigo semejante temor, Francisco, replicó la viuda. Trabaja para conseguir el deseado fin una persona cuya influencia no es posible deje de alcanzar el mejor resultado.

—Isabel, interrumpió Cadenas.

—La misma. El ángel bueno de esta casa, que promete regir en sus destinos. Es una noble criatura la mujer de Montoya, Francisco, y no ménos interesada que D. German en la suerte de nuestros amantes, no ha contribuido poco al arreglo de la boda. En ella descansamos, en ella confiamos, y de ella se espera todo. Siendo esto un secreto hasta tener su autorizacion para divulgarlo, no necesito, Francisco, pedirte la debida reserva. Tu buen juicio es bastante garantía, y cualquiera exigencia por mi parte podria parecerte ofensiva.

—No hay temor de que hable, señora, contestó el hijo. Sería vergonzoso...

—¡Vergonzoso... Francisco! No te entiendo. Perjudicial, arriesgado; todo lo que quieras... pero vergonzoso!... No alcanzo á comprenderlo.

Temoroso el cajero de exponer demasiado abiertamente su opinion acerca de haberse arreglado la boca por medio del influjo ajeno, y tal vez á consecuencia de la composicion más que por el afecto espontáneo de Gonzalo, se disponia á terminar su visita cuando fué interrumpido en su propósito por la aparicion de su hermana, que, al encontrarse con él, como huye un tímido pajarillo á la vista de un milano, así retrocedió al interior de la habitacion de donde habia salido.

—Madre, prorumpió Francisco, no bien notó esta evolucion; me sorprende el estado de esa niña, y me sorprende más que nada que se esté pensando en casarla, cuando en lo que deberia pensarse era en amortajarla. ¡Ah, ah, ah! y una risa sardónica terminó este discurso que heló la sangre de Magdalena.

La viuda contempló á su hijo con el mismo horror con que le habia contemplado en aquella otra ocasion en que respondió á sus sentimientos maternales con otra risa como la de ahora; pero, noble como entónces en su dignidad de mujer y de madre, replegó en las profundidades de su alma el infinito dolor de su ofendido corazon, y sin una palabra explicatoria de estos sentimientos

tan naturales ni la más leve reconvencion al desnaturalizado hijo y hermano, se despidió de él.

Cadenas se dirigió al escritorio, y no volvió á pensar ni en su hermana, ni en su madre, ni en Gonzalo Figueras en todo el resto del dia, hasta el extremo de que, á pesar de no haberse podido ocultar á su penetracion una gran parte de la verdad encubierta para su familia, no halló un momento desocupado ni un lugar vacío en su mente para consagrárselo.

Para su existencia actual no habia más que un oasis, y en este oasis, se concentraban las potencias de toda su alma.

Era la noche de aquel dia, y, solo en su estudio, Francisco Cadenas se paseaba con profunda inquietud por la estancia, profundamente excitado y con chispeantes ojos, cual si fueran á salirse de sus órbitas.

Preso, al parecer, de las sensaciones más violentas, y por completo subyugado á ellas, era evidente que sus facultades todas se hallaban bajo la influencia de estos excitados sentimientos, y que sólo un estallido podia despejar su sobrecargado horizonte.

El estallido debia estar próximo: Francisco Ca-

denas, con la poca constancia y espera del hombre impetuoso y esclavo de sus pasiones, juzgaba ya llegado el momento de poner término á sus deliberadas maquinaciones para recoger el ambicionado fruto.

Una vez habian salido burlados sus planes: en una ocasion inolvidable habian sido inútiles los méritos contraidos para el logro de su objeto, y habia sido rechazado como un reptil; pero, distintas las circunstancias ahora, la perspectiva se mostraba en extremo risueña.

Antes podian pasarse sin él, ahora se habia hecho necesario: ántes ninguna causa ligaba una existencia con la otra; ahora el más fuerte eslabon las unia estrechamente, y el destino no podia mostrarse más propicio.

Siglos se le hacian á Francisco los minutos que le separaban de su propósito; y, loco de júbilo con su anticipada victoria, recorria su estudio, dominado por las más violentas sensaciones de placer, en tanto que la víctima de su pasion, descuidada, yacia léjos de sospechar nada.

No habia sido el dia que acababa de trascurrir como tantos otros pasados por Isabel en medio de las amargas de su vida; al contrario, habia sido mucho ménos fecundo en los dolorosos pen-

samientos que formaban ahora de continuo su compañía.

Era triste contemplar la suerte de esta mujer, su oscuro destino, y las duras pruebas á que estaba sometido su gran corazon y su alma sublime.

Era triste contemplar la cruel lucha de todos sus sentimientos, de todos sus afectos, y todas sus aspiraciones, sin esperar recompensa por la grandeza de su sacrificio!... ¡el sacrificio de su hermosura, de su juventud, de sus ilusiones, de sus esperanzas, de toda la poesía de su alma!

¡Era triste igualmente contemplar en lontananza la realizacion de estos sentimientos de doncella, de estas ilusiones de su alma vírgen, y ver al hado severo rechazando la seductora perspectiva!...

Pero, sublimada sobre todas estas pinturas de su destino, y en medio de sus mismas amarguras destacándose perenne la imágen de la virtud, oponia la mártir de continuo el más invencible escudo é inexpugnable baluarte á todas las asechanzas del genio del mal.

¿Qué si su primer sacrificio habia dejado de recibir la prometida recompensa?

¿Qué si su grande amor de madre é hija eran

probados de continuo, y le era robada la única dulzura de su vida?

¿Qué si, abrasado su corazon por el fuego más intenso, le estaba vedado aplacar este fuego por temor al veneno encerrado en las aguas que lo habian de extinguir?

¿Qué si su corazon habia ofrecido en su segundo sacrificio un ejemplo más que humano; y que, si de resultas de todo esto gemia castigado este corazon como gime el prisionero sumergido en lóbrego calabozo y ningun paisaje halagüeño de sonrosados tintes cruzaba por delante de su atormentada mente?

La virtud la sostenia: la juvenil doncella del blanco ropaje, sentada sobre su cuadrada piedra, le ofrecia tan fuerte apoyo y resistencia, como la roca en medio del mar á los embates de las olas; y, buscando en su regazo Isabel su consuelo, en su regazo piadoso lo encontraba.

Doncella generosa, que no esperas más que una llamada para prestar tu firme apoyo; que no pides más que una indicacion para ofrecer tus saludables consejos, y el asilo de tus brazos protectores; doncella misericordiosa, tan fuerte, tan valerosa, tan constante con los que tu amparo solicitan y de tí lo esperan todo, tú, á quien en los anti-

guos tiempos del paganismo te consagraban un templo y lo hacian servir de paso al del honor, significando que sólo por la virtud podia llegarse á él; ¡ hoy que el gentilismo ha sido reemplazado por la luz del evangelio, tienes mision más grande y más sublime destino, porque indicas el paso para el-cielo!

Son las diez de la noche, y D. Álvaro Montoya sostiene en su salita particular la cábala de costumbre con su cajero, en tanto que, aprovechándose Isabel de estos momentos oportunos, corre á contemplar á sus dormidos hermanos, domiciliados ahora en el segundo piso de la casa, en un pequeño aposento exclusivamente dedicado á su uso.

Constaba éste de dos alcobas y un cuarto de desahogo, ó sala intermedia. Escena actual de la existencia de las criaturas, que tenian prohibido el comparecer fuera de allí, estaba llena de los más vivos testimonios del carácter de sus moradores, y revelaba en todos sus incidentes, innumerables vestigios de la vida infantil.

Personificados éstos ya en la pigmea represen-

tacion de aquel grande caballo, ardid ingenioso de los antiguos griegos; ya en la diminuta señora vestida con la mayor elegancia, pero vergonzosamente rodando por el suelo; ya en el formidable sable de hoja de lata atravesando el corazon de una víctima de trapo; ya en la belicosa trompeta; ya en el descomunal tambor; ya en el carro sobrecargado de infinitos objetos inclasificables é imposibles de arrastrar por el mulo enano encargado de esa faena; ó ya en fin, en la diversidad de personajes de metal, madera, trapo ó carton, por aquí y allí esparcidos, ó en forma de regimientos ordenados, ó en varios grupos y posiciones... formaban estos diversos objetos en aquella salita el más espantoso desórden.

Difícil, pues, vadear en medio de esta confusion, empresa fué para Isabel abrirse paso, y despejar algun tanto el campo al dirigirse á las alcobas, primero á la de Inés, y luégo á la de Carlitos, cuyas dulces fisonomías le permitia la luz colocada en la sala intermedia examinar sin dificultad.

Dormia Inés, afligida al parecer por algun inquieto sueño: teñidas sus mejillas de un subido color, y moviendo de vez en cuando sus labios por un estremecimiento convulsivo, á la par que extendidos sus brazos por encima de la ropa, se

estiraron una ó dos veces, cual si bajo la influencia de una pesadilla buscaran algun objeto determinado.

Isabel, que no habia encontrado ocasion oportuna de eludir la atencion de su marido desde el dia anterior para ver á las criaturas, contempló este inquieto sueño con la mayor tristeza temiendo adivinar su causa.

Se arrodilló junto á la cama y besó las extendidas manos con la más afectuosa ternura invocando al propio tiempo la bendicion del cielo sobre la dormida niña.

¡Por ellos, sus amados hijos, se habia ella sacrificado y el sacrificio habia sido casi inútil!

Pero Dios le concederia la fuerza precisa para sobrellevar sus duras pruebas, y algun dia recogeria la recompensa.

Rezó con infinito fervor, y la oracion la consoló.

Una sacudida fuerte del cuerpo de la niña, un estremecimiento tan violento, que hizo cimbrar la cama, la obligó á ponerse de pié; y apenas sucedió esto, se despertó Inés sollozando.

—¿Qué tienes, vida mia? preguntó Isabel.

—Isabel, exclamó la criatura, incorporándose instantáneamente, y arrojándose en los brazos de

su hermana; he tenido un sueño tan horroroso que todavía me causa miedo recordarlo. Dáme un beso, que yo lo sienta, y sepa que eres tú. ¡Ay! ¡Qué sueño tan horrible! añadió pasándose las manos por los ojos como para borrar de su mente alguna espantosa vision.

—Soñé que te estaban matando y que yo queria ir á socorrerte y no podía, porque me habian amarrado las manos y cortado la lengua para que no fuera á contar lo que estaba viendo. Y te tenían sujeta, y sabías que te iban á matar, pero tenías paciencia, y ni siquiera llorabas.

—¿Y quién me queria tan mal, hija mia? preguntó Isabel. ¿Quiénes eran mis asesinos?

—Tenian las caras tapadas con caretas negras, contestó la criatura; pero los conocí muy bien á pesar de eso; y eran D. Álvaro y Francisco Cadenas.

El semblante de Isabel se demudó, y, aunque presto se sobrepuso á la impresion comunicada por la pesadilla de Inés, y trató de manifestar la indiferencia que tan léjos se hallaba de sentir, los acentos en que habló no pudieron ménos de alarmar á la criatura.

—¡Qué sueño tan disparatado! dijo; pero desmentia tan fuertemente la alteracion de su voz la

aparente ligereza de su lenguaje, que la niña con su penetracion no pudo dejar de adivinar lo que en su interior pasaba.

—Siento haberte contado mi sueño, dijo. Conozco que te ha hecho impresion, y he estado muy imprudente; pero ¡si no te mataron! exclamó interrumpiéndose y como queriendo paliar algun tanto el efecto de su historia. Justamente cuando iban á degollarte, lancé un grito espantoso, y como no tenía lengua, añadió sonriéndose, el esfuerzo me despertó. Conque no pienses en ello, Isabel.

—Es tan disparatado tu cuento, hija mia, que no hay temor de semejante cosa.

—¿Y á que no sabes lo que me hizo soñar todo esto?

—No lo puedo adivinar.

—El no haberte visto en *todo el dia*.

Isabel lo habia presentido de antemano, y no necesitó que estas palabras viniesen á confirmar sus bien fundados temores de los sufrimientos que bien á pesar suyo causaba á sus hermanos.

Estrechó á Inés de nuevo contra su pecho, y la besó con aumentada ternura, sin atreverse á articular una palabra.

—Nosotras nos entendemos sin hablarnos, ¿no

es verdad, hermana mia? preguntó la niña acariciando entre las suyas la mano de Isabel. No me digas nada. Yo lo entiendo todo; y sé que no debo nunca estar enfadada contigo, porque de nada tienes la culpa.

—Cállate, cállate, hija mia. Tú no entiendes de eso, y me aflige oírte hablar de esa manera.

La hermana mayor cubrió la boca de la menor con la mano que tenía libre, y toda conversacion cesó por lo pronto entre las dos.

—Dame un beso, dijo al fin la niña rompiendo el silencio. Abrázame y vete, que tengo mucho sueño, añadió murmurando al mismo tiempo que le decia esto para que se fuera y no se enfadara su marido con ella.

Isabel la satisfizo; y de nuevo atravesando el campo de batalla, lleno de los trofeos ántes especificados, penetró en el cuarto de Carlitos.

Plácido y tranquilo el sueño de éste, apénas movido por la más suave respiracion, y apoyada su dorada cabeza sobre uno de sus torneados bracos, formaba el dormido niño un hermoso modelo para el artista.

Isabel le contempló extasiada por algunos minutos, é imprimió un beso suave en su rosada mejilla.

Invocó sobre él como habia hecho ántes sobre Inés la bendicion del cielo, y volvió de nuevo á la salita, en donde, apénas entró, recayó su vista en la persona de Francisco Cadenas, que al verla se dirigió á su encuentro.

CAPÍTULO VIII.

—No encontré á V. en el gabinete, dijo el cajero, y, adivinando su paradero, aquí me tiene. Tenemos que hablar largamente, añadió.

—Bien, Francisco. Bajaremos juntos al gabinete.

—Me es igual, señora; pero sería tal vez preferible quedarnos aquí. D. Álvaro se ha ido á recoger, y no creo le debe á V. pesar el permanecer algun tiempo más cerca de los objetos que tan caros le son.

—¡Ángeles míos! prorumpió Isabel. Cada dia me son más queridos.

—¿Sufriría V. mucho viéndolos desgraciados?

—¡Si sufriría!... ¿y me lo pregunta V.? exclamó Isabel con sorpresa. Los amo más que á mi vida, que gustosa por ellos sacrificaría.

—Grande amor es ese, Isabel, y comprendo lo

que afligirá á V. el perder esos amados objetos.

—¡Perderlos! ¿Quién habla de perderlos? ¿Quién piensa en semejante cosa?

—No hay que alarmarse. Es puramente una suposicion que acaba de presentarse á mi mente, é *incontinenti* la he expresado. Verlos desgraciados, y perderlos, son para mí sinónimos, y no es extraño que un pensamiento haya engendrado el otro.

Isabel temió de repente que la muda comunicacion establecida entre ellos encontrase expresion, y que estas palabras fuesen precursoras de la aclaracion temida.

Era grato entregarse tácitamente á aquella bienaventurada influencia, tan provechosamente empleada hasta aquí; y era grato encontrar al que se creyó enemigo, trasformado en el mejor amigo; pero, siendo poco agradable escuchar el análisis de los sentimientos causa de esta trasformacion, se alarmó la delicadeza propia de mujer, y de mujer que comprende entre sus primeros deberes sostener con el debido decoro el nombre de su marido; y, no hallando Isabel mejor medio de parar ó distraer estas adivinadas intenciones, preguntó con viveza cuál era el asunto sobre el que tenian que hablar tan largamente.

—El mismo de que ahora tratamos, fué la contestacion.

—No ofrece mayormente interés para los indiferentes, replicó Isabel con marcada intencion.

—Ciertamente que no, señora; pero nosotros nos hallamos en distinto caso, y no creo que la indiferencia nos alcance.

Isabel se sonrojó.

No merecia Francisco el despego que Isabel ostentaba, ni debia, despues de todo lo ocurrido entre ellos, dejar de manifestarle con nobleza su gratitud.

Pero la jóven habia siempre querido lisonjearse con que jamás llegaria el momento de las aclaraciones, y que la extraña union establecida entre ellos, permaneceria siempre á la misma altura; y por lo tanto, es fácil comprender la fuerte sensacion comunicada por el inesperado desengaño.

—¿Se acuerda V., preguntó el cajero fijando los ojos en Isabel, de la cuestion suscitada en la presencia de V. hace unos dias?

—No la he podido olvidar por más que he hecho.

—¿Y recuerda V. la encubierta referencia que hice á nuestras circunstancias repectivas?

—Lo tengo bien presente.

—¿Y cree V. que he variado desde entónces?

—Al contrario, contestó Isabel ya de una vez resuelta á seguir el impulso noble de su corazon, y prescindir por completo de la alarma de su delicadeza. Desde entónces ha sido V. el ángel tutelar de mi destino; y, aunque, añadió con la más sencilla franqueza, los sentimientos propios de una mujer respecto á su marido, me han impedido hasta aquí darme por entendida de los beneficios de que soy á V. deudora, ya que la ocasion se me ofrece, reciba V. por ellos, Francisco, mi más profunda gratitud.

—¿Y ha visto V. bien de lo que soy capaz? preguntó Cadenas con marcado énfasis. ¿Ha visto V. bien el dominio que ejerzo sobre D. Álvaro y la parte tan eficaz que he representado en conservar la balanza de esta casa, tan difícil de sostener? ¿Y sabe V. que, si yo quisiera, esa balanza tan bien sostenida perderia su equilibrio, y serian expulsados de esta mansion los que sólo permanecen en ella merced á mi influencia?

Isabel se estremeció.

—Me asusta V., Francisco, exclamó.

—No es más que una suposicion, señora.

La jóven respiró, y el cajero continuó:

—¿Y cree V., dijo con sarcástica sonrisa, fi-

jando sus ojos traidores en el semblante de Isabel, que lo que por V. he hecho procede puramente de la amistad y del sentimiento espontáneo de la compasion?

Isabel por toda respuesta dió un paso hácia la puerta.

Francisco adivinó su intento, y con fingido descuido plantándose delante de ella, le cortó por completo la retirada.

—Siéntese V., dijo con calma, que tenemos que hablar largamente, y se cansará V. de estar de pié.

— Francisco, exclamó Isabel con admirable serenidad, acogiéndose á las únicas armas de que podia servirse: abrigo la más íntima confianza en los sentimientos pundonorosos de V., y creo firmemente que cuantas mercedes le he merecido, proceden exclusivamente de la más desinteresada amistad y noble compasion; y, en prueba de ello, añadió acompañando la accion á la palabra, sigo su consejo de ocupar un asiento.

Cadenas se sentó á su lado y tomó en seguida la palabra.

—¿Se acuerda V., dijo, de lo ocurrido entre nosotros hace algunos meses un domingo por la mañana en la playa? ¿Recuerda V. lo que le dije

entónces, que la amaba y que no habia poder que la separase de mi amor? ¿Que no vivia más que en su presencia y que queria que me arrancase el corazon ó correspondiese á mi pasion?

—He aprendido desde entónces á tener demasiado buena opinion de V. para volverme á ocupar de semejante locura, interrumpió la jóven. Se ha mostrado V. tan superior á aquella aberracion de un momento, tan realzado á mis ojos y estimable en su reformado carácter, que no sólo ha sido extinguido aquel desagradable recuerdo, sino que me affige el que me lo haya V. traído ahora á la memoria. Pláceme tanto, Francisco, la amistad que tan beneficosa me ha sido, que por nada en este mundo la quisiera perder. Pláceme tanto, amigo mio, alimentar la noble opinion que V. me merece y admirar la generosa compasion de su alma, que no hallo palabras bastante elocuentes para hacer justicia á la fuerza de mis sentimientos.

El cajero no habia separado la vista de ella en tanto que de esta suerte se expresaba, manifestando en la alteracion de su semblante la más viva excitacion, que por segundos iba creciendo, y que ahora, cuando la jóven concluyó de hablar, por completo le dominaba.

Sus ojos chispeaban, un color encendido cubria sus mejillas, sus labios temblaban agitados por la violencia de sus pasiones, y su alma conmovida por el más furioso embate se disponia al estallido.

Era terrible la expresion de su semblante y sus acentos no lo fueron ménos.

—Isabel, dijo con toda la ferocidad de su pasion concentrada en su fisonomía, y cayendo las palabras de su boca con la fuerza de un torrente; pues todo lo que en la playa dije á V. entónces se lo vuelvo á repetir, y con renovada instancia. La amo á V. y con toda la fuerza de la pasion más indestructible, con toda la fuerza de una pasion que ha alcanzado los más íntimos y secretos lazos del corazon de la que ama, para más estrechamente unirse á ella. Ha padecido V. un engaño si me creyó curado de mi pasion. Ha padecido V. el más grande error si juzgó que el amante podia jamás trasformarse en amigo. ¡Amigo! repitió con creciente energía: ¡amigo de una mujer hermosa! ¿Dónde ha visto V. jamás que el hombre sea amigo cuando puede ser amante? ¡Inocente, ciega, inexperta mujer! continuó con una leve acentuacion de sarcasmo en sus palabras. ¿Es este el conocimiento de mundo que V. tiene?...

—Basta, Francisco: basta de insultos, prorum-

pió Isabel, saliendo al fin del anonadamiento producido por este violento lenguaje y hallando la fuerza necesaria para levantarse del sofá. Basta, repitió, ó llamaré á los criados.

Cadenas la miró con sonrisa mofadora.

—¿Y qué sucederá, señora? preguntó con ironía.

—Que será V. expulsado á la calle como un infame malhechor.

—¿Siente V. lo que dice, Isabel? exclamó el cajero cortándole como ántes con la misma astucia la retirada. ¿Y es su corazón de V. el que obra en este inesperado proceder, ó la impulsa á tratarme de este modo la mal entendida prescripción del deber, ese maldito fantasma que algunos apellidan virtud? Sea V. franca, señora, y respóndame la verdad.

Isabel meditó un momento, y contestó en seguida.

—Aun cuando no rindiera el culto más verdadero á las prescripciones del deber; aun cuando ninguna fuerza tuviera conmigo esa virtud, quimera para los que desconocen sus exquisitas dulzuras é inagotables tesoros; aun cuando, doncella y libre por completo, no fuera un crimen corresponder á su pasión, mi corazón jamás sería de V.

Comprendo, añadió desafiando todo género de consecuencias, toda la maldad del inicuo proceder de V., porque alcanzo las infames maquinaciones de que me ha hecho víctima; y le miro con tan grande odio y desprecio, que me horroriza su sola vista. No me interrumpa V., exclamó notando que el cajero se disponia á hacerlo, ahora que todo lo penetro, quiero de una vez decir á V. lo que se merece y echarle en cara su maldad. Se ha burlado V. de mi crédula fe; ha abusado V. de mi ignorancia é inexperiencia, urdiéndome la más infame trama; pero todo es inútil, Francisco. Sus inexcrutables artes veladas hasta aquí á mi conocimiento, están descubiertas, y todo el trabajo es perdido. Ha querido V. tenerme bajo su dominio, tomando en rehenes á los tiernos objetos de mi amor, y ha juzgado segura la victoria. ¡Vergonzosa intriga, vil asechanza, levantar en contra de mi reposo hasta á mi propio marido!... ¡Mi propio marido, repitió la jóven con profunda indignacion, pero siempre con la misma admirable serenidad desplegada desde el principio de su discurso, que, movido por las ponzoñosas insinuaciones, las malévolas advertencias, y el malvado prestigio inícuamente empleado, ha secundado tan dócilmente la más vil de las maquinaciones! No me lo niegue

V., Francisco, añadió observando de nuevo que el cajero se disponia á interrumpirla. Si me dejé disuadir de semejante conviccion el dia en que me tendió V. el primero de sus astutos lazos, las pruebas de hoy me la han devuelto de manera que ya toda discusion es inútil. Nada se oculta ya á mi conocimiento, una vez iluminadas mi crédula fe é ignorante inexperiencia; y, si alcanzo el móvil de los inesperados rigores de mi marido, y los martirios impuestos á los objetos de mi amor, y á mi corazon de madre é hija, no se me oculta tampoco el estudio deliberado que de mí se ha hecho. ¡Y esto hace un caballero! ¡Abusar hasta ese punto de una indefensa mujer, que no ha cometido otro delito que cumplir con su deber! ¡Esto hace un hombre honrado! ¡Cebarse de tal modo y valerse de tan reprobados medios para alcanzar sus detestables fines! Dios se lo perdone á V., Francisco Cadenas. Dios le perdone el mal que me ha hecho, tan irremediable ya, y le abra el corazon para que emplee sus potencias en enmendar sus errores.

—¿Acabó V. ya, señora? preguntó Francisco con ira difícil de reprimir, pero aparentando la mayor serenidad y valiéndose de un tono sarcástico para encubrir sus verdaderos sentimientos.

Vertió V. ya toda la hiel de su corazon? ¿Se en-

cuentra V. satisfecha? ¡Se le ensancha á V. el espíritu, y goza en lo que acaba de hacer? ¡Es una noble recompensa y digna de una mujer virtuosa! Las prescripciones del deber y el prestigio de la virtud no bastarian para separarla á V. de mi amor áun cuando fuese libre; sobraría la aversion que le merezco para producir el mismo resultado. Está bien, señora. No me engaña V. Es un digno proceder. La virtud dice siempre la verdad. Pero es el caso, señora, que, quimera para mí esa virtud que ofrece á V. dulzuras tan infinitas, y tesoros tan inagotables... no creo en ella... ¡Ah, ah! dijo con la risa sarcástica que le asemejaba en algunos momentos á un demonio disfrazado, ¡vana palabra! No es ella lo que inspira á V. la aversion que le merezco. Sé más que todo eso, Isabel, y sé que la mujer no puede vivir sin amar.

El rostro de Isabel se puso lívido; sus manos se contrajeron y un sudor frio circuló por su cuerpo.

—¿He acertado, señora? preguntó el cajero con aumentada ironía. ¿No me contesta V.? Sería doloroso gastar palabras con un monstruo tan detestable. Gócese V. en su sublime obra. Regocíjese en las torturas de mi humillacion; pero, añadió, deponiendo el tono de sarcasmo que hasta aquí

empleara y vertiendo en sus acentos toda la concentrada ira de su alma; le prevengo á V. que me sabré vengar. Grande, constante y empeñada, igual en grandeza, constancia y empeño al despreciado amor, habrá de ser mi venganza; y deliberada, estudiada y meditada, como aquella que le referí, exclamó de nuevo acogiéndose á la ironía, del conde Hermann del Tirol; ¿la recuerda V., señora?... no ménos ponzoñosos habrán de ser sus resultados. Una vez perdoné á V. su desprecio: pero ya todo acabó, y la vida empieza hoy de nuevo para mí. Sabe V. de lo que soy capaz. Sabe V. mejor que nadie cuál es mi posición en esta casa, y el influjo que en ella ejerzo. Tiemble V., señora, porque no habré de tener misericordia. Y sepa V., sobre todo, lo que ya le he dicho ántes; que, quimera para mí la virtud, tan llena para V. de dulzura é inagotables tesoros, no creo en ella; y juzgo que solamente otro amor le hace aborrecible el mio. Medite V. en todo esto. Medite V. con despacio en lo que acaba de hacer, y piense bien, dijo con aumentado sarcasmo, cuál pierde más de los dos!...

¿Quién seguir puede la contrariedad de sentimientos, segun se suceden las inspiraciones?

¿Y quién puede describir el retroceso operado de repente en el corazón de Isabel después de una lucha de mil sentimientos despertados por las palabras de Cadenas?

Pensó que tal vez tuviera el cajero razón en algo de lo que había dicho: pensó que tal vez acertara en la suposición de ser otro amor el que le hacía el suyo tan aborrecible, y ser de esta y no de otra causa más noble de donde procedía la tenaz resistencia tan desapiadadamente manifestada; y más el íntimo remordimiento la acometió por haber sofocado tan cruelmente toda sensibilidad de mujer.

Rápido, pues, el retroceso labrado en ella, no bien concluyó Francisco de hablar, tomó sobre sí el trabajo de dulcificar algún tanto el efecto de sus expresiones anteriores.

—Me aflige, como V. no puede figurarse, exclamó con los acentos más fervorosos, esto que pasa entre nosotros. Siéntolo en el alma, y me fuera grato, Francisco, como ninguna otra cosa en el mundo, que todo lo ocurrido se olvidara y fuésemos amigos.

—¡Amigos! repitió Francisco interrumpiéndola. ¿No le he dicho á V. que eso no puede ser? Pídale V. al mar que se convierta en un pequeño

arroyo; á la inmensa tierra que se encoja y no quede de ella más que el espacio bastante para nosotros dos; pídale V. al campo que desaparezcan de él los bosques, los valles, las florestas, los árboles frondosos y las flores perfumadas, y no deje más que una sola mata; pídale V. á la tierra que deje de girar, al sol que nos retire sus ardorosos rayos; y la mar, la tierra, el campo y el sol serán más dóciles á su voluntad de lo que yo puedo serlo.

—Dios le ablande á V. el corazon, Francisco, exclamó Isabel por toda repuesta, y extinga en su pecho lo que no debia hallarse en él.

El reflejo de una luz llamó en este momento la atencion de ámbos, y ántes aún que hubieran tenido tiempo para articular otra palabra, la sombra de una persona penetró en el cuarto.

Isabel se dirigió instantáneamente á la puerta contra la cual, aunque abierta, se hallaba siempre estacionado el cajero, gozosa de la proximidad de alguien para refugiarse contra la implacable violencia que iba ya rindiendo sus fuerzas y valor, y, misericordiosamente auxiliada en su propósito, apareció Gonzalo Figueras en el mismo umbral.

Temerosa de perder tiempo, y anhelante de

deponer la bien sostenida serenidad que tan léjos se hallaba de sentir, cambió sólo algunas frases indiferentes con el jóven; y, sin más tardanza, alejándose de la estancia, le dejó con Francisco Cadenas, grandemente contrariado con esta importuna aparicion.

La luz que Gonzalo tenía en la mano reflejaba de lleno en la fisonomía del cajero, y la mostraba de tan siniestra expresion, que el jóven no pudo ménos de recordar en su carácter actual el mismo sello de malignidad que tan visible se le hizo la tarde en que, al pasar por las habitaciones de Isabel, fué alarmado por la voz irritada de su tio, y el cajero como en asechanza, pasó junto á él sin verlo en el corredor.

¿Qué habia en el fondo del alma de este hombre para estampar semejante expresion en su rostro?

¿Qué horribles pensamientos tenían asiento en él para producir tan extraña fisonomía?

Gonzalo se deshacia en vanas cavilaciones.

Siempre antipático para él el que tenía delante, le toleraba sin embargo cada dia más, y, habituado casi á su temperamento é ideas, á pesar de la discordia entre ellos, no acababa de sondear su verdadero carácter, ni era posible que un carácter no-

ble profundizase en aquella alma corrompida, ni alcanzase las grandes complicaciones de su nefando proceder.

Oculto, pues, para él aquel fondo tan perverso, era en balde que se esforzara para descifrar el enigma.

Pasaron algunos instantes en el más profundo silencio, y ya se disponia el jóven á alejarse desesperanzado de ver al cajero salir de su abstraccion, cuando venciéndose éste impidió el intento de aquél con las siguientes palabras :

—Nos ocupábamos Isabel y yo de tí en este momento, dijo con asombrosa naturalidad, holgándonos mutuamente... porque Isabel tiene un excelente corazon, añadió como entre paréntesis, de lo que esta mañana he sabido por mi madre. Es un suceso grato para todos, Gonzalo, y me doy por él la más cordial enhorabuena, si es que obras con tu libre voluntad.

Confuso Gonzalo, cortado, y sintiéndose tan criminal bajo esta inesperada salida como el reo más culpable, tardó algunos segundos en formar su respuesta: y, cuando la formó iba envuelta en tal confusion de palabras, y en tan ambiguo sentido, que necesariamente afirmó á Francisco

más en la sospecha que habia concebido por la mañana.

Ocultó, sin embargo, su modo de pensar; y, despues de algunos momentos más de conversacion sobre el mismo asunto, se retiró Gonzalo á su dormitorio, en tanto que Francisco lo hizo á su propia casa, á meditar allí á solas en lo ocurrido aquella noche.



CAPÍTULO IX.

Cercada Cádiz de mar, excepto por la estrecha cinta de tierra que une la ciudad con San Fernando, la escudan de la entrada de las aguas las murallas precisas para señalar su término al Océano: al Océano que, aunque rechazado en sus embates y furiosas embestidas por esta resistencia, más de una vez ha triunfado de los firmes cimientos, y lanzándose vencedor dentro de los mismos muros, de continuo minados por el perpétuo trabajar de las olas, y en no pocas ocasiones rendidos á sus esfuerzos.

En la época á que me refiero, existia frente al Camposanto, una brecha formada por el embate continuo de las olas, que, en extremo reciente, no habia aún alcanzado el privilegio de la reparacion.

Profundo este hoyo y extenso, su imponente

vista habia atraido no pocos curiosos; y, aunque habian pasado algunos dias desde que una noche tempestuosa remataba la obra comenzada por las perseverantes olas, no habia aún disminuido el número de los concurrentes.

Una tarde, sin embargo, en que el aspecto amenazante del cielo retraia á muchos de satisfacer su curiosidad, se hacía la zanja tan imponente, por el furioso embate de las olas, el furibundo rugido del embravecido Océano, y los violentos silbidos del viento, que aún los pocos más valerosos á su alrededor agrupados lo contemplaban con espanto.

Era, en verdad, un espectáculo cuyo enérgico y misterioso lenguaje no podia ménos de producir el más grande y sublime efecto.

Cubierto el cielo de negras y espesas nubes, tan densas, oscuras y bajas que parecia llegar la bóveda celeste á las torres mismas de la ciudad, la cubria como á un cuerpo muerto un palio de terciopelo negro, rasgado de vez en cuando por los vivos reflejos de los relámpagos, que como culebras de fuego bordaban á intervalos el encapotado horizonte.

Aunque lejano el ruido de los truenos, era repetido y prolongado y se semejaba al movimiento perpétuo de pesados carros.

Cenagoso el color del mar, se presentaba movido por furiosas é impetuosas olas, que en filas gigantescas se arrojaban en pos las unas de las otras, y embravecidas lanzaban el furor de su ira contra las resistentes murallas.

Rechazadas allí, no obstante su fiereza, por el muro defensor, vengábanse de su burlada esperanza en la abierta zanja que, de antemano socavada, ofrecia un desahogo á su furor.

Ola tras ola llegaba hasta la misma superficie de la tierra; ola sobre ola, á cual más embravecida y encarnizada, derramaba sobre el hoyo el ímpetu de su locura; y, batiendo sin misericordia los peñascos en su fondo, resarcíanse en su severo castigo de la resistencia ofrecida por más resguardados lugares.

Espesa la espuma de estas olas, espesa cual la de un hidrófobo, y á semejanza en su ira del rabioso impotente para vencer la furia que le devora, arrojando esta espuma como desahogo necesario, acompañábanla horribles rugidos y bramidos furibundos.

Un fuerte viento del Sudoeste llenaba el aire de humedad, y silbaba con violencia.

Cerrado el horizonte, ningun bajel mayor se distinguia en lontananza, ni se divisaba siquiera

una sola lancha pescadora: tan temible se presentaba la lucha con los elementos; pero, audaz en extremo un místico solitario, visible como una cáscara de nuez sobre las agitadas aguas, indiferente á los peligros, desafiaba temerario el poder de sus enemigos, surcando el mar con arrizadas velas, y mostrándose valeroso en esta lucha.

Frágil navecilla lanzada á merced de los caprichos de Eolo, y á los furores de Neptuno, ofrecia un espectáculo grandioso en su loco atrevimiento.

Tan pronto osado seguia su rumbo hácia el Estrecho por encima de las embravecidas olas, como cubierto por ellas desaparecia.

Tan pronto orzaba como arribaba, buscando los favores del viento, y, como impelido por una fuerza irresistible, parecia ir á esconderse en el horizonte, que en su densa oscuridad semejava el término del universo.

Tan pronto iluminaba su velámen un vivo reflejo de relámpago, como, envuelto en brazos de las gigantes olas, parecia que no se volveria á ver.

Y con razon se temia esto.

Era una contienda espantosa, desigual, y el bajel luchaba contra muchos enemigos reunidos.

Un grupo de personas situadas en la inmediatez del hoyo observaba con el más vivo interés los movimientos del arrojado místico, y entre ellas se hallaba nuestro amigo D. German del Castillo, acompañado de su dependiente Antonio Rosales, quienes parecían interesados como nadie en la suerte del bajel.

—Míralo, Antonio, decía D. German, cómo se eleva ahora, y parece ir á dar con los topes en el cielo. Y míralo cómo ha vuelto á bajar. Cualquiera creeria que se va á sumergir en la mar brava. Es un arrojado espantoso que me causa horror, haberse echado á la mar en un tiempo como este. Es mucha locura. Y la noche va viniendo ¡y sabe Dios adónde lo llevará! Míralo cómo toma rizos... Va perdiendo la esperanza... Pero, no, no era más que para cambiar de bordada. Vuelve otra vez á deslizarse cual si nada le detuviera, y allá va... míralo, Antonio. ¿Qué es eso? exclamó de repente interrumpiéndose; ha desaparecido. No lo veo, Antonio, esfuerza la vista tú, que tienes los ojos más jóvenes que yo, y mira bien. ¿Qué es lo que ves?

Antonio concentró en su mirada todo el afecto que le merecía su principal, toda la fuerza de su voluntad para servirle, y con ella las potencias

todas de su alma; é insinuó con timidez que si no padecia equivocacion, una ola monstruosa habia envuelto al frágil buque; pero, ya retirada, volvía de nuevo á presentarse tan gallardo como ántes.

—Ya lo veo, ya lo veo, exclamó D. German, contemplando otra vez la cáscara de nuez. Voy ya cobrando esperanzas, dijo. Es mucha su resistencia.

La noche estaba ya casi encima; el enlutado cielo se mostraba por momentos más oscuro; los truenos zumbaban todavía aunque distantes, y las culebras de fuego seguían interminables bordando el horizonte, como si el cielo se hubiese propuesto no dar fin á esta ruidosa fiesta.

Lentamente disminuido el grupo interesado en las maniobras del buque, segun se iba aproximando la noche, quedaban solos en la inmediacion de la zanja el comerciante con su dependiente, que á pesar de la densa oscuridad se empeñaba todavía en seguir el rumbo del bajel.

La mar á su misma altura lanzaba constante sus furiosas olas, vertiendo el despecho de sus enojos contra el hoyo indefenso: el viento tan vigoroso como ántes bramaba con la misma violencia que desde el principio de la tarde, y el espectáculo imponente aumentado por las espesas

tiniebias, iba por momentos creciendo en grandeza.

Imposible ya el distinguir los movimientos del místico, en vano dilataba D. German su clara pupila, y animaba á su dependiente á hacer uso de sus ojos más jóvenes.

Desesperado de la ineficacia de sus esfuerzos, se disponia á encomendar el bajel á la misericordia de Dios, cuando de repente iluminado el espacio por el más brillante relámpago, cuyo fugaz reflejo, infundió en todo el horizonte la más clara luz, pudo verse por última vez la arrojada nave.

Oportuno este relámpago, y lanzada su claridad como de intento sobre el místico, la perspectiva que se ofreció á D. German fué casi maravillosa.

El buque habia vuelto á virar, por lo que podia juzgarse de su posicion, y, mejor colocado ahora á favor del viento con sus velas orientadas, no bien lo iluminó el relámpago parecia cortar rápido en línea recta el espacio como una flecha lanzada por la más diestra mano.

D. German contempló á su dependiente como si fuera aquello que acababan de ver obra de oculta hechicería, y Antonio igualmente sorprendido, devolvió la mirada de su principal con la más

espantada expresion en su nada interesate fisonomía.

— ¡Gracias á Dios! dijo al fin el comerciante despues que se hubo algun tanto repuesto de la impresion que acababa de recibir; gracias á Dios que está fuera de bajos. Es otra cosa ya por allí fuera. A rumbo hecho no temo por ese valiente, añadió.

Un trueno más profundo que ninguno de los anteriores acompañó al brillante relámpago, y fué seguido por un aguacero tan repentino y copioso, que, ántes de que tuvieran D. German y su dependiente tiempo de refugiarse en alguna de las puertas de las casas inmediatas, se habian empapado sus ropas en agua.

¡Pobre Antonio Rosales!

¡Cuán grande era su desconsuelo!

¡Mojarse D. German que padecia de reumatismo!... ¡Dejarle emprender la vuelta á su casa expuesto al más inminente de los peligros!...

Mejor hubiera querido Antonio, tan flaco como era, llevarle sobre sus hombros, como Eneas á su padre aun cuando reventara bajo el peso, que autorizar semejante locura.

Era inútil rebatirle.

Era ineficaz toda gestion por parte del principal para desviar al dependiente de sus intentos.

Jamás se habia atrevido á ir en oposicion á la voluntad para él tan respetada; jamás habia osado en todo el curso de su vida oponer la más leve sombra de opinion contraria á la de su principal; pero, en esta ocasion en que veia él una cuestion de vida ó muerte, se mostró por primera vez más fuerte que D. German, y venció en la porfía.

Iria por un coche para precaver los resultados de la mojada y el temor de su repeticion, y don German, lleno de paciencia, esperaria su santo advenimiento, guarecido entre tanto de la lluvia en el zaguan de la miserable casa adonde se habia refugiado.

Dictadas y admitidas estas disposiciones, procedió Antonio á ejecutar su mision, en tanto que la naturaleza, dispuesta á embromarle, no bien habia andado el pobrecillo veinte varas tuvo por conveniente secar sus abundantes lágrimas y no sólo abandonar esta expresion de su dolor, sino depouer al propio tiempo todas las demás manifestaciones tremendas de sus poderosos enojos.

La lluvia copiosa pareció haber descargado al abrumado cielo del peso que le oprimia y en sus resultados se asemejaba á las lágrimas derramadas

en la tierra tan eficaces para aplacar la furia de las pasiones y suavizar los más airados sentimientos.

Como por encanto producidos sus saludables efectos, apénas empezó á caer esta bienvenida lluvia, se notaron sus ventajas; y, no bien cesó, se restableció por completo la calma de los embravecidos elementos.

Instantánea esta variacion, merced al cambio de viento, y cual si de nuevo hubiera sido empleada para el caso la vara del antiguo profeta, se amainaron las aguas del Atlántico, y bajas y flojas ya las embestidas de las olas, apénas llegaban á lamer las plantas de la zanja.

Las nubes amontonadas sobre la ciudad, y cubriéndola como á un cuerpo muerto un palio de terciopelo, rompieron su estrecha densidad, y como avergonzados de sí mismos los regazados nubarrones, que demasiado duros de corazon, no habian tomado parte en el llanto general, procelosos surcaban por el espacio, en tanto que la luna, levantándose á lo léjos como una lámpara de plata, empezaba á difundir su claridad suave.

No hacía mucho tiempo que Rosales se habia separado de D. German, cuando una de las veces que volvió éste la cabeza en la direccion que de-

bia traer el carruaje, llamó vivamente su atención la figura solitaria de una mujer que caminaba con pasos en extremo acelerados, á alguna distancia de él.

Olvidado de repente de las prescripciones de Antonio, y, profundamente excitada su curiosidad por la presencia de aquella mujer en semejante sitio, á aquella hora y con tal tiempo, abandonó el zaguan, y, cuidando de no ser visto, se puso á observarla.

La mujer siguió adelante, aparentemente con un objeto determinado y no paró hasta hallarse á una vara de distancia de la zanja, donde deteniéndose como para contemplar el paño de mar que se presentaba á su vista, extendió los brazos al Océano y articuló algunas palabras en alta voz, pero que, sin embargo, á causa de la distancia, fueron completamente ininteligibles para el testigo único de esta escena.

Inmediatamente despues, y como impelida de renovado impulso, con pasos aún más acelerados que ántes, se dirigió hácia la tierra movediza del profundo y oscuro hoyo; y, llegada allí, en pié, solitaria é inmóvil, contempló sus aguas cenagosas.

D. German, alarmado, se le acercó temblando,

porque la precipitacion, la celeridad de sus pasos, la determinacion de sus movimientos, y sobre todo su postura en la proximidad del hoyo, le inspiraban un natural terror.

La asió por ambos hombros ántes aún que fuera ella conocedora de su presencia; y, aunque un grito espantoso como el de un loco enfurecido contestó á este generoso intento, y los más violentos esfuerzos por escaparse de los brazos protectores siguieron á aquel estallido de la burlada intencion, no por eso desistió el comerciante de su propósito.

Afirmó aún más sus fuertes garras; y, separando á la desesperada mujer de la inmediacion de la zanja, la condujo arrastrando á un par de varas de distancia, donde, cansada la infeliz con sus propios esfuerzos se dejó caer sobre el suelo, oculto el rostro sobre un monton de arena, y rompió á llorar convulsivamente.

A poco rato levantó la cabeza, y aún con el mismo frenesí que antes empezó á hablar.

—¡La mar, la mar! decia en medio de sus sollozos y sujetándose las sienes con ambas manos, cual si le desgarrara la cabeza algun vehementemente dolor. ¡La mar! yo me quiero tirar á la mar.

—Tranquilícese V., sosiéguese V., exclamaba D. German, esforzándose por calmar agonía tan terrible.

—¡La mar, la mar!... mi único consuelo, mi única esperanza. ¿Por que me separan de ella?

La luna daba en su rostro y permitia, al comerciante examinar sus facciones en tanto que de esta suerte se expresaba.

Era una mujer jóven y bella; pero tan desencajada en este momento que apénas podia hacerse justicia á su belleza.

Mostrábanse, no obstante las lágrimas y la inflamacion de sus párpados, hermosos y brillantes sus ojos negros; y su boca, encendida como un áscua, revelaba la más encantadora seduccion en medio de cierta dureza característica de su caido labio inferior.

Oscuro el color de su tez, pero subido el color de sus mejillas, y animada por este colorido la expresion de toda su fisonomía, no podia ménos de hacerse notable su señalado mérito.

Desordenado el cabello y caido en mechones desiguales sobre las sienes y la frente, aumentaba la expresion desordenada del semblante; y desarreglado el vestido, y envuelta la jóven en un

manto que la cubria, y que al caer se habia desprendido de sus hombros, ofrecia la infeliz en su estado profundo de desesperacion el más triste y sorprendente espectáculo.

D. German sabía que esto no podia durar mucho tiempo; sabía que el terrible frenesí se llegaria á calmar, y que sólo entónces podrian ser útiles y provechosas sus palabras de consuelo.

La dejaba, pues, por ahora entregarse á su postracion física y á toda su excitacion moral, pensando entre sí que jamás habia visto un cuadro tan lamentable.

—¡La mar! volvió á decir la infeliz. ¡La mar, mi único refugio, mi esperanza y mi consuelo! Negra como está ahora, y como mi suerte ha sido... ¿Por qué me la han de quitar? Tenía valor; esta noche que Gabriel se ha marchado...

—¡Gabriel!

¿Qué otro podia ser este Gabriel que el que D. German conocia?

Así se llamaba Boleta, y Boleta se habia lanzado aquella noche á la mar en la cáscara de nuez, cuya lucha valerosa acababa de presenciar el comerciante, y él era indudablemente de quien la jóven hablaba.

—Gabriel, repitió D. German, inclinándose



hácia ella apénas articuló este nombre. ¿Gabriel Boleta? preguntó. Lo conozco.

—¿A Gabriel? pregunto la jóven levantándose de un salto y mirándole fijamente. ¡A Gabriel, el que era mi novio, mi hermano, mi prometido esposo! ¡Ah!... yo me quiero morir! ¡Me quiero morir! exclamó volviendo de nuevo á los mismos acentos frenéticos de ántes, resuelta como nunca á llevar á cabo su desesperado intento.

D. German la volvió á sujetar por los hombros, y la jóven, con grito aún más espantoso que el exhalado en el borde del hoyo, cayó de nuevo sobre la arena gimiendo con la más profunda amargura.

Era terrible contemplar semejante agonía y no encontrar medio de apaciguarla : era espantosa de ver esta triste desesperacion tan sin treguas ni consuelo ; y era capaz semejante ejemplo de corregir el corazon más corrompido.

Contínuos los gemidos ahora, é incesante el llanto convulsivo, permanecia D. German indeciso sin saber qué partido tomar, temeroso de producir áun con la más insignificante de sus palabras igual resultado al que acababan de obtener las pocas que habia articulado; hasta que, notando

al cabo de algunos momentos ménos frecuencia en los sollozos y alguna más tranquilidad en la postrada figura, se arrodilló á su lado y con el cariño de un padre le envolvió el cuerpo en el manto levantándole al propio tiempo la inclinada cabeza y haciéndola descansar sobre su hombro con la mayor ternura.

Hubo tal sentimiento en esta accion, tal afecto en la manera de ejecutarla, tal grado de compasion en el modo mismo de cubrir sus desnudos hombros y acoger sobre el suyo aquella afligida cabeza, que los efectos fueron portentosos.

Más tranquila la infeliz desde este momento, se manifestó dispuesta á levantarse, aunque no ya, aparentemente, con las intenciones anteriores; pero, demasiado débil para hacerlo por sí sola, tuvo que recurrir al apoyo de su salvador; y, hecho esto, le contempló por algunos segundos con silenciosa atencion.

—¿Me conoce V.?[?] preguntó el comerciante.

—Nunca he visto á V. hasta ahora.

—¿Y sabe V. lo que he hecho por V. esta noche?

La jóven, sin atreverse á mirarle, bajó la cabeza con la más profunda humildad en su actitud, sujetándose al propio tiempo el manto con ambas

manos, cual si quisiera valerse de este resguardo para ocultar su vergüenza.

—¿Y se halla V. bastante tranquila para escuchar lo que deseo decirle en una ocasion como ésta y para que no lo olvide jamás? preguntó en seguida D. German.

Volviendo otra vez la desgraciada mujer á los sollozos, murmuró en débiles y confusos acentos su gratitud por lo que merecia de un desconocido; y, tornando de nuevo á su actitud anterior tan llena de humildad, continuó hablando con los más fervorosos acentos.

—Soy muy mala; bien lo sé, dijo, pero no tanto como V. me cree. Hace mucho tiempo que deberia haber estado en la mar, añadió lanzando una mirada terrible al Océano, si no fuera porque algo bueno quedaba aún en mí. Me acordaba de Gabriel, y miéntras lo veia y lo tenía cerca, me era imposible afligirlo. A no ser por eso, hace muchas noches que la mar me hubiera tragado.

—Gabriel no ha marchado para siempre, dijo el comerciante pulsando con afan la única cuerda sensible que confesaba aquella desgraciada poseer en su desesperado corazon. Volverá en breve.

La jóven meditó alguos momentos.

—¡Pobre Gabriel! exclamó en seguida cruzando

las manos y de nuevo dirigiendo la vista al mar cual si lo divisara allí. Le he hecho sobradamente desgraciado con mi cruel ingratitud, y no quisiera... no, aumentar sus sufrimientos.

—Gabriel es el más noble y honrado de los hombres, interrumpió D. German halagando los provechosos pensamientos tan á tiempo despertados; y sería el colmo de la iniquidad causarle ningun género de pesar. Lo conozco hace años, y lo aprecio como si perteneciera á mi propia familia.

—¡Tan noble, tan honrado!... ¡Ay! sí señor, prorumpió la jóven. ¡Gabriel es todo eso; y mucho más ha sido para mí!

Sus lágrimas empezaron á correr de nuevo, pero no ya con el frenesí de ántes, y siguió hablando con balbucientes acentos, afectada por nuevos sentimientos, más tranquilos y mejores.

—Éramos hermanos de adopcion. Nos criamos juntos y crecimos como si no hubiera en el mundo otra cosa que hacer más que amarnos. Debía ser Gabriel mi marido, y me amaba con el afecto más tierno, como si yo lo mereciera...

Los sollozos la impidieron continuar.

—Basta, Mercedes, basta, exclamó D. German asiendo entre las suyas una de las manos de la

jóven y esforzándose por consolarla en su afliccion. No prosiga V., si tanto la affige recordar lo pasado.

—Me conoce, dijo para sí la jóven. Sabe mi nombre, y no debe ignorar mi historia.

Conociéndola y no ignorando su historia le habia tendido una mano salvadora: no habia escrupulizado prestarle su tierna compañía, ni se habia desdeñado de mostrarse misericordioso.

Era demasiado, y Mercedes le contempló con la más profunda veneracion.

—Sí, Mercedes, repitió el comerciante no pudiendo ménos de notar la sorpresa de la jóven al verse conocida; todo lo sé por el mismo Gabriel, y sé más que nada cuánto la ama á V., y el deber en que se halla V. de no aumentar los pesares de tan noble corazon. Mucho le quisiera á V. decir esta noche, prosiguió, anhelando aprovecharse de las buenas disposiciones que pudieran más tarde desaparecer, sobre el acto de locura de que he podido libertarla, interesado desde ahora en su suerte y deseoso de tranquilizar el espíritu atormentado que ha producido semejantes funestos resultados; pero veo á V. fatigada y temo abusar de sus fuerzas.

La aparicion de un coche interrumpió el resto

del discurso, y ántes aún de que hubiera tenido tiempo Mercedes de conceder una palabra en respuesta, se apeó del carruaje el dependiente de D. German, *é incontinenti* se dirigió al zaguan en busca de su principal.

¡Oh chasco inesperado!

D. German habia desaparecido, y todos los horrores del reumatismo acosaron el corazon de Rosales con la furia de una legion de demonios.

¿Qué sería de su principal?

La luna bastante elevada ya, iluminaba toda la extension del Camposanto, y permitió al fin al desconsolado Antonio descubrir en uno de los dos bultos inmediatos á la zanja la robusta persona de su principal, quien, atento á las diligencias de su dependiente, no bien le vió venir desde léjos, suspendió su conversacion con Mercedes y lo llamó.

—No me digas nada, Antonio, dijo sonriéndose; cualquiera hubiera hecho lo que yo, aunque padeciera de cincuenta reumatismos, y Dios me dispensará este ataque en consideracion á sus causas. Ya lo verás. Eres un guapo muchacho, y no sé como pagarte tu interés.

Antonio no se atrevió á ofrecer la menor sombra de reprension: D. German tendria razon; ja-

más le habia faltado; y humilde esclavo no podia hacer otra cosa que reconocerlo.

—A esta pobre mujer, añadió el principal, señalando á Mercedes, la he salvado de un peligro, y no puedo abandonarla por ahora. Luégo lo sabrás todo, Antonio, agregó.

El dependiente no necesitó segunda indicacion.

Se separó inmediatamente de su jefe, y tomando la calle más cercana desapareció en seguida.

D. German se habia vuelto á Mercedes.

Frio el aire de la noche ahora, á consecuencia del cambio de viento, tiritaba la jóven y apenas podia tenerse de pié; tan entorpecidos se hallaban sus miembros; y naturalmente compadecido el comerciante de este estado, le ofreció un asiento en su coche, que, brindado con las más vivas instancias, fué aceptado con toda gratitud.

Apoyada, pues, Mercedes, ó mejor expresado, sostenida y casi conducida por el brazo vigoroso de D. German hasta llegar al carruaje, juntamente con él penetró en el interior, y, dada órden al cochero de ir por el campo á la calle de la Alameda, partieron reunidos á su destino Mercedes y D. German.



CAPÍTULO X.

Una vez introducida esta extraña pareja en el carruaje, fué el primer cuidado de D. German ganar por todos los medios la confianza de la jóven, tan necesaria para ayudarle en su propósito de apaciguar los sufrimientos de aquel espíritu; y, pareciéndole que nada podia mejor darle este resultado que volver á la cuestion de Gabriel, empezó por decir á Mercedes ante todas cosas su propio nombre y condicion, que ella aún ignoraba, y enseguida los detalles de su conocimiento con Boleta, y los infinitos casos en que mereciera del gallardo patron las más evidentes muestras de deferencia y aprecio.

Sumergida Mercedes en el fondo de su asiento y aparentemente rendida con sus violentos esfuerzos, hubiérasela creído indiferente al asunto; pero

el que, merced á la clara luna y las descorridas cortinas del carruaje, veia la expresion de su semblante, formaba bien distinta opinion, y dichoso se lisonjeaba del efecto de su ardid.

Inmóvil, sin embargo, la figura, é impreso sólo en la fisonomía este deseado efecto, no separaba D. German los ojos de ella, ni perdía el más leve de sus gestos expresivos.

Una vez, al pasar por delante de la Casa de Misericordia, fué uno de esos gestos tan característico del más profundo dolor, y de algo casi semejante á horror, que el comerciante se estremeció al contemplarlo.

— ¿Le ha dado á V. algo? preguntó alarmado.

— El recuerdo de mi infancia, contestó Mercedes, me ha atravesado el corazon como una saeta. Mi infancia, repitió, incorporándose en el carruaje, y señalando con la mano al Hospicio que habian ya dejado atrás, pasada ahí, con Gabriel, tan inocente, tan pura y dichosa... como deberia haber sido mi vida entera! Ahí nos conocimos, añadió. Ahí nos encontramos huérfanos, desamparados, de la misma edad, y aprendimos á querernos sin saber lo que era amor. ¡Jamás, agregó, volviéndose á sumergir en el fondo de su asiento, y envolviéndose por completo en el

manto, jamás he pasado por aquí hace tres años!

Siguieron á estas palabras algunos momentos del más profundo silencio que no se atrevió don German á interrumpir: hasta que vió el semblante de Mercedes otra vez reducido á su estado natural, no creyó oportuno imponerla del conocimiento que tenía por Boleta de lo ocurrido entre ellos.

Caminando lentamente el vehículo, pero escaso no obstante el tiempo de su travesía, para permitir á D. German decir todo lo que se habia prometido, al pararse el carruaje en la calle de la Alameda, pidió el beneplácito de su compañera para penetrar con ella en su morada.

—Es una humilde choza indigna de recibir á tan elevada persona, fué la contestacion de Mercedes; pero yo me tendré por muy honrada, si V. atraviesa sus umbrales.

D. German despidió el coche, y, conduciendo casi sobre su fuerte brazo á su nueva conocida, entró con ella en la casa y en la sala de recibo, donde quedó solo por algunos minutos, ínterin que la jóven iba en busca de luz.

A oscuras en aquel cuarto desconocido, á

aquella hora de la noche, y, ocupado en la más extraña aventura que le habia ocurrido en todo el curso de su vida, se entregó el comerciante á las reflexiones consiguientes á su situacion, y no salió de su abstraccion hasta que la reaparicion de Mercedes con una bujía en la mano le sacó de ella.

Claramente vista ahora la jóven á favor de la luz, pudo D. German confirmarse en la opinion que habia formado de su hermosura, y al mismo tiempo notar en el expresivo semblante una tacha en extremo visible que hasta entónces no habia podido observar.

Era una cicatriz en el mismo medio de la frente, que aunque no grande, era profunda y extraordinariamente señalada, y afeaba la parte superior de la fisonomía, tanto que causaba lástima verla allí.

Desordenado ántes el cabello, y tal vez cubierta esta señal por algun espeso mechon, no habia reparado D. German en ella; pero ahora, fuertemente atraida su atencion, no pudo ménos de inspirarle al propio tiempo que compasion, curiosidad de conocer su causa.

Era efectivamente una cicatriz tan extrañamente honda y encorvada, que no era raro

despertase semejantes sentimientos, que, poco disimulados, llamaron la atención de Mercedes.

Con la bujía en la mano aún, parada delante de su compañero, observó el exámen que de ella hacía, y se coloreó su semblante, quedando sólo libre el sitio de la cicatriz.

Separóse instantáneamente de D. German como para ocultar su turbación, y, colocando la luz sobre la mesa, invitó á su visita á ocupar un asiento.

D. German lo hizo, y Mercedes siguió su ejemplo, pero cuidando de situarse de espaldas á la luz, como para apartar toda atención de la cicatriz.

Algun tanto arreglado su descompuesto tocador, mientras fué en busca de la luz, observó D. German que el poco arte empleado en tan breves momentos habia contribuido á desterrar por completo el aspecto desordenado que tanto efecto le habia hecho, y augurando, dichoso, por estos síntomas de readquirida tranquilidad las mejores esperanzas, con el baston sujeto entre ambas manos y la barba apoyada en él (su postura favorita), contempló á la jóven complacido por algunos segundos, sin que ella hiciera alto en semejante observación.

Se hallaba Mercedes desde el momento de

sentarse entregada á tan profunda meditacion, que dejaba á su acompañante en libertad, no sólo de examinarla á ella, sino al propio tiempo los demás objetos de la sala, que uno por uno fueron sometidos al más riguroso reconocimiento.

Un sofá, algunas sillas, la mesa del centro, junto á la que se hallaban sentados los nuevos conocidos, alguna docena de cuadros, y un brasero sin lumbre, colocado en uno de los extremos de la habitacion, constituian todo su alhajamiento, al que no hay que agregar más que una paleta colgada de un clavo, bajo uno de los cuadros más visibles, y cuya presencia en semejante sitio no pudo ménos de llamar la atencion de D. German.

Observóla con fijeza y le pareció á la distancia en que se hallaba, notar en ella ciertas manchas de una extraña apariencia; pero, distraido en aquel momento por la voz de Mercedes, reconcentró de nuevo su atencion en la jóven.

—He estado pensando, dijo ésta, saliendo de su abstraccion, que si algunos años hace hubiera yo encontrado lo que me hizo V. sentir esta noche cuando se arrodilló á mi lado, y no se desdeñó de acariciar, como si hubiera sido su propia hija, á una criatura como yo, no sería mi corazon lo que

es. ¡Ay! exclamó con arrobamiento; lo que pasó por mí en medio de mi agonía, las sensaciones nuevas y dulces que apagaron como por encanto mi desesperacion y conmovieron mi alma de una manera que nunca habia experimentado... no las puedo explicar. Fueron, continuó diciendo como inspirada, y con aquella originalidad de expresion tan notable en ella algunas veces, tales y tan inefablemente suaves y tiernas, que trastornaron por completo mi sér, y me revelaron dulzuras por desgracia nunca conocidas. Pensé en el amor de madre, en su piedad y misericordia, que tanto me hubieran servido en el curso de mi vida; pensé en el cariño paterno, que tan grande proteccion me hubiera prestado salvándome de cuanto me ha acaecido, y pensé que, si ántes de ahora hubiera encontrado lo que despertó semejantes pensamientos, no sería lo que soy!...

Se quedó pensativa por algunos momentos; pero, volviendo en breve á tomar la palabra, continuó de esta suerte, más bien hablando para sí, que dirigiéndose á D. German:

—Pero, para mí todo ha sido vedado en el mundo, y si alguna vez, como cuando asoma el sol entre nubes, una débil luz se me ha aparecido guiándome al reposo y á la ventura, ciego

mi indómito corazón se ha resistido á seguirla. He sido una criatura maldita, sentenciada al infierno con anticipacion, exclamó de nuevo, chispeando sus ojos al articular estas palabras.

D. German, que en el breve tiempo en que la habia acompañado habia ya aprendido á comprender algo de las profundidades y violencias de esta extraña é impetuosa naturaleza, paró con su bien entendida intervencion el espontáneo arranque.

—¿Y quién, dijo interrumpiéndola, le dice á V. que no seamos nosotros mismos los culpables de lo que en el mundo nos acaece? ¿Quién le dice á V., que una existencia que pudiera haber sido dichosa y tranquila, no haya sido trocada en lo contrario, por efecto de nuestras propias pasiones? ¿Y quién, Mercedes, ignora que la mayor parte de los males sobrevenidos á los humanos proceden de las malas pasiones engendradas en su alma, que no se cuidan de corregir, extinguir, ó guiar á mejor camino, y no de otra causa exterior á la cual solemos atribuirlos? Yo ignoro la historia de los sufrimientos de V., pobre mujer, exclamó mirando á la jóven con la mayor compasion; ignoro los secretos de su corazón. No se más que lo que Boleta me ha dicho: que fuísteis amantes desde niños; que deberíais ser esposos, y juntos surcar el

mar de la vida; que se embarcó una vez, y cuando volvió se encontró viudo, ántes de ser esposo, y que el mundo acabó desde entónces para él. Nada más he sabido.

—¿Nada más? preguntó Mercedes, fijando una mirada escudriñadora en su visita, como queriendo leer en las profundidades de su alma.

—Nada más, contestó el comerciante. Y esto mismo me lo contó Gabriel, no como lo refiero, con esta ligereza, sino con suma dificultad y en diferentes ocasiones, presa siempre de los más visibles padecimientos, y lleno en todo tiempo de consideracion, generosidad y grandeza. No late en cuerpo humano un corazon más noble, exclamó D. German con energía, y nadie lo deberia conocer mejor que la compañera de su infancia, la amada de su juventud, la esposa de su eleccion. ¡Ah! ¡Mercedes, Mercedes!... ¿por qué despreció V. tan riquísimo tesoro? ¡Un corazon leal, un alma tan grande y generosa!

Mercedes estaba llorando.

La cuerda de Gabriel respondia á la más breve vibracion, y el comerciante no la pulsaba en balde.

Era evidentemente el único punto claro en el oscurecido horizonte de aquella desgraciada mujer: era ostensiblemente el solo sentimiento que encon-

traba eco en su desesperado corazón; toda la esperanza de D. German descansaba en esta cuerda sensible.

—Gabriel ama á V. todavía, habia continuado diciendo, y la amará toda su vida. El mal no es irremediable, Mercedes, añadió dejando caer una mano sobre el hombro de la jóven. Hay perdón para los culpables por criminales que sean, en el Tribunal Supremo, donde son juzgadas sus ofensas: hay clemencia allí; ¿y no la ha de haber en la tierra? Ánimo, Mercedes, y ese llanto no será en balde. El hombre que tantas pruebas ha dado de su grandeza, no la rechazará á V., si doliente y arrepentida implora su misericordia. El hombre que, aun juzgándola perdida para siempre, la ha amado todavía, con sólo una palabra volverá á los brazos de V. El hombre que no la ha acriminado jamás, que no ha vertido contra V. una sola queja, y que tierno y considerado no se ha mostrado sino lleno de indulgencia y generosidad, todo lo olvidará de una vez, y gozoso recibirá á la arrepentida Magdalena. Cristo no se desdeñó de hacerlo. Cristo no fué indiferente á las lágrimas y á los sollozos de la que bañó sus piés con su llanto, y los secó con sus cabellos; y Gabriel imitará tan grande ejemplo.

Mercedes levantó la cabeza, enjutos ya sus ojos, pero violentamente agitada.

— ¡Tarde ya, tarde para todo! exclamó con acentos tan resueltos que no admitían contestación. ¿Había de llegar mi maldad hasta ese extremo? No me lo diga V. No lo esperara jamás de tan noble caballero. Quise á Gabriel, continuó diciendo con creciente energía, con mi alma toda, por muchos años de mi vida, inocente, y pura como el niño recién nacido, cifrando en su amor todos mis sueños de felicidad; pero ví á otro tan distinto de él como la noche del día, como la tierra del mar, como este mundo del otro!.... ¡y por aquél olvidé á Gabriel! ¡Gabriel!... ¡que era el día, la segura tierra, el otro mundo; y troqué la luz brillante del sol por la tenebrosa noche, la seguridad de la tierra por los azares del mar, y la gloria del otro mundo por el infierno de éste! He tenido mi castigo. No merezco clemencia. Ni la pido. No la quiero. Soy una criatura maldita, y no debo hacer partícipe á Gabriel del peso de mis enormes culpas. ¿Yo aproximarme á él? ¿Yo contaminar su alma pura? ¡Ah! yo soy muy mala, bien lo sé; pero aún queda algo bueno en mí. No me prive V. de ello; no me aparte de mi único consuelo en este mundo.

—Y si Gabriel instara, si Gabriel de rodillas, á pesar de sus ofensas, replicó D. German, firme siempre en su idea, implorase lo que V. me rehusa ahora; si olvidado de lo pasado volviera otra vez cual si nada de ello hubiera sucedido, y cual en los antiguos tiempos de su amor, tierno, amante y confiado, ¿no se llegaría V. á ablandar?

—¡Si instase! ¿Si de rodillas, á pesar de sus ofensas, implorase lo que le rehuso ahora? dijo Mercedes, repitiendo las palabras de D. German. Lo ha hecho ya, y he sido inexorable. Inexorable como lo seré todos los dias de mi vida. No le amo, añadió con más templanza. Perdí, con el destino venturoso que me ofrecia, el placer puro é inocente que en su amor me prometí, perdí todo mi antiguo sér con él; y la furia de las pasiones despertadas por la nueva existencia creada en mí, nos separó para siempre como la más invencible barrera. Pienso en él, continuó diciendo, como piensa el que surca el agitado mar y recuerda la segura y distante tierra á que nunca ha de volver. Pienso en él como el desterrado piensa en su patria y en su hogar; y le amo ya, no como amante, ni aun como á hermano, no soy digna de tanto, sino tal como los buenos aman á los santos, llenos

de respeto y veneracion, humildes, no atreviéndose ni á besarles el ropaje.

D. German meditó por algunos instantes, ocupado entre tanto en hacer con su baston signos cabalísticos sobre el suelo, mientras Mercedes, despues de una breve pausa, volvió á tomar la palabra.

—Nada bueno, nada de sentimiento queda en mí más que lo que me inspira Gabriel. Si aparte de eso vive algo aún en mi corazon, no vive ni vivirá jamás para sentimientos de ternura, sino sólo para el odio más inextinguible, implacable é imperecedero que jamás engendró pecho humano.

D. German habia ya comprendido el abandono que de Mercedes habia hecho su segundo amante, y no necesitó de estas palabras para confirmarse en sus suposiciones.

—¡Y Gabriel no ha odiado jamás! dijo, sin atreverse á contemplar el semblante más que nunca agitado de su compañera al dirigirle esta reconvenccion. Gabriel, á pesar de los motivos poderosos que para ello le asistian, jamás ha abrigado semejantes sentimientos.

—¡Gabriel! prorumpió Mercedes, casi con un grito y levantándose de su asiento. ¡Gabriel no tiene remordimientos! dijo con acentos tan sepul-

crales, que el comerciante se estremeció, y miró en derredor pensando que la voz venía de alguna otra parte.

Quedóse Mercedes despues de articuladas estas palabras sumergida en tan profunda abstraccion, que hubiera sido inútil toda tentativa por parte de su nuevo conocido para sacarla de ella.

Inclinada la cabeza sobre el pecho, y caidas las manos sobre las faldas, en extremo abatido su semblante, y como si todo género de esperanza hubiera para siempre desaparecido para ella en la tierra... causaba lástima presenciar su abatimiento.

Su físico tambien parecia sufrir, y, temblorosos sus miembros por efecto de la agitacion interior, ó tal vez, pensó D. German, por el aire frio de la noche, se dirigió al brasero con la intencion de aproximarlo y aliviarla con su lumbre.

Pero, adivinado su intento casi por instinto, no bien le vió Mercedes abandonar su sitio, como pudiera una leona saltar de su jaula, así frenética saltó sobre él.

—El brasero no; el brasero no, gritó furiosa. No tiene lumbre, ni la tendrá jamás. No le llegue V. No se le aproxime. No me lo traiga V., ó sabe Dios lo que haré.

D. German creyó que la jóven habia perdido

el juicio; pero, cediendo á este inesperado furor, y calculando con razon que encerraba algun misterio que tal vez averiguaria más tarde, tornó á su asiento en silencio.

Mercedes se arrepintió de su violencia.

No acostumbrada á sujetar los impulsos arrebatados de su naturaleza, poco aleccionada en la escuela del vencimiento y del dominio de sí, seguia impetuosa los ímpetus todos de su carácter violento; pero, fuertemente impresionada de lo que acababa de merecer de su nuevo conocido, su tierno miramiento con ella, y las consideraciones inesperadas que tanto le habian llegado al corazon, sintió con su alma todo el furor que acababa de desplegar.

—Dispense V., dijo con la más profunda humildad, dispense V. No lo he podido remediar. Ese brasero, continuó señalándolo, engendra tan horribles recuerdos en mí, que no le he vuelto á llegar desde que lo coloqué en ese sitio. He pasado noches enteras muerta de frio, pero resuelta á no valerme de él, resuelta á no separarlo jamás de ese rincon donde yace, estando como está vivo el recuerdo del sufrimiento más horrible que he tenido en mi vida... No es extraño lo que acabo de hacer.

Ese brasero, repitió, y esa paleta, agregó señalando á la que colgada de un clavo habia llamado la atencion de D. German, y como queriendo darle una satisfaccion concediéndole esta extraña confianza á medias, me traen tan espantosos recuerdos, que no es de extrañar el profundo horror con que los miro.

D. German se levantó de su asiento, y como por distraccion, disminuyendo la distancia que le separaba de la paleta, examinó las manchas que habia observado ántes.

Eran de sangre á no dudarle, y se excitó en él la curiosidad de conocer su procedencia.

No advertido por Mercedes el exámen hecho con cierto disimulo, tornó en seguida el comerciante á su silla; y, no bien se halló otra vez sentado, dirigió á la jóven la siguiente pregunta:

—¿Y si tal efecto le producen á V. esos objetos, si su presencia evoca tan horribles recuerdos, Mercedes, por qué conservarlos aquí y buscarse tan penosos pensamientos?

Una sonrisa extraña pasó por la fisonomía de la jóven, que, dando un carácter nuevo á su semblante, lo hizo aparecer tan duro y tan repulsivo que D. German experimentó lo que no habia

hasta este momento: la desconfianza de regenerar á la jóven; así es que la oyó hablar con el más marcado disgusto.

—Gabriel, dijo, me contaba en antiguos tiempos las historias más curiosas que puede V. imaginarse, aprendidas todas en sus viajes, con las cuales solia entretenerme las noches largas de invierno. Los hábitos de unos paises, los usos de los otros, las diversas razas que pueblan la tierra, sus costumbres... y me contó entre otras cosas lo que los indios de no sé qué parte hacen con los cráneos de sus parientes ó amigos muertos á manos de una raza enemiga.

D. German no sabía adónde ella iba á parar, y la escuchaba con instintivo desagrado, pero al propio tiempo con extremada sorpresa.

—Me contaba Gabriel, continuó diciendo Mercedes, que, como el avaro su tesoro, conservan los indios estos cráneos colgados en el sitio más visible de sus moradas como estímulo de sus sentimientos de venganza, cebándose en medio del dolor mismo despertado por su presencia en las sensaciones formadas por su contemplacion. ¡Es una grande idea! prosiguió con la misma sonrisa repulsiva de ántes, y me hizo una impresion inolvidable. Cuelgan estos cráneos, como ya le he dicho á V.,

en el sitio más visible de sus chozas para no distraerse jamás del pensamiento de la venganza ó del desprecio; no para valerse de ellos para uso alguno como pudieran hacer con los cráneos de sus enemigos, sino puramente como le he dicho á V. ántes, como vivo estímulo á su venganza y perpétuo recuerdo de sus ofensas. ¡Grande idea! ¡Idea grande! repitió. Hé ahí, añadió señalando por turno al brasero y á la paleta; hé ahí mis cráneos estimuladores. Hé ahí explicada mi historia. ¿Puedo valerme de ellos? preguntó mirando fijamente á su compañero.

D. German meneó la cabeza con tristeza.

—¿Me considera V. ajena á todo sentimiento bueno? exclamó Mercedes notando la expresion desconsoladora del semblante de su oyente.

El comerciante suspiró.

—¡Y Gabriel!... mi respeto, mi tierna consideracion por Gabriel, ¿no le parecen á V. nada, señor? preguntó.

—Quisiera, replicó el hombre benévolo, encontrar algo más. Quisiera, Mercedes, encontrar en medio de las vueltas y revueltas de ese complicado corazon, otros sentimientos que lo elevasen sobre las ruindades de sus pasiones, y lo aproximasen al fin para que fué creado. No puedo aún más que

vislumbrar su borrascosa historia; no puedo aún más que comprender que fué un corazon sencillo y excelente en sus principios, separado despues de la buena senda por la voz alborotada de las pasiones, y que, burladas éstas, no sabe sobreponerse á sí mismo, y mostrarse triunfante en la contienda. Pero comprendo lo bastante con esto para saber que mucho de lo que hay en él deberia ser desterrado y reemplazado por más templados, más clementes y más caritativos sentimientos.

Mercedes volvió á la risa extraña entre sarcástica y lúgubre.

—¿Hubo clemencia para mí? exclamó con los acentos sepulcrales que habia empleado algunos momentos ántes... ¡No! Era yo demasiado despreciable para semejante cosa. Una gala miéntas duró la ilusion, pero un trapo cuando se acabó... Ha sido horrible lo que conmigo se ha hecho, y no admite ni olvido ni perdon. No me hable V. de templanza, de clemencia ni de caridad. Son palabras perdidas que ningun efecto me hacen y es inútil emplearlas.

Gabriel y sólo Gabriel, pensó entre sí el comerciante. No hay cuerda sensible en ese desesperado corazon. No hay otro eco que responda en esa la-

cerada alma. No hay otro medio de atacarla más que por Gabriel.

Era temprano todavía para emplear otros recursos: era temprano todavía para presentar ideas jamás conocidas, ó tal vez hacía mucho tiempo olvidadas.

Era temprano todavía para arriesgarse á perderlo todo; y atento D. German á su noble objeto caminaba con piés de plomo.

—Lo que de V. he recibido esta noche, habia continuado diciendo Mercedes, jamás se borrará de mi memoria. Grabada en mi corazon la tierna consideracion que tan al alma me llegó, inextinguible será su recuerdo; porque, añadió pasándose la mano por la frente como para refrescar sus pensamientos, desde el momento de sentir su brazo protector alrededor de mis hombros, y mi pobre cabeza apoyada sobre ese pecho, una mudanza se efectuó en mí que cambió completamente mis intentos.

D. German la comprendió y no quiso desperdiciar la ocasion de vigorizar su misericordiosa intervencion.

—¿Y ha pensado V. bien, dijo, en la locura de semejante acto? ¿Ha reflexionado V. bien en la iniquidad de su proceder respecto á Gabriel, si

tan audaz atentado se hubiera llevado á efecto? Harto desgraciado lo ha hecho V. ya, y fuera el acto más grande de criminalidad aumentar sus desventuras. ¿Qué importa que se halle ausente? Su corazón no se separa de aquí. ¿Qué importa que sus ojos no la vieran á V. muerta? ¿No sería bastante que lo supiese á su regreso?

Mercedes se cubrió el rostro con ambas manos y lloró por algunos momentos en silencio.

D. German dejó caer una de sus manos sobre la inclinada cabeza.

—Dios la consuele, pobre criatura, dijo profundamente conmovido. Dios le abra el corazón y derrame en él el bálsamo de su misericordia.

Mercedes se llevó la mano que D. German tenía libre á sus ardientes labios, é imprimió en ella el ósculo más fervoroso que fué jamás impreso en mano humana.

—No lo volveré á hacer más, prorumpió en medio de sus sollozos. No volveré á pensar en semejante locura. Pensaré en Gabriel y en su corazón que no se separa de aquí aunque él navegue; y me acordaré sobre todo de lo que me ha hecho V. sentir esta noche.

—¿Me lo promete V. por lo más sagrado? preguntó el comerciante.

—Se lo juro á V. por el nombre de Gabriel, fué la contestacion.

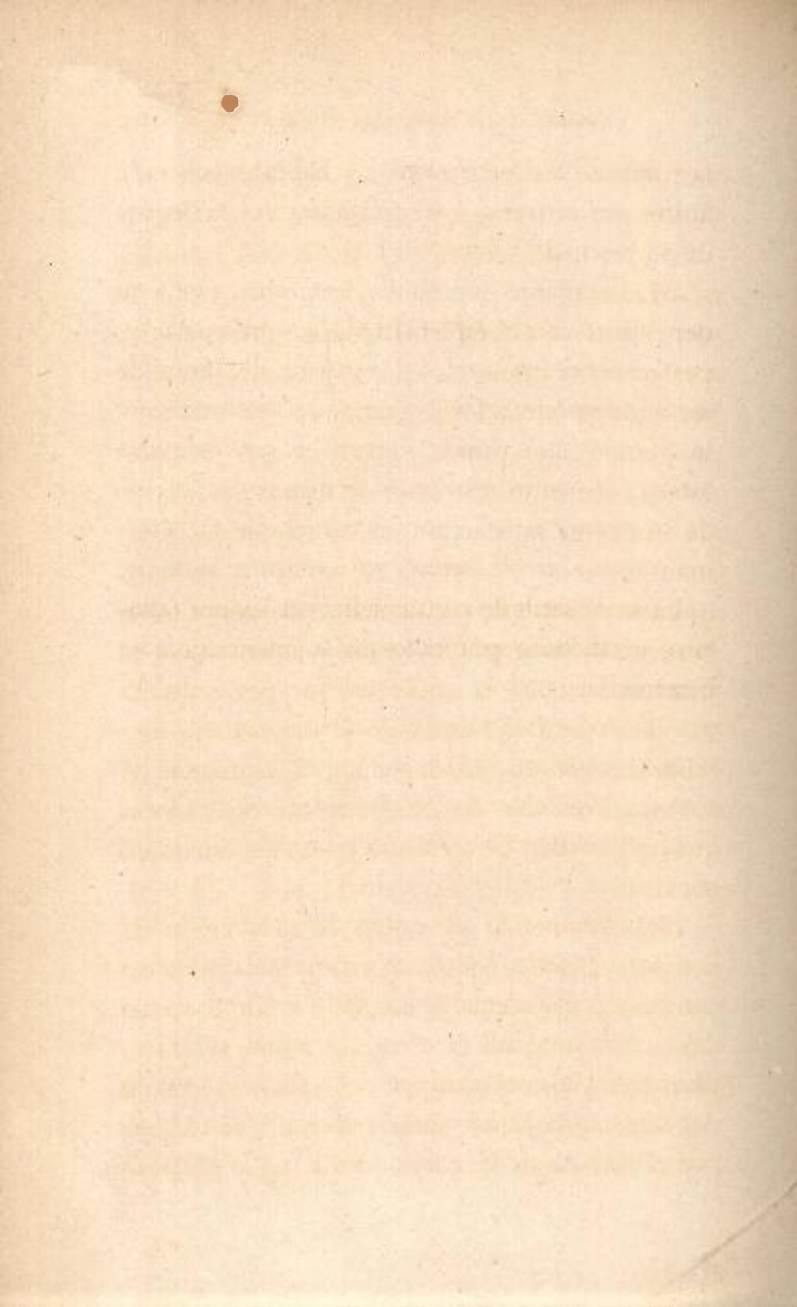
D. German se dió por satisfecho.

Avanzada ya la hora, y conseguido por el comerciante el objeto principal que le habia inducido á entrar en la casa de Mercedes, juzgó ya oportuno terminar la visita, inaugurada bajo tan extraños auspicios y críticas circunstancias, productoras de sentimientos que hubieran tal vez ocupado años en formarse; pero que, merced á estos auspicios y circunstancias, adquirieron la propia madurez, que en otras circunstancias no hubiera podido obtenerse.

Se despidió con la mayor afectuosidad de su nueva conocida, ofreciéndole repetir la visita cuando sus ocupaciones se lo permitieran; y, vivamente remunerados sus afanes de aquella noche, y su bien empleado interés con las sinceras y expresivas manifestaciones de reconocimiento de Mercedes, se separó de ella tan satisfecho de sí, que, á pesar de lo mucho que preocupaba su mente la triste historia de esta desgraciada mujer fué cantando hasta llegar á su casa, y no cesó en sus gorjeos durante el camino hasta encontrarse con Antonio Rosales, que, sentado en el banco de

la paciencia en el escritorio, no habia encontrado ánimo para retirarse á su casa hasta ver la llegada de su principal.

Más rozagante que nunca deslumbró éste á su dependiente con el esplendor de su presencia; y, perfectamente tranquilo el espíritu del humilde servidor respecto á los horrores del reumatismo, se permitió una tímida sonrisa en sus delgados labios, y un lento restregon de manos, indicativo de su extrema satisfaccion, en tanto que D. German *incontinenti* le referia su aventura ántes de quitarse el sombrero y de soltar su baston favorito, y el dichoso resultado de su misericordiosa intervencion.



CAPÍTULO XI.

La nueva serie de pensamientos despertados en la mente de Isabel por el lenguaje amenazador de Francisco Cadenas la noche en que por segunda vez derramó en su puro oído el desbordado torrente de la pasión, había venido á aumentar el aparato formidable de imágenes atormentadoras que agujoneaban de continuo su ya tan taladrado corazón.

Había prometido el cajero la más cumplida venganza: grande, constante y empeñada, igual en constancia, grandeza y empeño al despreciado amor. Semejante en la esencia á aquel sofístico, pero tan espantoso ejemplo del conde Hermann del Tirol, había jurado interiormente, (se conocía por el tenor de su lenguaje, ya que no le era posi-

ble conseguir sus detestables fines), amargar por completo la vida de la que tan tenaz resistencia le oponia... Habia, peor que todo, lanzado una terrible sospecha que estremecia á Isabel cual ningun otro pensamiento, y que como un fantasma la seguia por donde quiera, cercándola implacable de los más grandes terrores, convertidos en las Euménides de sus pensamientos.

Habian trascurrido algunos dias desde la escena ocurrida en el departamento de los niños; y, aunque el verdugo y su víctima se habian visto repetidas veces, ningun incidente notable habia aún ocurrido que realizase por entero los temores de Isabel.

Fuese porque las circunstancias no lo habian dado de sí, fuese porque Francisco esperaba el tiempo y preparaba entre tanto con descanso los materiales para su obra, lo cierto es que, si bien la apariencia de treguas no habia en nada contribuido á tranquilizar el espíritu alarmado de la jóven, le concedia no obstante aumento de fuerzas para soportar lo que más tarde ó más temprano le habria de sobrevenir.

Francisco no era un hombre que fácilmente se desviaba de sus propósitos: Francisco no era hombre para dejar sin venganza las ofensas de su amor

propio; y el tiempo mismo que se tomaba para ello hacia crecer los recelos de Isabel.

Premeditada y deliberadamente estudiaba Francisco su propuesta venganza: ántes de lanzar sus furores observaba lo que á su alrededor ocurría, abarcando en su estudiado exámen, áun las más minuciosas circunstancias de la vida de su víctima, y, conocedor de los resortes más sensibles de su corazón, sobre ellos se proponía fijar el campo de sus operaciones.

Observaba sus acciones, sus sensaciones, sus movimientos, las expresiones de su semblante, sus más insignificantes gestos, y, casi domiciliado (como ya se sabe) en la propia mansion que ella, constantemente en su presencia, ni el más leve incidente de aquella expiada vida lograba escaparse á su vigilancia.

Esquivo sin embargo en la apariencia, y lleno de deferencia y respeto en su porte exterior, difícil hubiera sido traslucir la víbora anidada en su pecho, á quien no le hubiera conocido.

Era un horrible espionaje, empleado de la manera más infatigable é irresistible, al cual hubiera sido inútil oponer género ninguno de evasión.

Oculto, disimulado, fuera del alcance de los indiferentes; más todavía, encubierto bajo el manto

del proceder mejor estudiado, imposible hubiera sido á Isabel, áun cuando lo hubiera querido, hacer conocer á los demás la persecucion de que era objeto.

¿Dónde estaban las pruebas de semejante cosa?

La mirada incesante, la constante atencion de aquellos ojos traidores, cuyo oblicuo modo de fijarse sólo á ella le era dado comprender por la sensacion que le producian, hubieran sido los únicos argumentos de Isabel; pero los hubiera empleado en balde para demostrar sus aseveraciones.

Cierto es que para el efecto (si tal hubiese ideado) necesario hubiera sido revelar por entero la historia de la persecucion á que estaba sometida; cierto es que toda ella hubiera sido necesaria para hacer comprender los recelos que jamás la abandonaban; pero Isabel no daba acogida á la idea de participar sus secretos á nadie.

Sola habia emprendido la lucha, sola la sosten-dria, y sola pereceria ó triunfaria.

Para ella no habia en el mundo corazon en quien depositar la relacion de sus duras pruebas: para ella no habia en la tierra pecho amigo en quien confiar y á quien pedir el consuelo del consejo, ó el bálsamo de la simpatía.

Su padre pudiera haber sido en otras circunstancias su mejor y más interesado confidente, el más bueno y discreto compañero, el más afectuoso y más simpático amigo; pero en las actuales nada hubiera conseguido más que acibarar su existencia.

Dichosa ésta aún en medio de las contiendas que tan de continuo la agitaban, y dichosa aparte de los goces materiales, muy especialmente por creer con la fe más íntima en la felicidad de su hija (la felicidad comprada por amor de él con el más grande de los sacrificios), por nada en el mundo hubiera querido esta hija descorrer el velo de su ilusión.

Vedado, pues, el consuelo, el refugio y el apoyo del amor paterno, habría podido Isabel volver los ojos á su marido: al protector natural de su inexperta juventud, al destinado compañero de su vida, cuyo fuerte amparo hubiera sido el medio de librarla de todo.

Pero ¿dónde encontrar una cuerda sensible en aquel corazón de piedra?

¿Dónde hallar un eco que respondiera al más sencillo de sus sentimientos?

Una vez lo intentó su noble corazón: una vez ideó despertar algún dormido sentimiento en

aquella invulnerable naturaleza; y, puesta de hinojos á sus piés, con el espíritu elevado dispuesto á hacer la más amplia confesion de sus tentaciones, implorar la proteccion que tan necesaria le era, y sellar con la confianza de sus yerros la union tan desigual!... pero, rechazada duramente, desviada de su propósito, y replegado más que nunca desde entónces su corazon, inútil hubiera sido una segunda tentativa, doblemente inútil tratándose de Francisco Cadenas.

Siendo, pues, inútil toda declaracion, y estando además Isabel persuadida de ser vencida por su poderoso enemigo, aumentando sus sufrimientos, rechazaba toda idea que no fuera la de callar.

Sola sabia defenderse; sola sabia hacer frente á su contrario; y, si la suerte lo queria, sola pereceria en la lucha.

Dios sería su amparo: Dios á quien jamás habia olvidado durante el curso de su vida, y en cuya misericordiosa proteccion cifraba de continuo su esperanza.

Circumspecta no obstante como nunca en su conducta desde que el lenguaje amenazador del cajero despertó sus temores, el terror de proporcionar el más leve pábulo á sus malignas sospe-

chas, la cohibia en las manifestaciones más sencillas de su vida.

Y sobre todo, cuidadosa de eludir la vigilancia de aquellos ojos suspicaces en las ocasiones en que, por un extraño acaso, fueran bastantes un leve sonrojo, un gesto inevitable ó una palabra de ambiguo sentido para la profunda y extraordinaria penetracion de Cadenas, tan aguzada por el espíritu de la venganza, raras eran ya las veces en que se permitia alimentar la suplicada y autorizada amistad, formada sobre las bases cubiertas pero no destruidas, del sofocado amor.

Gonzalo notó la variacion...: Gonzalo, que ántes que perderlo todo se habia resignado al pobre resarcimiento de la amistad por el rico don del amor, y que, fiel á su sacrificio, perseveraba constante en él, observó con anticipacion el cambio tan de repente verificado, y lo sintió casi con igual fuerza que habia sentido el desengaño de su amor.

Las continuas conferencias referentes á Elena, los consejos amistosos y el incesante interés manifestado de tan diversas maneras, padecieron una visible alteracion que era precisa para la seguridad de Isabel; pero cuyas causas en balde trataba Gonzalo de sondear.

Su buen ángel se habia cansado de protegerle

ó no hallándole ya digno de merecer su interés, desistia en sus empeños, porque le consideraba ya seguro ó le era indiferente cuanto á él le pertenecía.

Y aún no estaba el sacrificio consumado; y más que nunca se hacía penosa la consumacion, amortiguado el sentimiento compasivo que habia movido á Gonzalo en su principio, y sobreexcitado otro sentimiento más poderoso.

El peligro inminente de la vida de Elena habia cesado; su frágil existencia habia vuelto á su curso natural, y, desimpresionado ya Gonzalo, no habia dejado un momento de contemplar su suerte futura, por el prisma mismo con que la contempló aquella ocasion en que por primera vez acometió su mente el pensamiento de su poca analogía con Elena y el sacrificio, que exigia esta union, de todas las aspiraciones y tendencias de su privilegiado entendimiento y elevadísimo carácter. Tenía, es verdad, para el combate altos pensamientos, su razon y su corazon excelentes; pero, faltándole el estímulo principal para perseverar en su obra, aun cuando ninguna señal exterior revelaba el desaliento de su espíritu, la más profunda indiferencia reemplazó á la fuerza del estímulo, y la más invencible melancolía se apoderó de su sér.

Días hacía que duraba esto: el sistema riguroso de Isabel y su excesiva cautela burlaban por completo el astuto espionaje del cajero; Gonzalo, por su parte, sin atreverse á pedir explicaciones del extraño cambio, se entregaba triste á su destino, como el que se lanza en medio de una corriente impetuosa, y, seguro de que ningun esfuerzo le habrá de salvar, pasivo se entrega á la suerte: por lo demás ningun incidente notable ocurrió, excepto los perpétuos altercados entre el suegro y el yerno, que se arreglaban unas veces por la prudencia de Isabel, otras por la mediación de alguna casualidad, porque no se hacía ya notar entre ellos la intervencion de Cadenas.

Implacable y tenaz, sin que sentimiento alguno humano le hiciera desistir de su propósito desde el momento de ver burlada su esperanza, no sólo dejó Cadenas de emplear su provechoso influjo, sino que, impasible, presenciaba las escenas desagradables que tan eficazmente cortaba en otro tiempo, mofándose cruel de los sufrimientos que ocasionaban y gozándose sin misericordia en las torturas, que una palabra suya hubiera podido evitar.

Era terrible esto para la jóven.

Era horrible sentir sobre sí, en medio de sus demás padecimientos, aquella mirada desapiadada, aquella risa burlona, y no poder libertarse de su espantosa fascinacion.

Era horroroso pensar que esto no era más que el prelude de lo que aún la esperaba; era horrible sobre todo sentirse supeditada por completo á este implacable vengador, y no hallar freno que oponer á sus malvados intentos.

Habia empleado una ó dos veces, aunque de un modo indirecto, las armas de conciliacion, manifestándose dispuesta á olvidar lo pasado, con el fin de calmar á su enfurecido enemigo; pero, rechazadas estas apariencias amistosas, no le quedaba recurso alguno más que en su fuerza propia y en la intervencion de la Providencia.

Querer es poder, habia dicho su esforzado corazon cuando llegó á amar, y quiso arrancar de sí la criminal pasion.

Querer es poder, dijo igualmente su valeroso espíritu al sentirse débil y amedrentado ante el influjo de su verdugo; y de querer ser fuerte, en fuerte se convirtió para la emprendida lucha.

No obstante todo esto, no habia estado Isabel, á pesar de su retraimiento, ociosa en lo relativo

al enlace de Gonzalo, para el que no faltaba más que el consentimiento de D. Álvaro.

Ineficaces hasta aquí sus gestiones, aumentada la tenacidad del orgulloso Montoya á medida que veia crecida su importancia, empezaba á decaer de tal modo la confianza de Isabel, que se encontraba dispuesta á emplear su intervencion de distinto modo.

Sola una mañana temprano en su tocador, pensaba en esto, y, tomando vuelo su imaginacion, presentóle la idea de consumir cuanto ántes la emprendida obra.

Más que nunca era preciso llevarla á cabo.

Más que nunca era preciso dar un golpe grande, comprobante de su inocencia.

Harto habia comprendido el verdadero sentido, y era necesario contrarestar por todos los medios posibles la arriesgada sospecha del vengativo Francisco.

Su corazon se lo decia esta mañana, y su corazon leal jamás habia hablado en balde.

—No debo perder tiempo, decia entre sí. Las circunstancias exigen accion. Si Álvaro persiste aún, si es inútil toda insistencia por mi parte para vencer su obstinacion, no hay otro remedio que

acogerse al último recurso. Perdida completamente para Gonzalo, cuanto ántes me separe el lazo indisoluble que le habrá de unir á Elena, tanto mejor. ¡Cumplo mi empeñada palabra, salvo la vida de esa pobre niña, el corazon de su madre, el honor de Gonzalo, y... el mio! añadió ruborizándose. Me pongo á cubierto de toda sospecha injuriosa; y páro la temible venganza de mi enfurecido enemigo. Mi propio corazon no entra para nada en ello, prosiguió diciendo. Mi propio corazon ha sido ahogado bajo el cúmulo de sus tremendas pruebas, y ya ni siquiera sabe latir... Yo, formada para querer, como la que más en el mundo; yo, nacida con corazon ardiente, lleno de fuego y energía... y ser tal el sacrificio que me he impuesto!... ¡Pobre juventud tan castigada! ¡Pobre verjel de la vida tan temprano asolado! ¡Pobres ilusiones tan pronto deshechas!

Isabel suspiró profundamente, y se quedó por algunos momentos sumergida en la más honda abstraccion; pero, reponiéndose, de nuevo volvieron á girar sus pensamientos sobre el asunto de Gonzalo.

—Es un deber sagrado el que me toca cumplir, dijo. Mi virtud así lo exige; la seguridad de Gonzalo; la vida de una criatura desgraciada; y todo.

género de consideraciones. ¡Ay! exclamó interrumpiendo el curso de sus reflexiones; si Gonzalo no me hubiese visto jamás, la más leve insinuación hubiera bastado para conceder su amor por entero á la pobre Elena... Toda la culpa de cuanto sucede, es, pues, mía y á mí sola me compete el remediarlo. Dios me dé la fuerza necesaria para consumir mi comenzada obra y perseverar constante en mi propuesto fin.

El ruido de pasos la distrajo de su meditación.

Volvió la cabeza en dirección de la puerta, y se encontró á su vez con su marido.

No había podido aparecer en momento más oportuno, ni se detuvo Isabel un instante en seguir el impulso de su corazón.

—Álvaro, dijo, apenas recayó su vista en Montoya; tengo que hablar contigo...

—Por consiguiente, contestó el consorte, no pude haber llegado en momento más á propósito.

—Siéntate.

Montoya lo hizo, y levantándose al propio tiempo Isabel de la silla que ocupaba, se reunió con él en el sofá de badana.

—¿Te acuerdas, Álvaro, exclamó en seguida,

de lo que te he dicho otras veces, respecto á tu sobrino Gonzalo?

Montoya recapacitó un momento.

—Ya, ya, exclamó. Ya te entiendo. ¿Y te acuerdas de lo que siempre te he contestado?

—Pero podias haber variado de opinion.

—¡Variar de opinion! repitió el marido con la mayor indignacion. Debias ya conocerme lo bastante para no suponer semejante necedad. Firme como una roca, Isabel, sábeta que lo que sostengo hoy, lo sostengo mañana y lo sostendré con igual firmeza hasta el fin de mi vida. Y sábeta, continuó diciendo, que, ineficaz todo género de instancias por tu parte para conseguir mi consentimiento al descabellado propósito de Gonzalo, no sólo te repito lo que ya te he dicho ántes, sino que de aquí en adelante te prohibo tocar el asunto. Mi sobrino debe someterse á mis disposiciones, ó tomar sobre sí las consecuencias de su desobediencia. ¡Quién diablos le ha metido en la cabeza semejante idea! ¡Casarse á los veinte años! ¿Se ha visto en la vida semejante locura? Dirá que está enamorado; que la muchacha le quiere; que se va á morir si no se casa con ella, y otras tonterías por el estilo. Necedades: puras necedades. ¿Por qué diablos se ha enamorado? ¿Qué derecho tiene á

enamorarse un chiquillo que no cuenta con qué casarse?

Isabel hubiera alegado las razones propias del caso: el amor de Elena, el estado delicado de su salud, el afecto de su madre, la nobleza de Gonzalo, las consideraciones de la gratitud, de la misma humanidad; pero, íntimamente persuadida de la ineficacia de semejantes razones para contrabalancear la tenacidad de opinion de su marido, se guardó bien de hablar.

—¡La juventud, prosiguió diciendo Montoya, la edad del trabajo, la edad de fundar los cimientos del porvenir del hombre, sacrificarla de tal suerte á los cargos de familia, y á las infinitas molestias del matrimonio! Que no lo piense Gonzalo. Que se cure de semejante pensamiento, y lo deje para más adelante. Para cuando yo lo he hecho, añadió con el tono magistral, que de vez en cuando usaba. Harto tiempo le queda, y no hay por qué apresurarse.

—¿No hay apelacion? preguntó Isabel.

—Ninguna. Tal cual te la he expresado repetidas veces, es mi resolucion definitiva, contestó don Alvaro, y te prevengo que nada habrán de conseguir tus instancias en el asunto. Gonzalo no se casa; ó si á ello se atreve, para siempre se acaba

todo entre nosotros. Y lo que digo lo cumplo: bien lo sabes, Isabel.

La jóven inclinó la cabeza.

D. Álvaro se levantó del sofá y dió algunos pasos en direccion á la puerta; pero, ocurriéndole algo de nuevo, tornó á su asiento.

— Una palabra más, dijo, mirando á su mujer con fijeza. Te he dicho repetidas veces que lo que me incomoda es la gran oposicion que con tanta frecuencia presentas á mis opiniones ó determinaciones; y te aviso, por última vez, que no lo tolero más.

— ¡Yo, Álvaro, yo! tartamudeó Isabel. Si te incomoda el interés que me atrevo algunas veces á manifestar...

— ¡El interés! interrumpió Montoya bruscamente. La contradiccion á mis opiniones ó resoluciones; eso es lo que quiero decir. ¡El interés! ¡Bah, bah! ¿Qué entiendes tú de eso ni yo tampoco?

— Trato de darte gusto en todo, balbuceó otra vez la jóven; y, si alguna vez hay disidencia entre nosotros, es bien á pesar mio, y sólo porque creo...

— Bien á pesar tuyo, y sólo porque crees... repitió el marido. No me vengas con esas. No lo hagas y déjate de lo demás. Ya era tiempo de que me conocieras y de que comprendieras el modo de

tratarme; pero, puesto que no es así, procura estudiarlo.

—En los primeros dias de nuestro casamiento, interrumpió Isabel, no me hablabas de ese modo. Muy al contrario...

—Era, interrumpió Montoya, porque entónces aprendiste lo que despues has olvidado.

—¡Álvaro, Álvaro, si me quisieras comprender! exclamó Isabel clavando sus hermosos ojos en el duro semblante de su marido, y elevando al propio tiempo las manos hácia él.

Montoya se encogió de hombros; y, ántes aún de que hubiera cambiado en la jóven la expresion suplicante del rostro, se alejó del tocador huyendo, como siempre le sucedia, de todo lo que pudiera aún á cien leguas de distancia tener la más leve analogía con el sentimiento.

Isabel vió que era imposible obtener la deseada aquiescencia, y de una vez se decidió á emplear otro recurso.

Meditó largo tiempo sobre el asunto, pesó con madurez el pró y el contra y adoptó finalmente su irrevocable resolucion.

Comunicaria á Gonzalo la total ineficacia de sus instancias, y emplearia su influjo para inducirle á

adoptar el único medio en tan apuradas circunstancias; y, aunque culpable tal vez en esto, culpable respecto á su marido, en inducir á su sobrino á la desobediencia, la accion era tan virtuosa en sí misma que no podia causar el menor remordimiento.

El tiempo podia conceder más tarde la autorizacion para divulgarlo, pero hasta entónces, oculto con el mayor sigilo, ningun impedimento retraia de zanjar con un casamiento secreto las dificultades complicadas de la situacion.

Tales fueron los pensamientos de Isabel despues que se hubo alejado su marido de su presencia, y los momentos que la separaban de su realizacion se le hacian siglos interminables.

Obligada, no obstante, por las exigencias de la cautela á precaver la vigilancia del Argos cuyos ojos jamás abandonaban su espionaje, dejó á la casualidad la designacion del momento más oportuno.

La casualidad, la oculta Providencia, el eje invisible de los acontecimientos humanos, cuya misericordiosa intervencion corta con tan harta frecuencia el nudo gordiano; y que, interponiéndose favorablemente en esta ocasion de la vida de Isabel, como suele tan á menudo hacerlo en la de los

demás mortales, le ofreció en aquel mismo día que corria (se me habia olvidado decir que era domingo) el consuelo apetecido, en medio de las torturas que acribillaban su sacrificado corazón.

CAPÍTULO XII.

En el principio de su casamiento habia sido siempre el domingo un dia esperado por Isabel con el más vivo interés, destinado este dia invariablemente al solaz de su familia, ya en paseos ó excursiones de una ó de otra clase en la compañía de ella; pero, trastornado por completo el órden de su vida desde que el espíritu maléfico de Francisco Cadenas trabajaba en contra suya, juntamente con los demás recreos le habia sido robado éste, imposibilitada, como ya se sabe, de entregarse con abandono á ninguno de los sentimientos del corazon.

Indiferente ya, pues, á la llegada del domingo, se proponia pasarlo con la propia monotonía que acostumbraba pasar los demás dias de la semana, cuando quiso la casualidad concederle, si no un

alegre cambio de perspectiva, á lo ménos reguas al azoramiento de su espíritu.

Un negocio urgente de su principal llevó al cajero aquella mañana al Puerto de Santa María; y, feliz Isabel con tan inesperada y bienaventurada ausencia, se propuso no desperdiciar la ocasión tan prestamente ofrecida, y aprovechar cuanto ántes los favores de la casualidad.

Temprano aún, y segura, de toda interrupcion por parte de Montoya, que, á pesar de ser domingo se entregaba por variar á las inexhaustas delicias de su escritorio, no bien se hubo informado de la partida de Cadenas, procedió á desempeñar su mision respecto á Gonzalo.

Dias hacía que apénas habia cruzado la palabra con él, y que una montaña de nieve parecia haberse interpuesto entre los dos, y durante este tiempo, la más profunda melancolía predominaba en el espíritu del jóven, y el mayor desaliento reemplazaba el lugar ocupado ántes por el estímulo.

Nada preparado, por consiguiente, en la mañana á que me refiero para lo que Isabel le destinaba, al recibir un mensaje de ella solicitando cuanto ántes su presencia, apénas podia creer lo que escuchaba.

Pero, no obstante, sin detenerse un momento, ni aun para entregarse á las cavilaciones naturales de su mente, se dirigió presuroso al gabinete donde sabía que habria de encontrarla.

Sentada Isabel en el sitio mismo donde recordaba Gonzalo haberla visto la primera noche que habló á solas con ella, los recuerdos de entónces hicieron latir su corazon con violencia al vislumbrar la tranquila figura, plácida esperándole, con los ojos puros, fijos en la puerta, y la serenidad que nunca la abandonaba, predominando en toda su actitud.

Recuérdese que era domingo.

Pensaba Isabel en aquel momento en el Evangelio del dia, segun San Mateo, cap. 16, versículos 24, 25, ect., que empieza así:

«En aquel tiempo, dijo Jesús á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida la pierde, y el que la pierde por mí la salva, etc.,» texto análogo á las propias circunstancias de la jóven, fijo profundamente en su pensamiento, y que le sugeria aumento de fe y constancia para peseverar en su abnegacion.

Gonzalo la contempló un momento sin hablar, y la encontró tan en extremo impasible, que le enojó su apariencia.

No era esto por cierto lo que esperaba despues de la frialdad creada entre los dos; pero, disimulando como mejor pudo su sentimiento, penetró en la habitacion, y dirigió un saludo amistoso.

Isabel por toda respuesta le alargó una mano, que el jóven apénas se atrevió á tocar con los dedos.

Hubo tal cordialidad en esta accion, tal naturalidad y afecto en el modo de ofrecer esta mano de amiga, que Gonzalo se repuso al instante de su primera impresion.

—Mucha extrañeza le habrá causado á V. esta llamada, fueron las primeras palabras de Isabel apénas se hubo sentado Gonzalo en el propio sitio que ocupó en la ocasion tan bien recordada de su primera conversacion con ella; y más aún le causará el conocer su motivo.

—No hay motivo por extraño que sea, fué la contestacion del jóven, que supere al efecto comunicado por esta inesperada llamada. Nada preparado para ella, apénas creia lo que mis oidos oian al recibir el mensaje; y apénas creo todavía que se ha ocupado V. de mí.

Isabel comprendió el sentido de estas palabras.

Eran las justas quejas del cambio en su conducta, que, hacinadas hasta el colmo en el corazón de Gonzalo, se vertían ahora á la primera ocasión que se ofrecía.

Un vivo sonrojo cubrió sus mejillas, y los puros y serenos ojos, á pesar suyo, fueron velados por las espesas pestañas.

«El que quiere venir en pos de mí niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiere salvar su vida la pierde, y el que la pierde por mí la hallará.»

El Evangelio del día sonó de nuevo en los oídos de Isabel; y su esforzado espíritu obedecía á la indicación.

Hubiérase podido disculpar á los ojos de su acusador; hubiera podido limpiarse de toda sospecha injusta con sólo una palabra de aclaración; hubiérase podido salvar tal vez de la espada amenazadora que sobre su cabeza pendía, divulgando una parte mínima del anatema sobre ella lanzado; pero la voz del Evangelio hubiera sido entonces mal entendida y la cruz sólo á medias llevada.

Cristo la llevó por entero sin una queja; y, como Cristo la llevó, la debía llevar ella.

Callada, pues, y resignada, sin una palabra de

explicacion soportó el pensamiento apénas articulado todavía de Gonzalo, pero, sin embargo, tan perfectamente entendido; y, muda aún, pero ya con el rostro sereno y los puros ojos fijos en su compañero, escuchó el resto de su discurso.

—Aunque no tengo derecho para solicitar el interés que tan grato me era en un tiempo, Isabel, habia continuado diciendo el jóven, no me vitupere V. si los echo de ménos. Sé bien, repitió, que, árbitra V. misma de retirar ó conceder el don de su amistad, fuera exigencia en mí reclamarla; pero piense V. un momento en las circunstancias que me rodean, y, merced á ellas, dispéñseme esta expansion que no he podido contener.

Más templado despues de descargado el peso que oprimia su corazon, permaneci6 Gonzalo por algunos segundos silencioso, con la vista fija en Isabel, esperando su contestacion.

En breve la melodiosa voz tranquila é inalterable, como la figura misma, rompió el corto silencio y de esta suerte se expresó:

—Ha dudado V. de mi amistad, ha desconfiado de los sentimientos que ninguna variacion han padecido, y el lenguaje en que se ha expresado encierra quejas contra faltas de que me creo inocente.

Esto no más le permitia decir su delicadeza, esto no más le era dado confesar, y esto ó nada debia bastar á su acusador.

Gonzalo la miró con tristeza.

Le habia faltado en la otorgada promesa de la constante amistad: le habia faltado en el único consuelo concedido á su corazon, y no lo conocia...

—En el alma sienta, Gonzalo, prosiguió diciendo Isabel, esta triste desconfianza, y más aún en los momentos en que el propio interés de que se duda es el que me ha movido á solicitar esta entrevista.

—Isabel, Isabel, prorumpió Gonzalo, con un ímpetu imposible de reprimir; que yo crea que me he engañado, y que no le soy indiferente.

Isabel se estremeció y separó la vista de él.

«El que quiera seguirme que se niegue á sí mismo, y tome su cruz y me siga. Porque el que quiere salvar su vida la pierde; y el que la pierde por mí, la salva.»

El Evangelio del dia volvió de nuevo á la mente de la jóven, y, asiendo valerosa otra vez su cruz, no sólo serena sino risueña, se mostró bajo la pesada carga.

—Tengo malas noticias que dar á V. sobre

cierto asunto, dijo separándose por completo de las sensaciones producidas por el arranque de su compañero; y, entrando de una vez en la materia productora de la entrevista, me propongo, añadió, ayudarle á V. en una calaverada que habremos de arreglar.

Gonzalo no pudo contener un casi imperceptible encogimiento de hombros.

Isabel le miró como reconviniéndole, pero sin atreverse á dar articulacion á sus pensamientos.

El jóven no necesitaba palabras en ninguna ocasion para entenderla.

—Comprendo lo que pasa por la imaginacion de V., dijo, y lo comprendo bastante para saber que me condena en este momento de la manera más desapiadada.

Isabel le contestó afirmativamente con la expresion en su semblante.

—Pero no soy tan culpable como V. me cree, continuó diciendo Gonzalo; tal vez de lo que por mí ha pasado en estos últimos dias no sea yo el único responsable.

Isabel se hizo la desentendida.

—Montoya, dijo, rehusando firme todo género de asentimiento, y más que nunca aferrado á su opinion, nos obliga, amigo mio, á adoptar el

único recurso posible en circunstancias tan apuradas.

—Un casamiento secreto, exclamó Gonzalo en respuesta. ¿Este es el consejo de V.? dijo en seguida.

—El de la mejor amiga que tiene V. en el mundo, contestó Isabel. El consejo de la que ha examinado despacio todas las fases de la situación de V., y de los diversos sentimientos interesados en la cuestión, y que cree zanjarlo todo con esta medida.

Gonzalo meditó un momento.

Sus facciones se alteraron, pero una reacción se apoderó de él que prometía los resultados más felices.

—Yo no sé, dijo, qué género de influencia ejerce V. sobre mí, que soy otro en su presencia de lo que fuera de ella. Por eso he echado tanto de menos lo que tan apreciable me es, y le pido por lo que más ame en el mundo no me rehuse jamás el consuelo de su interés. Débil, desalentado y falto de objeto que me mueva sin la luz de su amistad tan apreciada, de ese consejo y estímulo tan necesarios, de nada soy capaz ni respondo de lo que pueda hacer.

Los puros ojos le miraron con afecto fraternal,

y los de Gonzalo se humedecieron tanto que continuó hablando con el mayor fervor.

—Algo me falta, dijo, que debia tener, y que sólo V. me sabe otorgar.

—¿Y qué es? preguntó Isabel casi en broma:

—No lo sé. No me puedo explicar. Me siento, continuó, como aburrido, hastiado, hasta hipocondriaco; y apénas la veo á V. y la escucho, se labra un cambio en mí, y soy otro... ¿Qué magia ejerce V. sobre mí, en medio, dijo para sí, de otro sentimiento más egoísta que yace aislado y pisoteado, bajo secreto tan indefinible?

Isabel le volvió á mirar con tal expresion en su semblante, tan celestial, que Gonzalo tuvo que contenerse para no caer de rodillas á sus piés.

—No me abandone V., dijo con creciente fervor. No desista V. de su comenzada obra. Déjeme V. pensar que la desconfianza que tan infeliz me ha hecho, no ha sido otra cosa más que una vision de mi acalorada mente; y que en V. no ha habido variacion, ni la puede haber jamás.

Los puros ojos apoyaron estas palabras, y una suave mano fué alargada al conmovido jóven que se la llevó con respeto á los labios.

—Dios bendiga á V., Isabel, exclamó profundamente afectado; y, faltándole la voz se cu-

brió el rostro con las manos para ocultar sus lágrimas.

Cualesquiera que fueran las causas de los sentimientos de Gonzalo, y cualquiera que fuera el móvil verdadero de su corazón y fervorosa conmoción, sobre todo otro sentimiento prevalecía el influjo benéfico de Isabel, calmando toda pasión egoísta: la plácida expresión de su semblante, la pureza de sus ojos, la inalterable compostura de su actitud, y la tranquila voz que tan sagrada la hacían.

Favorables, pues, como ningunas, las circunstancias presentes para el objeto de Isabel, con la propia serenidad que desplegara desde el principio de la conversación, y con el afecto de una hermana, procedió sin tardanza á referir la historia de sus ineficaces gestiones, y á disponer á Gonzalo para adoptar el único medio que como eficaz había excogitado.

—Romper con Montoya, Gonzalo, decía en conclusión mirando por los intereses del joven como pudiera por los de su propio hermano, sería la más grande locura, y no había yo de ser por cierto quien por ningún motivo lo autorizase. Es preciso tener en cuenta mil consideraciones dig-

nas de respeto, aparte de las del interés propio, que no hay que mirar con desprecio. Hollamos, es verdad, prosiguió diciendo con los mismos acentos fraternales, una voluntad sagrada que lo mismo V. que yo deberíamos acatar; pero las circunstancias así lo quieren, y el motivo que á ello nos impulsa, debilita una gran parte de la culpabilidad. ¿No es cierto, amigo mio? Además, añadió como queriendo comunicar una risueña esperanza á su oyente y poner á cubierto la delicadeza de ámbos, ó tal vez porque así lo pensaba; esto no debe durar mucho tiempo. Montoya habrá al fin de ablandarse, y el engaño no será al cabo más que de pocos meses. ¡Pobre Elena! exclamó en seguida con la mayor ternura y fijando los ojos con una expresion singular en Gonzalo—expresion combinada de reconvencion y súplica, á cuyo mudo lenguaje era imposible que fuese él indiferente. ¡Cuán digna no es de este interés!

Estas palabras y la acentuacion peculiar de ellas llegaron á Gonzalo al corazon.

Le presentaron por primera vez aquel dia la frágil forma de su destinada esposa, revestida puramente de su doliente aspecto, su candidez é inocencia, sin mezcla de otro pensamiento que pudiera desvirtuar el efecto de esta contemplacion.

Se acordó de ella tal como se presentó á su vista en la ocasion en que, impulsado de la compasion más viva, tomó esta compasion la forma engañosa de sentimiento más íntimo.

Se acordó de ella casi moribunda, recobrando la vida bajo la sombra de su fingido amor, tierna y confiada entregándose por entero á él.

Se acordó de ella, en fin, sólo bajo la forma de su desgracia y frialdad, y lleno de contricion bajo los ojos ante la mirada reprensiva de la jóven.

Isabel se aprovechó de su ventaja.

—Hablemos de ella, Gonzalo, prosiguió diciendo. De su inocente amor, tan puro y entrañable, del tiempo en que será mi sobrina, añadió en tono chancero, y me entretendré en contarle la parte tan principal que representé en el arreglo de su casamiento secreto. De los malos consejos que á su Gonzalo dí, continuó siempre risueña y placentera, cuando, desesperanzado de obtener el consentimiento de su tio, le induje yo, su tia, á la desobediencia sólo por favorecer la causa romántica del amor y la juventud. Del tiempo dichoso, en que, ablandado ya Montoya (porque se habrá al fin de ablandar) será un placer para nosotros todos vivir reunidos como una sola familia, y entregarnos sin resguardo ni misterio á nuestros mútuos

pensamientos de amistad. Del tiempo en que, completamente fortalecida Elena, merced al cuidado de su amante esposo, apénas se acordará de que estuvo enferma, y en que, concluido todo género de sinsabores, y adquirida la más perfecta felicidad, se maravillará una persona que yo conozco de que todo esto no hubiera sucedido sin necesidad de influencia ajena y sólo á impulsos de la propia voluntad.

Vencida la debilidad de Gonzalo, y más fuertemente que nunca dominado por la plácida expresion del semblante de Isabel, contemplaba con veneracion la radiante pureza de los hermosos ojos, los tiernos acentos de la voz de hermana, y la tranquila compostura inalterable del semblante.

Su mente se entretenia entre tanto, á pesar suyo, en hacer comparaciones, y su corazon inclinado hácia Elena en los primeros momentos en que este nombre salió con tanta ternura de los puros labios, se rebeló de nuevo y latió con el egoismo de la pasion.

—¡Pobre Elena! exclamó. Con cuánta razon la compadece V., y cuán grande sería su reconocimiento si supiera todo lo que debe á V.!

—No hablemos de mí, interrumpió Isabel con

una placentera sonrisa. Ocupémonos de ella solamente, que nada debe interesarnos tanto; y procedamos de una vez, amigo mio, á arreglar la calaverada.

—Lo que V. disponga, fué la contestacion de Gonzalo, y á su discrecion me entrego. Ordene V. lo que juzgue más conveniente. Determine el tiempo, el modo y la manera de hacerlo; y todo será consumado segun V. lo determine.

Isabel tomó aliento.

La cruz le abrumaba el corazon de tal suerte, que, á haberse entregado á sus sensaciones, hubiera caido sin sentido bajo su peso; pero el calvario estaba cerca, y no habia que desanimarse.

El lirio blanco amaba el mes de Mayo, el mes de las flores, el mes de la Vírgen; Gonzalo se lo habia dicho á Isabel en alguna ocasion, y en el mes de Mayo deberia efectuarse la boda.

En el mes de Mayo en que creyó la frágil niña dormir en su fria sepultura con la corona de vírgen sobre su cabeza muerta, reposaria dichosa en los brazos de su marido con la corona de novia sobre su frente pura, al cubrirse los árboles de hojas y las plantas de flores, para que se cumpliese el sueño de su inocente corazon.

Sería su padrino el que tan grande parte habia

tenido en el arreglo de su boda, el benévolo don German del Castillo, y, comunicado á él solo el secreto de la familia, ninguno podria divulgarlo hasta hallarse autorizado para ello.

Cuál sería el placer de Isabel en presenciar la ceremonia, su contento al ser la primera en festejar á la mujer de Gonzalo, á la que ya anticipadamente amaba con el afecto más tierno, no encontraba palabras para expresar; pero Gonzalo la comprenderia, Gonzalo supliria la falta de la expresion y sabia hacer justicia á los sentimientos que la animaban.

La prudencia le prescribia por ahora la dura ley de sujetarse á su dictámen, y Gonzalo ¡quién mejor que él respetaria su proceder!

Pero ella iria á ver á su futura sobrina para hallarla todo lo que su imaginacion se la presentaba de bella, revestida de todos los encantos de la inocencia, y á ligarse más estrechamente á ella ántes de que la boda se verificase.

En esto no podia haber falta; la prudencia de Gonzalo ahorraria todo género de compromisos; y, satisfechos por este medio los deseos de entrambas, el suyo y el del lirio blanco, de conocerse mutuamente, cumpliria con todas las prescripciones de su generoso corazon.

Gonzalo sería el anunciador de su visita: el mensajero de su interés amistoso y anticipado afecto, y nada quedaria ya por hacer.

Todo arreglado, todo convenido, nada olvidado ó desatendido, era más del medio dia y aún duraba la conferencia; pero tocaba ya á su fin.

Isabel habia agotado el asunto, y las fuerzas le iban faltando.

Se mostró dispuesta á terminarla y Gonzalo se resignó á su voluntad.

—Una palabra más, Isabel, dijo, en conclusion. ¿Jamás habrá de haber alteracion en nuestra amistad? ¿Jamás habrá de sufrir lo que estos últimos dias ha padecido?

—Lo que he hecho hoy, fué la respuesta á las anteriores palabras, prueba á V. claramente cuán infundados fueron sus recelos: y por lo tanto, vea lo que viere, añadió con marcada intencion, suceda lo que sucediere, ni ha habido jamás ni puede haber nunca variacion en mis sentimientos.

—¿Cuánto debo á V., señora!... ¿Cuán provechosa me ha sido su influencia y cuán apreciable me es su amistad sólo Dios lo sabe!... Sea cual fuere la lucha de mi alma, por V. ha sido, si no vencida, amortiguada; y, si mis sentimientos se han encaminado á un buen fin, y si mi errante

corazon ha entrado en la senda de donde no debió apartarse nunca, á V. sólo se lo debo. Es V. un ángel, Isabel, exclamó profundamente conmovido, y la bendigo con todo mi corazon.

Los puros ojos en respuesta le miraron más radiantes que nunca, y una sonrisa celestial pasó por el semblante tranquilo.

En seguida se separaron.

Isabel se dirigió á su tocador, y Gonzalo se quedó en el gabinete meditando sobre las últimas palabras que acababan de serle dirigidas.

«Vea V. lo que viere, suceda lo que sucediere, ni ha habido jamás ni puede haber nunca alteracion en mis sentimientos.»

¿Qué significado encerraba este lenguaje, y por qué atraia de tal suerte sus pensamientos?

¿Habia sido lanzado puramente por la casualidad, ó envolvía un segundo objeto vedado por ahora á su conocimiento?

Era en balde que tratase Gonzalo de desenvolverlo, su mente se fatigaba sin adelantar camino, hasta que llamó su atencion la entrada de una persona en el cuarto.

La persona no era otra que Francisco Cadenas al parecer recién llegado, el cual le dirigió el más

cordial saludo y afectuosa sonrisa (que dejó ver hasta lo último de sus hermosos dientes), acompañados de una mirada escudriñadora y un fuerte apretón de mano.

—No esperábamos á V. tan pronto, exclamó Gonzalo.

—Ni era mi intencion volver tan temprano cuando salí esta mañana, contestó el cajero, fija siempre la vista en el jóven como tratando de leer algo en el franco semblante que, por más que auguraba la vista, no le revelaba ningun secreto. ¿Has estado en casa de mi madre? preguntó en seguida sin tomar aliento.

Un casi imperceptible sonrojo cubrió el rostro de Gonzalo.

—Pensé, agregó Francisco, que acostumbrabas dedicar á tu futura los dias de fiesta por entero.

—Efectivamente, tartamudeó Gonzalo; tal ha sido mi costumbre últimamente, pero hoy...

—No creas, interrumpió Cadenas, que ha sido mi objeto pedirte cuentas de tu conducta, ni mucho ménos intervenir en negocios que no me toca arreglar. Fué una pregunta sencilla la que te dirigí sin intencion ninguna. No es mi fuerte, agregó en tono chancero, interesarme en las cosas de

mi familia. ¡Ah, ah, ah! y soltó la carcajada que tan mal efecto solia hacer.

Gonzalo le miró con invencible repugnancia.

Prevaleciendo todavía en su estado primitivo la aversion que le infundia el cajero, si bien habia llegado á tolerarle, y á vivir aparentemente en la mejor armonía con él, la ocurrencia de cualquiera de estos incidentes en que sin rebozo se ofrecia á su vista el carácter desnaturalizado de su futuro hermano, despertaba de nuevo la aletargada anti-patía.

Pero , contenido por la prudencia, sofocó sus sentimientos y, dominándose, cambió la conversacion.

Hubiera tal vez en otra ocasion comunicado al hermano de su futura el objeto de su conferencia con Isabel, y la parte tan eficaz que tomaba ésta en el arreglo del proyectado enlace; pero, rebelde su corazon siempre á abrirse al que con su cinismo especial lograba alejar toda expansion de la sensibilidad, todo sentimiento noble ó generoso, lo resistia más particularmente en esta ocasion.

Gonzalo sabía que el cajero no amaba á su familia; sabía que de sus labios no oiria más que menosprecios y sarcasmos, y su corazon de hijo y hermano no lo podia tolerar.

Gonzalo recordaba que una vez que de su casamiento trató, medio sondeó Francisco el estado verdadero de su corazón, y le causaba miedo semejante descubrimiento.

Gonzalo adivinaba que poco ó nada le habia de importar la suerte de su hermana; y, aunque él no la amaba más que como si su hermana fuera, le dolia la indiferencia del hermano verdadero. Por cuya razon, á más de la aversion despertada en aquellos momentos, se guardó de tocar el asunto, separándose por completo de la cuestion, y haciendo girar la conversacion sobre las cosas más indiferentes. Pero, si bien las contestaciones estaban ajustadas á las exigencias de la cortesía, se veia que los pensamientos de Cadenas no estaban de acuerdo con sus palabras, y que ni el tiempo, ni su viaje al Puerto, ni los negocios, lograban fijar su distraida imaginacion.

Por último, y como para terminar la conversacion, indagó el paradero de D. Álvaro.

D. Álvaro se hallaba donde siempre habia seguridad de encontrarle; y extrañaba Gonzalo que le dirigiera Francisco semejante pregunta.

—¿Y desde cuándo está en el escritorio?

—Desde que almorzó, fué la contestacion.

Francisco volvió á mirar al jóven con la misma

escudriñadora atencion con que le habia xaminado á su entrada en el gabinete, y este á manifestar el propio desconcierto de entónces, cual si se hallara escrito en el semblante lo que el cajero esperaba leer; y, deseosos ámbos de separarse, sin otra palabra, salieron del cuarto: el hombre de confianza para reunirse con su principal en el escritorio, y Gonzalo para acudir á la casa de Magdalena, donde era esperado con la mayor inquietud.

Retardada su visita dos horas más que de costumbre, el lirio blanco, que en su impaciencia y desasosiego creyó no volverle á ver jamás, apenas podia creer la evidencia de sus sentimientos á su presentacion, y loca de júbilo se arrojó en sus brazos.

Estaba tan linda aquel dia, y fué su accion tan espontánea, tan confiada é inocente, que Gonzalo hubiera sido ménos que hombre en no corresponder á ella con la mayor ternura.

Besó la pálida frente, envolvió la frágil y diminuta forma entre sus brazos, y, estrechando la inclinada cabeza sobre su pecho como pudiera un padre hacer con su hija, así, casi en brazos, la llevó al sofá y se sentó á su lado.

—¡Cuánto has tardado! exclamó Elena. ¿Cuál

ha sido la causa, Gonzalo mio? Tú nunca lo has hecho ántes, y no lo puedo aguantar.

—He tenido la mañana ocupada, hija mia, interpuso el jóven.

—¿Y las ocupaciones pueden más que tu Elena? ¿Y hay ocupaciones en el mundo primero que venirme á ver? No me lo digas, Gonzalo. Nunca lo creyera de tí. Los dias de trabajo te lo paso, porque desde el principio me acostumbré; pero los dias de fiesta... no, de ninguna manera. No hay razon que me baste. Yo no entiendo de razones. Soy muy niña para eso; y quiero ser niña todos los dias de mi vida.

Gonzalo por toda respuesta la miró sonriéndose.

—¿Y te ries despues de todo? exclamó Elena fijando en él sus lánguidos ojos, como reconviniéndole.

Un beso en la enojada boca y otros dos en los lánguidos ojos formaron esta vez la contestacion.

—Si supieras, añadió Gonzalo, lo que mis ocupaciones han sido, todo me lo perdonarias.

La infantil figura se volvió por entero hácia él; las diminutas manos se asieron de las suyas, y los lánguidos ojos se fijaron en su semblante, llenos de interés y curiosidad.

Gonzalo refirió su historia de cómo, deshauciado

por Isabel aquella mañana de conseguir por ahora el consentimiento de D. Álvaro, habia tratado con ella de los mejores medios de realizar el casamiento á pesar del obstáculo que se presentaba; de cómo, aconsejado y autorizado por ella misma para el efecto, habian dispuesto juntos un casamiento secreto; de cómo este asunto habia ocupado todo su tiempo; y finalmente, de cómo Isabel, amiga y parienta, habia prometido ir á ver á Elena para ligarse más estrechamente á ella, ántes de que se verificase la boda.

El lirio blanco creia soñar.

— ¡Isabel! ¡Isabel! ¡Cuánto amo á Isabel! fueron las primeras palabras que en su emocion articuló. Y en el mes de Mayo nos casaremos; ¿no es verdad, Gonzalo? Isabel lo ha dispuesto así como yo lo queria: al cubrirse los árboles de hojas, y las plantas de flores. Dios la bendiga. Es un ángel.

Lágrimas de alegría interrumpieron su articulacion, y Gonzalo la volvió á estrechar contra su pecho.

Era imposible permanecer indiferente á las pruebas sencillas y sinceras del sentimiento encerrado en este inocente corazon.

Era imposible mostrarse duro ó frio y matar

desapiadadamente con la dureza ó la frialdad, un amor tan entrañable y puro.

Hubiera sido la accion de un mónstruo, y Gonzalo era incapaz de cometerla.

Cierto es que su cariño de hermano, su ternura protectora, de una naturaleza casi paternal, y los instintos de la compasion bastaban para satisfacer á la que nada conocia de las profundidades del corazon que amaba; y, guiado Gonzalo invariablemente en toda ocasion por estos nobles instintos, ellos solos eran bastantes para hacerle cumplir con la inocente, cuya ignorancia del mundo y del corazon humano le impedia exigir mayores pruebas de correspondencia.

Los sentimientos de aquel dia no podian ménos de halagar á Gonzalo, haciéndole apreciar el corazon tan apegado á él; así es que, vertiendo en sus palabras y caricias la fuerza de su justa gratitud, se olvidó por algunos momentos de que no era amor lo que por Elena sentia.

Hablaron largamente de la boda, de la parte tan interesante que habria de representar en ella el que habia hecho lo principal para arreglarla, del contento que experimentaria D. German al ser conecedor del suceso, del sigilo que deberian todos guardar, de la manera cómo deberia Elena enten-

derse con Isabel cuando viniera á verla para no ofender su delicadeza en cuestion en que obraba tan en oposicion á la voluntad de su marido; en fin, de todos los incidentes y accidentes propios del caso; y las horas volaron de esta suerte hasta que la llegada de Magdalena, ya tarde, de la calle, interrumpió por algunos momentos la conversacion.

Breve sin embargo esta interrupcion, y promovido de nuevo el asunto como era natural para obtener la competente autorizacion y consentimiento de la viuda, se hizo su discusion interminable.

Rígida como nadie Magdalena, y superior su rectitud de principios en medio de su ilimitado amor materno á todo otro afecto por inmenso que fuera, rehusó tenaz en un principio, género alguno de asentimiento, juzgando ofensivo en Gonzalo desafiar de tal modo la autoridad de su tío; y, resistiéndose firme por largo tiempo á toda instancia ó razon por parte de los jóvenes, cedió ante el argumento influyente de la intervencion de la propia mujer de Montoya y de la esperanza ofrecida por ésta de no hallarse muy léjos la época en que D. Álvaro habria de otorgar al fin su deseado consentimiento.

¡Ay! Si la atraccion del corazon de la mujer, sin ninguno de los golpes de la niña, no hubiera estado aquel dia en el ascendiente; si la infinita ternura del inocente corazon y la amorosa languidez de los dolientes ojos no hubieran estimulado los esfuerzos de Gonzalo, se hubieran estrellado todos los esfuerzos ante la oposicion de la madre.

Pero, revestida Elena como nunca de sus candorosos encantos, como nunca se sintió Gonzalo adherido á ella; y, más dichoso de lo que lo habia sido por mucho tiempo, pasó el resto del dia con su prometida esposa, y se retiró aquella noche á su casa pensando entre sí que con la amistad de Isabel, como con un faro de esperanza ante los ojos, podria alcanzar todavía más difíciles victorias.

CAPÍTULO XIII.

Fiel á su promesa D. German del Castillo de repetir su visita á Mercedes cuando sus ocupaciones se lo permitieran, algunas veces habia atravesado el umbral de su casa, y habia hecho lo posible por despertar en ella mejores pensamientos que los descubiertos en su primera entrevista; pero, insensible invariablemente Mercedes á todo género de amonestaciones, cerrado su corazon por completo á la desconocida ú olvidada voz de la virtud, de la clemencia y de la caridad, inútiles habian sido hasta aquí los esfuerzos del benévolo comerciante.

Aunque aumentado el respeto que le habia inspirado su salvador, aunque adherida á él por el sagrado lazo de la gratitud y la tolerante benigni-

dad que toda confianza habia ganado, no por eso era Mercedes mejor.

Oscurecido su horizonte como cuando hizo don German conocimiento con ella, y sordo como entonces su extraviado corazon á cuanto no fuera relativo á Gabriel, eran inútiles todos los esfuerzos del comerciante.

No habia por ahora esperanza de reducir su alma descarriada.

D. German se apesadumbraba por ello; pero, cifrada su esperanza en el influjo del tiempo, con paciencia lo dejaba correr, confiado en que habria al fin de conseguir la apetecida victoria.

Entre tanto no abandonaba á Mercedes.

Constituido aparentemente en su protector natural desde el momento en que la salvó al borde de un precipicio, no excusaba medio alguno de dulcificar sus pesares y hacerle la vida más llevadera.

Pródigo igualmente de los bienes materiales, que de los espirituales, y otorgados sus beneficios con la más grande é irresistible delicadeza, los lazos del reconocimiento unieron estos dos seres tan distintos.

Benigno y considerado constantemente, y ganada por estos medios la confianza de la jóven, de-

positó Mercedes en él la historia de su vida entera, con todos sus más oscuros pormenores, salvo sólo la escena del brasero, cuyos horribles recuerdos servían siempre para trastornarla, y que tenaz huía de referir.

—Ni aun á Gabriel se lo he dicho, contestó una de las veces en que D. German la interrogó sobre el asunto, y á nadie se lo contaré en mi vida.

El tono resuelto que acompañó á estas palabras curaron para siempre al comerciante de su curiosidad.

Hacía ya algunos días que no la veía D. German y fué una tarde á visitarla.

Apacible en extremo esta tarde, ni la más ligera brisa sacudía las hojas de los árboles de la alameda, ni el más leve movimiento descomponía el espejo de la mar.

Reinaba un silencio profundo en derredor: el cielo, la mar, la tierra y todas las cosas creadas, se entregaban al descanso, sin que otro sonido interrumpiera la quietud más que los monótonos pasos de D. German y los golpes de su baston sobre el suelo, ni poblase otro ser más que él la sosegada alameda, excepto la forma de Mercedes, que situada en un abierto balcon de su morada, solitaria

se destacaba de entre las blancas casas, contemplando la mar, y tal vez (así lo pensó el comerciante) en ella surcando la historia de su pasado.

Depuestos los colores vivos que formaban en otro tiempo su caprichoso traje, parecia estar vestida de luto.

Y en efecto lo estaba su corazon.

Trastornado el carácter de su belleza, y desterrada por completo del semblante la picante expresion, tan notable cuando hicimos conocimiento con ella en el estudio de Francisco Cadenas, si bien igualmente borrada la amarga desesperacion impresa en él la noche en que fué salvada por la intervencion de D. German, revelaba ahora propiedades bien distintas.

Una calma, si no sincera, bien aparentada, el propio fondo de audacia y resolucion siempre predominante sobre sus demás tendencias, y el movimiento rizado de sus labios, indicativo del dominio de alguna fuerte pasion, tal era su expresion, que D. German, sin ser visto, á placer contemplaba, en tanto que se aproximaba con lentitud pensando en la difícil tarea de vencer semejante naturaleza, y sobre todo la oculta pasion alimentada en su seno.

Preocupado con estas ideas, llegó á la casa; y,

abierta con presteza la puerta á su bien conocido campanillazo, compareció á los pocos momentos en la presencia de Mercedes.

La jóven salió del balcon para recibirle, mostrando una inusitada alegría en su ahora habitualmente sombrío semblante.

D. German conoció que tenía alguna noticia agradable que darle; y en efecto, pasadas las primeras saluciones, no tardó su sospecha en verse realizada.

—¿Sabe V., dijo, que ha llegado Gabriel?

—¡Cuánto me alegro! ¿Y lo ha visto V.?

—Ayer tarde mismo, acabado de llegar. ¡Fué un momento dichoso aquel en que lo ví entrar por estas puertas!

—¿De veras, Mercedes? interrumpió el comerciante con alegría. ¿De veras lo vió V. llegar con gusto, y podremos todos esperar lo que tan deseado es?

—No me ha comprendido V., respondió Mercedes. Fué un momento dichoso, en efecto, cuando lo ví entrar por mis puertas, pero, añadió con marcada intencion, no en el sentido que ha pensado V.

D. German la miró con desconsuelo.

—Lo que soy, añadió Mercedes en tono re-

suelto, lo seré ya hasta el fin de mi vida; y lo que Gabriel es para mí lo debia V. ya saber. No soy mujer que fácilmente me desvio de mis resoluciones, dijo en resúmen.

Sus ojos apoyaron con tal firmeza estas palabras, y el movimiento de sus labios mostró tan evidente la asociacion de su pasion oculta con el tenor de estas últimas frases, que D. German la examinó con miedo.

Mercedes habia seguido hablando.

—Mi alegría al verle aparecer, dijo en explicacion de sus anteriores palabras, fué porque el recuerdo de aquella noche tan espantosa en que se echó á la mar, me llenaba de los más fundados temores por su vida, y casi creia que no lo habia de volver á ver, y que con él habia de perder lo único bueno que quedaba en mí. Por otra cosa, no: por ningun estilo. Pasamos reunidos una gran parte de la tarde; es decir, todo el tiempo que tuvo juicio, añadió sonriéndose; nos separamos cuando empezó á faltarle. Él tambien, como V., se empeña muchas veces en desconocer mi carácter, y me incomoda con su pertinacia. Aunque somos los mejores amigos en tanto que no habla de lo que jamás debe ser tratado entre nosotros y que repetidas veces le he prohibido pro-

mover, no bien se olvida de mis preceptos, desaparece nuestra armonía.

—¿Y se separó enojado ayer tarde? preguntó D. German.

—Enojado... no. Jamás se enoja conmigo, replicó Mercedes. El enojo viene de mí, porque yo nada puedo hacer sino con violencia. Gabriel se fué afligido, como le sucede siempre; y por eso lo siento más. Antes de embarcarse esta última vez, hacía ya muchos días que no me hablaba del asunto, sin duda temeroso de ofenderme; y abrigaba yo la esperanza de que jamás me volvería á hablar; pero, apénas llegó ayer, de nuevo insta, de nuevo suplica, de nuevo me ofrece su amor y su mano... y la borrasca estalla. ¿Vé V. ese cielo tan sereno? añadió dirigiéndose al balcon y señalando el firmamento. Pues, como ese cielo, sereno mi espíritu durante todo el curso de la tarde, no bien me pide Gabriel que cometa tal perfidia, desaparece mi serenidad, y el mar alborotado de mis pasiones se desborda con la misma furia que el Océano se desbordaba la noche aquella que V. recordará. ¡Yo! exclamó lanzando los brazos en direccion de la mar y entregándose como una loca á la excitacion de sus pensamientos. ¡Yo perder lo único que en mi alma se encierra! ¡Yo come-

ter tal bajeza! ¡conceder al noble Gabriel por ciego que esté, por generoso que sea, como gala el despreciado trapo! ¡Jamás, jamás!

D. German la habia entre tanto seguido al balcon, y ella continuó de esta suerte:

—¡Mi ídolo, mi santo venerado : contaminarle de tal modo! ¡Líbreme Dios de semejante delito!

D. German trató de templarla con las reflexiones que juzgó propias del caso, culpándola al mismo tiempo de envolver un sentimiento que no podia ménos de favorecerla con tal rudeza de lenguaje y accion que no podia ménos de disminuir su mérito á los ojos de Gabriel.

—Es mi modo de hablar, fué su contestacion: no lo puedo remediar, y si él, impresionado ahora por los efectos exteriores, condena (aparte de otros motivos para ello) lo que hago, llegará un dia en que me lo habrá de agradecer. Llegará un dia, repitió, en que, aplacadas sus pasiones, le enseñará la razon á aplaudir mi resolucion, y en que, redimida de mis faltas por efecto de ella, en vez de despreciarme, quizá... quizá... me habrá de respetar.

D. German la contempló con admiracion.

Era sublime en este solo punto salvado del nau-

fragio universal de su virtud; y, comprendida en toda su extension por el comerciante la cuestion examinada bajo aquel punto de vista tan elevado, le concedió la razon.

No era posible rehusársela.

La originalidad de carácter, de ideas y de expresiones reveladas de continuo por esta extraordinaria mujer, la fuente de pensamientos aglomerados en su mente, las imágenes representadas por ella, impropias de su descuidada educacion, se le hacian siempre nuevas á D. German.

Era un enigma para él todo lo que veia; tan extrañas contradicciones, aquella mezcla de ignorancia y cultura, de virtud y de vicio, de mujer y de fiera.

Aquella riqueza de conceptos y de expresion, ¿dónde la habria adquirido esta singular criatura?

Las ideas podian tal vez existir en el fondo de su alma, allí creadas desde su origen; pero, ¿de dónde procedia la forma de ellas, en palabras tan escogidas y conceptos tan analizados?

D. German se perdia en cavilaciones, porque no conocia la mano maestra que desarrollara semejantes conceptos y enseñara tan escogido lenguaje.

No conocia á Francisco más que superficial-

mente; y esto explica el misterio de su asombro.

Una breve pausa habia seguido á las últimas frases de Mercedes, y D. German, lleno de la mayor admiracion, no habia separado la vista de la que, despues de articuladas aquellas palabras, permaneció con la vista fija en la mar, cual si pensamientos muy remotos de la escena presente la preocuparan. D. German interrumpió el silencio volviendo otra vez á la conversacion de Gabriel.

El jóven patron habia contado á su amiga la historia toda de su viaje, con los pormenores de su inolvidable arrojó; y, entrando gustosa Mercedes en la materia, pasó un largo rato refiriéndosela al comerciante.

—Y tambien sabe él, exclamó al concluir su relacion, lo que me ocurrió á mí en aquella propia noche: los riesgos que corrí por mi propia locura, y olvidada de él; y lo que á V. le merecí. Todo se lo he contado: todo, señor, para que un corazon mejor que el mio le agradezca á V. sus mercedes, y un alma más pura eleve á Dios sus fervorosas súplicas por la conservacion de la salud que tan preciosa es. Gabriel, prosiguió, lloraba como un niño al escuchar mi historia, y casi me hizo llorar á mí. Pero, todo lo descompuso en seguida con su falta de juicio... y, añadió despues

de una breve pausa, enfadada con él, nos separamos. ¡Dios sabe hasta cuándo!... No le veré ya, prorumpió con tristeza, por muchos días. Teme mi enojo más que el de la embravecida mar, y le falta el valor para desafiarlo.

Suspiró profundamente, y se quedó pensativa por algunos momentos.

— Pero no hay miedo que deje de volver, exclamó como en respuesta á algun pensamiento receloso de lo contrario que cruzara por su mente. No pasarán muchos días sin verle aparecer ; y ya lo deseo.

El más profundo silencio siguió á estas últimas palabras.

El sol habia declinado: lánguidamente y brillante en el firmamento el lucero vespertino anunciaba con sus medias tintas la proximidad de la noche.

La apacible mar se mostraba más oscura, y los objetos todos de la alameda confusos é imperceptibles bajo la creciente sombra.

D. German y Mercedes desde el balcon contemplaban la solitaria estrella, entregándose cada cual en muda concentracion, á sus particulares pensamientos: y, ¡extraña analogía!... alimentando en la contemplacion un mismo género de ideas.

El amor y sus recuerdos.

En la jóven, próximos, frescos y violentos, llenos de pasión y de odio, de amor y desesperación; en el comerciante, distantes, remotos, pero repletos de dulzura, de templanza y de felicidad en medio de los resultados tan engañosos que ofrecieron. Cadenas y Rosario: hé aquí la expresión de los pensamientos de cada cual.

Cadenas con su irresistible fascinación, arrebatando como un semidios la adoración de su ídolo, y tierno, amante y rendido, meciéndola en la cuna voluptuosa de la más embriagadora pasión.

Cadenas, hastiado y aburrido, despreciando cruel el ganado amor, y hollando hasta los sentimientos de la humanidad doliente.

Rosario, tierna, amante y virtuosa, sacrificada en la fuerza de su amor á la calumnia; pero cumpliendo dichosa su destino, y siempre pura, y en su estado original, radiante cual la estrella de la tarde, difundiendo generosa su brillante luz.

Tales eran los recuerdos evocados en cada uno de los dos: tales las imágenes representadas por el lucero vespertino. D. German se extasiaba consolado y dichoso; y Mercedes rugía interiormente de vez en cuando, llevándose la mano á la cicatri-

zada frente, cual si todo el cuerpo del delito de su desesperacion se hallara allí cifrado.

Avanzaba entre tanto la noche, y, despertados en D. German por asociacion, otra serie de pensamientos, consiguientes á los que le preocupaban, se preparó á terminar su visita.

Habia visto á Gonzalo Figueras aquella mañana, y, enterado por él del puesto distinguido que le correspondia ocupar en el arreglo del enlace, deseaba cuanto ántes ofrecer con su alma toda la más sincera enhorabuena, por lo que tan grandemente habia contribuido á conseguir.

En obediencia, pues, á esta tan justa causa, más temprano que de costumbre se separó de Mercedes, y dirigió los pasos á la presencia de la viuda.

Precisado á pasar por delante de la mansion de Montoya, se detuvo algunos momentos recordando con placer la visita que habia hecho á la mujer de su irreconciliable enemigo, trayendo á la memoria todo lo que en Isabel habia reconocido.

No la habia vuelto á ver desde entónces; pero, imperecedera su memoria, todavía cruzaba su aérea forma por delante de su imaginacion, y, como entónces, impresionado de aquel elevado carácter,

por entre las espesas paredes de la morada, miraba con reverencia á tan angelical mujer.

Habia luces en el gabinete (conocia bien el terreno D. German) en el piso superior y en el escritorio: é, iniciado poco más ó ménos en los hábitos de aquella casa, por entre el reflejo de las luces distinguia la árida y monótona vida de la jóven enterrada viva en aquel panteon, y la perseverante é infatigable existencia del alquimista mercantil, perpetuamente aplicado á su crisol, empleando todas las potencias del alma y cuerpo en convertir todos los objetos en oro, sin descanso de noche ni de dia, sin treguas jamás á sus afanes, por más que la suerte le favoreciera, y la halagada ambicion le brindase con el reposo.

D. German se sentia oprimido y abrumado como bajo el peso de una enorme montaña, al reflexionar en tan penosa esclavitud, mil veces más penosa para él que la del negro; y dió gracias á Dios que le habia concedido el privilegio de viajar holgado, libre y dichoso entre sus semejantes.

Animado por esta reflexion consoladora á aligerar el paso, presto perdió la casa de vista, desaparecieron de su pensamiento los moradores, y alegre y contento penetró en la casa de Magdalena, donde fué recibido con el mayor agasajo.

—Estábamos seguros de ver á V. esta noche, exclamó la viuda apénas hubo tomado asiento don German.

—No hace mucho tiempo que lo decíamos, dijo Gonzalo.

—De buen susto me ha librado V., interpuso Elena al propio tiempo levantando los ojos de su labor.

—¿Por qué, niña? preguntó D. German.

—Porque creí que fuese V. otra persona, y empecé á temblar sólo con pensarlo.

La viuda contempló á su hija con tristeza, y Gonzalo Figueras hizo como que nada oía, y que toda su atencion se hallaba fija en un libro que habia sobre la mesa.

—Ya sé yo en lo que estás pensando, prosiguió el lirio blanco, dirigiéndose á su amante, cuya estudiada distraccion no habia podido escapársele; te estás haciendo el distraido para no reñirme. Hace muchos días que he reparado eso, y que despues suspiras como arrepentido de lo que has hecho. Pero á mí no me importa con tal de que estés callado, y no me mires con enojo. Mucho mejor es eso que lo que me hacías ántes. Yo no puedo aguantar que me riñan, ni que me hagan sufrir; y aborrezco á todos los que me tratan mal,

añadió mirando alternativamente á su madre y á Gonzalo.

—¿Y quién te ha hecho sufrir nunca, vida mia? preguntó la viuda con la inalterable ternura que tenía para con su hija.

—Ya V.V. lo saben, fué la contestacion de la niña.

Sus oyentes nó necesitaron oír más.

Gonzalo se sumergió más que nunca en su lectura, y la viuda confirmó entre tanto á D. German en lo que éste sabía de antemano, ínterin que Elena, al parecer aplicada á su labor, no hacía otra cosa más que examinar á hurtadillas á su futuro, grabada la más profunda melancolía en su inocente semblante.

Pasaron algunos momentos en este estado, hasta que, deseoso Gonzalo de saber lo que por la niña pasaba, levantó la cabeza y buscó la diminuta forma á su lado.

La pobre Elena cosía con nunca visto afán, miéntras que dos lágrimas surcaban por sus mejillas, y, repletos sus ojos de ellas, parecian esperar una sola sensacion, una mera palabra para correr en abundantes raudales.

Gonzalo se sintió un villano en no hallarse aún bastante aleccionado para sofocar por completo

todo género de expansion; y, lleno de contricion como siempre le sucedia en ocasiones semejantes, se apresuró á ofrecer toda la reparacion posible.

¿No habia formado la resolucion de desentenderse por completo de cuanto en Elena viera digno de censura ó desaprobacion?

¿No se habia comprometido á descender á su nivel, y no elevarla al suyo?

Pues ¿por qué, si tales habian sido sus resoluciones y habia ya empezado á poner en práctica su sistema, por qué dejaba todavía que alguna señal exterior hiciese traicion á sus generosos intentos?

Todo rastro deberia desaparecer; y desde aquella noche empezaria su regeneracion.

Gonzalo lo juró interiormente, y, á pesar de la presencia de testigos (es verdad que los testigos, como personas prudentes, se hicieron los desentendidos) selló su juramento con un beso en los labios de su futura, á cuya impresion las agolpadas lágrimas retrocedieron como por encanto, y una sonrisa deliciosa se entronizó sobre la profunda melancolía del infantil semblante.

Habia sido una mera sospecha suya el enfado de Gonzalo, habia sido una alucinacion de sus sentidos la aparente distraccion; y su consiguiente suspiro habia sido puramente efecto de la casuali-

dad; y de la atraccion del libro la abstraccion del jóven; y Elena se dió por satisfecha.

Cuán dichosa pasó aquella noche es inútil decir, y cuáles fueron los esfuerzos de su amante por dejarla contenta y confiada, se pueden fácilmente suponer.

Casi parecia un amante verdadero.

Y, como nadie alucinado D. German por las apariencias, la más íntima satisfaccion se pintaba en su semblante, cuando, interrumpiendo de vez en cuando su conversacion con la viuda, extasiado contemplaba su buena obra.

—La quiere ya, decia para sí. Era imposible que no sucediera esto. Bien me lo esperaba yo. ¡Si conoceré á los muchachos al cabo de mis años! Cuidado que está Elena linda, dijo en alta voz en una de estas ocasiones en que miraba á la pareja. Hasta sonrosada la encuentro esta noche. El amor hace milagros, señora, y verá V. cómo al fin y al cabo le devuelve la salud por entero á nuestra hermosa niña.

La viuda suspiró como incrédula.

—Siempre padece, exclamó; y, si goza ahora de algun alivio, no por eso ha desaparecido el mal. Es verdad que está mucho mejor, que hasta

tiene mejor color; pero no me basta con eso. La miro continuamente con la misma inquietud, aunque ya, amigo mio, añadió sonriéndose, sin remordimientos y con otra resignacion á la voluntad del Señor...

—Que evidentemente, interrumpió en tono festivo el comerciante, dispuesto á complacer todos nuestros deseos, nos prepara una serie larga de satisfacciones en el porvenir de nuestros jóvenes.

—Sea lo que Dios quiera, fué la contestacion de la viuda, que ÉL dispondrá lo mejor que convenga.

—¿Y sabe Francisco la noticia del dia? preguntó D. German despues de una breve pausa.

—Hace mucho tiempo que no lo veo, respondió la madre; y, como sé que no encuentra gusto en nuestra sociedad, en vez de llamarlo para comunicarle verbalmente lo que ocurre, lo he hecho por escrito para que obre como mejor le parezca.

—No lo he visto aquí jamás hace años, dijo el comerciante; así es que puedo decir que no lo conozco más que de vista.

—Mucho tiempo hace, en efecto, respondió la viuda con un suspiro, que se separó de mi lado,

y que sólo de tarde en tarde viene á verme; pero abrigo la confianza de que algun dia, con el favor de Dios, cesará esta frialdad de su parte, y que mis ruegos alcanzarán ser oidos. Muy de corazon se lo pido al Señor, y de su misericordia espero no quedarán desatendidas mis fervorosas súplicas. Es muy desgraciado mi pobre hijo, añadió, refiriéndose á los tan conocidos extravíos de su primogénito y por toda reconvencion á sus faltas; y le miro con la mayor compasion.

D. German pensó con cuánta más razon lo diria, si conociera como él, mucho de lo que referente á este hijo ella ignoraba; y, cambiando la conversacion de tan penoso asunto, la hizo de nuevo girar sobre la novedad del dia, como festivo habia llamado á la cuestion del casamiento; é, invitando ahora á los jóvenes á tomar parte en el asunto, se ocuparon mancomunadamente en tratarlo.

¡Cuán dichosos pasaron la noche, y cuán rápidas volaron las horas empleadas de esta suerte, nadie lo podia creer!

A las once creyeron todos que ni siquiera eran las nueve; y, como si la noche empezara entónces y fuera un disparate separarse tan temprano, así apesadumbrados se despidieron: D. German repi-

tiendo sus sinceras enhorabuenas á la viuda por lo que ella afirmaba que á él sólo se debía; y Gonzalo haciendo á su futura la promesa cuotidiana de volver lo más temprano posible á la siguiente tarde.

CAPÍTULO XIV.

Dos dias despues de lo ocurrido en el capítulo anterior, se hallaban Magdalena y Elena presas de la más viva agitacion, esperando la anunciada visita de Isabel.

Avisadas por Gonzalo la noche ántes, desde temprano se ocupaban el siguiente dia en prepararle un digno recibimiento; y para ello trabajaban la viuda y su única criada con la mayor premura.

Barrido el suelo con la mayor escrupulosidad, y sacudidos cuidadosamente los muebles todos, envolvió Magdalena el antiguo y nada elegante sofá en su mejor forro, limpio y almidonado; cubrió las sillas con los suyos y adornó los balcones con cortinas compañeras del forro, que sólo en grandes ocasiones salian á luz; y, en seguida, procediendo á faenas más inferiores, trasladó cuan-

tas mesas decentes habia en la casa á la sala de recibio, y, cargándolas de tiestos llenos de flores, y de cuantos objetos de adorno de una clase ú otra pudo utilizar, remedió algun tanto la frialdad del fondo blanco de los muebles, y llenó la estancia de la fragancia más deliciosa.

Cubrió el velador con su corto surtido de libros, entre ellos las poesías manuscritas de Gonzalo, cubiertas con un forro bordado por Elena, la caja de costura de esta última, regalo de su amante, y otras pequeñeces, dones casi todos de la misma mano. Y, concluido este trabajo miró en derredor y lo encontró bueno; y llamó á Elena para que la acompañara en su aprobacion.

Cuán linda encontró la sala, cuán prontamente hecho todo, con cuánto orden y gusto arreglado, no se cansaba la niña de decir; y, unánime con ella la criada, extasiada contemplaba el improvisado paraíso, y en coro repetia las exclamaciones de su señorita.

Era digno de ver el cuadro aquel.

La respetable matrona paseándose por la sala con el más sencillo orgullo, escuchando los elogios tributados por aquellas dos inocentes á su hábil direccion; y éstas sumergidas en la más profunda admiracion de la trasformacion repentina labrada

á su vista, vertiendo sus sentimientos con la misma exageracion que si nada hubiera en el mundo comparable al presente alhajamiento de la salita.

El forro blanco parecia de raso; las mesas nuevas y brillantes como acabadas de salir de la tienda, y los flores, ¡ay! las flores.... jamás se habian visto flores semejantes!

¡Tan hermosas, tan fragantes, tan variadas!..... y eso que la primavera no habia desplegado todavía todas sus galas.

Todo era hermoso, todo delicioso: desde el forro blanco, las cortinas, las mesas, las flores, hasta el moño rosa en la jaula del canario, que, colgado en su acostumbrado sitio, en el balcon, animado con la escena que pasaba á sus ojos, tomaba la parte más activa en los festejos, gorjeando como un desesperado sus penetrantes trinos en competencia con los aplausos.

Y los trajes y lo tocados: ¡qué no iban á ser aquel dia!

Magdalena se pondria su vestido de seda negro, y dejaria que Elena la peinara á su gusto; y, qué hermosa no estaria, exclamaba la criada; y Elena siguiendo el gusto de Gonzalo, ostentaria un sencillo traje blanco con flores del tiempo en la cabeza.

Cuán digna no era Isabel de que se hiciese fiesta del día en que se la había de conocer, y de imperecedera memoria, no se cansaban la madre y la hija de repetir; esforzándose solícitas porque todo estuviera dispuesto con anticipación. Á las doce del día ya nada quedaba que hacer, incluso los tocadores; el de Magdalena, siempre serio y grave, análogo á su carácter y estado de viuda, á pesar de la mano peluquera de su hija; y el de Elena de encantadora sencillez en perpétua armonía con su infantil hermosura.

Jamás la había encontrado la madre más linda; ni en efecto había aparecido en ocasión alguna con mayor ventaja, envuelta su diminuta forma en el vestido blanco, adornada su luciente cabellera con flores naturales que de un subido color sentaban perfectamente con el pálido tinte de su tez.

No se saciaba de mirarla y seguirla en sus inquietos movimientos, ya haciendo como que leía, ya esforzándose por aplicarse á su labor ó ya con más frecuencia asomándose al balcón, y corriendo al menor ruido en dirección de la puerta; sin sosiego para nada, ni facultad de dedicarse á ocupación alguna, presa de la más visible agitación.

Cerca ya de la hora anunciada para la llegada de Isabel, se sentó en un taburete á los piés de

Magdalena, y apoyando ambos brazos en las rodillas de ésta, exclamó de repente, y por la primera vez aquel día, descubriendo la verdadera causa de su inquietud:

— ¿Si le gustaré á Isabel?

— ¡Qué pregunta! respondió la madre acariciando la brillante cabellera. Y ¿por qué no?

— ¡Soy tan diferente á ella!

— ¡Tan diferente! ¿En qué? Y ¿porqué se te ocurre semejante cosa?

— Yo me entiendo, exclamó el lirio blanco con un suspiro, pero no me sé explicar. En un tiempo, en aquel tiempo, continuó diciendo, cuando creía que Gonzalo no me quería, pensaba mucho en esto. En lo diferente que era, no de Isabel, repuso sonriéndose, porque entónces no la conocía, sino de las demás mujeres... Pero despues se me pasó, y hasta hoy no lo he vuelto á sentir.

— Y en un día muy poco á propósito para ello, interpuso la madre, besándole la frente; en un día en que ménos que ningun otro deberían ocuparte semejantes recelos, porque jamás te he visto aparecer mejor.

Elena hizo un gesto indicativo de no nacer sus recelos de la causa que les atribuía su madre, y permaneció callada por algunos segundos.

—Soy tan niña... dijo despues de una breve pausa, fijando sus melancólicos ojos en Magdalena.

—Más motivo para que Isabel te quiera, replicó la madre.

—¿Lo cree V.?^o preguntó la niña acogíendose con afán á este pensamiento. ¿Cree V. que me amaré más por lo mismo que no me parezco á ella? agregó con el pleno conocimiento de su inferioridad y con la más encantadora candidez. ¡Quisiera creerlo! exclamó cruzando las manos y elevando los ojos al cielo. Me tranquilizaria al momento.

—Pues créelo, vida mia. Ten la más completa seguridad de ello. Comprendo lo que esa mujer debe ser, continuó la madre, por cuanto á Gonzalo le he oído, y no puedo ménos de esperar lo que te auguro.

El ruido de un carruaje cortó en aquel momento el diálogo.

—¡Si será ella! exclamó Elena incorporándose y prestando el más atento oído al sonido de las ruedas.

Corrió en seguida á la ventana; y, llegando á tiempo, vió el coche pararse delante de su casa, y

una señora vestida con la mayor elegancia apearse de él, y desaparecer dentro del zaguan.

—Ella es, ella, prorumpió cubierto su tan pálido rostro de sonrojo y toda trémula, corriendo en direccion de su madre como la tímida paloma para buscar el amparo de las alas maternas.

La viuda trató de tranquilizarla; pero, aumentada por instantes la agitacion de la pobre criatura, á medida que se aproximaba el tan temido momento, por poco pierde el sentido al percibir el crujido del vestido de Isabel á la puerta de la salita.

Se abrazó de su madre con afan, pidiéndole por cuanto más amaba en el mundo no se separase de ella... y así estrechada contra el seno maternal la encontró Isabel.

Lirio blanco, lirio blanco, vuelve los ojos en su direccion y mírala cuál te contempla.

Sí: á los brazos que extendidos la esperaban, y que la estrecharon contra el palpitante corazón.

El influjo magnético de los puros ojos, la plácida expresion del semblante, la ternura esparcida en todo el continente, destruyeron como por encanto los temores de la niña, que, arrastrada por el ímpetu de la reaccion al extremo contrario,

confundió sus sentimientos todos en aquel afectuoso y espontáneo abrazo.

¿Qué más podia esperar en recompensa el ángel guardian de aquella casa que lo que en este abrazo encontraba?

¿Qué más necesitaba decirle aquel inocente corazón, que lo que en esta accion le expresaba?

Su confianza, su gratitud y amor ilimitado á Gonzalo, por quien tanto trabajaba Isabel:—esto leyó en él la mujer-ángel y empezó á recoger el fruto de lo sembrado.

Inaugurada, pues, la entrevista bajo tan felices auspicios, y otorgando Magdalena á su nueva conocida, el mismo recibimiento afectuoso que su hija, una vez que dejó ésta libre á Isabel, se sintieron todas como si por años se hubieran conocido, y la más estrecha union las hubiera siempre ligado. Esto era natural; pero lo que habia allí de notable era la mujer-ángel.

¡Cuán débilmente la habia bosquejado Gonzalo aun en medio de sus entusiastas elogios!

¡Cuán pobre pintura habia hecho de su belleza, de su tierno corazón y dulzura angelical!... pensaban madre é hija, en tanto que extasiadas la contemplaban, amándola ya con el afecto más tierno.

El lirio blanco, que tanto la temió poco ántes creyendo que su ponderada virtud sería repulsiva austeridad, se sintió impulsada hácia ella por una fuerza irresistible.

¿Qué magia era la de Isabel para producir tan extraordinarios efectos, y arrebatarse de tal suerte la simpatía y la confianza?

Fácil es adivinarla.

La atracción de la dulzura, de la modestia y de la deferencia á los demás: ¡quién puede hacerse indiferente al irresistible imán de estas propiedades! ¡y quién deja de comprender su influjo aquel día en que se vieron desplegadas en toda su extensión!...

Débil la voz de la más íntima amistad, del parentesco más estrecho, de los lazos más naturales, para hacer justicia á los sentimientos engendrados en Isabel, en vano querria la pluma transmitir al papel lo que de aquellos purificados labios salió, y referir palabra por palabra las que indistintamente fueron dirigidas al lirio blanco y á su madre.

Objeto primordial de la conversacion, Gonzalo, cuanto pudiera servir de incienso á aquella adorada imágen, entregada por Isabel al culto ajeno,

otro tanto fué vertido en los avaros oídos de los que la escuchaban.

Se habló luégo de la historia de cada cual; de las pruebas de Magdalena tan grandes y repetidas; de la juventud desgraciada de Isabel, sumergida en la infelicidad y desde temprano privada del cariño materno; de la delicada salud de Elena, tan mejorada sin embargo desde que Gonzalo la amaba.

Recaía á cada momento la conversacion en Gonzalo, pero ninguna de las tres habló de la proyectada boda.

Habia sido por aquel dia cuestion prohibida por el presunto esposo, y las consideraciones más sagradas de delicadeza y prudencia impedian á Magdalena y á su hija infringir tan acertada ley.

Pero se entendian, no obstante, y aunque calladas sobre el asunto, expresaban, sin embargo, sus mútuos sentimientos.

—Cuando Elena sea mi sobrina, decia continuamente Isabel, que no tardará mucho en serlo, cuando todo esté arreglado, que lo estará muy en breve...

Elena en respuesta fijaba los ojos en ella, y risueña la contemplaba, vertiendo en su expresion lo que tan oculto creia tener...

—¡Y yo la temia, no cesaba de pensar el lirio blanco en tanto que ocurrían estas escenas; y, á pesar de conocer su amistoso interés, tan mal la juzgaba!

Semejante pensamiento le oprimía el corazón, y, ávida de reparar su falta, en una de las ocasiones en que, á consecuencia de una frase en extremo cariñosa de Isabel, se le presentó con más fuerza á su imaginación, no pudo resistir la tentación de confesarla.

Tal fué la dulzura, la afabilidad, la afectuosa ternura con que fué perdonado el infundado temor de Elena, que no pudo ménos ésta de congratularse por su delito y su confesión, dando ensanche á sus sentimientos, abrazando de nuevo á Isabel con toda la efusión de su corazón inocente, llamándola hermana, y prometiendo amarla y tratarla desde aquel momento con el propio afecto y confianza naturales en tan tierno lazo.

Y, desde aquel instante mismo, inaugurada la más estrecha unión, de una vez fué depuesto todo género de ceremonia.

—Hermanas muy queridas, decía el lirio blanco después de arreglado el pacto de la fraternidad, nunca habremos de reñir, y no haremos otra cosa más que darnos gusto todos los días de la vida.

¡Cuán feliz voy á ser! ¿No es verdad, madre mia? añadió ahora dirigiéndose á Magdalena.

La madre por toda respuesta la estrechó contra su pecho.

—Soy muy niña, prosiguió diciendo Elena volviéndose otra vez á Isabel, pero me querrás más por eso; ¿no es verdad, Isabel? ¿Y nunca te enfadarás conmigo, ni me darás motivo de sufrimiento, y todo lo que yo haga lo encontrarás bien hecho?

—Todo, todo, exclamó Isabel, halagando tierna aquella pobre naturaleza tan débil y cobarde, sinceramente atraída á ella por la propia fragilidad é impotencia de la candorosa criatura.

Era hermosa de ver tal union.

La ternura protectora de la una, ganando toda la confianza de la otra, y la más exquisita sensibilidad, mezclando unidos el afecto de ambos corazones.

No ménos bello era el cuadro que ofrecian sus figuras: la una hermosa, pero decaída y sublimada sobre los martirios mundanos, ostentando en su semblante la conquistada palma, y llevando en la pura frente la placidez de la tranquila conciencia y el triunfo de la ganada victoria; la otra un ángel lanzado fresco de la mano del Señor, lleno de can-

didez é inocencia, ajeno á lo que en el mundo pasa, impresa en su infantil semblante la tranquilidad y descuido de sus ensueños de niña.

La una acogiendo casi con afecto maternal á la otra, y ésta confiada entregándose á la proteccion de aquélla.

Jamás fué conocimiento formado bajo mejores auspicios, ni más prontamente cimentada union tan amistosa.

Cierto es que la juventud se presta fácilmente á la repentina madurez de los sentimientos, y que ayuda poderosamente á la ligazon de los corazones; pero, coadyuvadas estas causas en la presente ocasion, por circunstancias más poderosas, ellas más que nada influyeron en el logro de tan naturales resultados.

Pasaron casi toda la mañana reunidas y hablando de Gonzalo; de su pasado, de su presente, de su futuro, de lo que Elena le amaba, de los infinitos motivos que concurrían en él para amarle, de su tierna consideracion tan experimentada hacía años, de la nobleza de sus sentimientos, de los infinitos rasgos grandes de su carácter, grabados indeleblemente en la memoria de madre é hija; en fin, de todo lo que le era referente, y no se cansaba ninguna de repetir.

—Le amaba yo siempre desde que jugaba conmigo, decia el lirio blanco, pero sólo comprendí lo que era cuando se fué de aquí. Mi pesar de entónces me lo descubrió; y sus versos, Isabel, que me decian lo que por mí pasaba. Ahí están, dijo señalando al libro manuscrito sobre la mesa, y acto continuo pasándoselo á Isabel.

Habria preferido ésta cualquier cosa á la necesidad de tomar aquel libro; habria dado cuanto le hubieran exigido con tal de rehusar su recibimiento; pero, temerosa de llamar la atencion de Elena, no tuvo más remedio que tomarlo en sus manos, aunque con tal estremecimiento en todas las fibras de su cuerpo, que por poco se le cae al suelo, y acometida de tan medrosa sensacion, que ni aun ánimo encontró para volver sus hojas.

—El forro es en extremo bonito, dijo cual si fuera esto lo único que le inspirara.

—Elena lo bordó, insinuó la madre.

—No merece la pena de mirarlo, replicó Elena levantándose del taburete que estaba á los piés de su madre y reuniéndose con Isabel en el sofá. Cuando piensa una lo que cubre, nada parece bastante bueno. Ábrelo, Isabel.

Isabel no tuvo otro recurso.

Sus trémulas manos lo hicieron, y sus turbios ojos apenas distinguieron los caracteres en él escritos.

El lirio blanco le echó un brazo alrededor del cuello, y sin intencion la ayudó á sostener el encantado libro.

— Te enseñaré lo que más me gusta, dijo volviendo las hojas con rapidez. Aquí está, exclamó con alegría. Tengo la costumbre de abrirlo en este sitio, que sin trabajo se presenta. Esta composicion, continuó diciendo, encierra en parte la historia de la vida de Gonzalo, pero va despues á parar á lo que fué el medio de descubrirme lo que por mí pasaba; y es tan hermosa que nunca me canso de leerla. Léela, Isabel, léela, instó.

Hermosa, en efecto, dicha composicion, y efectivamente girando en un principio, como Elena habia expresado, sobre la historia de la vida de Gonzalo, desconocia, sin embargo, el lirio blanco su predominante espíritu, y en tinieblas permanecia acerca de su verdadero sentido.

Las aspiraciones del poeta entusiasta, los ensueños de su juventud y la aridez encontrada en la vida de pura vegetacion, las grandes y elevadas tendencias de su alma ardiente, su aislamiento y opresion, y la descripcion del alma que en perfecta

armonía con la suya habria al fin y al cabo de corresponder á sus sensaciones y realizar por completo los sueños de su imaginacion...

Hé aquí lo que la composicion encerraba, y lo que Elena no habia sino débilmente comprendido, y lo que queria hacer leer á Isabel.

—No tengo tiempo de leerla ahora, murmuraron los trémulos labios de ésta; además, añadió, encuentro más gusto en hablar.

—¿Es que no te gusta la poesía? prorumpió Elena. A mí tampoco en general; pero la de Gonzalo es otra cosa. Me muero por ella, y estoy segura de que te sucederá otro tanto cuando la leas.

—Siento no tener tiempo hoy, respondió Isabel cerrando de una vez el libro.

—Pero, interrumpió Elena, hay un modo de arreglarlo todo, y te pienso dar en él al mismo tiempo la más grande prueba de cariño que he ofrecido en mi vida. Te voy á prestar el libro, dijo con la mayor satisfaccion de su inaudita generosidad; y lo vas á guardar todo el tiempo que quieras. Yo te diré hasta cuándo, añadió recapacitando. Hasta que me vuelvas á ver, porque así te comprometo á venir más pronto. ¿Te convienes?

¿Qué habia de hacer Isabel?

Se guardó el libro en el bolsillo del vestido,



presa del más extraño é inexplicable presentimiento, como si del recibimiento de él hubiera de provenir algun gran mal; y, deseosa cuanto ántes de separarlo de sí, se dispuso á terminar la visita.

Vendria á ver á sus nuevas amigas siempre que pudiera; queria tanto á Elena que no excusaria jamás la ocasion de dárselo á conocer; y abrazándola con la más extrema ternura y besándola, no una, sino dos y tres veces, se despidió de ella, y despues de Magdalena, recibiendo en cambio las más afectuosas protestas de amistad y simpatía.

—¿Y no te importará que yo sea niña? fueron las últimas palabras que Elena le dirigió ya á la puerta de la salita. ¿Y le dirás lo mismo á Gonzalo? agregó en tímidos acentos. Te elogia de tal manera y respeta tanto tu opinion, que cuanto dices merece su aprobacion. ¿Me lo prometes, Isabel?

—Pobre persona para tan grande importancia, contestó Isabel sonriéndose y acariciando la linda cabeza que tenía á su lado.

—Si te hubiera conocido ántes, prorumpió el lirio blanco con un suspiro, quizás no fuera tan niña, porque habria tratado de imitarte; pero ya no tiene remedio, y es preciso que todos tengan paciencia.

Un beso encontró por respuesta; y acto conti-

nuo procediéndose á la última despedida, de nuevo se volvieron á abrazar ántes de separarse, dirigiéndose en seguida Isabel á su carruaje, que desde el balcon de su salita siguió Elena hasta perderlo de vista.

—¡Es una santa, madre mia, fueron las palabras de ésta al volverse á encontrar sola con su madre, y quisiera parecerme á ella! Pero no la temo, sin embargo, y la amo con mi alma toda, agregó con los más fervorosos acentos.

La madre se entregó tambien á los elogios más entusiastas, y con la llegada de Gonzalo Figueras la conversacion se animó despues, versando siempre sobre el mismo asunto.

—Me parece que le he gustado, decia el lirio con timidez; pero tú lo podrás saber mejor por ella, y me lo dirás después.

Gonzalo se lo prometió, sonriéndose de la inocente embajada, aunque insinuando al propio tiempo la poca posibilidad que existia de desempeñarla con brevedad, por las escasas proporciones que se le presentaban de hablar con Isabel.

Dispuesto, sin embargo, el destino á contradecir aquella misma noche sus fundadas aseveraciones, quiso la casualidad depararle con anticipacion

la ocasion de satisfacer los deseos de Elena; y, hallando á Isabel aún levantada á su vuelta á casa, y sola en el gabinete, procedió á desempeñar su mision.

La jóven le esperaba y de intento no se habia recogido.

Estas fueron sus primeras palabras, y Gonzalo comprendió que no habia necesidad de promover el asunto que habia de venir naturalmente.

Y así fué con efecto; y en breve no se escuchó en aquel gabinete otra cosa sino los mayores elogios de Elena.

¡Y qué elogios tan llenos de amor! ¡Y qué manera tan delicada y tan ferviente de recomendar Isabel aquella linda criatura al hombre á quien amaba, encareciendo todos sus inocentes atractivos!

Gonzalo no se explicó la causa, pero sintió al escuchar á Isabel que jamás la habia amado como en estos momentos, y que hubiera sido mejor morir, que sufrir el martirio que experimentaba.

Sofocó, no obstante, sus pensamientos, y contestó lo de siempre: que era Isabel el ángel de su guarda, y el de Elena tambien, y que no desatenderia jamás sus consejos, porque todo lo que habia bueno en él procedia de ella, y nada malo

podía hacer en tanto que fuese ella la brújula de su destino.

Se hallaba Isabel en tanto, en extremo tranquila esta noche; tan animada y feliz en la apariencia, que Gonzalo no pudo ménos de notarlo y de decirlo, atribuyéndolo á algun cambio verificado en la vida doméstica de Isabel.

—Estoy satisfecha de mí misma, fué la contestacion de ésta; y me siento en extremo dichosa.

Gonzalo contempló el sereno rostro, y jamás lo encontró más noble.

—No ha habido cambio alguno en mi vida, dijo Isabel despues de un momento de reflexion.

—Pienso tanto en ella, aunque no me atreva á manifestarlo, prorumpió el jóven, que daría mi existencia porque la de V. fuera dichosa.

—Lo es más en el dia de lo que V. ni nadie puede suponer. Confio en la Providencia, y la Providencia me proporciona, si no remedio, consuelo para mis males, y constancia para sobre llevarlos con la debida resignacion. Pero, exclamó risueña interrumpiéndose, éste no es asunto para discutirse entre nosotros. Ocupémonos ménos en él, y no sufra V. con mis sinsabores, porque nada puede contribuir á dulcificármelos

como la felicidad de V., para cuyo logro empleo todos mis esfuerzos.

—¡Mi felicidad!

—La verdadera y única duradera en el mundo, replicó Isabel, es ésta; dijo poniéndose una mano sobre su pecho. La satisfacción de sí mismo, y la seguridad de obrar conforme á las prescripciones del deber.

Articuladas estas palabras, se despidió de Gonzalo y penetró en su tocador, siguiéndola el joven Figueras con la vista y con el alma, y alejándose en seguida del gabinete con lentos pasos lleno de confusión, de gratitud y de tristeza, pero resignado á su destino.

CAPÍTULO XV.

Decía el mundo, del cajero de D. Álvaro Montoya, que seguía las huellas de su principal tan semejantemente á él como podía esperarse de la estrecha y prolongada union de dos seres tan necesarios el uno para el otro, y acostumbrados á trabajar mancomunadamente por espacio de tantos años.

Pero equivocábase grandemente el mundo en este juicio, si bien las apariencias contribuían á tamaño error, y ciertos retoques exteriores en el hombre de confianza corroboraban sus asertos.

Francisco Cadenas no había tomado de su jefe más que el aire de superioridad, el primor en su persona (engalanada sin embargo con otro esmero y elegancia que la de Montoya) y alguna parte

de la infatigabilidad de éste en la aplicacion á los negocios, pero esto bastaba para la vulgar creencia.

Aumentadas últimamente estas propiedades de una manera extraordinaria, era asombrosa la diligencia con que se aplicaba el cajero á sus quehaceres, y la perseverancia con que desmenuzaba los más minuciosos detalles de su vida mercantil.

Activo siempre y vigilante, pero llevadas ahora al mayor extremo estas cualidades, aún despues de las horas largas señaladas para el trabajo, y cuando ya se habian retirado los dependientes, seguia Francisco ocupado en sus tareas; creciendo de tal suerte por estas muestras la admiracion y aprecio de su principal, que jamás le habia hecho objeto de mayores distinciones.

Acostumbrado D. Álvaro á recibir de él sólo lo que le placia dar de sí y en las horas que le agradaba, no podia ménos este aumento de aplicacion de lisonjearle, y ayudar á embotar su entendimiento acerca de lo que á su alrededor ocurriria, así como á encubrir el móvil verdadero de la casi constante permanencia de Francisco en su casa.

Engañado, pues, como nadie Montoya por las apariencias, y profundamente lisonjeado por ellas,

con plena confianza jugaba Cadenas su juego, seguro del triunfo que le esperaba.

Igualmente aumentada su atencion á sus propios asuntos personales, é infatigable atendiendo á ellos con la misma esperanza y sutileza que á los negocios del escritorio, parecian multiplicadas sus facultades y desarrolladas á su mayor tension de perspicacia y aplicacion.

Nada cambiado, sin embargo, en su modo de ser, únicamente crecida la vehemencia é intension de su ánimo, era siempre el mismo, sólo con mayor aumento de concentracion.

En la apariencia y de continuo dedicado exclusivamente á cada acto aislado ó individual de su vida, cual si ningun otro objeto tuviera la facultad de ocuparla, ocultaban por completo sus redes artificiosas la víbora anidada en su pecho.

Y ciegos por estos medios áun los más inmediatos testigos de sus complicadas operaciones, libre y holgadamente las ejercia sin género de estorbo ó arredramiento.

Opuesta, sin embargo, hasta aquí contra la astucia del verdugo, la estudiada cautela de la víctima, parecia todavía la partida igual.

Pero no habia de tardar la suerte en decidirla.

Una mañana que se habia levantado Francisco más temprano que de costumbre, se le ocurrió hacer tiempo (como se suele decir) para acudir al escritorio, paseándose por las calles.

Acicalado siempre y á todas horas ostentando el más escrupuloso primor en su persona, daba gusto verle embutido en tal limpieza, y causaba lástima no sentirse igualmente impresionado con la expresion de su semblante.

Pero éste, raras veces notable por su agrado, revelaba á tal extremo en esta mañana á que me refiero, su marcado carácter siniestro, que repugnaba el mirarle.

Casi desiertas las calles, paseaba por ellas Francisco como por un pueblo deshabitado, entregado por entero á sus reflexiones, marchando en alas de su imaginacion, tan alto como los pájaros que volaban sobre su cabeza.

Encasquetado el sombrero, pero no lo bastante para cubrir sus espesas cejas, se mostraban cerradas más que nunca, y cargadas sobre sus ojos traidores.

Inquietos éstos, tan pronto se fijaban en el suelo como se elevaban al cielo en direccion de los pájaros, ó se volvian á izquierda y derecha, cual si sus órbitas fueran demasiado estrechas para

contenerlos, ó los pensamientos aglomerados de la mente del cajero requiriesen todos estos movimientos para vigorizarse.

Andaba unas veces con lentitud, otras con velocidad, y parábase á intervalos meditabundo y abstraído, evidentemente preocupado con violencia por alguna idea dominante: unas veces abrumado cual si le fuera imposible rechazarla de sí, y otras complacido y risueño alimentándola con fervor.

Impelido al parecer no tanto por su intencion de hacer tiempo, cuanto por la ansiedad y abstraccion de sus pensamientos, á recorrer infinidad de calles sin objeto particular, ni apénas conocimiento de lo que hacía, como una máquina las atravesaba sin cuidarse de la direccion de sus pasos, y sí sólo de caminar como si los movimientos físicos fueran necesarios para calmar la agitacion de su ánimo, ó hallara placer en hacer trabajar reunidos el espíritu y el cuerpo.

Una vez, durante los breves intervalos que de vez en cuando se permitia, se le ocurrió reconocer el sitio de su parada; y ¡extraña coincidencia!... no era otro que la calle de la Amargura, el lugar de la residencia de su madre:

—Si creyera en el lenguaje del corazón, se dijo á sí mismo con sonrisa mofadora, diría que el corazón me acaba de hacer el discurso más elocuente y patético; pero, como afortunadamente, agregó con cinismo, estoy curado de preocupaciones, me río de esas tonterías. ¡Pobre señora! exclamó en seguida siguiendo otra serie de pensamientos. ¡Qué ajena está de lo que pasa á su alrededor! ¡Cómo se están divirtiendo con ella! ¡Ah, ah, ah! prorumpió con sardónica risa; ¡es mucho mundo éste!

Sus pensamientos se confundieron aquí, se confundieron más complicados y violentos, y el ejercicio corpóreo vino á acompañar al rápido é impetuoso curso de la excitada imaginación.

Interrumpido, sin embargo, á los pocos momentos por la voz de Magdalena que llamaba á su hijo desde el balcón de su casa, paróse el cajero para inquirir su voluntad.

—Saber cómo estabas, fué la contestación de la madre, y preguntarte, agregó como á pesar suyo y cual si obrase en oposición á su propio juicio, si querías entrar. ¡Hace tanto tiempo que no te veo!

—No podía ser el momento ménos oportuno, pensó para sí Francisco; y todo podría descomponerse con una palabra incauta que soltara. Su señora madre en medio de su torpeza para pene-

trar otras cosas, era un lince en lo que se refería á él. Nada se le escapaba, y deslindaba cuanto le pertenecía, con ojos y oídos y entendimiento verdaderamente de microscopio. No se morirá tampoco de la pena de no tenerme un ratito á su lado, dijo en resúmen, como en apoyo á su resolución de rehusar el convite, y, alegando para el efecto sus ocupaciones precisas y la proximidad de la hora de abrirse el escritorio, se despidió de ella y continuó su paseo con la propia abstracción de ántes y ajeno á la voracidad con que dos ojos de mujer le devoraban desde la acera opuesta de la calle.

Dos ojos de mujer, que, al pasar casualmente por aquel sitio, habían atisbado la figura del cajero parado en frente del balcon de su madre y se habían detenido para examinarlo, presos al parecer de alguna violentísima pasión, á juzgar por su expresión de fiereza.

Dos ojos negros, vivos, rutilantes, animados por una sonrisa sobrenatural en el rostro de su dueña, que seguían los movimientos de Cadenas cual si puñales hubieran sido y ansiaran atravesarle.

—Ahí va, exclamó para sí esta mujer al ponerse

Francisco en movimiento; ahí va, dijo extendiendo su brazo en direccion á él y apoyando la mano contraria sobre su seno. Ahí va, tan tranquilo, tan feliz, tan descuidado y acicalado como siempre. El mismo hombre, sin que nada haya tenido la facultad de variarle. No le he vuelto á ver desde entónces; pero le aborreciera ménos si le encontrase cambiado. Ahí va, volvió á decir, cual si nada le echara en cara su conciencia, y no tuviera parte en el infierno labrado aquí, dijo apretándose el pecho. ¡Maldito seas, Francisco, que tan desgraciada me has hecho, y ojalá que pueda yo algun dia pagarte tus favores!

Respiraba tal ira y venganza el enardecido semblante de la que articuló estas palabras, que causaba horror mirarla; y fijos, inmóviles sus ojos feroces en la solitaria figura del cajero por toda la extension de la calle hasta verle desaparecer, sólo entónces se aflojó su chispeante mirada y respiró la excitada mujer como si la aliviase el perderle de vista.

Envolvióse en seguida en su pañolon, arregló los pliegues de su mantilla, que el movimiento de sus brazos habia descompuesto, y, echándose á andar por el lado opuesto de la calle, tomó Mercedes el camino para su propia casa, en tanto que

Francisco Cadenas caminaba á la de su principal, y, ejemplo de diligencia y puntualidad, se instalaba en su carpeta, ántes de la llegada de ninguno de los dependientes, incluso Gonzalo Figueras.

Tenía mucho que hacer el hombre de confianza aquella mañana.

Aparte de los deberes de la caja, le incumbia, en la ilimitada confianza que merecia á su jefe, revisar desde los mayores hasta los menores detalles de los negocios del escritorio; y, numerosa en extremo la correspondencia, fué la primera ocupacion entregarse á su lectura.

Temprano todavía, pero en grado superlativo riguroso el sistema de D. Álvaro, cuidaban bien los que de él dependian de sujetarse con la mayor rigidez á su severo código, y, por lo tanto, acudiendo puntuales lo mismo un dia que otro los dependientes á la ocupacion de sus respectivos puestos, ántes aún que hubiera Francisco concluido su faena en esta mañana á que me refiero, se hallaban ya con él instalados en el *templo*, ocupados en sus vastos misterios.

El único que no parecia era Gonzalo; y, acostumbrado invariablemente Francisco á verle siem-

pre preceder á sus compañeros, pensaba mucho en su ausencia sin poderse explicar la causa.

¿Qué habria ocurrido?

En vano queria desechar el pensamiento de sí; pero nadie podia notarlo: no se apartaban sus ojos de las cartas que recorria, no se manifestaba incierta su voz al comunicar las órdenes del dia al cuerpo de jóvenes que tenía á su alrededor, ni se mostraba por un solo instante meditabundo ó distraido.

Tenía demasiado poder sobre sí para manifestar lo que en su interior pasaba, y no habia penetracion humana para sondearlo.

No era seguramente la tardanza de Gonzalo un acontecimiento en sí digno de preocupar su grande y vasta imaginacion, ni merecia por estilo alguno tan pequeño incidente absorber la más leve parte de su atencion; pero es el caso que últimamente pensaba mucho Francisco Cadenas en su joven compañero, y nada que le pertenecia se le podia hacer indiferente; lo cual explica bastante la extrañeza y más que extrañeza, la inquietud que le dominaba.

Repasadas las cartas y distribuidas entre los dependientes, ya para ser contestadas en el acto, ya para esperar las últimas órdenes del principal, ó

ya en montones para ser recogidas de una vez, procedió Francisco al ejercicio de más materiales é interesantes funciones.

Eran las nueve y el desayuno reclamaba su atención, y, para satisfacer esta necesidad suspendió por lo pronto las ocupaciones exteriores de su vida, y juntamente que á alimentar las necesidades de su cuerpo, se encaminó á ejercitar las maquinaciones de su alma.

La familia le esperaba en el comedor: D. Álvaro sentado á la cabecera de la mesa y á su derecha é izquierda, Isabel y su padre.

¿Y Gonzalo? ¿Qué era de Gonzalo? fueron los primeros pensamientos de Francisco al penetrar en la habitación ántes aún de haber saludado.

¿Como no se le veía allí?

La necesidad de cumplir con los deberes de la cortesía le distrajo, sin embargo, por algunos segundos de esta idea: y monopolizando por completo su alma, la imágen de Isabel siempre hermosa, siempre elegante y llena de fascinación, se quedó por algunos momentos abstraído contemplándola, aunque en la apariencia ocupado exclusivamente de la disertación de papel moneda, planteada por su principal apénas le viera comparecer.

Callada entre tanto Isabel, recibia la inequívoca mirada del cajero con la más inalterable serenidad, que inflamándole súbitamente en ira, le volvió á traer por asociacion á la memoria la ausencia de Gonzalo Figueras.

—¿Cómo es que no veo á Gonzalo? preguntó en uno de los claros de la conversacion. Extrañé su tardanza en el escritorio, pero aún más sorpresa me causa el no encontrarle aquí ahora.

En extremo sencilla la explicacion de esta ausencia, tomó sobre sí Montoya el darla.

Gonzalo habia ido á la isla de San Fernando para el arreglo de cierto negocio dispuesto el dia anterior por el mismo cajero y D. Álvaro, y cuya ejecucion, aunque deberia haber sido encomendada á algunos de los dependientes más subalternos, se encomendó al jóven Figueras, que se habia prestado á desempeñarla.

Francisco no pudo ménos de reirse de sí mismo y de sus infundados y casi disparatados recelos, y entregarse en el ensanche de su espíritu al más festivo humor y lucimiento de sus grandes facultades de agradar, por completo olvidado de Gonzalo, y sin imaginar que fuera su vencida inquietud uno de esos extraños presentimientos, que á causa de los incidentes más triviales suelen acomete-

ternos, cuando se hallan esos incidentes, por insignificantes que sean, formando algun importante eslabon en la cadena de los accidentes de la vida.

Estuvo durante el almuerzo animado y divertido como nunca, y tan abundante en chistes y brillantes imágenes (en cuanto permitia la estéril y concentrada sociedad de D. Álvaro), que hasta la misma Isabel sintió por un breve instante renacidos sus extinguidos sentimientos de admiracion y simpatía.

La ausencia de Gonzalo parecia convenirles á todos, y conceder algun género de treguas á la penosa situacion del cajero é Isabel, de la que parecian gozar á pesar suyo, y tal vez sin darse cuenta de ello, léjos de pensar que no era este intervalo otra cosa sino como la luz del relámpago, preludio de la naciente tempestad; tempestad cuyos espesos nubarrones corrian ya por encima de las cabezas de los principales actores de este drama, pero que, ocultos aún á sus turbios ojos por el espeso velo que la Providencia pone delante, habian de tardar todavía algun tiempo en vislumbrar, y cuyos efectos no habian de experimentar hasta más tarde.

A eso de las dos de la tarde en este mismo dia,

cabalgaba un gallardo jóven por el arrecife de la Puerta de Tierra, dirigiéndose lentamente á la ciudad, asidas con la mayor negligencia las riendas de su caballo, y entregado aparentemente á merced de su cabalgadura.

Se estaba entónces componiendo el camino, pero, insensible el jinete á los inconvenientes de las infinitas piedras de mil tamaños que interrumpian el paso, ni áun se cuidaba de eludir los tropezones con ellas, ni parecia en efecto hacer alto en la escena presente, perfectamente abstraído por otro género de pensamientos.

Colgaban sus piés con abandono en los estribos, caíasele de las manos la brida, y, distraída por completo su vista, sin reparar una vez siquiera en el camino que seguía, sucedió lo que era muy natural que ocurriera.

El caballo tropezó con un monton de piedras, tiró al jinete, rodó sobre él, y le maltrató con sus herraduras.

Felizmente un trabajador inmediato, listo de ojo y fuerte de mano pudo casi instantáneamente asir al alborotado animal por las riendas y apaciguarlo de una vez; de otro modo hubiera sido aquel el último dia de la vida de Gonzalo.

Sin sentido, y derramando sangre por las narices

y la boca, fué levantado del suelo y en hombros trasportado al ventorrillo más inmediato, donde, merced á los reunidos esfuerzos del dueño del establecimiento y los mismos trabajadores, volvió á breve en sí; pero, para sentirse tan dolorido y estropeado que se le hacía por completo imposible moverse del sitio en que se hallaba.

Colocáronle, pues, como mejor se pudo en una mala cama; enviaron á buscar un médico, despachando al propio tiempo un emisario para comunicar la infausta noticia á D. Álvaro Montoya, dirigido para el objeto por el mismo Gonzalo, y recibir de éste las órdenes consiguientes para trasladar al enfermo.

El médico examinó el estropeado cuerpo del jinete, reconoció sus magulladuras, y manifestó que no existia lesion alguna ni contusion de consecuencias, sin embargo de haber sido grande el golpe de la cabeza, y ofrecer ésto tal vez, si no un gran peligro, á lo ménos la molestia de algunos dias y acaso fiebre, propia de la naturaleza del golpe.

Envolvió al jóven en vendajes, le administró algunos otros remedios que juzgó oportunos, y, hecho esto, esperó á su lado la determinacion de su familia, ínterin que el mensajero dirigido para el efecto desempeñaba su comision.

Era aquél, como ya he dicho ántes, un día en extremo ocupado en el escritorio de Montoya, y, difícil siempre el llegar hasta la sagrada persona de D. Álvaro, lo era aún más todavía en estos días de grande movimiento.

Imposibilitado, pues, por este motivo el embajador de las malas nuevas de trasmitirlas directamente al comerciante, no tuvo más remedio que comunicárselas por medio de alguna docena de personas, cuyo temor á su jefe, ó sentimientos de indiferencia, retardó tal vez por media hora el que llegaran á sus oídos.

—¡El demonio del muchacho! fué la primera exclamacion del tío, una vez conocedor de la desventurada caida del sobrino por el dependiente más antiguo despues de Francisco Cadenas, y á quien habia tocado por derecho de antigüedad la penalidad de hablar cara á cara con su principal; pudiera bien, añadió, haber dejado la caida para mejor ocasion, y no trastornar mis planes. La noticia que debia traer se me retrasa ahora un par de horas; y, sabe Dios lo que puede suceder. ¡Maldita torpeza!

Arrellanóse en su sillón delante de la mesa, plantó ambos codos sobre ella, y pensó con rabia en los perjuicios, si no imaginarios, á lo ménos

insignificantes que pudiera este accidente ocasionarle; y, entregado á estos pensamientos se olvidó por completo de la situacion del jóven, y de la necesidad en que estaba de tomar alguna determinacion.

El asombro del dependiente al presenciar esto, merecia bien un tratado entero de filosofía, y excuso por lo tanto la difícil y árdua tarea de describirlo.

Seguro es que en su vida habia contemplado á su jefe con más horror, y sospecho para mis adentros que le miró con disimulo la cabeza, la espalda y los piés, temeroso, sin duda, de ver aparecer algunos de los honrosos distintivos propios de tan grande carencia de corazon.

Entre tanto habia circulado la noticia por toda la casa, y, llenos sus moradores de consternacion é interés, se agrupaban alrededor del emisario para interrogarle sobre el asunto.

Los criados habian sido los primeros en saberlo, y, comunicada por ellos la noticia á Isabel y su padre, habia salido la primera de sus habitaciones, pálida, temblorosa, llena de terror y agonía, á pique de descubrir su bien guardado secreto, en busca del trabajador.

—¿Ha muerto? fué su primera pregunta.

El circunstanciado relato de la verdad la salvó con tiempo; y, otra vez sereno ó dominado su excitado corazón, fué su inmediato cuidado inquirir si lo sabía D. Álvaro, y si habian sido expedidas las órdenes oportunas para el traslado del paciente á su casa.

—Si pudiera yo ir, pensó entre sí Isabel; si tal cual lo hiciera una madre ó una hermana, me fuera á mí permitido prestarle mi desinteresado cuidado, ¡cuán dichosa sería!... pero...

La imágen de Francisco Cadenas y sus terribles amenazas terminaron la oracion.

—¿Y D. Álvaro, lo sabe? volvió á preguntar á los circunstantes.

El mensajero se lo habia hecho saber hacía rato; los criados tenian la más completa seguridad de ello; pero todavía no habia tomado ninguna determinacion.

En esto habíase agregado al grupo Aguilera; y, enérgico, instando la precision de acudir cuanto ántes al socorro de su predilecto Gonzalo, se asió al brazo de uno de los sirvientes, y presuroso dirigió sus pasos en busca de su yerno.

Silencioso siempre el escritorio, notábase, sin embargo, en medio de su estudiada quietud,

cierto movimiento indicativo del efecto causado por la noticia; el cual aumentado, al comparecer Aguilera, acabó por convertirse en un susurro de aprobacion á su adivinado intento.

Entre tanto permanecia D. Álvaro en la misma inaccion egoista, motivo de tanto asombro para el que participara la infausta nueva, circunscrito al reducido espacio de su propia esfera, sin que sentimiento alguno de afecto ó de humanidad alcanzara á separarle de ella hasta la presentacion del veterano.

—Vengo á ponerme á las órdenes de V., dijo éste al penetrar en el escritorio particular, y á partir ahora mismo con el carruaje en busca de nuestro jóven, en cuyo socorro no debe perderse un momneto.

—No se me habia ocurrido, replicó Montoya, acogiendo la presentada idea. Me abrumaba tanto este maldito contratiempo, que no habia pensado en el modo de remediarlo. Ya se ve, miéntas más pronto se lo traiga V. á casa más pronto se repara el perjuicio. ¡Qué diablos! ¡no he pensado en ello ántes!...

La caridad bien entendida debe empezar por uno mismo.

¿Y quién duda que Montoya no fuera un

santo en el ejercicio de esta virtud, considerada bajo tan lisonjero y conveniente aspecto?

La caridad propia, pues, poniéndole inmediatamente en movimiento, el enganche del carruaje fué al instante dispuesto, y todas las órdenes necesarias expedidas para el socorro del enfermo.

El día, durante todo esto, avanzaba.

El veterano llegó ya tarde al ventorrillo; y sintiéndose el jóven lleno de dolores, magulladuras y molestias, que el movimiento acelerado del carruaje hubiera de seguro empeorado, recibió el cochero la orden de conducir el vehículo lo más lentamente posible: y, generosamente recompensados los prontos y eficaces auxilios recibidos por el contuso, no sólo con la propia bolsa de éste, sino igualmente con la del mismo Aguilera, partieron reunidos, apoyada la ya calenturienta cabeza del jóven en el hombro del anciano.

No le veía el militar, pero sentíale tan ardiente la piel, y parecíale tan decaído y silencioso durante la travesía, que conoció se empezaban á cumplir los vaticinios del médico.

De noche casi llegaron á la casa, é inútil ya la persona del ciego para la conduccion de Gonzalo á su cuarto, le entregó al cuidado de los criados,

en tanto que, conducido por uno de ellos, acudia en busca de su hija y de D. Álvaro.

Interesados los sirvientes y aglomerados alrededor del jóven, afanados por prestarle cada cual sus individuales servicios, en brazos como á un niño le trasportaron á su dormitorio, le desnudaron y le metieron en la cama; retirándose prudentes despues para dejarle conciliar el sueño que tan necesario le era, ó entregarse á la postracion creciente de la calentura, ínterin que los miembros de la familia se ocupaban en hablar sobre este accidente.

CAPÍTULO XVI.

D. Álvaro era de opinion de que ántes que nada, y sin pérdida de tiempo, procediera Francisco Cadenas á informarse de Gonzalo del asunto que le habia llevado á la Isla, harto interesante, por insignificante que fuera, para reclamar la exclusiva atencion del infatigable alquimista, y anteponerse á todo género de consideracion ; para cuyo efecto no recurria él en persona por no creerlo necesario, ni agradarle mucho penetrar en la habitacion de los enfermos; juzgando además que no valdria la pena de ocuparse en semejante fruslería ; que una caida de caballo no podia jamás traer consecuencias, y que en realidad ni siquiera merecia la molestia de incomodar al médico.

Verdad es que D. Álvaro jamás tomaba parte en los males ajenos, ni podia nunca convencerse

de su importancia ó cuidado, falto para ello de alcances, de interés ó de amor; y esta indiferencia, al lado de los exagerados temores de Aguilera, resaltaba más á los ojos de los presentes, que eran Isabel y Francisco Cadenas. Isabel sentada al lado de su marido y del cajero, con la cabeza inclinada sobre el pecho, la labor en las manos, los ojos como piedra, inmóviles sobre ella, y la muerte en su esforzado corazón; y Francisco con los ojos traidores clavados en el medio oculto semblante de su víctima, bebiendo con avidez sus casi adivinados martirios, y, silencioso como ella, pero callado por maldad, resistiéndose á intervenir entre las palabras indiferentes de Montoya, y las exageraciones de Aguilera, para inclinar la balanza al lado... no del amor... sino de la misma humanidad!...

El amor no era ya para Isabel, sino como un recuerdo de un sueño delicioso; como la memoria de una dulce melodía, interrumpida á los primeros acordes, oída una vez y jamás vuelta á escuchar: ¡como el perfume de una flor marchita!...

¡Pero la humanidad!

Ella, tan llena de amor al principio de caridad y benevolencia, presenciar semejante iniquidad y no poderse entregar fuerte, con la ino-

cencia de su corazón, á la defensa de tan noble causa!

Era horrible.

Y Gonzalo tal vez se hallaba peor de lo que sospechaban; tal vez habria sido acometido de una desgracia mortal, y el descuido y la indiferencia iban á precipitarle más pronto.

Y no sólo le era vedado á ella volar á su socorro y prestarle los desvelos y el esmero de su amor fraternal, sino que al propio tiempo inhumanos ó impotentes los que le rodeaban le dejaban morir como á un perro!

¿Qué iba á ser del lirio blanco?

¿Qué iba á ser de la doliente niña una vez que supiera esto, y cuáles no serian, en fin, sus propios remordimientos?

Isabel se estremecía de pensarlo.

El tiempo entre tanto corria; los momentos perdidos no volverian jamás, y podian ser fatales al desdichado jóven.

¿Quién le respondia á ella de que aún en aquel mismo instante, no fuera ya tarde para prestarle los auxilios necesarios?

¿Y quién no deponia, ante la consideracion de una vida en peligro, que una sola palabra pudiera salvar, todo género de consideraciones?

La discusion por momentos más acalorada, hacía por segundos crecer la inquietud de Isabel, que, decidida á hacer un esfuerzo heróico sobre sí misma, levantó la inclinada cabeza en el momento que juzgó más oportuno, y expresó en clara y entera voz su determinacion de tomar sobre sí el auxilio del jóven, y enviar en aquel momento por el médico.

Hacía tiempo que, fiel á su promesa de humildad y esclavitud, no se atrevia á mostrarse otra cosa sino la más rendida de las siervas á la autoridad conyugal, y que D. Álvaro, halagado su despotismo por este exagerado carácter de sumision, no la hallaba sino doblemente digna de su persona; por cuyo motivo la escuchó ahora con el mayor asombro, sorprendido por el tono fervoroso y firme con que se explicó.

—Te parecerá tal vez una fruslería lo que mi padre considera bajo tan diferente aspecto, dijo Isabel; no bien notó la súbita alteracion de su marido y aprovechándose de su favorable posicion; ¿pero quién te asegura de la certeza de tus suposiciones, ni quién nos responde de que lo que no es nada ahora, no pueda convertirse más tarde en un grave mal, por efecto puramente de la negligencia? ¿Qué se pierde, Álvaro, por prestarle á

tu pobre sobrino los mismos cuidados que si se hallara en un gran peligro? El obrar así no nos puede ocasionar perjuicio ni pesar alguno, en tanto que lo contrario pudiera ser que nos atormentase el resto de nuestra vida; y no es sino justo, Álvaro, que nos ahorremos en cuanto podamos todo inútil remordimiento.

El cajero la devoraba con la vista, pero Isabel le desafiaba ahora, mostrando en su serena faz el poderío de su tranquila conciencia.

El triunfo era de ella ahora.

El cajero yacia vencido, y se mordía la uñas con rabia.

Un momento duró esto.

Al siguiente, el hombre de los inexhaustos recursos y de la indomable voluntad, habia reconquistado su puesto otra vez, y otra vez sojuzgaba á su víctima.

—Grande deberá ser el reconocimiento de Gonzalo, dijo sonriéndose, al conocer el profundo interés que le merece á V.

—Muy justo y merecido, interpuso Aguilera con su impetuosidad usual. Mi hija sería mala, si obrara de diferente manera.

—¡Hermosa cosa es el corazon de mujer! pro-

rumpió Francisco contemplando con renovado ahinco á la jóven; de tan grande tension en su naturaleza, que con sólo el impulso de la compasion ó la caridad, se apropia las apariencias que nuestro sexo monstruo, dijo con extrema malicia, únicamente adquiere bajo la influencia de sentimientos más vivos... y... egoistas!

La serena faz (serena sólo en la apariencia) dejó ver una forzada sonrisa como en apoyo de este expresado pensamiento, estremeciéndose al propio tiempo el corazon con las mal intencionadas palabras.

Acto continuo insistió el veterano en la perentoria necesidad de acudir cuanto ántes á Gonzalo, y de no perder el tiempo en vanas conversaciones; y, dictadas por D. Álvaro con la magnanimidad consiguiente á la grandeza y heroicidad de su nunca vista condescendencia, las disposiciones oportunas para reclamar la asistencia del médico, suplicó en seguida al cajero se dirigiera sin demora al cuarto del enfermo para hablar del asunto, tan superior en su interés á la salud, y áun á la vida de un semejante.

En otras circunstancias hubiera sido Isabel la primera en acudir al lado del paciente, en prestarle los tiernos desvelos y esmero de la asistencia feme-

nina, cumpliendo con los instintos naturales de su sensible corazón; pero ¿cómo atreverse á ello ahora sin exponerse á mil riesgos, que pudieran traerle las más funestas consecuencias?

La penetración de Francisco, su excitada sospecha, su carácter maligno, la amenazadora venganza presentados en formidable aparato á su alarmada imaginación, la impedían hacerlo; pero, no ménos poderosa la voz de sus propios instintos y sacrificado corazón, clamaba en sentido contrario.

Isabel se guardó bien de contrariar el consejo de la prudencia.

Dejó á Francisco alejarse de la estancia sin que movimiento ó palabra alguna descubriera su inquietud y profundo interés, ni revelase en Cadenas alguna de sus expresiones otra cosa que la más completa neutralidad.

Aguilera se empeñó en acompañar al emisario en su visita; y, siendo inútil contradecir jamás en ninguna ocasión la firme é invencible voluntad del veterano, no tuvo Francisco otro recurso que servirle de lazarillo hasta el cuarto del enfermo.

Y, quedándose cara á cara los consortes, con igual impaciencia, aunque por diferentes causas, esperaron la vuelta de los que acababan de separarse de allí.

Interminable su ausencia, empezaba ya D. Álvaro á desesperarse, cuando reapareció su suegro con un criado.

El médico habia llegado, y ésta habia sido la causa de la detencion, y, preparándose Aguilera á dar cuenta de esto, la voz estentórea de Montoya detuvo su locuacidad, preguntando la causa de la ausencia de Francisco.

Traia el veterano encargo especial de éste de decir á su principal, que, profundamente abatido y amodorrado el enfermo, habia sido imposible alcanzar el logro de su objeto, pero que, fiel y vigilante, se proponia no separarse del lado de Gonzalo hasta conseguirlo, y para este fin, si menester fuera, no descansaria la noche entera.

Difícil es expresar la ira de Montoya al experimentar tan penoso contratiempo; y eso que el asunto no era más que una gota de agua en el vasto Océano de sus empresas mercantiles; y rehusa la pluma analizar el refinado egoismo que de tal suerte embotaba áun los sentimientos más naturales del corazon.

Baste decir que ni una palabra de afecto ó simpatía, ni una manifestacion del más sencillo interés, ni un recuerdo de la sangre propia, neutralizó

el imperio del egoismo , ni pudo en lo más mínimo aplacar las tendencias del egoismo y de la desordenada ambicion.

El médico habia emitido su opinion de no existir peligro en la enfermedad del jóven , pero sí fundados temores de aumento en la fiebre con la entrada de la noche , que habria de requerir alguna vigilancia para prevenir cualquier accidente propio de la calentura ; y este juicio , trasmitido por el veterano á los interesados oidos de su hija y al sordo corazon de D. Álvaro , encontró por respuesta la disposicion de Montoya de encomendar la velada á Francisco Cadenas.

Tembló Isabel al escucharlo ; le latió el corazon y conoció que hubiera sido mejor no abogar jamás por la asistencia de Gonzalo , que considerarle entregado á semejantes manos.

Pero ¿qué podia ella hacer?

¿Qué medio existia de contrarestar la determinacion de D. Álvaro en causa propia ; ni de qué le hubiera servido alegar género alguno de pretexto para oponerse á su disposicion?

Harto conocia la inutilidad de esfuerzos semejantes , y sobrada experiencia habia ya adquirido de la voluntad de hierro de su marido.

No se crea , sin embargo , que procedia su terror

de un género de miedo determinado; ni que allá en sus adentros viese empuñada en la mano de Francisco Cadenas la daga del asesino, ó la copa del envenenador.

Conocia al cajero demasiado para suponer semejante cosa en él, por grandes que fueran sus rencores y propósitos de venganza.

No era hombre de esta clase, ni se entregaba tan abiertamente á sus instintos, fueran de la clase que fueran, para que se le pudieran echar en cara.

Resguardábase bien en la cota de malla de su estudiada astucia, y desafiaba, en ella envuelto, todo el poder de las asechanzas mejor dirigidas.

Pero, no porque dejase de calificar la alarmada mente de Isabel el género de temor engendrado por la determinacion de Montoya, se hacía menor su importancia.

Léjos de eso, alimentado por el desconocimiento de su carácter, los siniestros presentimientos la dominaron y le hicieron pasar la noche más inquieta que habia pasado en su vida.

Llena al mismo tiempo de consideracion por los demás, pensó con la mayor ternura en lirio blanco, en lo que estaria sufriendo con la extraña falta de Gonzalo á su visita cotidiana; y, deseosa de tranquilizarla, escribióle alguna parte de lo ocur-

rido para prepararla tal vez á la separacion de algunos dias.

¡Y hecho esto, D. Álvaro ya en la cama, é igualmente recogido el inquieto Aguilera, sola Isabel en su tocador, oró por el jóven, y porque Francisco tuviera misericordia de él y de ella!

Su corazon tan leal no la habia engañado jamás, y terribles presentimientos le acometian esta noche.

Entre tanto no se movia Cadenas del lado del enfermo.

Sumergido éste en una profunda modorra desde el momento de caer en la cama, inútil habia sido toda clase de esfuerzo para sacarle de su pesado sueño; pero, llegada la media noche, una de las veces en que Francisco le examinó el encendido rostro, notólo tan alterado que no pudo ménos de experimentar los más serios temores.

La opaca claridad de una mariposa situada á alguna distancia sobre un velador derramaba sus pálidos reflejos en el postrado jóven, y á su escasa luz reconociendo Francisco la creciente alteracion de la fisonomía del enfermo, comprendió que se preparaba alguno de los accidentes pronosticados por el médico.

La respiración del paciente había sido hasta aquí repetida y fuerte, pero no se habían notado otros síntomas hasta este momento en que conoció Cadenas que la fiebre no había de tardar mucho tiempo en adquirir un desarrollo excepcional.

En breve se presentó.

Agitóse Gonzalo en el lecho, movió los brazos para uno y otro lado, arrolló la ropa que le cubría, é incorporándose se restregó los ojos y miró en rededor con vaga aunque reluciente mirada.

—¿Qué es esto? preguntó, aparentemente con el oído atento á algun sonido. ¿Qué es eso? volvió á preguntar. ¿Música? ¡No! se respondió. ¡Llanto! llanto de mujer, agregó.

Francisco trató de persuadirle á que se acostara.

—¿No me conoces, Gonzalo? preguntó.

Una vaga mirada fué su respuesta, y una señal negativa de cabeza.

Pero cedió, no obstante, á los ruegos del cajero y volvió á echarse sobre la almohada.

En breve tornó á hablar.

—Llanto de mujer, repitió. Tarde ya, exclamó. ¡Me ve desgraciado y por eso llora!...

Siguió otro rato de silencio.

Cadenas no se atrevía á respirar y sentía agi-

tada su alma por infinidad de pasiones que le amarraban á su sitio, y á las palabras de Gonzalo.

—¡Elena, pobre Elena! fueron las primeras que interrumpieron el silencio. No es culpa tuya que yo no te pueda amar.

—Si fuera yo un hermano en regla, se dijo para sí Francisco, no dejaria de serme grata y consoladora esta noticia. Pero, en fin, no me coge de nuevo, ni me habrá de matar la pesadumbre. ¡Y mi señora madre se ofendió cuando se lo insinué, y por poco no me lanza su excomunion! ¡Es mucho mundo éste! exclamó al fin.

Gonzalo habia continuado hablando.

—Perdóname niña, si te lo confieso al fin: amo á otra. ¿Qué es eso? volvió á preguntar incorporándose como al principio en el lecho, y prestando como ántes el más atento oido. ¡Lloran! Sí. No me queda duda... Es ella que llora su crueldad. ¡Isabel, Isabel, ángel del cielo!... ¡te adoro! exclamó cruzando las manos y clavando los ojos en un punto determinado del cuarto en que se diseñaba su propia sombra. Párate. Detente un momento y escúchame. Mátame si quieres despues; pero déjame decirte una sola vez lo que te amo, dijo con los acentos más apasionados, y como si delante tuviera la propia imágen tan idolatrada

y á ella dirigiera toda la fuerza de su lenguaje. ¡Bella realizacion de mis más deliciosos ensueños, imágen encantadora, que como una vision celeste me has sido presentada... déjame adorarte por un breve instante, y que goce yo ántes de morir una hora de dulzura, aunque despues me aguarden siglos eternos de inacabables tormentos! ¡Isabel, Isabel! continuó con amante delirio. Desde que te ví te amé, y te consagré mi alma entera: mi alma jóven, fresca, llena de imágenes, de ilusiones, de fuego y entusiasmo! No te lo dije jamás. Me era ya vedado el hacerlo; y callé mi pensamiento por respeto á tu pureza y virtud. Pero ya no puedo más. Te amo, te amo, ídolo venerado; y por un momento como éste, sacrifico veinte años de mi existencia.

Cerró los ojos como para entregarse más por completo á las fantasías de su excitada mente, y saborear más á sus anchas la encantadora vision.

Extendió una mano en direccion al punto en que habia tenido clavada la vista, y retirándola á los pocos segundos, se la llevó con éxtasis á los labios.

—¿Qué dices? exclamó casi inmediatamente, volviendo á abrir los ojos y fijándolos con locura en el punto indicado. ¡Que soy un insensato! que

deliro... que no debo pensar en tí... que me acuerde de mi prometida esposa... y... ¡qué es lo que oigo!... que te deje en paz y no turbe tu reposo... ¿Te he ofendido, Isabel?... Retiras la vista, me miras con desprecio, huye tu persona... ¡Perdon, perdon! exclamó con acentos desgarradores, arrojándose sobre la cama y cruzando las manos con agonía. He estado loco un momento; pero no merezco tus rigores. Mírame con misericordia y apiádate de mi desesperacion. Una vez; bien mio, no te enojas de escucharlo, te estreché contra el corazon y me atreví á imprimir un beso en tus ardientes labios.

El cajero dió un salto sobre su silla, asiéndose al mismo tiempo con ambas manos de la ropa de la cama para no arrancar la lengua al jóven.

Gonzalo habia continuado de esta suerte:

—Sentí mi corazon latir junto al tuyo, tu frágil forma estrechada entre mis brazos, y el aliento de tu boca mezclarse con el mio. Pero fué porque te juzgaba muerta, y la muerte purificaba mi delito. Horrible entónces lo que sufrí creyéndote perdida; nada, sin embargo, era en comparacion á lo mucho que sufro ahora: ahora que sé cuán indiferente te soy, y te miro contemplarme con tan grande indignacion. Que ame á Elena, me dices;

que me ocupe de ella, que la haga dichosa. No sabes tú lo que me pides... Pero no te vayas, exclamó: por piedad, detente un sólo instante y díme que me perdonas.

La mariposa despedía por momentos ménos luz, sus pálidos reflejos se disminuían y la sombra en la pared iba desvaneciéndose.

Aún de rodillas Gonzalo dirigía á ella sus suplicantes manos, hasta que en una de las oscilaciones de la luz, á la que acompañó al propio tiempo un cambio de movimiento en él, todo rastro de la imaginada vision se borró en la pared.

Un grito agudo de Gonzalo siguió á su desvanecimiento.

Dejóse caer sobre el lecho, y ocultando la cabeza entre las manos rompió á llorar con el mayor desconsuelo.

Largo rato estuvo así; pero cesó al fin por grados, y cuando ya se vió rendida la esforzada naturaleza, le envolvió el sueño en nueva confusion de ideas.

Entre tanto no se habia movido de su sitio el testigo de esta escena, ni habia soltado las ropas de la cama, ni se habia atrevido siquiera á respirar con libertad.

El delirio de Gonzalo le habia clavado á su asiento y paralizado las funciones de su mente.

Inmóvil su fisonomía, pero llena de malignidad y diabólica satisfaccion, causaba miedo contemplarla en la misma reconcentracion de su malévoló carácter.

Las largas horas de la noche pasaron de esta suerte: el enfermo despues del acceso de delirio quedó entregado al más profundo sueño; y el cajero insensible al curso del tiempo sumergido en sus hondas cavilaciones.

Reinaba el mayor silencio en el dormitorio y en toda la mansion, interrumpido sólo de vez en cuando por la sonora campana de alguna iglesia señalando la hora, ó el grito desafortado del sereno repitiéndola.

Ni áun la respiracion del enfermo se percibia ni el más leve murmullo de la borrasca levantada en el alma del que velaba á la cabecera.

Era aquel silencio sepulcral, propio de un cementerio, y la sombría calma con que en medio de su inmovilidad contemplaba el cajero la postrada y dormida figura que estaba en el lecho, semejante á la del buitre ávido de devorar su presa, fomentaba la lúgubre comparacion.

CAPÍTULO XVII.

Nada cansado Francisco á pesar de su larga velada, nada pesados sus párpados, pasó la noche entera tan despierto cual si absolutamente existiera en su naturaleza la menor tendencia á dormir, ó no pensara jamás en volver á conciliar el sueño.

La mariposa llegó á apagarse; la más densa oscuridad reemplazó á sus pálidos reflejos; pero, sin vencerse por esto el espantoso desvelo de sus encandilados ojos, la mañana le encontró tan despabilado como le dejara la noche.

La suave claridad que precede al amanecer penetró por la ventana difundiendo sus rosados tintes sobre todos los objetos de la habitacion, y mostrando á Gonzalo en su lecho tan tranquilo en su prolongado sueño, que imposible parecia fuese

el mismo á quien hacía algunas horas habia visto Francisco de tan diferente manera.

Apoyada la cabeza en el brazo derecho, y casi totalmente descubierto el hermoso rostro, apénas coloreado ahora, y perfectamente natural, ninguna señal exterior revelaba el acceso de la noche, ni parecia creible que pudieran haber sido jamás alterados tal sosiego y placidez por los arrebatos de la calentura; así como no era posible dejase Cadenas de conocer, que pocas cabezas habia visto más hermosas que la que tenía delante, y que no era sino muy posible tuviera el dueño de ella el galardón tan ambicionado por él.

Gran cúmulo de pensamientos habian bullido en la mente del cajero durante el curso de la noche; y reunidas, recordadas, y recopiladas mil circunstancias diversas, mil complicadas y enredosas ideas, buscadas, extraídas y ofrecidas en multitud de accidentes, ocasiones y tiempos, abarcó su vasta y minuciosa imaginacion, todo el inmenso espacio, entre el origen de su objeto y los momentos actuales...

La mañana le halló ya con su tarea concluida y el gran problema resuelto, pero aún ocupado de la materia.

La mañana le trajo de nuevo la imágen evocada

de todos sus pensamientos, y le recordó con ella lo que nunca habia desechado de su memoria, y con más razon recurria ahora de continuo á su recuerdo: «y aquella mujer hermosa que se habia sacrificado en toda la fuerza de su juventud y belleza, era una vírgen para el amor, que no podia ménos de inspirar á cuantos la veian.»

Palabras recogidas cual pudieran haber sido los anuncios enviados de la Providencia, ignorando Francisco al escucharlas, cuán grande influencia habian de ejercer en su destino, aunque sabía concederles ahora su interpretacion; y zumbándole en los oidos como otras tantas veces le zumbaban, se preguntó á sí mismo si no provenian de su propia irreflexion los resultados tan deplorados.

¿Cómo no los previó con tiempo?

¿Cómo no le previno su perspicaz imaginacion lo que pudiera suceder, cuando aún estaba á tiempo de evitarlo?

¿Cómo al acoger aquellas voces extrañas, salidas de los labios del mismo Gonzalo, y acogerlas con tan extraño afan, no se le ocurrió concederles el debido resguardo, y sólo cuando era ya tarde comprendia su misterioso prestigio?

Un movimiento en el enfermo le distrajo de estas ideas.

—Agua, dijo Gonzalo, que tengo mucha sed.

Volvióse en seguida para recibir el vaso que Francisco le presentaba, y estrechando la desocupada mano del cajero entre las suyas, le manifestó su agradecimiento por su atencion.

—Me siento muy aliviado, dijo despues que hubo apurado el vaso hasta el fin, y creo que ha desaparecido la fiebre. ¿Qué hora es?

—Las seis, contestó Cadenas, consultando su reloj.

—Y ¿cómo es que le veo á V. aquí tan temprano?

—No me he acostado esta noche.

Gonzalo le miró con la más profunda gratitud.

En las almas verdaderamente generosas, por grandes que sean sus prevenciones ó rencores, basta un solo grano de merced para inclinar la balanza por entero á su favor; y, noble como nadie Gonzalo Figueras, en el extremo de su reconocimiento, se olvidó de sus instintos antipáticos al cajero para no manifestarle más que los sentimientos generosos de su corazon.

—Debo haber tenido mucha fiebre en la primera parte de la noche, dijo Gonzalo en una ocasion. Recuerdo débilmente algunos sueños terribles, propios sin duda de la calentura, que aún

me aterran en medio de su misma confusion. ¡Habré delirado quizá! preguntó con invencible inquietud y contemplando con ansiedad el impassible rostro del cajero.

—No, dijo Francisco.

Has estado inquieto, es cierto, en el principio de la noche, pero ha sido despues tan profundo tu sueño que apénas se te ha oido respirar.

Un peso se le quitó al jóven de encima con este aserto, y la conversacion entre ámbos siguió con el más pleno abandono y expansion por parte de Gonzalo, y la mejor fingida sinceridad y confianza por parte de Francisco Cadenas hasta ser interrumpida por la llegada del médico, que, asombrado como nadie de la notable mejoría del enfermo, apénas creia la evidencia de sus sentidos.

La calentura habia casi desaparecido, las contusiones no ofrecian ningun género de cuidado, y marchaba todo tan bien, que prometia el paciente hallarse por completo restablecido dentro de un par de dias: esta noticia agradable, trasmitida inmediatamente por los criados á los miembros de la familia, trajo al veterano sin pérdida de tiempo á ofrecer sus cordiales enhorabuenas y á reemplazar á Cadenas en su puesto junto á la cama.

Nada cansado este último, como ya se ha dicho,

dispuesto segun sus afirmaciones, á permanecer todo el dia en pié, como si tal noche hubiera pasado, cedió al fin á las instancias del anciano de retirarse, no á descansar, sino á refrescarse un poco; lo hizo á fuerza de empeño por parte de aquél, mas por ningun estilo á impulsos de su propia inclinacion.

Y lo manifestó de una manera tan explícita y lisonjera para Gonzalo, que el jóven no pudo menos de reconvenirse por los sentimientos de aversion, ahora por un breve tiempo vencidos, y prometer no entregarse jamás á tan exageradas tendencias.

Dispuesto ya Francisco á alejarse de la estancia acordóse por la primera vez desde la escena de la media noche del encargo especial de su principal, é inquirió el importante asunto del interesado, recibió la más satisfactoria respuesta á los intereses de D. Álvaro, y remunerado algun tanto la desventura del tiempo perdido, quedaria perdonada la inaguantable contrariedad de la inoportuna caída.

Dirigióse en seguida á dar cuenta de su comision; y habia ya salido de la habitacion, cuando un ataque furioso á sus piernas, un ataque de una naturaleza extraña é inesperada en aquellas pací-

ficas regiones, semejante al asalto de un par de perros de presa, le hizo retroceder algunos pasos, y lanzar una expresion no muy delicada ni cariñosa, al propio tiempo que una voz infantil exclamó con tímidos acentos:

—Perdone V., señor de Cadenas; pensé que era papá.

Eran estos semiperros de presa, ni más ni menos que Inés y Cárlos; y su desconcierto al encontrarse con la persona de Cadenas en vez de la de su padre, apénas puede describirse.

Estáticos ámbos (áun la valerosa hembra audaz é impetuosa por temperamento) ni áun á respirar se atrevían.

Fijos sus ojos, entreabiertas sus bocas, y suspendidos sus brazos en el acto de recibir la repulsa de Francisco, cual, si de repente se les hubiera presentado un leon y los cohibiera el terror de su presencia á hacer el menor movimiento, de la misma manera miraban al cajero, sobrecogidos del más invencible espanto.

Recuerde cualquiera, si los ha experimentado en su niñez, lo que son estos sufrimientos de la infancia: este miedo infundido por el mal trato (no necesita que sea de cuerpo, basta con que sea de espíritu) de los mayores, este fantasma ater-

rador, llena de los más inauditos horrores, que como si á cada paso reclamara la vida de sus víctimas, así aterra la imaginacion infantil, y se podrá entónces comprender las sensaciones que en este momento dominaban á Inés y á su hermano.

El reinado de Cadenas con ellos habia sido de la más breve duracion, y nadie es tan listo como los niños para conocer cuando no son amados.

Su razon no bastará para descifrarlo ni expresarlo, pero su instinto suple las faltas del raciocinio y se anticipa muchas veces á la razon de los mayores: innecesaria, pues, en Inés y Cárlos otra cosa que este sobrenatural instinto para penetrarse del cambio efectuado en Francisco Cadenas, bastó igualmente la precoz imaginacion de la niña, como se ha visto en diversas ocasiones, para revestir al cajero de las más grandes culpas (reales y verdaderas) y convertirle en el fantasma de su terror.

La infancia con su inocencia, sus gracias y mil atractivos, habia sido siempre objeto de profunda aversion por parte del cajero: sentimiento instintivo compañero de su egoismo, que débilmente extinguido, ó, mejor dicho, estudiadamente disimulado en el principio de su conocimiento con Isabel (cuando creyó podia este fingimiento vigorizar su pasion) habia recibido desde entónces el ma-

yor incremento como en desquite á la inútil ficcion y desahogo á la burlada esperanza.

Era ya en vez de aversion, un aborrecimiento mortal el que Francisco sentia; y como ningunos otros de la jóven humanidad desterrados los inocentes hermanos de Isabel, no es de extrañar si la expresion de su fisonomía al recibir la tan inesperada repulsa produjera tal terror en las criaturas que casi creyeran se disponia á despedazarlas.

Contúvose, no obstante, en consideracion á su propio sistema de dominio, y no hizo más que dirigir una feroz mirada á sus víctimas, las cuales ántes que hubiera él dado media docena de pasos, con la volubilidad propia de su dichosa edad, penetraron llenos de alegría y bullicio en el cuarto del enfermo, para desplegar en las personas de su padre y Gonzalo, las innatas y nunca escarmetadas propiedades asaltadoras que acababan de ser tan toscamente rechazadas.

Entre tanto habia llegado Francisco á la presencia de D. Álvaro (que lleno de impaciencia le esperaba en la salita de las cábalas) é informándole *incontinenti* del buen resultado del negocio, tan superior para el segundo á todo género de consideraciones,

—No he podido dormir en toda la noche pen-

sando en él, dijo el comerciante refiriéndose al negocio, y á pique estuve, al levantarme, de acudir en persona á interrogar á Gonzalo; pero, pareciéndome probable que cuando no habias tú parecido, sería por no haber podido sacarle nada á ese muchacho, me senté en el banco de la paciencia para esperar tu santo advenimiento, y aquí me tienes hace una hora perdido en un laberinto de suposiciones. Esas letras...

Se me habia olvidado decir que el negocio se refería á unas letras libradas hacía algunos dias por una persona residente en la Isla, cuyo crédito, segun ciertos rumores, no ofrecia las más seguras garantías. Para averiguar esto habia sido dispuesto el viaje de Gonzalo; y resultando falso todo, quedaba D. Álvaro remunerado de sus malos ratos, y tranquilo sobre las letras que habia aceptado.

—Esas letras... habia continuado diciendo este último, me ofrecian la mayor inquietud, no tanto, Francisco, por el perjuicio que me pudieran ocasionar, cuanto por el hecho de colocarme en una posicion ridícula.

—¡Ridícula! repitió Francisco con sorpresa.

—Si señor, y tan ridículo. Álvaro Montoya jamás se ha visto objeto de la burla de nadie.

Una sonrisa cínica pasó por la fisonomía del cajero.

Sentado en frente de su jefe, y como para ocultarse de su observacion, inclinó la cabeza sobre el pecho, y, pareciéndole que ninguna otra cosa le podria convenir por ahora que su silencio, se entretuvo en examinar la extremidad de sus pulidas botas de charol, falto de ánimo sin duda en tan críticos momentos para encararse con su principal.

Si la sonrisa que por su semblante pasó hizo referencia á lo que ocupaba á Montoya, ó á otro asunto, queda para la imaginacion del interesado lector.

Baste decir que hasta haber recuperado por completo la alterada gravedad de su rostro, no tuvo por conveniente mirar á D. Álvaro, y que éste, ciego como de costumbre á las sensaciones ajenas, y nada inquieto por las de Francisco, habia continuado hablando con su tono usual de esta suerte:

—Jamás, Francisco, en todo el discurso de mi vida, como tú puedes en cierto modo atestiguar, me he encontrado en ninguno de los conflictos tan frecuentes en el comercio. Jamás, aún en las ocasiones de menor importancia, en los asuntos más insignificantes, he aventurado un adarme de mi

crédito sin las más plenas garantías. He descansado siempre en mis propias fuerzas, y lo que de los demás he necesitado, se lo he exigido con iguales fianzas que pudiera yo mismo otorgarme. Ha sido el lema constante de mi vida desconfiar del linaje humano; dar con una mano, cuando habia ya recibido con la otra, y el áncora de mi vanidad se halla cifrada en la seguridad de que nadie aún se ha burlado de mí.

El cajero volvió de nuevo á bajar la cabeza y á examinar sus pulidas botas.

Era un hombre grande el tal D. Álvaro en su circunscrita esfera, y cuantos elogios se le tributasen desmerecian de la realidad.

Francisco lo pensaba tambien; y en medio de su mal entretenida risa, miraba con lástima al orgulloso gigante, juzgándole con el propio desprecio que pudiera á una oruga bajo sus piés.

No le queria mal, sin embargo, á pesar de esto; y era seguro que en medio del desprecio que le inspiraba, hubiera sido incapaz de perjudicarle en lo más leve.

El hombre grande se habia arrellanado en su silla, despues de pronunciado el anterior discurso, y sumergido en la agradable meditacion de las excelentes doctrinas con tanta perseverancia y fir-

meza seguidas durante el curso de su vida, dejaba entre tanto á Francisco en libertad de ocuparse de sus propias ideas.

No entrando para nada en los pensamientos del comerciante otro objeto más que su propia importante persona, á haber sido Gonzalo el gran Mogol, el Shah de la Pérsia, el emperador de la China, ó cualquier otro personaje, tan separado de él como se hallan estos señores, no hubiera podido ser otro el interés que por Gonzalo mostraba.

Pero, no obstante, atraída al cabo de algunos momentos su atencion al asunto, quisiéralo ó no, por la informacion del cajero de la asombrosa mejoría del jóven, concretó de tal suerte su respuesta la fuerza de su acendrado egoismo, que no debe pasar sin mencion.

—Bien me lo sospechaba yo que no eran más que melindres, dijo. Pero puesto que me dices que no se puede todavía levantar por impedírsele las contusiones, no es eso, sin embargo, motivo para que deje de cumplir con sus obligaciones de costumbre. Dispondrás por lo tanto que se le lleven los libros, siquiera con el objeto de curarle de delicadezas, y enseñarle, añadió sonriéndose de su perspicacia y malicia, que por más que cons-

pire con el médico para engañarme, no lo consigue. Se me va volviendo flojo el muy ladino, y es preciso curarle con tiempo.

—¿Qué quiere V.? interrumpió Cadenas, cruzando las piernas y entreteniéndose de nuevo con una de las pulidas botas, meciendo el bien calzado pié con estudiada lentitud, los amores trastornan la cabeza á los muchachos, y es preciso dispensarles las pequeñas faltas de que no son tan responsables ellos como alguna linda niña.

—Se guardaria muy bien ninguna linda niña, por hermosa que fuera, exclamó Montoya, de influir de tal suerte en mi sobrino, que le hiciese perder lo poco que hasta aquí ha adelantado; y no lo habrian de hacer ni uno ni otro impunemente. Yo les aseguro que se habian de acordar de mí.

El cajero se sonrió, se mordió los labios como para contener alguna palabra que pugnaba por escapársele, y continuó meciendo la pierna.

Algo recordó en aquel momento Montoya que hacía mucho tiempo no le habia pasado por la imaginacion; algo referente á la historia de unos amores románticos, que su antiguo enemigo don German del Castillo se entretuvo en contarle, que fijó por un momento su atencion; pero, desechán-

dolo de su mente como un pensamiento disparatado, juntamente con la imágen del que debería haber sido su hermano político, cuyo recuerdo le molestaba todavía más que el de la historia de los amores, dió un corte á la conversacion ; y, avisado á los pocos segundos de que el desayuno le esperaba, sin otra palabra más digna de inscribirse, se dirigió con su dependiente al comedor.

Negóse Francisco, cosa nunca vista, á acompañarle aquel dia á la mesa, y pretextando la necesidad de refrescarse despues de su velada, se despidió hasta más tarde.

Como todas las personas de poca imaginacion, acogia D. Álvaro con el mayor entusiasmo la menor chispa que brotaba de su corto ingenio ; así es que se sentia orgulloso de haber maliciado la conspiracion de Gonzalo con el médico, de haber imaginado una pena adecuada, y convencido como nunca de su importancia personal, desplegó en aquella mañana una amabilidad inusitada durante el almuerzo, y festejó el triunfo de su perspicacia, dejando por casualidad de disputar con su suegro : en el ínterin que la inocente víctima de su tiranía (hagámosle la más amplia y merecida justicia) se sometia al impuesto castigo sin género de extrañeza, y con el mejor deseo de satisfacer la bárbara imposicion.

Le molestaba todavía bastante el molido cuerpo, se le desvanecía de vez en cuando la cabeza, pero ocupábase poco de esto, y, excepto un cuarto de hora robado para escribir á Elena, y los momentos interrumpidos por los asaltos de los niños, sus alborotados juegos, sus frecuentes caricias y volubles preguntas á que era preciso responder, lo pasó Gonzalo todo entero entregado como de costumbre á sus deberes de escritorio, contento con fijar sus pensamientos en cualquier objeto, para distraerse del que, á causa sin duda de los sueños de la noche anterior, como nunca se hallaba presente en su memoria.

Hacía dos dias que no habia visto á Isabel: que le faltaba el sol de su mundo, y el jugo de su vida; pero alegrábase sobremanera de esto, demasiado fuertemente impresionado todavía por las visiones de la noche, para ostentar puramente lo que sus posiciones relativas exigian; é iniciado como nadie en las penalidades de la vida de la jóven, se explicaba la causa de no verla comparecer, celebrando infinito esta bienaventurada privacion para arros-
trar cobarde sus grandes riesgos.

¡Ay! ¡si hubiera podido sondear el verdadero motivo de la ausencia de la mujer que amaba! ¡si posible le hubiera sido profundizar los arcanos de

aquel corazon herméticamente cerrado, hubiera perdido el juicio de orgullo y de placer!

¡Y si cual á los espíritus invisibles le hubiera sido concedido penetrar en la tarde de aquel mismo dia, en el santuario consagrado por la vida interior de Isabel, la vision que allí viera le hubiera trasportado por un breve instante al perdido Eden!

Isabel sentada en su tocador, con el balcon abierto, fiel trasunto de aquel otro donde fué vista por vez primera en el principio de mi narracion, aún más bella que entónces, radiante con el triunfo de la batalla sostenida y ganada, y con un libro en la mano, que eran las poesías de Gonzalo... hubiera deslumbrado al jóven.

Las inspiraciones del alma entusiasta, la palabra del corazon, los tesoros aglomerados en el fondo de la rica fuente sacados á superficie: este era el contenido del libro en las manos de Isabel: hacía dias que huia de recorrer sus seductoras páginas, estando aún en su prístina fuerza el extraño sentimiento experimentado al recibirle, y temia inspeccionarlo como si se encerrase algun veneno oculto entre sus hojas, que hubiera de ocasionarle la muerte.

Decidida, no obstante, á devolverlo aquel dia á su dueña, y segura de experimentar por parte

de ésta el más riguroso exámen acerca de su contenido... allí sentada á vista de sus dioses lares, con el puro azul del cielo sobre su inclinada cabeza, la brisa suave de la tarde susurrando entre las flores de su balcon y murmurándole al oído unísona con la melodiosa poesía entre sus manos, se imponia valerosa la pena de Tántalo.

Iba á repetir su visita á Elena, á tranquilizarla respecto al estado de Gonzalo, y no esperaba más que la terminacion de la lectura para emprender la cariñosa mision.

Desapareció el último rayo de sol, se aumentó el susurro de la brisa, y oscureció el crepúsculo la azulada bóveda ántes que concluyera su tarea. Pero la terminó al fin, y se dispuso á hacer su visita.

Ejemplo de sumision y respeto al decretado dueño de su destino, más especialmente desde la época en que experimentara todo el exceso de su tiranía, jamás daba un paso sin consultar esta voluntad superior, y fiel esta tarde á la establecida formalidad, procedió ante todo, á cumplir con ella. Dejó el libro sobre la mesa entre tanto, y tomó el camino del escritorio particular de su marido, donde tenía costumbre de introducirse por una puerta interior: en cuya direccion la abando-

naremos, para seguir los pasos de otra persona, que en el momento de alejarse ella de sus habitaciones, penetró en el santuario, dirigiéndose al velador, y apoderándose del libro.

Habia sucedido con esta persona una cosa extraña, al parecer, pero tan sencilla en la esencia, para inducirle á esta accion, que no puedo dejar de referirla.

Es el caso que media hora ántes al pasar por delante del balcon, en su camino á la casa, le habia llamado fuertemente la atencion la señalada concentracion con que leia la jóven, y ansioso de observarla de cerca se habia dirigido *incontinenti* para examinarla á placer, y sin riesgo de descubrirse, situándose en la antesala, y oculto tras de las cortinas de la puerta.

Una historia entera de sentimiento, esculpida en el atento rostro con tan grande malicia examinado, descubierta juntamente la buscada prueba en las oscilaciones del seno, y las furtivas lágrimas que de vez en cuando acompañaban la vista... la serpiente animada en aquel maligno pecho triunfó con la propia malevolencia que triunfara la del Paraíso, adivinando lo que tanto esmero habia habido en ocultarle.

¿Cuál era, pues, el libro éste, promovedor de

síntomas tan inequívocos para el experimentado maestro en el conocimiento del corazón de la mujer?

¿Cuál podría ser, sino alguno que revelara el estado del alma, y encerrase tal vez en sí alguna otra oculta propiedad de la mayor importancia?

Era de todo punto preciso apoderarse de él, y la suerte quiso que el deseo de Francisco se cumpliera.

¡Las poesías de Gonzalo, y su cubierta bordada por manos de mujer!

Un bordado alegórico, sin duda, que apenas podía distinguir el cajero (no por falta de claridad, sino por la súbita inflamación de sus ojos), y que había de simbolizar los sentimientos con tanto esmero reservados hasta aquí! Su corazón se lo dijo á Francisco, cuando presencié las emociones del rostro examinado con tan profunda atención, y su corazón le decía ahora que ya nada más necesitaba saber: que el destino había lanzado su *fat* y que á él no le quedaba otra cosa que hacer más que seguir su señalado camino.

Volvió á dejar el libro en su sitio, y salióse en seguida del tocador.

Dos minutos había durado su permanencia en él, y temeroso de la llegada de Isabel tornó de

nuevo á su escondite, desde donde, á los pocos momentos la vió pasar con su doncella.

Cerróse entónces la puerta del santuario, é inútil ya la estada de Francisco en la antesala, dirigió los pasos al escritorio.

CAPÍTULO XVIII.

Tarde ya, volvió Isabel de su cariñosa mision, y dichosa con la tranquilidad que comunicó al lirio blanco, se mostró tan animada y feliz como en la noche del día en que la conoció.

Indudablemente le convenian estas visitas, y haría bien en menudearlas.

Su padre se lo dijo aquella noche; y Montoya, que casualmente se hallaba presente, emitió su opinion de no comprender el placer que pudiera encontrarse en el trato con semejante gente; no porque tuviera él nada que decir en contra de Magdalena y su hija ó hijas, ignoraba el buen hombre de cuántos constaba la familia: nunca se lo habia preguntado á Francisco (le interesaban poco los negocios ajenos); bastábale que fueran parientes de su cajero para no prohibirle á su mujer

el visitarlas; pero extrañaba, sin embargo, el gusto de perder el tiempo en estas visitas inútiles, cuando habia otras cosas más importantes que atender en la vida.

El crisol, y siempre el crisol.

¿Qué otro objeto, en efecto, debería preocupar el ánimo del hombre, ni que otro móvil dirigir sus acciones?

Y la persona que, como Isabel, no se hallara precisamente en el caso de trabajar para el logro de este grande objeto, de su incumbencia era dedicarse por lo ménos á secundarlo.

¡El corazon!... ¿qué era el corazon para el infatigable alquimista, ni qué razon podia su mujer alegar en defensa de su censurable gusto?

Guardábase, pues, bien Isabel de entrar jamás en polémicas con su marido, y dejándole, como de costumbre, dueño del terreno en esta noche en que tan animada y feliz como se manifestó la noche del dia en que conoció á Elena, parecia experimentar las mismas sensaciones; pensaba entre sí que la satisfaccion de sí mismo, y la conviccion de haber obrado bien, no dejan de constituir uno de los mayores medios de felicidad.

Isabel sabía que Gonzalo tambien seguia en su alivio; además la devolucion del libro le habia

quitado un peso enorme de encima; y, tomado todo en consideracion, se sentia Isabel con el corazon más ligero que de ordinario.

Don Álvaro se recogió más temprano que de costumbre; y aprovechándose su mujer de estos momentos oportunos, se los dedicó á sus hermanos, que, esperándola aún despiertos, no hicieron otra cosa que hablarle de Gonzalo: de lo que habia hecho y dicho durante el dia, de lo bueno que era (mucho mejor que otras personas que Inés conocia), y de su extrañeza de que Isabel no le quisiera como ántes y hubiera dejado pasar el dia sin hacerle una visita.

Harto conocia la sabia Inés que Isabel no era dueña de la más insignificante de sus acciones, pero comprendia instintivamente que por vergüenza propia no hubiera censurado Montoya su interés por el enfermo; y, por este instinto guiada no hallaba sino muy justificada la reconvencion que le dirigia; é inútil todo género de disculpa por parte de su hermana mayor, quedó el campo por la pertinaz criatura.

Se separaron amigas, no obstante; porque, por mucho que amaran uno y otro niño á Gonzalo era Isabel primero; y la hermana madre tomó el camino para sus propias habitaciones, perdida por

completo el aura de felicidad que le aligerara el corazon algunos momentos ántes.

¿Qué pensaria de ella Gonzalo?

No le habia pasado semejante idea por la mente hasta ahora, y no podia ménos de afligirla.

¿Cuál no habrá sido el efecto de su despego con él que tan generoso se habia manifestado con ella?

¿No habria perdido aún la confianza en su amistad, y no pasaria por ménos que indiferencia este estudiado proceder al que tan acreedor por todos títulos era á su simpatía y amistad?

De sobra lo pensaba Isabel; pero, si con el alma sentia perder lugar en la opinion de Gonzalo, no por eso se arrepentia de lo que habia hecho.

Sin embargo, al pasar por delante del dormitorio del jóven le latió el corazon con tan extraordinaria violencia, y pugnó su cuerpo con tal fuerza por lanzarse dentro de la habitacion, que necesitó bien de toda la fuerza de su espíritu para contener el impulso.

Paróse, no obstante, á la puerta como para probar estas fuerzas, y cayendo de rodillas le pidió á Dios su poderoso auxilio para no sucumbir jamás.

Valerosa como nunca á los pocos segundos,

volvió á emprender su camino, y sin otro accidente llegó por fin á su propio aposento.

El dia despues de éste, amaneció tan mejorado el enfermo, que casi le dió de alta el médico; y al siguiente fué tan en aumento este alivio, que unido al deseo del jóven de encontrarse bueno, no sólo abandonó la cama sino que, á pesar de las órdenes contrarias y la tenaz resistencia del anciano Aguilera y del mismo Cadenas, que no habia cesado de fomentar los regenerados sentimientos de Gonzalo, se empeñó en ocupar su puesto en el escritorio, y volver á emprender de una vez sus apénas interrumpidas tareas.

Volvió tambien á ver á Isabel, turbado al principio como si le acusara la conciencia de alguna cosa; y despues ya como en el curso ordinario de su vida, circunscrito á los límites señalados y resignado á su destino.

Tornó igualmente á su visita cotidiana á Elena y á la estéril existencia ofrecida en aquellas forzadas relaciones.

Y así todo, otra vez en su estado primordial, parecian no haber sufrido la menor alteracion las circunstancias de los distintos actores de este drama, y nada ofrecian por ahora de notable ó digno de inscribirse: por lo cual nos volveremos

por un breve espacio hácia una persona que apenas, sino incidentalmente, ha figurado en esta narracion, y que bien merece se le dediquen algunos momentos de atencion.

A Gabriel Boleta me refiero; y para el efecto, conduciendo por la mano al lector por las calles abajo, por encima de la muralla de la apacible bahía, y los infinitos barcos surcando sus serenas aguas, hasta depositarle de un vuelo en la cubierta del místico *Nuestra Señora de las Mercedes*, con el jóven patron nos encontraremos una mañana en su morada flotante.

Su morada flotante: el místico mejor construido de todos los anclados en la bahía, y tan bien gobernado por su inteligente patron, que era citado como un dije entre los de su clase.

No se diga nada de lo que la *Mercedes* era en alta mar: no se diga nada de sus propiedades veleras y resistentes; su arrojada salida en la noche aquella en que con tal valor osó desafiar la furia de los elementos, basta para hacer su panegírico, y, si dignas del mayor elogio eran estas propiedades, no ménos alabanza merecian el buen órden y aseo desplegados en su arreglo interior, así en alta mar como dentro de la bahía.

Todo en su sitio respectivo, todo limpio, bri-

llante como acabado de estrenar; tan aseada estaba la cubierta que parecía un salon de baile; tan blancas las aferradas velas que se asemejaban á columnas de nieve; tan ordenada la cámara, que ni aunque la hubiera habitado una dama primorosa hubiera ostentado mayor arreglo y simetría. Daba gusto examinar sus detalles, y se traslucia perfectamente en ellos la clase de hombre de quien procedían.

Hacía dias que Boleta habia descargado, y no debia empezar á cargar de nuevo hasta el siguiente al en que acabamos de penetrar en su buque; por cuyo motivo, libre de trabajo en este dia, se paseaba ocioso por la cubierta de la *Mercedes* entregado á sus pensamientos y al solaz de un cigarro.

Oscurecido su expresivo y tostado rostro, y fuertemente preocupado de las cavilaciones de su mente, en tanto que paseaba con presteza de popa á proa, rompió al fin en el siguiente soliloquio:

«Cuando este barco sea mio, que lo será algun dia si Dios me da vida y salud, no me sucederá jamás un caso como este. Si pierdo veinte, treinta, cien doblones, los perderé con gusto con tal de no bajarme á lo que no tengo más remedio que hacer, ahora que no puedo decir esta boca es mia.»

Llegaba Boleta á esta altura en su conversacion á solas, cuando una tosca voz interrumpió el curso de sus reflexiones.

—¿Qué es eso, señor patron? exclamó un marino predilecto del jóven, que matriculado con él le habia acompañado en todos sus viajes, pero ménos afortunado ó inteligente, no habia hecho más adelante en su larga carrera que quedarse siempre al lado de su compañero, aunque en tan diferente categoría; muy tristes estamos hoy, y por la Vírgen del Cármen que no acierto el por qué es eso.

La diferencia de fortuna no habia en nada entibiado la familiaridad de los compañeros, y acostumbrado Gabriel á depositar sus más íntimos sentimientos en el dicho marino desde el tiempo en que se embarcaron, no necesitó éste instarle mucho para que desahogara con él el peso que oprimia su corazon.

Interrumpió sus paseos para el efecto, se sacó el cigarro de la boca, y de esta suerte se expresó:

—Pensaba, dijo, en la carga que debo recibir mañana.

—¿En las duelas? prorumpió el otro con sorpresa y como tentado de reirse de esta salida.

—Pensaba, prosiguió Gabriel, emprendiendo

otra vez sus paseos acompañado por el marino, en la persona á quien voy á servir, y se me eriza el cabello...

—D. Álvaro de Montoya, exclamó su oyente cada vez más pasmado y aún más tentado de soltar la carcajada.

—Pero no me ocupo de él, camarada. Pienso en una persona que está en su casa, á quien tendré que quitarle el sombrero, con quien tendré que hablar, y esto es lo que me puede. ¡Qué no fuera el barco mio! prorumpió con enojo; no le debiese yo tantos favores al que me puso en él, y lléveme el diablo si habia de encontrarme cara á cara con ese maldito en todos los dias de mi vida.

El antiguo camarada de Gabriel, el depositario de todas sus confianzas, desde que, como la tórtola confiado en la fe de su futura compañera, le nombrara testigo de su boda, no ignoraba por lo tanto á lo que éste se referia, y al punto, repuesto de sus tentaciones de risa, mostró en su contestacion todo el interés inspirado por el desengaño de su amigo.

—Ya se ve, dijo con su tosca voz y con expresiones difíciles de trasmitir con exactitud por la peculiaridad del lenguaje y el nada correcto estilo, pero que sin embargo íntegro merece traducirse

en idioma inteligible ; como que él es un caballero y tú un pobre, se le figurará que no es nada haberte quitado tu mujer , y se quedaria muy espantado si le fueras con tus quejas. Se creen con derecho para todo porque han nacido ricos, y nos tratan como si fuéramos perros : peor que perros, porque perros tienen ellos á quienes tratan mejor. Si fueras tú rico sería otra cosa. Tendrias corazon y honor y derecho para decirle cara á cara á ese hombre lo que era, y pedirle una satisfaccion ; pero, como que eres pobre, si te atrevieras á semejante cosa, te escupiria á la cara y te mandaria á la cárcel, que es donde deben ir los pobres que incomodan á los caballeros. ¡Nosotros somos unos tunantes que no sentimos, ni tenemos amor ni delicadeza, ni vergüenza, ni honor!... eso queda para los ricos.

—Si todos los ricos, camarada, fué la respuesta del jóven patron, demasiado noble y sensato para admitir en sentido lato las doctrinas de su amigo, fueran como ese que tan mala partida me ha jugado, tuvieras razon en cuanto llevas dicho ; pero no todos son iguales, camarada. Que hay ricos muy honrados, y caballeros muy nobles que saben cómo tratarnos ; y con respecto á ellos saco yo siempre la cara en su defensa. Y está tan en su

mano el hacernos felices ó desgraciados y debia serles tan grato no oir más que alabanzas y bendiciones, que no sé yo cómo puede haber un rico malo en el mundo. Al que es bueno, bien lo sabes, camarada, prosiguió el jóven con fervor, lo ponemos nosotros en las nubes, lo queremos como si fuera un santo: y no digo que sean buenos sólo porque nos den dinero y trabajo con que ganarlo, sino por las palabras que nos dicen y el modo con que nos tratan. Eso es lo que vale más. Un caballero y rico conozco yo á quien daria por servirle toda la sangre de mi cuerpo; y porque me acuerdo siempre de él, saco la cara por los que se le parecen. No por los malos: no, esos son peores que Satanás, porque nosotros ninguna sombra les hacemos, y es más maldad pisotear al gusano que pelear con el leon.

Esto dicho, cruzó Gabriel los brazos y permaneció por algunos segundos ensimismado, con los ojos fijos en el cielo, y entregado á las humaradas de su cigarro, en tanto que su compañero, medio convertido por efecto del sensato lenguaje que acababa de oir, contemplaba con admiracion la noble fisonomía de su antiguo camarada, y pensaba entre sí que habia de haber sido muy mala hembra la que plantara á semejante hombre.

—Si ese maldito, prorumpió Gabriel despues del silencio que habia seguido á sus últimas palabras, y siguiendo aparentemente una serie de pensamientos despertados en su ánimo por su propio enérgico y bien sentido lenguaje, no hubiera hecho más que quitarme mi amor; si no hubiera hecho más que dejarme sin Mercedes para hacerla su mujer, como yo pensaba, yo lo hubiera perdonado; pero quitármela de la manera que lo ha hecho para burlarse de ella luégo, y dejarla como trapo que se tira á la basura... eso, camarada, es lo que me vuelve loco, y no se lo perdonaré jamás.

—¡Si los caballeros creen, volvió otra vez el marinero, de nuevo excitado por los lamentos de Gabriel á recaer en sus doctrinas, que las pobres no sirven más que para su diversion, y que harto las honran en divertirse con ellas en lugar de dejarlas quietas con su amor á un hombre pobre, pero honrado, que no las habrá de engañar! ¡Como si porque fueran caballeros no habian las pobrecitas de quererlos lo mismo que si fueran pobres, y no habian de sentir las malas partidas que les juegan! Y los quieren más que á nosotros todavía, Gabriel. Ya se ve, como que saben más, y las entienden mejor, se las llevan de calle á las ino-

centes; y aquí quedamos nosotros para llorarlas, exclamó el fiel amigo, identificándose con los sentimientos de su compañero.

—Muchos dias hace que no veo á Mercedes, dijo el jóven patron despues de otros momentos de silencio en que, como ántes, se entregó á las humaradas de su cigarro; y de hoy no pasa sin que hagamos las paces. Se enojó conmigo la última vez que la ví, por lo de siempre, y no quiero que su enfado dure.

Dichas estas palabras, pasó Boleta á ocuparse en dar algunas disposiciones relativas á su barco; y trasmitidas á su bien ordenada tripulacion las órdenes consiguientes para el buen gobierno durante su ausencia de la flotante casa, entró en una lancha y dirigió el timon á tierra.

Serena la mar como una balsa de aceite, y silencioso Gabriel, ocupado en los propios sentimientos que le dominaran en la cubierta de su buque, y respetado su callado humor por los marineros que le acompañaban, ningun sonido se escuchaba en la lancha más que el de los remos en el agua, y las voces salidas de vez en cuando de los anclados barcos ó de los infinitos botes que cruzaban de un lado á otro.

Los rayos del sol, cayendo casi perpendiculares sobre las plácidas aguas, las hacían aparecer de oro, y la inmensa azulada bóveda cubría la bahía como con un manto de záfiros.

Distinguible la costa á tal extremo que parecia podersele llegar con la mano, la vista del jóven patron, en tanto que sus pensamientos vagaban en otra direccion, se fijaba en ella con la intensidad propia de los de su profesion, habituados á ejercitar como nadie el órgano visual; pero nada distraido sin embargo, con las ideas que bullian en su mente.

De esta suerte y con el mismo silencio llegó por fin la lancha al muelle, y, atracada á la primera escalera, con la ligereza de un gato, ó mejor expresado, con la agilidad propia de un marino, saltó Gabriel á tierra y tomó el camino de la ciudad.

Encomendóse á los santos patrones San Servando y San German, cuyas efigies, situadas en el muelle, se presentan ántes que todo otro objeto al pisar el suelo de Cádiz, y confiando en su empresa de encontrarse cara á cara con su mortal enemigo y contenerse en los límites de la prudencia, dirigió los pasos al escritorio de D. Álvaro.

Nombrado hacía poco patron de la *Mercedes*, y nuevo por tanto Gabriel para la vida de los negocios, era esta la primera ocasion en que pisaba el silencioso templo del rico comerciante, y fuertemente impresionado con sus propias sensaciones al encontrarse dentro del sagrado lugar, al propio tiempo que sorprendido de su profunda quietud en medio del número crecido de personas en él aglomeradas, se detuvo algunos momentos indeciso sobre lo que debía hacer.

Aplicados é inmóviles como de costumbre los autómatas, á no ser por el movimiento de sus manos y ojos alguna que otra vez dirigidos á la puerta de entrada para reconocer á algun recién llegado, y cubierta la barandilla divisoria del escritorio (tribunal respetable de las comunicaciones, presidido por el primer ministro de D. Álvaro), por una masa de vivientes sumergidos en el propio circunscrito estado de compostura ostentado por los dependientes, pudiera bien haberle parecido al jóven patron toda la gente allí reunida, meras piezas de mecanismo.

Pero, visibles en medio de esta quietud, las idas y venidas de cierta persona en el interior de la barandilla, y las representaciones mímicas de cada individuo situado ante el tribunal, segun su

órden ó categoría, comprendía bien Boleta, que, aunque tan imperceptibles sus movimientos, la máquina no dejaba un momento de moverse.

Opuesto, si pudiera evitarlo, á comparecer en el ministerio presidido por su rival no bien se repuso de sus primeras impresiones, refirió su asunto al dependiente que encontró más inmediato.

Desautorizado, sin embargo, éste así como el resto de sus jóvenes compañeros para intervenir en negocios de cierta clase, inútil fué el expediente á que acudió Gabriel, quien viéndose forzado á soportar lo que la suerte decidiera, se resolvió á esperar su tiempo, el de la retirada de alguna de las muchas personas aglomeradas en la barandilla, y hacer frente como mejor pudiera á la fuerza de la necesidad.

Sentóse en un banco no muy distante, y se entretuvo en examinar los objetos que tenía á su alrededor, y más particularmente el aborrecido rostro, ahora por la vez primera contemplado tan de cerca.

Ni á cien leguas de distancia, acreedor Francisco Cadenas al dictado de buen mozo, se sabe bien á pesar de esto el grado de seducción encerrado en su apariencia personal y en la elegancia y soltura de sus maneras distinguidas, al propio

tiempo que el atavío de su persona , invariablemente adornada con el mayor primor y compostura.

Reveladas estas propiedades en toda su extension al ojo observador de Boleta, sintió profundamente el contraste ofrecido entre su enemigo y él, tan ventajoso para el primero, á pesar de la expresion repulsiva descubierta en su mirada; y demasiado noble y generoso para dejarse ofuscar por los artificiosos sofismas del orgullo y del amor propio, supo desde aquel momento rendir al César lo que del César era, y no maravillarse ahora de lo que tan desgraciado le habia hecho.

Veía al cajero tan afable, tan atento, tan lleno de deferencia y consideracion, tan risueño y complaciente, atendiendo á las exigencias del pequeño mundo que tenía á su alrededor, yendo y viniendo con tanta oficiosidad y diligencia á consultar á la cabeza de la casa para satisfacer ó negar las demandas y propuestas, que imposible era el dejar de conocer la seduccion encerrada en este amable exterior, así como increíble parecia abrigase un interior tan negro.

Así envuelto el mal en tan engañoso manto; así encubierta la negrura del alma bajo tan hipócrita apariencia, ¿qué hay de extraño que el cor-

dero sucumba á las invitaciones del lobo, y que inocente le rindan los incautos el holocausto de su buena fe?

Boleta, como siempre, se ocupó en disculpar á Mercedes, y purificarla de su falta.

Era su primer pensamiento en toda ocasion, y como nunca propicio ahora, lo que de su rival veia para alimentar esta pasion favorita, de la contemplacion de Francisco, se elevó nueva cantidad de indulgencia para seguir amando á su primero y único amor.

Pero pensó tambien al propio tiempo cuánto mayor es la maldad encubierta con tal sigilo y revestida de tales galas; y la grande cuenta que habria de dar algun dia el hombre que, á semejanza de la culebra, cuyo aliento atrae al inocente pajarillo, con la propia malignidad atraia á sus desgraciadas víctimas.

A estos pensamientos entregado, fué entretanto desocupándose la barandilla y llegada ya su vez de dirigirse al tribunal, con paso firme y mirada resuelta, como el que nada tiene que temer y ha formado una irrevocable resolucion, pidió la atencion del cajero.

Miróle Francisco por entre las barandas con escudriñadora atencion, como deseoso de recordar

su fisonomía; y señalándole el abierto mostrador de los cobros, á él se dirigió Gabriel, y cara á cara sin estorbo de alguna clase se encontraron los dos.

Fijos los penetrantes aunque tan traidores ojos de Cadenas en el rostro del patron, esforzándose por hacer memoria dónde le habia visto ántes, y esperando este último la voluntad del cajero para hablar, pasaron algunos segundos en el más molesto silencio para Gabriel, quien impaciente al fin y curioso de observar el efecto de sus palabras, rompió la violencia de su situacion declarando su nombre y objeto.

—Soy el patron del místico *Nuestra Señora de las Mercedes*, dijo: Gabriel Boleta, agregó como para ayudar la memoria de su oyente, y vengo á avisarle á V. de que el barco está listo desde mañana mismo para recibir las duelas.

La memoria de Francisco se refrescó de una vez con estas palabras, y retrocediendo su mente á las escenas despertadas por la evocacion del nombre de Boleta, pasó una sombra por su fisonomía, seguida, sin embargo, de una forzada sonrisa como el que, aunque lleno de miedo, se propone echarla de valiente.

Juzgó al propio tiempo que nada podia mejor

convenirle que hacerse el desentendido respecto á lo que entre él y Gabriel mediaba; y para esto, colocándose en la posicion más segura y ventajosa de esta suerte formó su respuesta.

—Sabía yo bien la presteza con que habia de hallarse esa perla de los místicos dispuesta para cargar, reconocida por todo Cádiz la proverbial inteligencia y actividad de su patron.

Gabriel se encogió de hombros con el más profundo desden.

—Es una alhaja ese barquichuelo, prosiguió el cajero; y yo sé lo que haria con él, si fuera mio. Se lo regalaria al que tan bien lo gobierna, dijo con la mayor aparente grandeza de ánimo, y cual si real y efectivamente fuese éste en aquel momento su más vehemente deseo.

Gabriel le miró con ojos centellantes y le contestó en acentos tan agitados por la ira, que apenas eran inteligibles.

—Y yo, señor, dijo, mejor que recibir semejante regalo lo veria con gusto estrellado contra las *Puercas* (1).

El cajero palideció por un breve instante; pero

(1) El nombre de unos peñascos en la bahía de Cádiz.

repuesto casi instantáneamente, paró el ataque de su contrario, valiéndose de nuevo de su artificioso lenguaje.

—Era broma, amigo, lo que dije, exclamó sonriéndose. ¡Si no conoceré yo el carácter orgulloso de mis paisanos y la noble altivez de sus honradas almas!

En esto, fuertemente atraída la atención de los autómatas por la extraña respuesta del patron, habían todos suspendido su trabajo; no para volver las caras (no se hubieran atrevido á tanto), sino para estirar las orejas anhelantes de recoger el diálogo que pasaba en el mostrador; y pendientes de la esperada salida de Boleta, no tardó ésta en llegar á sus oídos.

—Mala prueba acaba V. de dar de conocernos, señor, dijo el jóven, visiblemente esforzándose por contener la lucha de sus sentimientos. Ni en broma dice un caballero lo que le acabo de oír á V., y (hubiera agregado en ampliación á su fundada indignación) mala defensa es querer enmendar con oro y lisonjas las ofensas que me has hecho y ganas tengo de darte en pago una bofetada... pero, contenido sin duda, espiraron en sus labios las ofensivas aunque tan merecidas frases, y sin otra palabra referente al odio abrigado en

su pecho, tornó Gabriel, como si tal cosa, á ocuparse del asunto de las duelas.

Francisco conoció todo el riesgo de jugar con semejante hombre, comprendió por instinto la ineficacia de sus zancadillas para vencer la dignidad de tan noble alma y meditó un momento.

Pero, fuerte todavía en su estudiada posicion y como deseoso de apurar todos sus recursos, inspirado tal vez del interés de su propia seguridad, ya arreglada la cuestion de las duelas; y al observar que se disponia Gabriel á marcharse, se preparó para la última tentativa.

Despidióse el patron, y apénas habia desaparecido su sombra de la puerta de salida, cuando obediente Cadenas á su formada resolucion, si bien cuidadoso de no despertar la atencion de los autómatas ni de Gonzalo Figueras, que durante este tiempo habia estado entregado á sus ocupaciones en la carpeta inmediata, abrió la barandilla y se fué en su seguimiento.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

	Págs.
Capítulo I.....	5
Capítulo II.....	21
Capítulo III.....	49
Capítulo IV.....	67
Capítulo V.....	99
Capítulo VI.....	117
Capítulo VII.....	129
Capítulo VIII.....	145
Capítulo IX.....	163
Capítulo X.....	185
Capítulo XI.....	209
Capítulo XII.....	229
Capítulo XIII.....	257
Capítulo XIV.....	279
Capítulo XV.....	301
Capítulo XVI.....	323
Capítulo XVII.....	341
Capítulo XVIII.....	363